

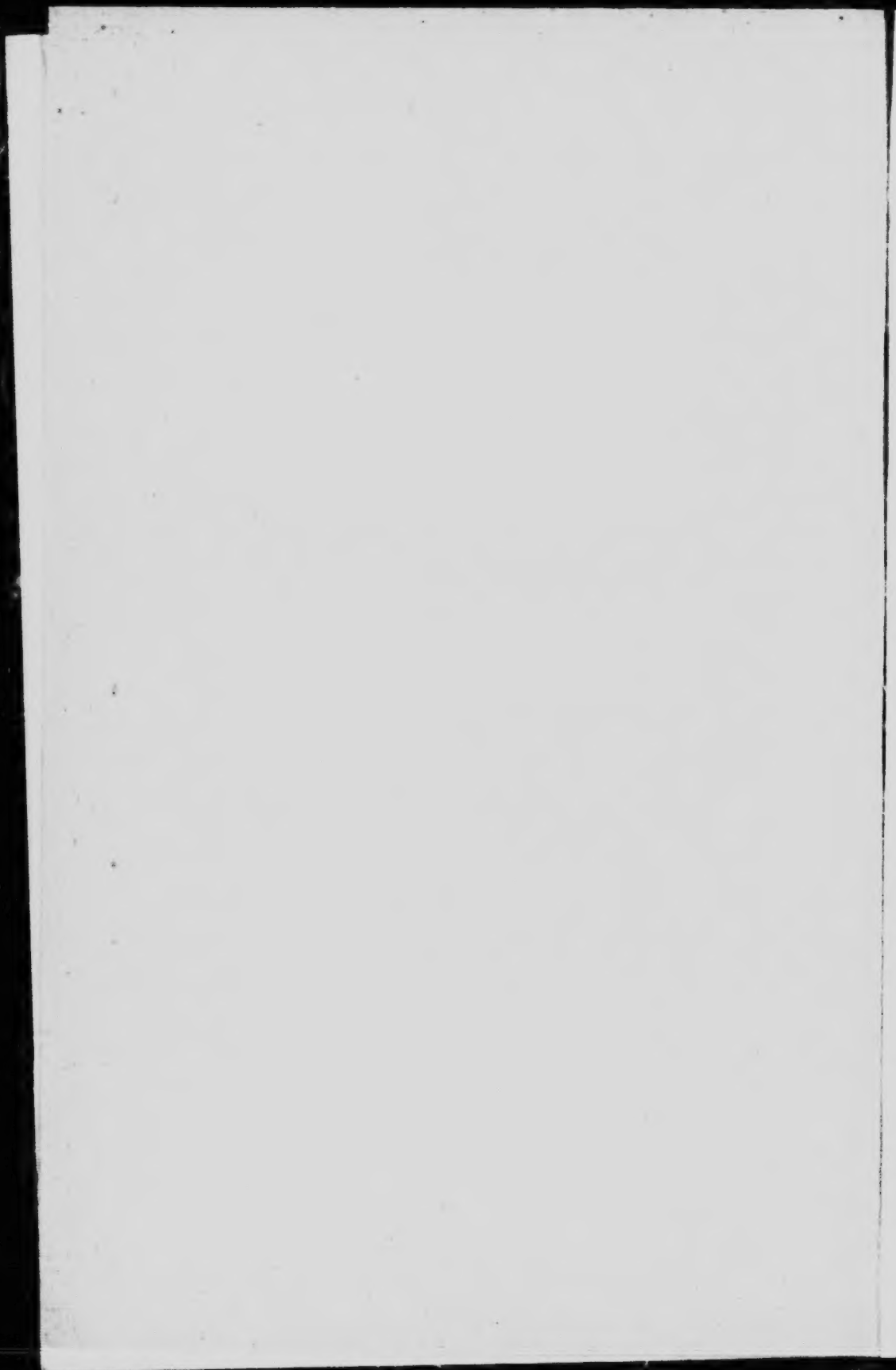


EL CENTVRION



A. B. ROVTHIER





BIBLIOTECA EMPORIUM

N.º 15

EL CENTURIÓN

BIBLIOTECA EMPORIUM

VOLÚMENES PUBLICADOS

- REYNÉS MONLAUR. — *El Rayo de Luz*, Escenas evangélicas.
" " — *Después de la hora nona*, Narración de los tiempos apostólicos.
" " — *Mirarán hacia Él*, Episodios evangélicos.
" " — *Almas Celtas*.
" " — *Alain y Vanna*.
ROBERTO HUGO BENSON. — *El Amo del mundo*.
" " " — *La tragedia de la Reina*.
P. R. DEL VALLE RUIZ. — O. S. A. *Mis canciones*, Obras poéticas.
¡Sursum Corda! CARTAS DE LA CONDESA DE SAINT - MARTIAL (SOR BLANCA, HERMANA DE LA CARIDAD).
EUGENIA DE GUÉRIN. — *Diario y fragmentos*.
FRANCISCO COPPÉE. — *Frutos del dolor*.
JUAN DE LA BRETE. — *Mi párroco y mi tío*.
FERMÍN SACHISTÁN. — *Regalo de boda*, Libreto del Matrimonio con los cantares y refranes que tiene la obra.
ENRIQUE BORDEAUX. — *El miedo de vivir*.
" " — *Noviazgo de prueba*.
ENRIQUE ARDEL. — *Mi primo Guy*.
A. B. ROUTHIER. — *El Centurión*, Novela de los tiempos mesiánicos.

VOLÚMENES EN PREPARACIÓN

- ROBERTO HUGO BENSON. — *Los sentimentales*.
PABLO BOURGET. — *Un santo*.
REYNÉS MONLAUR. — *Jerusalén*, Impresiones de una peregrina.
P. BRUNO DESTRIÈRE, O. S. B. — *A mitad del camino de nuestra vida*.
CARLOS DE VITTIS. — *La novela de una obrera*.
MARQUÉS COSTA DE BEAUREGARD. — *Predestinada*.

1411
A. B. ROUTHIER

EL CENTURIÓN

NOVELA DE LOS TIEMPOS MESIÁNICOS

TRADUCIDA DE LA ÚLTIMA EDICIÓN

POR

FRANCISCO MELGAR

ILUSTRACIONES

DE

JUAN LLIMONA



BARCELONA

GUSTAVO GILI, EDITOR

CALLE UNIVERSIDAD, 45

MCMXIII

PS8485

086

C416

1913

P***

ES PROPIEDAD

Imp. Moderna de GUINART Y PUJOLAR; Bruch, 63.—Barcelona

890251

SECRETARÍA DE ESTADO
DE SU SANTIDAD

Del Vaticano a 26 de Marzo de 1909

Honorable Señor:

El Padre Santo ha agradecido vivamente el homenaje que le ha dedicado V. de su reciente obra EL CENTURIÓN, destinada a inspirar el deseo y el gusto de conocer el Santo Evangelio.

El fin altamente laudable que se ha propuesto V. y los ingeniosos medios puestos por obra para obtenerlo, honran su delicado ingenio y el ardiente celo que le anima.

El Padre Santo, augura, por lo tanto, al libro un éxito digno de su mérito, y de todo corazón concede a V. su bendición más afectuosa.

Agradeciéndole por mi parte el ejemplar con que a mí me ha obsequiado, le ruego acepte el homenaje de mis más devotos sentimientos.

R. Card. Merry del Val



A MIS LECTORES

El libro que os presento es una novela histórica en la que me he propuesto narrar y describir los principales sucesos de la época mesiánica, así como los conflictos religiosos, sociales y domésticos que suscitaron.

En la parte histórica me he ajustado, estrictamente, a los relatos evangélicos.

La parte novelesca o la ficción se desarrolla paralelamente a la historia, sin alterarla ni deformarla, y añadiendo al asunto la parte de interés que conviene a lectores que viven en medio del mundo. Y, por fin, el objeto de mi libro es inspirar a todos el deseo y el gusto de leer los Evangelios.

A. B. Routhier



Primera parte

Cartas

I

GALILEA

Cayo Opio a Tulio

Diez meses hace que tengo el mando de la pequeña guarnición de Magdala, en Galilea, y aunque no olvido a Roma, ni a mi querido amigo Tulio, empiezo a encontrar interesante y agradable este apartado país, que en un principio me parecía un destierro.

Ocupamos un castillo construido en lo alto de una colina, a orillas de un hermosísimo lago, que los galileos llaman el mar de Genezaret.

Al pie de la fortaleza se extiende la ciudad, inclinada hacia el lago. En los cerros vecinos crecen naranjales y viñas, entre los que se vislumbran algunas quintas de recreo, propiedad de ricos judíos o de comerciantes griegos.

A la orilla del agua están alineadas las barcas de los pescadores, y nada más encantador que verlas por la

mañana tomar su vuelo y volver a la tarde, con las alas caídas, como grandes pájaros heridos que regresan al nido.

La sociedad de Magdala, aunque poco numerosa, es bastante escogida, y nada austera de costumbres. Claro está que nos faltan los espectáculos de Roma, y que siempre echamos de menos el Foro, el Campo de Marte, las Termas, los teatros y el Circo. Pero los placeres de nuestra refinada civilización me habían absorbido demasiado, y no me disgusta volver a entrar aquí en posesión de mí mismo. En esta atmósfera de Oriente, renovada sin cesar por los efluvios del desierto, empiezo a recuperar de nuevo mi libertad.

Por otra parte, este país y este pueblo me interesan sobremedida, y aunque más antiguos que Roma, a mí me parecen más jóvenes.

La civilización nos ha envejecido antes de tiempo. Apenas contamos seis o siete siglos de existencia, mientras que la del pueblo judío es doble, y eso no obsta para que su fe y sus creencias estén todavía muy vivaces cuando las nuestras, agostadas, van a morir.

El pueblo parece aquí, como la naturaleza que le rodea, dotado de eterna juventud. ¿Y cómo ha de envejecer cuando su delicioso mar interior, su cielo, sus montañas, sus bosques, su río sagrado (el Jordán), permanecen siempre los mismos, y sobre todo cuando ha sabido conservar la invencible esperanza de un gran porvenir, con los candores, la inocencia y las ilusiones de la infancia?

Bien lo prueba lo que aquí sucede desde hace un año. No se oye hablar por todas partes más que de predicciones, de profecías, de un Mesías esperado desde hace siglos, y que parece ha llegado al fin para redimir a su pueblo y restaurar el reino de Israel.

Desde mi llegada supe que un gran profeta, llamado Juan, predicaba a las multitudes en el desierto, y las bautizaba en las aguas del Jordán. Ahora se habla de otro profeta, mayor que el primero, que enseña en las sinagogas, que cura a los enfermos y a los lisiados, y devuelve la vista a los ciegos y el habla a los mudos.

Interin puedo informarme de esos acontecimientos, que remueven profundamente a las masas, admiro las bellezas y encantos de este país lleno de sol.

Comprendo que los profetas le hayan escogido para fijar en él el reino de Dios. Si su antiguo edén, su paraíso perdido, pudiera descubrirse en alguna parte, en ninguna mejor que aquí. Y si la edad de oro, cantada por Ovidio, pudiera renacer, el lago de Genezaret debiera ser su cuna.

¿Recuerdas a este propósito que nuestro poeta hace remontar la edad de oro al principio del mundo y la termina en el jardín de las Hespérides, donde había un árbol maravilloso, cargado de frutos de oro, guardado por una serpiente monstruosa?

¿De dónde esa leyenda? Sin duda Ovidio descubrió sus elementos en Hesiodo, pero éste ¿de dónde los sacó? Pues bien, amigo mío, la leyenda la sacó sencillamente de los libros de Moisés, escritos quince siglos ha, los cuales refieren que el primer hombre fué colocado en un jardín de delicias del que Dios le arrojó, por haber comido el fruto de un árbol prodigioso, por la sugestión del espíritu del mal, disfrazado de serpiente.

¿No es curioso descubrir que los primitivos poetas griegos y nuestro Ovidio parecen haber sacado de los Libros Santos de los judíos el tema de sus poesías cosmogónicas?

No puedes imaginarte con qué interés estudio el hebreo en esos libros extraordinarios que los judíos llaman la Biblia, ocupación a la que consagro todo el tiempo que mis deberes militares me dejan. Cuando me canso, monto a caballo y recorro el país.

La Galilea mide apenas cien millas cuadradas, y contiene aproximadamente doscientas aldeas, quince ciudades y casi tres millones de habitantes.

Gran parte de éstos son griegos, y aun hay ciudades enteras que son más griegas que judías; pero a pesar de esa mezcla exótica y de la dominación romana, el país permanece siempre judío y la autoridad en él dominante continúa siendo la teocrática.

El suelo es fértil y muy pintoresco. Ora montañoso, ora simplemente ondulado, produce cereales, vino, olivos, higueras y ricos pastos para el ganado.

Su precioso mar en miniatura es una joya magníficamente engarzada, y la circunstancia de estar constantemente sumergido en un baño de luz, duplica el esplendor de sus cambiantes matices.

Horas enteras paso mirando las barcas que en todos sentidos la surcan, y que me recuerdan las de Castellamare, el pueblo en que nací, hasta el punto de hacerme olvidar, a veces, que estoy en Oriente.

En efecto, el sol de Italia es el que blanquea esas lejanas velas, y el que traza surcos de luz y de fuego sobre las olas rizadas por la brisa, y cielo de Italia es ese cielo de lápislázuli veteado aquí y allá de venas grises.

Pero cuando mis miradas se vuelven hacia la carretera, Italia se desvanece, y caigo en Oriente de nuevo. Las caravanas que desfilan, al paso rítmico de los camellos, por los caminos que vienen de Tiro, de Sidón y de Damasco; los campamentos de los árabes que prosiguen su vida nómada a través del desierto; los judíos rebozados en sus amplias túnicas de vistosos colores, las mujeres, veladas, que van, con grandes ánforas en la cabeza, a tomar agua en la fuente pública, sus asnos, amigos y compañeros del hombre, todo me hace recordar que estoy, en efecto, muy lejos de Roma. — «Vale, Nonis Novembris»

-- 5 de Noviembre, año 780 de Roma.--Magdala.

II

LAS ORILLAS DEL JORDÁN

Cayo Opio a Tulio

Acabo de costear el Jordán, hasta el mar Muerto, por la orilla oriental, a través de las montañas de la Perea, sitios más salvajes, pero mucho más pintorescos, que los de la orilla occidental.

El mar Muerto y el de Genezaret parecen dos anchas copas llenas hasta los bordes por el mismo río, pero ¡cuán diferentes de aspecto!

El último es gracioso, risueño, perfumado como la copa del amor, y sus dulces aguas fertilizan y cubren de flores las orillas. El segundo está lleno de agua espesa y amarga como la copa del odio o de la cólera de un Dios. En vano el Jordán vacía en él precipitadamente sus limpidas ondas, que se hunden en su seno como en un abismo sin fondo, para no reaparecer jamás.

Aquella corriente sagrada y bendita, que derrama la prosperidad sobre Galilea, parece convertirse en agua maldita al caer en el mar Muerto, y siembra la desolación y la muerte sobre sus desiertas orillas.

Fenómeno verdaderamente curioso, cuyo origen me parece muy difícil de explicar si no se acepta la versión de los libros judíos, según los cuales en un día de cólera, hace próximamente quince siglos, Jehová abrió aquel abismo para precipitar en él a cinco ciudades pecadoras.

Dándome prisa a abandonar aquella desolada región, he regresado a mi hermoso lago de Galilea, siguiendo la orilla occidental del Jordán.

Desde mi ventana contemplo una graciosa y minúscula bahía, apresada entre dos cerros, como un ánfora con dos asas, y cuando llega la noche me complace ver las barquitas de blancas velas acudir a ampararse en ella,

mientras Venus, asomada a su balcón, admira el centelleo de sus diamantes en el agua.

Todas nuestras divinidades campestres, en las que no cree el pueblo, prodigan aquí sus beneficios y sus riquezas con una liberalidad a que no nos tienen acostumbrados a los que les tributamos culto, si bien, a la verdad, hartó poco sincero.

He importado de Roma a Palestina mis dioses lares, agrupándolos alrededor de un altar, en el que alimento siempre el fuego sacro. Son los únicos que me inspiran todavía un resto de fe. La llama que sube de su hogar es algo que vive, que brilla, que ilumina, y al verla elevarse por encima de mi morada, parece indicarme que hay otro mundo mejor fuera del que habitamos. Vesta, la gran Vesta, ésa es mi divinidad preferida, porque es pura, porque es virgen.

No me hables más de Venus ni de Apolo. Sus estatuas adornan mi casa, pero, ¡por Júpiter! si no fueran objetos de arte, las vendería, no a los judíos, a quienes inspiran horror, sino a los mercaderes griegos.

En las dos orillas del Jordán, que acabo de recorrer, me han hablado mucho de la nueva religión que el profeta de Nazaret predica a los galileos. Más todavía que sus doctrinas, lo que impresiona a las muchedumbres son los prodigios que verifica por donde quiera que pasa. Gran curiosidad tengo de verle, y sobre todo de oírle, para conocer cuáles son las ideas religiosas que trae al mundo.

Vale. 10 noviembre 780. — Magdala.

III

¿VENUS O VESTA?

Cayo Opio a Tulio

Al separarnos en Roma me decías que encontraría yo aquí alguna seductora asiática o alguna hermosa judía, que sabrían embellecer mi destierro, y pretendías tener derecho a ser el depositario forzoso de mis confidencias sobre el particular.

Pues bien, mi querido amigo, si te escribo en estos momentos lo hago menos para reiterarte mi amistad que para referirte un principio de aventura, que podría terminar en delicioso idilio, o en drama.

¿Querrá Venus castigarme por haberla despreciado en la última carta que te escribí? ¿o será, por el contrario, Vesta, la que querrá recompensarme por haberla elogiado? No lo sé, pero me inclino a creer que no es una sacerdotisa de Citeres, sino más bien una vestal, la mujer que he encontrado hace dos días.

Volvía a caballo de un paseo a Tiberíades cuando en una avenida que conduce a una elegante casa de campo, vi a una joven, acompañada de su criada, que corría precipitadamente, huyendo con espanto de un hombre que la perseguía y que ya estaba a punto de alcanzarla. Como buen guardián del orden público, volé a su socorro, y bastó la vista de mi espada para poner en fuga al importuno.

La joven me dió gracias muy conmovida y me permitió acompañarla hasta su puerta, invitándome a descansar. Pero lo hizo como cohibida, y sin levantar apenas los ojos del suelo, y yo creí no deber aceptar, aunque solicitando el permiso de volver otro día a pedir noticias suyas. No me contestó, y cuando ayer llamé a su puerta, no fui recibido.

Ya me conoces lo bastante para saber que no soy ni exaltado, ni entusiasta, ni inflamable. Pues bien, te confieso que esta mujer me ha fascinado, y por cierto, aunque te parezca extraño, sin poner ella nada de su parte para conseguirlo. Lejos de eso; me ha parecido que velaba el brillo de sus miradas para aparecer a mis ojos como una mujer ordinaria. Tú pensarás, acaso, que eso es ardid de coqueta, pero no sé por qué creo más en su candor y en su honradez que en la virtud de nuestras vestales.

No he encontrado en Oriente judía más hermosa. Morena, de elevada estatura, esbelta y elegante, su busto es digno de Venus. En sus ojos negros y profundos arde un fuego que pudiera llamarse sombrío. Se parecen a los ojos de ciertos marinos que a fuerza de contemplar intensamente el mar y el cielo, han llegado a apropiarse los resplandores de abismo del primero y los relámpagos de tempestad del segundo.

Apuesto a que, cuando la desata, su abundante cabellera debe llegar hasta sus pies.

¿Quién es? ¿cuál es su historia? ¿Por qué vive sola con sus criados? Lo ignoro; pero lo sabré. Por de pronto, lo que afirmo es que es hermosa, distinguida, seductora, y que parece no saberlo, o a lo menos, no desear que se le diga. Hasta muy pronto.

12 diciembre 780. — Magdala.

IV

REY CONTRA PROFETA

Cayo Opio a Tulio

Juan el Bautista: tal es el nombre del profeta de quien te hablé en mi primera carta, y que acaba de ser encarce-

lado por orden del rey de Galilea. Su historia merece conocerse.

Ya sabes que Galilea y la Perea están gobernadas bajo el protectorado de Roma y con más o menos restricciones, por el rey Herodes.

Este, aunque hijo de Herodes el Grande, sólo heredó de su padre los vicios.

Casado con la hija de Aretas, rey de Arabia, sedujo y robó a Herodías, mujer de su hermano Felipe, y al mismo tiempo sobrina suya, y se casó con ella.

La hija de Aretas volvió a casa de su padre, quien ha jurado odio y venganza inextinguible a Herodes, y que acecha la ocasión favorable para declararle la guerra.

Entretanto Herodías goza de su encumbramiento, y los dos amantes se entregan a toda clase de placeres.

Herodes habita un palacio notable por su elegancia y por su lujo, en la preciosa ciudad de Tiberíades, llamada así en honor de nuestro Emperador, ciudad de creación reciente que el rey actual ha convertido en centro cosmopolita, a la par que en población romana. Hállase admirablemente situada a orillas del lago, no lejos de Magdala, y cuando la visito me complazco en ver allí reproducidos en pequeño los pórticos, las termas, los teatros y los lugares de distracción de Roma.

Los galileos están muy escandalizados de la conducta de su rey; pero el terror que éste les inspira sella sus labios, y esa pareja incestuosa y adúltera desafiaba impunemente la conciencia pública, cuando una voz poderosa se ha dejado oír, denunciando el escándalo.

Esa voz era la del profeta Juan, apellidado el Bautista, porque bautizaba a sus discípulos en las aguas del Jordán. Y ahí tienes, mi querido amigo, un tipo extraordinario, que hubiese causado honda sensación en el Foro romano.

Ese hombre es la encarnación del desierto, que ha habitado por espacio de veinte años. En esos veinte años ha guardado silencio, hasta que de repente se convirtió un día en una voz, pero una voz tal que el mundo no ha oído otra semejante. No sólo habla su boca, sino que

hablan su fisonomía, su actitud, sus ademanes, su vida: todo habla en él, y todo es elocuente. Después de haber sido el mutismo hecho carne, se ha transformado en la personificación de la palabra, y cuando se le pregunta quién es, se limita a contestar: *ego sum vox*.

Habla como hablaría tal vez el hombre primitivo, o más bien habla el lenguaje de un mundo misterioso que los demás no conocemos, y que a él han debido revelar las visiones de su vida solitaria.

Tal es el hombre que ha osado erguirse enfrente de Herodes Antipas. En las sinagogas, en las orillas del Jordán, y en la playa misma de Tiberíades, do quiera que su predicación atraía las multitudes, Juan lanzaba los más terribles anatemas contra el rey y su vida escandalosa.

Los guardias del palacio le pusieron preso, conduciéndole delante de Herodes. Pero allí mismo, en presencia de los cortesanos y de Herodías, estremecido de indignación, ha continuado acusando, en vez de excusarse, y ha dicho a la real pareja: «vuestra conducta es criminal».

La reina, ofendida, quería que Juan fuese ejecutado inmediatamente; pero el rey no lo consintió, ordenando encerrar al prisionero en su castillo de Maquerón, en el fondo de las montañas de Moab, en la Perea.

Regresaba yo ayer de un paseo por el sur de Tiberíades, que se encuentra a seis millas de Magdala, y llegaba a las puertas de la ciudad, cuando me encontré al desgraciado profeta conducido por los soldados galileos.

Llevaba descubierta la cabeza y desnudos los pies, y vestido el cuerpo con ropas gruesas tejidas con pelo de camello. Pero su cabellera flotaba al viento, formándole como una aureola luminosa, y sus ojos, levantados al cielo, lanzaban relámpagos.

Los soldados le injuriaban y escarnecían, sin que pareciese oírles. Su boca elocuente, que ha arrebatado de entusiasmo a un pueblo entero, permanecía cerrada, acaso para siempre.

Y ahí verás, mi querido Tulio, cómo los dueños de la tierra saben ahogar el grito de las conciencias honradas,

y las voces varoniles que se atreven a proclamar la verdad y a defender la moral. Grande necesidad tiene el mundo de ser regenerado, y urge ya que llegue ese Mesías, esperado por los judíos.

Vale. 20 diciembre 780. — Magdala.

V

EL DIVINO TIBERIO

Tulio a Cayo Opio

He recibido tus dos primeras cartas, escritas en Magdala, y envidio tu destino. Hubo un tiempo en que por nada del mundo hubiese consentido en vivir fuera de Roma; pero hoy su atmósfera me pesa y sus falsos placeres me hastían. No la echés de menos, amigo mío.

La religión, las costumbres, las instituciones, están en decadencia. Ya no creemos en los dioses del Olimpo, que indudablemente eran sólo fábulas; pero los hemos reemplazado por otros que, valiendo mucho menos, son, por desgracia, realidades.

Las divinidades antiguas nos molestaban tanto menos cuanto que eran solamente mitos. Los dioses del día son, en cambio, seres vivientes y maléficos, que nos explotan, nos saquean, nos gobiernan duramente, espían nuestros pasos y nos tiranizan. Júpiter se llama hoy Tiberio, y está en Capri, que ha convertido en un Eliseo.

Allí goza de un lujo desenfrenado, y de todos los placeres que es posible inventar para excitar y satisfacer sus gastados apetitos. El incienso arde sin cesar delante de su divinidad, tan grotesca como cruel. Todos le festejan, todos le adulan, y los artistas ofrecen a la adoración del pueblo imágenes del nuevo ídolo.

Entretanto nosotros gemimos bajo el yugo despótico de otro dios que tu conoces: Sejano. Sejano ha llegado a la cumbre del poder. Sus estatuas inundan el Foro y el Senado besa sus pies.

Con diabólica habilidad continúa preparando su elevación al trono, del que aparta a todos los que pueden cerrarle el camino.

Tiberio es el único que ignora, aunque algún día llegará a saberlo, que Sejano es el verdadero envenenador de su hijo Druso, que debía sucederle.

Agripina, la digna viuda del desdichado Germánico, está amenazada de destierro, con sus hijos.

Esto es lo que pasa en el mundo de los nuevos dioses.

En cuanto a los simples mortales, valemos casi tan poco como ellos. Los célibes hemos renunciado a casarnos. Los casados han convertido en materia de diversión el divorcio. Las mujeres se parecen cada día más a aquella que Cicerón llamaba «la mujer de los múltiples maridos» (*mulier multarum nuptiarum*).

El teatro y los juegos no tienen ya más objeto que corromper las costumbres, y los circos son lugares de prostitución, en los que no son solamente del pueblo bajo todas las mujeres que allí acuden.

La virtud va a morir, la esperanza ya ha muerto, y los que padecen no cuentan más que con un solo refugio: el suicidio.

¡Ah! ¡Qué feliz eres en vivir lejos de este foco de pestilencia! Ahí puedes templar tu alma en la contemplación y el estudio de la naturaleza, gozar de espectáculos nuevos y extraordinarios, rozarte con un pueblo más viejo que Roma, y al que han conservado, sin embargo, la juventud, su fe y sus esperanzas.

Aprendes, me dices, el hebreo, y lees los libros de Moisés. ¡Qué curiosos deben ser esos estudios para un hombre versado, como tú, en las letras griegas y latinas!

Escribeme con frecuencia, y ténme al corriente de todo lo que te interese en el original país que habitas. Adiós.

Roma, 2 enero 781.

VI

¿QUIÉN ES ELLA?

Cayo Opio a Tulio

He vuelto a ver a mi bella incógnita. Uno de sus criados me abrió la puerta y me dijo que su ama había salido, y ya iba a retirarme, muy contrariado, cuando la vislumbré en el fondo de una alameda de su jardín, y me dirigí a ella. Me volvía la espalda, y andaba lentamente, envuelta simplemente en una túnica de seda blanca rayada de negro. Fué a sentarse en un banco de piedra, y empezó a leer un rollo de papiro que contenía, según después me dijo, «las profecías de Daniel».

Al ruido de mis pasos se levantó y se adelantó pausadamente a mi encuentro. La expresión de su fisonomía me indicó claramente que la importunaba.

Pero no necesité recordarla mi nombre, ni el servicio que la había prestado. Aunque turbada por la insistencia de mis miradas, ella fué la primera en entablar conversación, y en hablarme de nuestro casual encuentro, pero sin levantar apenas de la tierra sus magníficos ojos.

Las hermosas acacias que, sobre nuestras cabezas, dejaban filtrar los rayos del sol a través de sus cinceladas hojas, no daban la sombra suficiente a nuestro paseo, y la propuse ir a sentarnos en una especie de templete que se veía a corta distancia, resguardado por espeso follaje. Me contestó que había llegado su hora habitual de retirarse, y no me invitó a seguirla.

Tendrás, sin duda, curiosidad de saber qué hemos podido decirnos.

Nada ¡ay de mí! que pueda hacerme esperar el menor éxito sentimental.

Me dió gracias de nuevo por haberla librado de un importuno, y la contesté, con completa sinceridad, que era

yo el que daba gracias a los dioses por haberme procurado esta ocasión de conocerla. Después de una pausa, seguida de un prolongado suspiro, me dijo: «no creo en vuestros dioses». Y con gran habilidad me arrastró a una controversia religiosa.

Cree en un solo Dios: Jehová, y en una sola religión: la de Moisés.

Después de haber defendido, bien tibiamente por cierto, a los dioses de Roma, la dije, para traer de nuevo la conversación al terreno amoroso:

Ignoro si hay un Dios solo, o varios. Los homenajes debidos a la divinidad me complace más tributárselos a aquellas de sus obras que lo merecen, y cuando me encuentro al lado de una mujer como vos, me limito a adorarla.

—No profanéis esa palabra, me replicó con tono severo: sólo a Dios debemos adoración.

Y dirigiéndose hacia la casa, me saludó con un movimiento de mano que debía traducirse: «no tenemos más que decirnos».

¿Quién podrá ser esa mujer extraordinaria?

4 enero, 781. —Magdala.

VII

MYRIAM

CAYO A TULIO

Mi hermosa judía es un misterio, y he recogido de su inexplicable historia muchos datos. Se llama Myriam, y procede de Betania, donde su familia posee un castillo. Estuvo casada con uno de los jefes de la sinagoga de Magdala, doctor judío, con el que vivió dos años, al cabo de

los cuales la infeliz fué seducida por un oficial de nuestra guarnición, que tú has debido conocer en Roma, llamado Pandera.

Yo recuerdo haberle visto en Cesarea. El marido abandonó a su mujer, y denunció al seductor a las autoridades militares, que le trasladaron inmediatamente de guarnición. La pobre Myriam se consoló con otros, y su mala conducta, que fué pronto del dominio público, la convirtió en un escándalo para Magdala. Su marido murió al poco tiempo, y ella, con el dinero de su dote, que era considerable, vivía aquí suntuosamente.

Ahora bien, no hace aún dos meses, despidió bruscamente a todos los galanes que la cortejaban, y cambió radicalmente de manera de vivir.

El último de sus admiradores, un joven comerciante griego, riquísimo, que persistía en asediarla, es el que yo puse en fuga, se lo te referí en una de mis cartas anteriores.

¿Cuál es la explicación de este cambio? Aquí es donde empieza el misterio.

La hermosa Myriam se encontró un día con el gran Profeta, y la primera mirada que éste posó sobre ella, la conmovió hasta el fondo de las entrañas.

Era una mirada, me han dicho, acusadora, penetrante, que leía hasta lo más recóndito del corazón, y que paseaba la sonda por todas sus vergüenzas.

Myriam bajó los ojos delante de aquella mirada, que no podía soportar, y sintió el rubor subir a su frente, tan poco habituada a enrojecer.

Cuando levantó la vista, la terrible mirada del profeta seguía siempre clavada en ella, y la multitud, que lo había advertido, la contemplaba también con desprecio. Llena de confusión se apresuró a huir de aquel sitio, y desde entonces, dicen, no cesa de ver, ni aun cuando duerme, la aterradora mirada del hombre Dios, y arrepentida de su pasado, siente dolores íntimos que jamás había conocido, y llora con lágrimas de sus ojos sus iniquidades, aspirando únicamente a que su conducta futura la alcance el perdón del Profeta.

Esto es todo lo que he podido descubrir relativamente a mi bella judía. Naturalmente, la historia me parecía muy obscura, y ardía en deseos de saber lo que había en ella de cierto, y sobre todo de sincero, pues de una parte no soy bastante cándido para creerlo todo a ojos cerrados, y de otra admiraba demasiado a la hermosa Myriam para renunciar fácilmente a la esperanza de conquistarla. Me propuse, por lo tanto, verla otra vez, y al fin lo conseguí, no sin trabajo, pues su puerta está cerrada para todo el mundo. A mí se me abrió gracias a la complicidad de su criada acompañante, y so pretexto de un asunto de importancia, pude celebrar con ella otra entrevista.

Al principio fingí ignorar por completo su historia, y le manifesté mi admiración en los términos más delicados y discretos.

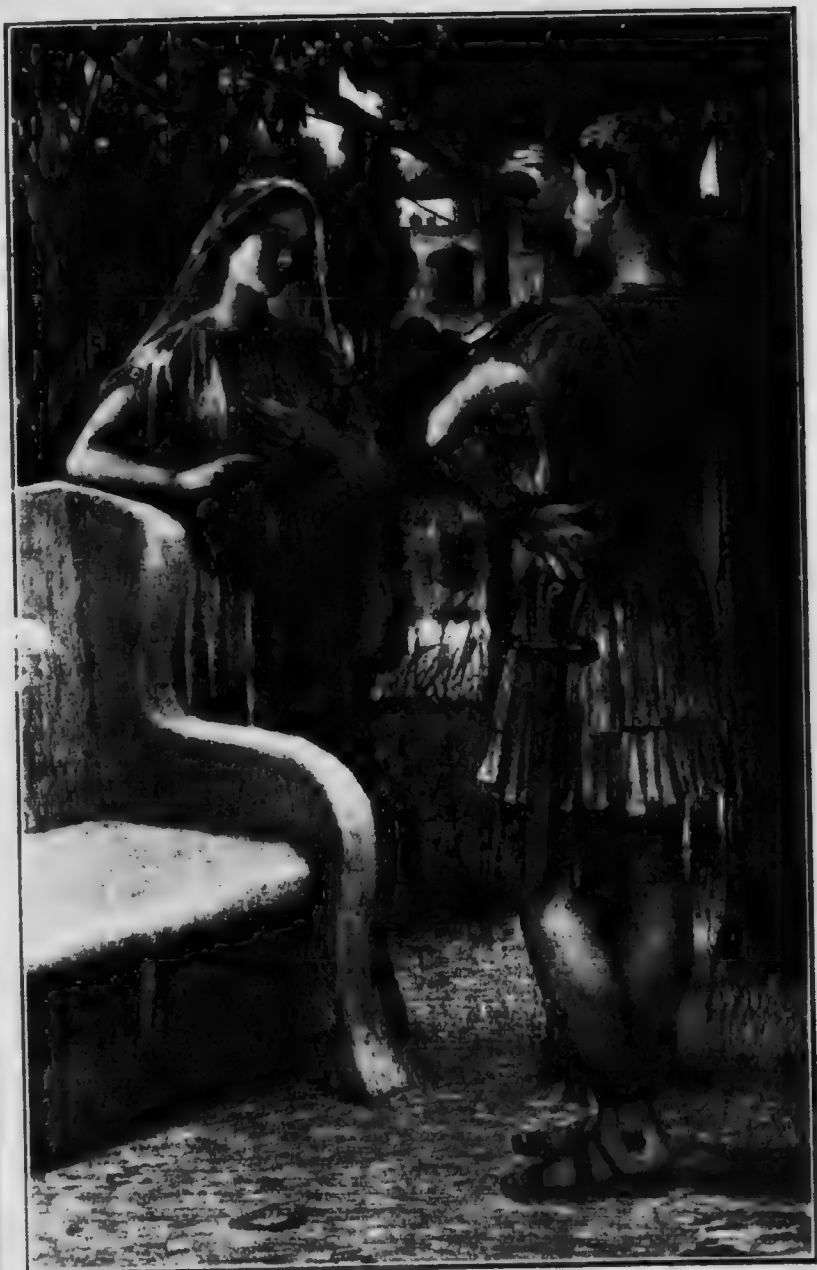
Describiéndola toda la sinceridad de mis sentimientos, imploraba la gracia de una sonrisa y de una dulce palabra de la que había ganado mi corazón con sus miradas, que reflejaban un candor virginal.

Mientras hablé, Myriam tuvo siempre los ojos bajos. Cuando los levantó, se veía en ellos profunda tristeza. Una amarga sonrisa dilató sus labios, y me contestó sencillamente: «No conocéis a la que estáis hablando. Si la conocierais os inspiraría otros sentimientos y otro lenguaje. Deploro con toda el alma que mis miradas os hayan inducido a ese error, y os aconsejo que ofrezcáis a otra un amor que no es digno de mí, si es puro, ni digno de vos si no lo es. Toda relación entre nosotros es imposible, y os pido como insigne favor que no procuréis verme nunca más».

Y como para significar que la visita había terminado, se puso en pie. Yo la supliqué que me escuchara todavía, y añadí:

— Myriam, os conozco y sé toda vuestra historia. Permitidme, a pesar de todo, admiraros, y concededme un poco de amistad.

¡Ah! ¿conocéis mi historia? replicó ruborizándose. ¿Y esa historia, en lugar de apartaros de mí, os atrae?





En ese caso, Centurión, perdéis la estima que empezaba a sentir hacia vuestra persona, y permitidme añadir que estáis muy engañado. La mujer a la que ofrecéis vuestro amor ha muerto, y no resucitará nunca. Si el respeto de vuestra dignidad no basta para que consideréis mi pasado como un obstáculo entre nosotros, aun me falta deciros que un amor inexplicable, y del que nunca podréis formaros idea, me separa, para siempre, de todos los otros amores. Hay un ser extraordinario, que apenas conozco, al que he dado mi alma entera. ¿Es un hombre? ¿Es un Dios? Lo ignoro. Nunca me ha dirigido la palabra, y no he tocado ni siquiera la orla de su manto. Sin embargo, mi corazón está todo lleno de amor por él, y toda mi vida le pertenece. Una sola mirada suya ha obrado ese prodigio, y os juro que Myriam no amará jamás, jamás, a otro mortal.

Pronunciadas estas palabras se puso en pie, majestuosa y austera, y volviéndome la espalda se retiró a sus habitaciones, mientras que un criado corría a abrirme la puerta de la calle.

Mucho vas a burlarte de mí, querido Tulio, y concedo que te sobrará razón. Pero confiesa que mi aventura merecía ser contada. Si hay en ella alguna otra peripecia, te la comunicaré.

12 enero, 781.—Magdala.

VIII

LOS DISCÍPULOS DEL PROFETA

CAYO A TULIO

Todo lo que oigo relativo al Profeta, es cada vez más extraordinario. El pueblo piensa que va a restaurar el

reino de Israel y por consiguiente a concluir con la dominación romana en este país. Si lo quisiera, sería un formidable rebelde. Aguijoneado por esta idea, giré ayer una visita, por la parte de Cafarnaum, para informarme mejor de este candidato a la corona, a quien el pueblo ha querido ya proclamar rey, en las montañas de la Perea.

Ante todo he procurado conocer a los que se llaman sus discípulos, y habiéndome señalado como tales a cinco o seis que estaban a orillas del lago, sentados en los rebordes de dos barcas, puestas a secar sobre la arena, me acerqué a ellos, y traté de hacerles hablar, mientras recomendaban sus redes.

Son humildes pescadores, pobremente vestidos y desprovistos, por lo general, de instrucción.

Algunos eran discípulos de Juan el Bautista, que los bautizó en el Jordán. Les interrogué, y te aseguro que no es nada difícil sonsacarles lo que piensan, porque responden a todas las preguntas con sencillez y franqueza asombrosas.

Es evidente que no tienen nada que ocultar, y que obran a la luz del día; pero el misterio que envuelve a su Maestro es tan impenetrable para sus ojos como para los de la muchedumbre.

Lo primero que quise saber es cómo se habían convertido en discípulos del Profeta, y por qué habían abandonado a Juan.

Porque Juan, me contestó uno de ellos, no era más que un precursor. Ciertamente es gran profeta y que éramos felices al escucharle cuando predicaba en Betabara, donde nos decía hermosas y grandes palabras, pero nos advertía al mismo tiempo que detrás de él vendría otro mucho más grande.

Y cuando le preguntábamos, si él era el Mesías esperado, nos contestaba: ¡No!

Ahora bien, un día que éste y yo nos hallábamos en Betaraba...

En aquel punto le interrumpí para preguntarles sus nombres.

Este, me replicó, se llama Andrés, y yo Juan. Decía, pues, que un día que estábamos con nuestro maestro Juan el Bautista, Jesús de Nazaret pasó cerca de nosotros, y Juan, designándole con el dedo, la fisonomía transfigurada por la emoción y el éxtasis, exclamó: «Ese es el cordero de Dios, que borra los pecados del mundo.» Y se prosternó en tierra, imitándole nosotros. Cuando nos levantamos, nuestro primer maestro, sin pronunciar palabra, pues la emoción se lo impedía, nos volvió a señalar a Jesús de Nazaret, que se alejaba por la orilla del Jordán.

Su ademán significaba que a él era a quien debíamos seguir en adelante, y nos separamos de Juan, el Bautista, no sin pena.

Dominados por un sentimiento desconocido, comprendimos que empezaba para nosotros una nueva vida y que nos era forzoso obedecer a un llamamiento íntimo y misterioso.

Seguimos de lejos a Jesús, no atreviéndonos a acercarnos, ni a hablarle, hasta que se volvió y nos dijo:

¿Qué buscáis?

Buscamos al Mesías, y nos habíamos afiliado a Juan, el Bautista, pensando que era él; pero acaba de darnos a entender que sois vos. ¿Dónde vivís, Maestro?

Seguidme, y lo veréis, nos dijo. Y le seguimos.

¿Tenía casa? pregunté yo.

Habitaba en Cafarnaum, pero aquella noche nos acostamos en una tienda rústica, construída, a orillas del Jordán, con ramas de palmeras hincadas en el suelo, y después atadas entre sí por lo alto, para que formaran como los arcos de una bóveda. En aquella parte oriental del Jordán no hay posadas.

Al otro día le seguimos hasta aquí, y ya no le hemos abandonado nunca.

¿Y los otros discípulos? pregunté yo.

—Aquí los ha encontrado, como por casualidad, a orillas del lago, diciendo a cada uno: «sígueme». Y le han seguido.

¿Dónde vive ahora?

—Aquí, muy cerca, en aquella casa de ladrillos, formada por un piso bajo, cubierta por una azotea, y encima un cuarto, que el Maestro ocupa, y al que se sube por esa escalera de piedra que desde aquí se ve, pegada a la pared exterior.

¿Vive solo?

—No; con su madre y su tía, que las dos son viudas. También viven con él sus hermanos.

¿Qué hermanos?

—Los hijos de su tía y de su difunto tío.

—¿Qué era ese tío?

—Un artesano, llamado Cleofás.

—Y su padre ¿quién es?

Era un carpintero, que murió en Nazaret, donde la familia ha vivido unos treinta años.

¿Y por qué salió de allí?

—Porque los nazarenos se incomodaron con el Profeta y querían matarle cuando les anunció que era el Mesías.

¿Y, sin embargo, vosotros creéis que lo es?

Lo creemos.

—¿No os parece extraordinario que el hijo de un carpintero pueda ser el Mesías?

Sí; pero nos dice que su Padre verdadero es Dios.

—¿Cómo pueden conciliarse las dos cosas?

Lo ignoramos.

¿Y creéis una cosa que no comprendéis?

Sí; para *saber* hace falta comprender, pero para *creer* no. Hay en el universo miles de cosas en las que creéis, y que no podríais explicarnos. El verdadero objeto de la fe es el misterio. Largos siglos hace que el pueblo judío cree en Jehová, sin comprenderle. ¿Por qué no hemos de creer en su Hijo sin comprenderle tampoco?

Si le conocierais, Centurión, también creeríais. Su palabra no se parece a la de ningún otro hombre, y sus obras demuestran un poder sobrehumano.

En aquel momento vi salir una mujer de casa del Profeta. Era hermosa y representaba 45 años. Iba a buscar

agua a la fuente pública, con su ánfora en el hombro derecho, que sostenía con la mano.

—¿Quién es esa mujer? pregunté al que se llamaba Juan. Pero éste había ya corrido para ayudar a la galilea, y Andrés fué quien me respondió: la Madre del Profeta.

No sé por qué, mi querido Tulio, pero la vista de aquella humilde viuda de un artesano me conmovió hondamente, y sólo con verla exclamé: no es una mujer como las demás.

Cuando regresó Juan, reanudé la conversación, mientras los otros discípulos remendaban las redes.

—¿Y qué hace vuestro Maestro en este pequeño lugar, que parece ser el centro de sus operaciones?

—¡Oh! Sus operaciones, me respondió Juan, no se parecen a las vuestras, y nada tienen de militar.

—¿Pues qué carácter tienen?

—El se llama a sí propio un pastor, y dice que ha sido enviado para buscar las ovejas descarriadas de Israel. Esa es la misión que, en efecto, ejerce desde que nosotros le seguimos, y en su rebaño, que cada día aumenta, hay ya dos ovejas que hoy no pueden ser más fieles, ni ayer más extraviadas. Una se llamaba Fotina, la Samaritana, y otra Myriam de Magdala.

—Conozco a Myriam de Magdala, le respondí, y tendría gran curiosidad de oír la historia de Fotina. Espero que me la contaréis algún día. Pero por ahora lo que más me interesa es vuestro Maestro. ¿Quiere verdaderamente restaurar el reino de Israel y hacerse proclamar rey?

Juan vacilaba en contestarme, hasta que al fin me dijo con candor y franqueza admirables:

Bien lo quisiéramos nosotros, sus discípulos; pero nos desconsuela al ver que nada parece más distante de sus proyectos. El otro día se esquivó, cuando una gran multitud vino a aclamarle como rey, y a nosotros nos dice con frecuencia que su reino no es de este mundo.

Ya he oído otra vez esas palabras. Pero ¿qué significan? Si no es rey de este mundo, ¿de cuál otro puede serlo?

Del mundo de las almas.

¿Y cómo llamará a sí todas las almas?

Con su palabra.

¿Nada más?

Con sus milagros

¿Y si su palabra y sus milagros no bastan?

Con su sangre.

¡Cómo! ¿Quiere morir?

Así lo dice.

Pero la muerte es el fin de todo.

El dice que es el principio.

Pero cuando esté muerto, todos le olvidarán.

El pretende que, por el contrario, entonces es cuando atraerá a todos.

Todo eso es muy extraño.

Sí.

Es increíble.

Sí.

Es opuesto a la experiencia de todos los siglos.

Sí.

—¿Entonces no lo creéis?

Lo creemos, pero sin comprenderlo.

Y cuando se muera, ¿qué será de vosotros? ¿Qué haréis?

Lo ignoramos. Probablemente antes de morir nos dirá qué debemos hacer, y lo haremos.

—¡Magnífica abnegación! ¿Qué recompensa esperáis?

Un asiento en su reino.

¿En su reino que no es de este mundo?

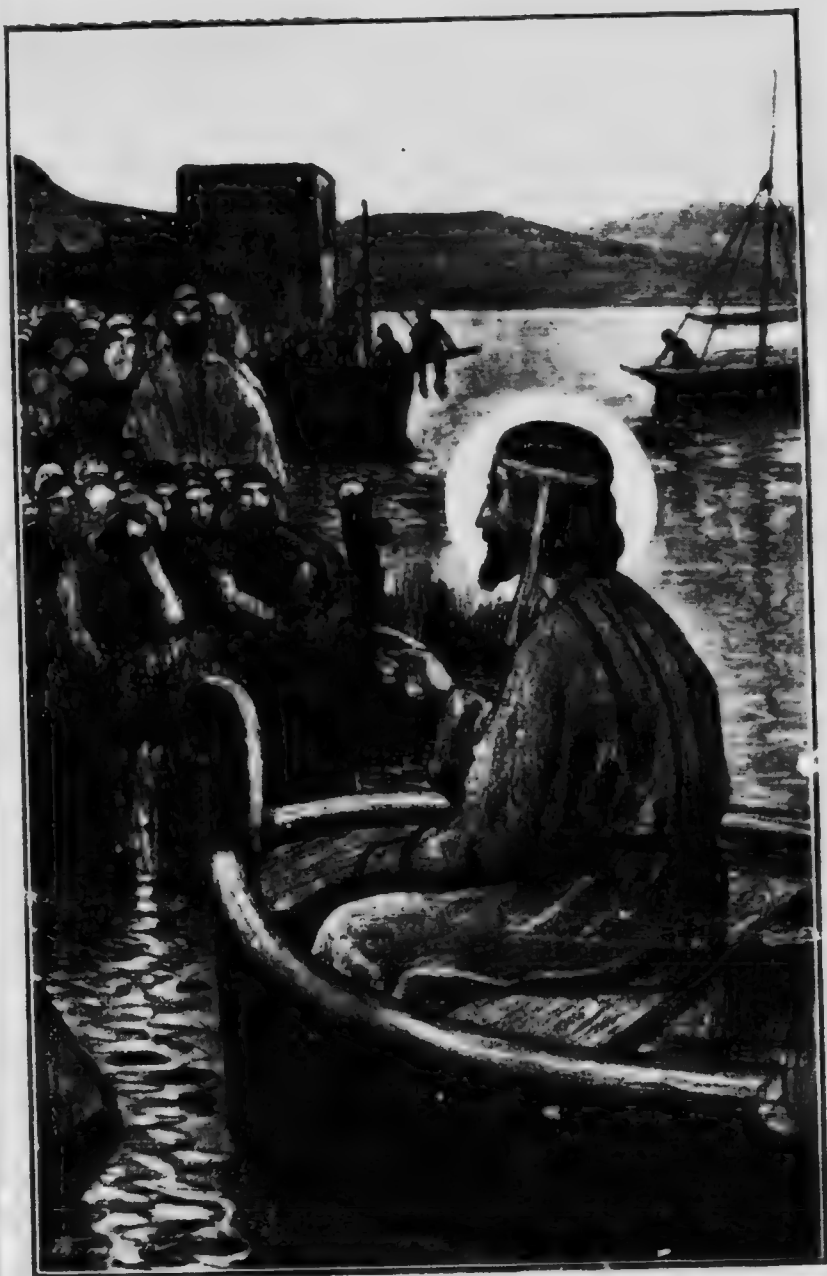
Sí.

Todo esto me parece bien estrambótico, y me extraña que no procuréis aseguráros algo más positivo y material.

Mi madre piensa lo mismo, y se ha decidido a preguntarle qué tenía reservado para sus hijos, Santiago y yo.

—Y qué ha contestado?

—Que ella no sabía lo que le preguntaba, y que su





hijos tendrían que beber el mismo cáliz que él, es decir, sufrir y morir lo mismo.

¿Y a pesar de eso persistís en seguirle?

Sí.

Pues no debe encontrar en todos un desinterés parecido.

No; el otro día, un escriba muy listo y muy ambicioso, que había pensado asegurarse un buen porvenir asociándose a nuestro Maestro, vino a decirle: os seguiré a todas partes. Jesús le miró cara a cara y le replicó: los raposos tienen sus madrigueras y los pájaros sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reposar su cabeza. El escriba comprendió, y le volvió la espalda.

Y otro le dijo: «quiero seguiros, pero dejadme arreglar algunos asuntos de mi casa.» Y Jesús le respondió: «el que mira atrás al poner la mano en el arado, no es apto para el reino de Dios.» Y el escriba se fué.

¿Entonces vuestro Maestro exige que se abandone todo inmediatamente para seguirle?

Sí.

¿Pero de qué vivís entonces?

Del producto de nuestra pesca, de los bienes que algunos de nosotros poseían y que han entregado a la comunidad, y de los donativos que recibe el Maestro.

¿Tenéis un tesorero, un depositario, un administrador de la caja común?

Sí; precisamente aquí está, que vuelve de comprar las provisiones para mañana.

Y me presentó al recién llegado con el nombre de Judas de Keriot. Es un tipo judío acentuadísimo, que parece muy inteligente, pero que tiene la mirada falsa. Mucho me extrañaría que éste llevase miras desinteresadas al seguir al Profeta.

En aquel instante cuatro de los discípulos acababan de botar una barca al mar, y Juan me abandonó para reunirse con ellos. Les miré alejarse a fuerza de remos, y regresé lentamente a Magdala costearo el lago.

No puedo comprender qué papel reserva el Profeta a

esos pobres pescadores: pero sí he adquirido la evidencia de que éstos no conspiran, ni sueñan en sacudir el yugo de Roma.

10 Marzo 781. —Magdala

IX

JESÚS DE NAZARET

CAYO A TULIO

Por fin, querido Tulio, he visto al Profeta, le he oído predicar, y he podido admirar, al mismo tiempo que su elocuencia, la belleza de sus facciones.

Voy, por lo tanto, a darte una idea de su palabra, y a trazarte su retrato.

Hace pocos días, a la cabeza de unos cuantos legionarios, iba a girar una visita por la parte de Caná, detrás de Cafarnaum, cuando en la vertiente de una montaña, descubrí una gran multitud de hombres y mujeres sentados por grupos en la hierba y sumidos en religioso silencio. Sobre una pequeña elevación se destacaba el Profeta, vestido enteramente de blanco, en pie, majestuoso y solemne, como debió estarlo su Moisés en las alturas del Sinaí.

Vi que levantaba con frecuencia los brazos al cielo, y comprendí que dirigía la palabra a aquella recogida multitud. Acerquéme para escuchar, y me confundí entre los oyentes, sin que ninguno de ellos pareciese advertirlo, tan absortos estaban por las palabras del Profeta.

¿Y sabes tú lo que éste les decía? Puedo referírtelo, porque tomé apuntes de las cosas que más me impresionaron. Escucha:

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos.

«Bienaventurados los humildes, porque ellos poseerán la tierra.

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos.»

¡Qué palabras tan extraordinarias! ¿No te parece? Y, sobre todo ¡qué ideas más nuevas!

Con ellas caen por tierra todas las enseñanzas de la sabiduría humana, pues son la negación de todas nuestras opiniones y sentimientos.

Los felices, según nosotros, son los ricos y no los pobres, los que se divierten y no los que lloran, aquellos a quien se hace justicia, y no los que padecen persecución por ella.

Los que poseen la tierra, en nuestro sentir, no son los mansos, sino los violentos, que la conquistan. Bienaventurados los que pueden tomarse la justicia por su mano y saborear las dulzuras de la venganza, y no los que dispensan misericordia. Bienaventurados, no los puros, sino los que pueden procurarse todos los placeres del amor y de la voluptuosidad.

Esta es la verdadera sabiduría humana, la enseñada y practicada por todos los grandes filósofos de Grecia y de Roma.

¿De dónde ha sacado el profeta de Nazaret una sabiduría tan totalmente opuesta? ¿Ni cómo explicarse que yo mismo, romano, haya saboreado en esas palabras no sé qué dulzura, desconocida para mí hasta ahora? Nuestra generación decadente no está acostumbrada a ese lenguaje, tan distinto del de nuestros oradores y poetas.

¿Y cuál es ese reino de los cielos, en el que todas las venturas pertenecen a los que nosotros miramos como los verdaderos desdichados?

¿Dónde está esa morada ideal, en la que reinará, por fin, la gran ley de las compensaciones, en la que serán consolados los que lloran, hartos los que buscan en vano la justicia, y colmados de dichas los que no sueñan más que en el amor puro?

Sin duda el Profeta lo sabe; pero a mí me parece evidente que ese reino no es el de Israel, ni ningún otro de este mundo.

Predica una Religión nueva, y una revolución social, pacífica a la par que radical y cosmopolita.

No quiere regenerar únicamente al pueblo judío, sino al género humano entero.

Su obra no será nacional, sino humanitaria. Al que ambiciona las coronas y los cetros, se los abandona; pero para sí mismo aspira a otro ideal. Quiere difundir la luz en las inteligencias, la fe en las almas, el amor en los corazones.

Tal es, sin duda, el sueño sublime de ese hombre extraordinario, cuya doctrina eclipsa en absoluto a la de Platón, y cuya elocuencia hace palidecer la de Cicerón.

¿Es realizable este sueño? A mi juicio es absolutamente imposible, de toda imposibilidad, si Jesús no es más que un hombre.

¿Y puede ser otra cosa?

Por supuesto, todo lo que te cuento no te dará más que una idea imperfecta de lo que he visto, y además es preciso ver al hombre.

Es de elevada estatura y de gran belleza varonil, en la que entran por partes iguales la nobleza, la distinción, la inteligencia y la fuerza.

Sus facciones muy correctas le dan gran parecido, al decir de sus discípulos, con su madre, de la que ha heredado también la tez morena, con un matiz que recuerda el color del trigo candeal.

Su vasta frente está rodeada de abundantes cabellos

cuyo color castaño imita los reflejos de esos vinos del mediodía, impregnados de sol; partidos por el medio, caen en bucles rizados hasta los hombros.

La barba, del mismo color, no muy larga y cortada en punta, forma, con la cabellera, un marco ovalado que hace resaltar la armonía del rostro.

Pero lo más admirable y característico de su fisonomía son los ojos, de un azul intensísimo, y con la profundidad, el brillo y el fuego sombrío de las olas fosforescentes.

Difícil es soportar el ardiente rayo que lanzan, y que es como una flecha luminosa, que traspasa los corazones, y escudriña sus más recónditos misterios.

En sus horas de santa cólera esos ojos son terribles.

Esto explica cómo los vendedores del templo, numerosos y nada tímidos, huyeron delante de aquel hombre solo. No los espantó su látigo, al que hubieran podido oponer sus garrotes; lo que introdujo pánico increíble en sus filas fué aquella imponente mirada.

Por un contraste maravilloso, de esos mismos ojos emanan una dulzura y una bondad que avasallan los corazones, cuando se fijan en desdichados, en enfermos o en pecadores arrepentidos.

Rayos de gracia y de misericordia brotan entonces de sus pupilas y derraman un encanto al que nada resiste.

El timbre de su voz es simpático; sus ademanes naturales y sobrios; su actitud siempre noble.

Va vestido sencillamente, con una larga túnica de lana blanca, y encima un manto de color obscuro, con amplias mangas, que tiene la costumbre de cruzar sobre el pecho.

Cubre sus cabellos con un *sudar* o *kufié* árabe, es decir, un pañuelo de seda, sujeto en lo alto de la cabeza por un cordón de lana, y cuyas puntas caen por detrás del cuello, protegiéndole contra los ardores del sol.

Defiende sus pies de las piedras y asperezas del suelo con sandalias de cuero, atadas con tiras de lienzo.

Ya ves, querido Tulio, que no olvido nada para darte a conocer al Profeta de Galilea, en el cual hay que convenir que todo es admirable. Si no deja en la historia un

nombre glorioso, debemos deducir que el género humano no es digno de él.

En Galilea se piensa que va a cumplirse, al fin, la profecía de Isaías: «el pueblo sentado en las tinieblas ha visto un gran resplandor, y la luz ha brillado sobre los que habitaban a la sombra de la muerte».

Y esa es, en efecto, la palabra de Jesús de Nazaret: el gran resplandor, la gran luz del género humano.

Vale. 1 Mayo 781. — Magdala.

X

MYRIAM VUELVE A LA ESCENA

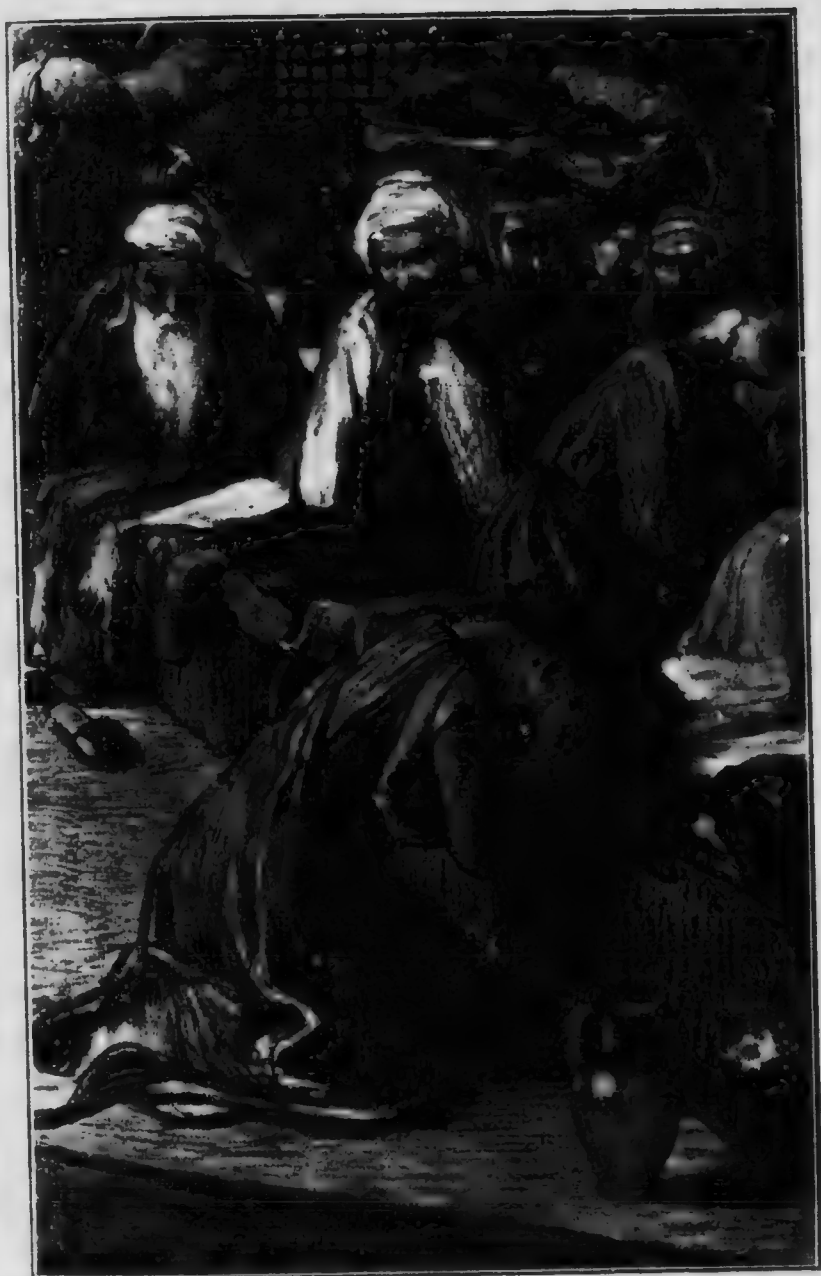
CAYO A TULIO

Concluyó mi idilio, y para que comprendas su desenlace, que me deja herido el corazón, he de explicarte lo ocurrido últimamente con Myriam.

Hay aquí, en lo más elevado de la sociedad judía, un rico fariseo, llamado Simón, que hace poco, hallándose Jesús de Nazaret en Magdala, le encontró y le oyó en la sinagoga, y quiso obsequiarle con un banquete, al que me invitó, como jefe de la guarnición.

Hallábame ya en la casa cuando entró el Profeta, acogido por Simón con la cortesía ceremoniosa y altanera característica de los fariseos. Según la costumbre del país, cuando un personaje de importancia recibe bajo su techo a un huésped ilustre, los servidores del primero le lavan los pies, y le perfuman la barba y la cabeza.

Simón no observó esa costumbre con Jesús. Aunque manifestándose amigo suyo, conservó su tiesura de fari-





seo, no queriendo reconocer de manera ostensible la superioridad del visitante.

El Profeta pareció no advertirlo. Bueno, condescendiente, afable, benévolo con todos, ocupó en la mesa el sitio que Simón le designó, junto con varios discípulos que le acompañaban.

Acababa de empezar la comida, cuando entró en la habitación una mujer enlutada y velada. Su estatura, su manera de andar, su actitud, me recordaron inmediatamente a Myriam, y cuando, prosternada a los pies de Jesús, levantó su velo para abrir un vaso de perfumes y derramar su contenido sobre los pies del Profeta, la reconocí: era ella.

Ya sabes que los orientales comen, lo mismo que los romanos, echados sobre el costado izquierdo alrededor de la mesa, con los pies hacia afuera. Myriam, arrodillada en el suelo, y encorvada a los pies del Profeta, los regaba con sus lágrimas. Después los ungió con un perfume de gran valor, que embalsamó toda la sala, y desatando su opulenta cabellera se los secó con sus cabellos. El Profeta aparentaba no notarlo, pero todos los demás estábamos sumidos en la mayor estupefacción, y Simón, más que ninguno, estaba escandalizado.

Si Jesús fuese verdaderamente un Profeta, nos decía-mos entre nosotros, sabría que esta mujer es una pecadora, y conocedor de los escándalos de su vida, la rechazaría con desprecio.

Simón iba, sin duda, a intervenir y a poner fin a este incidente, que repugnaba tanto a su corrección farisaica, cuando Jesús se le anticipó, diciéndole:

—Simón, tengo algo que decirte. Un acreedor tenía dos deudores: uno que le debía quinientos denarios y otro cincuenta, y no teniendo con qué pagarle ni el uno ni el otro, perdonó a ambos la deuda. ¿Cuál le debía mayor agradecimiento?

—Supongo que el que debía la suma principal, respondió Simón.

Has juzgado bien, replicó Jesús.

Y vuelto hacia Myriam, que continuaba prodigándole sus homenajes y llorando, como si no oyese nada de lo que se hablaba, prosiguió así:

—¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para lavarme los pies, mientras que ella los ha lavado con sus lágrimas y enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el ósculo de paz, y ella, desde que entró, no ha cesado de besarme los pies. Sobre mis pies también ha vertido el perfume que tú olvidaste de derramar sobre mi cabeza. Y por eso te digo: muchos pecados le serán perdonados, porque ha amado mucho; pero a aquel que ama menos, menos le será perdonado.

Después, dirigiéndose a Myriam, añadió:

—Mujer, tus pecados quedan perdonados.

Myriam se levantó, reanudando sus cabellos y lanzando una mirada llena de confusión y dolor al Profeta, que le dijo:

—Vé en paz: tu fe te ha salvado.

Oídas estas palabras, Myriam se deslizó furtivamente entre la multitud y desapareció.

Simón, con la cabeza baja, reflexionaba. Convertido de acusador en acusado, y aunque su orgullo le moviera a sublevarse contra la lección que acababan de infligirle, en su fuero interno no podía menos de confesar que la merecía.

Sin duda Myriam era una pecadora; pero ¿estaba él exento de pecado? ¿No tenía nada que hacerse perdonar? Sí, seguramente; y la palabra de Jesús le enseñaba que no se le perdonaría mucho, porque no había amado mucho.

Los otros convidados, fariseos en gran parte, permanecían atónitos y escandalizados.

—Dios solo, murmuraban, tiene el poder de perdonar los pecados: ¿cómo este hombre osa atribuírselo?

La comida se terminó casi en silencio, sin que apenas se oyese otra voz que la persuasiva y llena de unción, de Jesús, declarando que había venido por los pecadores y no por los justos, y haciendo el elogio de la misericordia.

—No condenéis, dijo, y no seréis condenados. Perdo-

nad y se os perdonará. Seréis juzgados como juzguéis a los demás.

Al salir de la sala clavó en mí una mirada penetrante, que me llenó de rubor, y no pude menos de exclamar, contemplándole: si hay en el mundo un hombre que pueda perdonar los pecados y devolver la paz al corazón, es Este.

Y ahora, querido Tulio, falta el inesperado desenlace. Myriam ha vendido su magnífica quinta, sus lujosos muebles y todos sus bienes, encargando a Simón y a algunos otros ciudadanos de Magdala de distribuir entre los pobres el precio que ha cobrado, y retirándose a vivir en casa de su hermano Lázaro, en Betania, cerca de Jerusalén.

Forzoso me será olvidar a esta mujer extraña y fascinadora.

Como ves, vivo en un país y en una época llena de maravillas.

1 junio, 781.—Magdala.

XI

CLOACA MÁXIMA

TULIO A CAYO

Tus cartas me apasionan y tu amor malogrado constituye una de las páginas más deliciosas de tu correspondencia. ¿Te hace padecer de veras? Aunque así fuese, ¡cuánto daría yo por poder sufrir de la misma manera!

Haber encontrado un ideal y no poseerlo, es doloroso, lo concedo; pero a lo menos el ideal se ha entrevisto, se le ha amado, y se le puede seguir amando, idealmente. Ese es tu caso. El mío es hartó más triste, porque el ver-

dadero dolor consiste en no amar ningún ideal, y, peor todavía, en no conocer ninguno.

¡Ah, amigo mío! ¡Qué diferencia entre el país que tú habitas y Roma! Aquí sí que harían falta profetas y Myriams, pero sería inútil buscarlos en la *Vía sacra*, en el Foro o en las orillas del Tiber. No son profetas, por cierto, los que recorren la vía triunfal y suben al Capitolio, ni es de Dios de quien se habla en la tribuna de las arengas, ni las mujeres que divagan en torno a las termas sienten el menor desco de imitar la nueva vida de Myriam.

Tienes razón: vives en un país de maravillas, pero nosotros tenemos también las nuestras, aunque de género bien diferente.

Tiberio ha relegado a su madre, Livia, a una especie de destierro, donde vive abandonada de todos, y de esta guisa aquel hijo, por cuyo advenimiento perpetró ella tantos crímenes, se ha convertido en su verdugo.

Ya te tengo dichos los sueños y ambiciones de Sejano. Pues bien, aquel poderoso ministro, aquel dictador cruel y tiránico, ha encontrado en el divino Tiberio quien le da ciento y raya, y se dice que sus días están contados.

El pérfido Emperador no tendrá más que enviar desde Capri sus instrucciones secretas al Senado para desembarazarse de él. Los padres conscriptos responderán *amen*, y este pueblo que ayer aclamaba al omnipotente ministro, le arrastrará mañana a las gemonías y le arrojará en el Tiber.

Tu me cantas idilios, y yo te refiero dramas. Magdala no es una ciudad civilizada como Roma.

¡Dichosos los que pueden alejarse de nuestra Urbe, tan magnífica, tan gloriosa antaño, y que hoy parece la Cloaca Máxima!...

4 junio, 781. —Roma.

XII

TRES PASTORALES

CAYO A TULIO

En la historia del pueblo judío, que sigo estudiando con interés, la época patriarcal tiene para mí singulares encantos. En aquel país, tan fértil como pintoresco, la vida pastoril, que tal era la de los patriarcas, debía ser por todo extremo poética y llena de atractivos.

Abraham, Isaac, Jacob, eran reyezuelos pastores que vivían de los productos de la tierra, que apacentaban grandes rebaños y que colonizaban, formando numerosas familias.

Jehová, su Dios, los visitaba y hablaba, y abrigando inquebrantable fe en sus promesas, estaban seguros de que serían los padres de un gran pueblo.

El culto que a aquel Dios tributaban era de carácter primitivo, y consistía principalmente en levantarle altares, formados con las piedras que encontraban en el camino, y ofrecerle sacrificios.

El les indicaba los países que debían habitar, y llegados a ellos, plantaban sus tiendas, erigían su altar y abrían un pozo profundo, destinado a saciar su sed y la de sus rebaños.

El hogar doméstico, que iba a convertirse en hogar nacional, no se consideraba verdaderamente fundado hasta la creación del altar y la perforación del pozo. El primer acto equivalía a la consagración de la tierra, y el segundo a su toma de posesión.

Aquellos pozos eran indispensables, pues si bien el país contaba con el riego suficiente en primavera, en el verano su aridez le hacía improductivo. Para atestiguar su importancia les daban nombres pintorescos, apropiados a las circunstancias en que se abrieron.

II El Centurión

Isaac cavó muchos, para sus inmensos rebaños.

El que señalaba su dominio y residencia personales se llamaba «pozo del Viviente y del Vidente». A otro le dió el nombre de «Calumnia», porque los pastores de Gerasa pretendían que era de ellos, y a un tercero el de «pozo de las Enemistades», porque también se lo disputó otra tribu.

Por último, resolvió alejarse un poco, y a cierta distancia abrió otro, al que llamó «Extensión», porque nadie puso en duda sus derechos sobre la vastísima extensión que le rodeaba. Cerca de aquel estableció otro nuevo con el nombre de «pozo de la Abundancia».

La importancia de los pozos en los países de Oriente era causa de que se escogieran con frecuencia, durante la época patriarcal, como puntos de cita, ora para concluir tratados de alianza, ora para ser teatro, sencillamente, de amorosos idilios.

Nada más poético en su conmovedora sencillez, que las pastorales que narran los casamientos de Isaac y de Jacob, que tuvieron por escenario uno de esos pozos.

Y observa bien, mi querido Tulio, que no se trata de ficciones, sino de historia, rigurosamente auténtica, y que esa historia se remonta a dos mil años. ¡Doce siglos antes de la fundación de Roma!

Oye algunos de esos relatos, que procuraré abreviar todo lo posible.

Abraham, viejo ya, deseando casar a su hijo Isaac y no queriendo que escogiese su compañera entre las hijas de los Cananeos, envió su intendente a Mesopotamia, su país natal, para que allí le buscara esposa.

Llegado a la patria de origen del Padre de los Creyentes, el intendente se detuvo junto a un pozo, al atardecer, cuando las mujeres salen de su casa para renovar su provisión de agua, y allí formuló esta plegaria:

—Señor, Dios de Abraham, haced que la joven a quien pida agua, y que incline su cántaro para que yo pueda beber, sea la destinada a vuestro siervo Isaac.

En aquel punto una joven, bellísima y pura, se ade-

lancó hacia el pozo para llenar su cántaro, y cuando el intendente le dijo que tenía sed, se apresuró a inclinar el cántaro diciéndole: bebe.

Y en seguida dió de beber igualmente a sus camellos.

El intendente, que la había estado observando en silencio, la preguntó el nombre de su padre, y supo que se llamaba Rebeca, y era hija de Batuel, hermano de Abraham.

Entonces la presentó un anillo y varios brazaletes de oro, y pidió hospitalidad en casa de Batuel y de Labán, hermano de Rebeca, donde se concertó el matrimonio.

Al día siguiente la hermosa Rebeca tomó en compañía del intendente el camino de la tierra de Canaán, con sus criadas, montadas todas en camellos.

Una tarde, después de muchos días de camino, divisó un hombre que miraba cómo se acercaban sus camellos junto al pozo del Viviente y del Vidente, y su acompañante la dijo: Aquél es mi amo.

A estas palabras saltó la virgen abajo del camello, envolviéndose en su velo, y así, velada, la condujo Isaac a la tienda de su madre.

El escritor sagrado añade para terminar: la tomó por mujer, y la amó mucho.

Transcurren treinta años, y tócale el turno a Jacob, hijo de Rebeca, de ir a Mesopotamia, a buscar esposa, a fin de que las bendiciones derramadas por Dios sobre su padre y su abuelo se cumplan, y que de él salgan una multitud de pueblos.

Durante el viaje, un día, después de puesto el sol, y cuando la noche empezaba a cubrir la tierra, Jacob se detuvo, tomó una piedra, para que le sirviera de almohada, y se acostó para dormir bajo el sereno centellear de las estrellas. Mientras descansaba conmovióle un sueño maravilloso. Vió una escala de luz cuyo último peldaño tocaba en la tierra, perdiéndose los primeros en el cielo, y por ella innumerables ángeles de Dios que subían y bajaban. Y Jehová apareciéndose en lo alto de la escala, le renovó las promesas divinas hechas a su padre.

Al despertarse dió a aquel sitio el nombre de Betel,

que significa «lugar habitado por Dios», transformó en altar la piedra que le había servido de almohada, vertió en ella aceite, y pidió a Dios le procurase el pan que necesitaba. Después prosiguió el camino, y al llegar al país de sus antepasados vió en el campo un pozo, y alrededor muchos rebaños de ovejas, acostadas.

Preguntó a los pastores si conocían a Labán, hijo de Nachor, y ellos le contestaron:

—Sí que le conocemos; ahí viene justamente su hija Raquel, que trae a apacentar sus ovejas.

Jacob salió a su encuentro, revelándola que era hijo de Rebeca, hermana de Labán, y por lo tanto primo suyo, y la abrazó, llorando de emoción, cuya causa comprenderás. Aquel encuentro le recordaba el idilio de su madre Rebeca, treinta años atrás, al lado del mismo pozo. Ahora era Raquel, hija de Labán, la enviada por Dios sobre el camino del hijo de Rebeca, para darle a entender que se la destinaba por esposa.

¿No es verdad, mi querido Tulio, que estas pastorales son muy superiores a las de nuestro Virgilio?

Pero no te las cuento solamente por su poesía, sino porque en este momento recorro la segunda patria de Abraham, las hermosas campiñas de Samaria en que aquél plantó su tienda, a la sombra de las grandes encinas de Moreh, y porque he visitado el célebre pozo abierto por Jacob. Pozo que, hace pocos meses, ha sido teatro de otra pastoral que quiero también referirte. Más hermosa y más ideal todavía que las precedentes, en razón a la importancia del protagonista, que no es otro que Jesús de Nazaret.

No he sido yo testigo presencial del hecho, pero me lo ha narrado uno de los discípulos de Jesús que ya te he nombrado en mis cartas, Juan. Te escribo desde Sichar mismo, capital del país, y todos los que aquí he interrogado me han confirmado el relato que Juan, hijo del Zebedeo, me hizo en Cafarnaum, hace muchas semanas.

Precisamente a causa de la impresión que sus palabras me produjeron, he querido ver por mis propios ojos el famoso pozo de Jacob, poco distante de la ciudad.

Ahora cedo la palabra a Juan.

—Volvíamos, me dijo, de Jerusalén con nuestro Maestro, y atravesábamos la Samaria para entrar en Galilea, cuando en mitad del día llegamos cerca de Sichar, junto al pozo de Jacob. Hacía mucho calor, y teníamos hambre. Los otros discípulos fueron a Sichar para comprar provisiones, y el Maestro se sentó en el brocal del pozo...

Después de esta introducción Juan se detuvo, y pareció indicarme con su actitud que había algo en su relato que un pagano no debía oír. Insistí para que no me ocultase nada, y continuó diciendo:

—Habéis de saber que Jesús de Nazaret descende de Jacob, y que este pozo de sus abuelos le traía a la memoria recuerdos si caros para todos los judíos, mucho más para él todavía. Debo deciros también que la misión de su gran antepasado en Samaria, es figura de la suya en la tierra, pues se dice enviado por su Padre celestial entre los hombres para buscar una esposa, pero una esposa mística, a la que sólo estará unido por lazos sobrenaturales.

La mirada vuelta hacia Sichar, Jesús parecía aguardar la que debía venir, destinada a ser imagen o figura de aquella mística esposa.

Y en efecto, una mujer se adelantó, como en otros tiempos Raquel, para tomar agua. Pero esta vez no es una virgen inocente y pura, digna del casto desposado que la aguarda: es una mujer perdida, que vive en concubinato público.

Y sin embargo, cuando llegó junto al pozo, Jesús la dijo, dirigiéndole una mirada penetrante.

—Dame de beber.

Estupefacta respondió:

—¿Cómo! ¿Vos, un judío, me pedís de beber a mí, mujer de Samaria? Los judíos no pueden tener relación alguna con los samaritanos.

Sin responder a esta observación, Jesús lanzó un prolongado suspiro, levantó los ojos al cielo, y clavándolos después en los de la Samaritana, dijo:

—Si tú supieras el don de Dios; si tú supieras quién es el que te pide de beber, tú le habrías acaso hecho la misma petición, y él te habría dado a beber agua viva.

—Pero, Señor, dijo la mujer, no tenéis ninguna vasija y el pozo es muy hondo. ¿De dónde podéis entonces sacar agua viva? ¿Sois acaso mayor que nuestro padre Jacob, al que debemos este pozo?

—El que beba de esta agua, respondió Jesús, seguirá teniendo sed, mientras el que beba del agua que yo le dé, no la tendrá jamás. Porque el agua dada por mí, añadió levantando a lo alto la diestra, se convertirá para él en fuente que manará la vida eterna.

¿Comprendió la Samaritana cuál era aquella agua viva de que hablaba el Profeta? Indudablemente no. ¿Entrevió en aquellas palabras un vago resplandor de verdad? Tal vez. En todo caso la pobre pecadora hizo un acto de fe ciega, que es la fe que salva.

—Señor, suplicó: dadme de esa agua, para que nunca más vuelva a tener sed, y no necesite volver aquí a tomarla.

—Llama a tu marido, y tráele aquí, replicó Jesús.

La mujer, avergonzada, respondió con toda franqueza:

—No tengo marido.

—Dices verdad. Cinco tuviste, y el hombre con quien hoy vives no es tu marido.

—¡Señor! clamó la desdichada. Veo que sois un Profeta.

E inmediatamente se puso a interrogarle sobre la fe samaritana y sobre la gran controversia que dividía a sus correligionarios de los judíos, a fin de conocer aquella verdad de que, inconscientemente, estaba sedienta.

—Nuestros padres adoraban en esa montaña (y con la mano señaló el Garizim) y los judíos dicen que hay que adorar en Jerusalén. ¿A quién creer?

Ese deseo del don de Dios, que tan espontáneamente manifestaba, regocijó el corazón de Jesús, que la respondió, como si hubiera estado en el Templo, delante de una multitud, ávida de sus palabras:





—Mujer, créeme. Se acerca la hora en que no adoraréis al Padre, ni en esa montaña, ni en Jerusalén. Vosotros adoráis lo que no conocéis, y nosotros lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero está próxima la hora, o ha llegado ya, en que los verdaderos creyentes adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Y esos son los adoradores que el Padre desea. Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad.

La Samaritana abrió los ojos y los oídos, esforzándose por comprender las trascendentales palabras. Adivinaba que aquello quería decir: «poco importan los nombres y los lugares de Garizim y de Jerusalén: la adoración no es un acto físico, sino espiritual; tú no has conocido más que la adoración de la carne, y hay que adorar en espíritu». Comprendía que delante de ella estaba un ser superior, y un vago presentimiento le decía que acaso era el Mesías, tan largo tiempo esperado.

¿No es el Mesías el verdadero don de Dios a la tierra? pensaba. ¿Y no será éste?

Y entonces dijo:

—Sé que el Mesías, llamado Cristo, debe venir, y cuando venga nos instruirá acerca de todas estas cosas.

Ante esa ingenua fe y esas generosas aspiraciones hacia El, Jesús abrió su corazón y dijo, con ímpetu espontáneo:

—El Mesías soy yo: yo que te hablo.

La Samaritana no esperó a que prosiguiera. Ya sabía todo lo necesario, y conocía, al fin, el don de Dios. Dejando su ánfora vacía, sin pensar en el agua material que había ido a buscar para calmar su sed, echó a correr hacia la ciudad.

Y, jadeante, gritaba a los que le salían al paso:

—Venid, venid, venid a ver un hombre que me ha contado todo cuanto he hecho. ¿No será Cristo?

El grito de aquella mujer brotaba tan hondamente de su alma y la fe de los samaritanos en el esperado Mesías era tan viva, que muchos corrieron al pozo de Jacob, siguiendo a aquella mujer, a pesar del desprecio que por ella sentían.

Cuando Jesús los vió acercarse, vestidos con sus blancas túnicas, a través de los campos, nos dijo:

—Alzad los ojos y mirad cómo las campiñas blanquean ya para la siega. Dentro de pocos meses la mies estará madura.

Dos días nos quedamos aún en Sichar, y gran número de aquellos habitantes creyeron, después de oír a nuestro Maestro, que éste era el verdadero Mesías prometido.

—Pero ¿cuál es, pregunté entonces a Juan, ese matrimonio místico de que antes me hablasteis, que vuestro Profeta desea contraer?

Juan me lo explicó así: Jesús de Nazaret es el hijo de Dios, enviado por su Padre para fundar en la tierra una sociedad que abarque todos los pueblos y que será su esposa mística, a la que él llama su Iglesia.

La posteridad salida de este matrimonio será innumerable, y formará un nuevo pueblo de Dios.

El género humano, todo entero, está llamado a formar parte de él. El pozo de Jacob, cerca del cual el hijo de Dios va a esperarle, y que sirve de abrevadero a los rebaños, pero que no contiene agua viva, es la fuente de los errores humanos y de los falsos placeres de la tierra, cuya agua no apacigua la sed de felicidad que atormenta a los hombres, que vienen todos los días a ese pozo con la vana esperanza de saciar en él sus pasiones. Porque el género humano es pecador, como la Samaritana, y no conoce todavía el don de Dios. Pero el hijo de Dios va a traérselo en persona en esas bodas místicas que desea celebrar.

—Todo eso es muy hermoso, repliqué a Juan, pero muy misterioso también.

—Puede ser, respondió éste; pero la palabra del Maestro lo ilumina todo.

Pregúntome, Tulio, si este relato de mi amigo Juan conseguirá interesarte. Mi idilio de Myriam fué de tu gusto. Pero hay un abismo entre él y el de Fotina, la Samaritana. Si bien, en suma, los dos prueban que Jesús de

Nazaret no aspira más que a purificar a la mujer, mientras que los hombres sólo saben pervertirla.

Hasta pronto. Tulio.

8 Junio 781. — Sichar.

XIII

CAMPESINO Y FILÓSOFO

TULIO A CAYO

«*O rus, ¿quando te aspiciam?*»

Largo tiempo ha que de mi pecho se exhalaba ese suspiro de nuestro poeta Horacio. Al fin se realizó mi ensueño, y héteme convertido en un aldeano de Tibur. Ya no ofrecía encantos para mí la sociedad romana, viniendo a poner el colmo a mi displicencia el hecho de que muchos de mis amigos se han hecho discípulos de Isis. ¿Comprendes esta aberración? ¿Ir a pedir al difunto Egipto una divinidad que no ha existido nunca, más fabulosa todavía que los dioses de nuestro Olimpo?

Así pues abandoné a Roma y compré la antigua quinta que regaló a Horacio su generoso amigo Mecenas, y que está situada a ocho millas de Tibur, en las montañas de la Sabina.

Aquí pasaré el verano, y acaso el invierno. Naturalmente me he puesto en seguida a leer los Epodos y las Odas del poeta, y digo con él: *Beatus ille qui procul negotiis...* En muchos pasajes de esas obras encuentro descripciones de mi nuevo dominio. El poeta no lo elogió con exceso, pero yo lo he embellecido mucho. Horacio tenía en gran estima una preciosa fuente, de la que mana

un arroyo, en cuyas orillas le gustaba dormir, acostado en la hierba. Desviando un poco ese arroyuelo me he permitido el lujo de procurarme un estanque, bastante vasto, donde puedo dedicarme un poco a la piscicultura. He ensanchado, además, la casa, y aumentado el número de praderas, bordeadas de acacias.

Tengo prados y bosques, y estoy rodeado de montañas, a las que perdono el que me discutan el horizonte por lo bien que me protegen contra el cierzo.

Amar el campo es un gusto distinguido, y por aparentar esa distinción muchos imbéciles se resignan a aburrirse en él cada año durante varias semanas.

Pero a mí, te aseguro que me complace de verdad este aislamiento y el descanso que me procura. Tal vez debo esa inclinación a Virgilio y a Lucrecio que tanto he leído y que sobresalían, en mi sentir, mucho más que Horacio, en la inteligencia de las cosas campestres. Aquí les encuentro nuevos encantos, pero la lectura de sus Geórgicas me ha convencido de que no soy verdadero cultivador ni verdadero pastor. Virgilio era un artista en la cultura de los campos y de los bosques, y en la cría de los ganados. Yo merezco apenas el nombre de aficionado, y mi minúsculo rebaño no sirve para otra cosa que para adornar el paisaje.

Las Geórgicas me dejan, por lo tanto, bastante frío, a pesar de la hermosura de los versos, y en la actual disposición de mi espíritu, me atrae más Córón. Sus obras filosóficas y religiosas me encantan. Pensador, orador, sabio, escritor insigne, es, en verdad, la primera de nuestras glorias intelectuales.

Y sin embargo, todo lo que me escribes del Mesianismo me interesa todavía más. ¿Y sabes qué libro causa mis delicias en estos instantes? El libro de la Sabiduría, nada menos. Encontré el otro día, en el Ghetto, un ejemplar griego, y me parece que encierra más filosofía que las grandes obras de los sabios de Grecia.

Lee estos párrafos, que me han hecho reflexionar profundamente:

Dios no ha creado la muerte...
Todo lo ha creado para la vida...
Porque la justicia es inmortal
Pero los impíos llaman a la muerte
Y la miran como amiga...
Pactan con ella
Y son dignos de pertenecerle.

Dios creó al hombre para la inmortalidad;
Las almas de los justos están en la mano de Dios;
A los ojos de los insensatos parecen muertos...
Y su salida del mundo parece ser la nada
Pero viven en la paz...
Después de una pena ligera, recibirán una gran recompensa.»

Al meditar estas palabras, más claras y más afirmativas que las de Cicerón, lo primero que pensé fué que acaso los justos serían los únicos inmortales, y la nada el castigo de los impíos.

Pero no puede ser así. El castigo no sería suficiente para ellos, que si llaman a la muerte es porque esperan que ésta les reducirá a la nada.

Por eso añade la Sabiduría: «pero los impíos tendrán el castigo que merecen sus perversos pensamientos».

Luego la inmortalidad es el bien soberano dado por Dios a los hombres, y si se convierte en el mal supremo para los malos, la culpa es de ellos.

¡Qué elevación y grandeza en esta filosofía! ¡Cuánto pierde Horacio de mi admiración cuando recuerdo sus estériles lamentos contra la muerte, y la justificación que piensa encontrar en ella de su vida de epicúreo!

Cuando conozcas al gran profeta de Galilea, pregúntale sobre el gran problema de la muerte, y dime qué te responde.

2 Mayo 781. —Tibur.

XIV

UNA RESURRECCIÓN

CAYO A TULIO

Las maravillas se suceden sin interrupción, y empiezo a preguntarme si vivo en un mundo real, o en el país de los ensueños.

Si me propusiera contarte todo lo que el Profeta ha dicho y hecho en presencia de las muchedumbres que le siguen, necesitaría escribirte volúmenes. Aunque eso sea imposible, no me perdonarías si te dejase ignorar los hechos portentosos de que, por pura casualidad, he sido testigo.

Voy a contarte lo que ayer, a la hora del crepúsculo, vi con mis propios ojos.

Volvía a caballo con algunos legionarios de una larga excursión por la parte de Nazaret, y ya habíamos atravesado la aldea de Naím, plantada en un valle solitario, al pie de una montaña. Seguíamos lentamente, al paso, un camino sinuoso, abierto entre malezas y algunos árboles, cuando descubrimos delante de nosotros un cortejo fúnebre que se dirigía al cementerio del pueblo, subiendo la suave pendiente del Pequeño Hermón.

Nada más triste ni impresionante que los funerales en Oriente, y emocionados por el espectáculo, nos colocamos en silencio a la cola del cortejo.

Formaba éste una larga procesión de túnicas negras arrastrando por el suelo, de hombres y mujeres veladas, lamentándose en alta voz y dejando oír fúnebres y monótonas salmodias. El cuerpo del muerto iba extendido en una parihuela llevada por cuatro hombres, cubierto únicamente por un velo negro. Lo que aumentaba la tristeza del espectáculo era la música, chillona, sin arte ni armonía, y monótona hasta la exasperación, que se mezclaba

los gemidos de las plañideras. Pronto aparecieron, a nuestra izquierda, en un repliegue del terreno, los blanqueados sepulcros del viejo cementerio.

Vinome entonces a la memoria nuestra esplendorosa *Via Appia*, con sus suntuosos mausoleos, y me entristeció el contraste. Pero la *Via Appia* no ha visto, ni verá nunca, lo que mis ojos vieron allí.

De improviso, en lo alto de la colina, a algunos centenares de pasos, surgió otra procesión de hombres, de mujeres y de niños que venía a nuestro encuentro. A su cabeza caminaba, envuelto en los amplios pliegues de su túnica blanca, el Profeta de Nazaret.

A su vista, sin saber por qué, me sacudió una conmoción imposible de dominar. Muy lejos estaba de figurarme lo que iba a suceder, y el hecho de aquella muchedumbre cruzándose con un entierro nada tenía de extraordinario. Sin embargo, presentí que se encerraba un gran acontecimiento en aquel encuentro del Profeta con la muerte.

Muchas veces había ya desplegado su ascendiente sobre la naturaleza; pero ¿qué podía hacer contra la muerte, la gran enemiga, la siempre invencible? ¿Se atrevería a dictarle sus órdenes, como ya se las había dictado al mar enfurecido?

Envuelto en su mortaja, con la cabeza reclinada en un almohadón de seda roja, el rostro descubierto, el muerto, hijo único de una viuda, dormía su último sueño.

Nada podía turbarlo: ni los sollozos de su madre, ni las lamentaciones de los que lloraban, ni el discordante estrépito de los instrumentos músicos, ni las salmodias de los cantores, ni el paso acompasado de los que le llevaban en hombros.

Para él el libro de la vida estaba cerrado, y sellado. Había caído en la paz suprema, o en la paz terrible.

Y así como no oía, tampoco podía ver. Sus ojos estaban cerrados para siempre, y sin embargo, para siempre abiertos sobre el «más allá». Y en aquel mundo desconocido nunca sería ciego. Pero ¿qué veía? Nadie de

este mundo lo sabría jamás. Ese es el gran misterio, cuya clave acaso poseía el que acababa de llegar.

Pero no basta conocer el secreto de la muerte para devolver aquel hijo a su madre desolada. Era preciso, además, poseer el don de resucitar. ¿Iba el Profeta a probar que, en efecto, él era la Resurrección y la Vida?

Planteándome estaba este problema, cuando le vi alzar las manos, en señal de que el entierro se detuviese.

La agitación de la multitud era indescriptible.

— ¡El Profeta! ¡El Profeta! clamaban todos, arremolinándose en torno suyo, mientras él se acercaba a las parihuelas, puestas en el suelo.

Yo mismo me acerqué cuanto pude, procurando, desde lo alto de mi montura, mirar por encima de las cabezas.

Abriéronse las filas para dejar paso a la madre infortunada, cuyo hijo único iba a ser depositado en tierra. Entonces ella levantó su velo, y sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, se clavaron en el Profeta, implorándole, pero sin pronunciar una palabra. Los grandes dolores son mudos.

No llores más, le dijo Jesús con profunda emoción.

Y extendiendo la mano encima del lecho mortuario, dijo en alta voz:

— ¡Levántate, joven! ¡Te lo mando!

¿Lo creerás, Tulio? El muerto se levantó, y el Profeta, tomándole de la mano, lo llevó a su madre, diciendo:

— Mujer; ahí tienes a tu hijo.

Tales fueron el asombro y el estupor, que la multitud permaneció inmóvil y muda por un momento, pero fué para prorrumpir después en delirantes exclamaciones de júbilo y alegría. Los que estaban más próximos al Profeta se prosternaban para besarle los pies, apoderándose otros de sus manos para besarlas igualmente. Y las aclamaciones no cesaban. «¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡De entre nosotros se ha levantado un gran Profeta! ¡Dios ha visitado una vez más a su pueblo!»

Yo mismo hubiera querido manifestar al Profeta mi admiración; pero me fué imposible llegar hasta él.

Los parientes y amigos del resucitado se apoderaron

de éste, y emprendieron el camino de Naím, entonando cánticos.

Nosotros, petrificados y silenciosos, dominados por emoción profunda, seguimos largo tiempo con los ojos la triunfal procesión.

— *¿Quis est iste?* me preguntaron al fin mis legionarios. Yo les hice seña de que no podía responder y te dirijo a ti la misma pregunta: *¿quis est iste vir?* ¿Quién es este hombre?

La noche avanzaba y nos dirigimos a Magdala, al galope, mientras seguían resonando a lo lejos las aclamaciones de la muchedumbre que entraba en Naím, con el Profeta.

Y cabalgando a la claridad de las primeras estrellas, me absorbía yo en la meditación de los grandes problemas de la vida y de la muerte, que ni Sócrates ni Platón habían podido resolver.

Nuestro Cicerón, el mayor de los romanos, nos ha dicho, es verdad, que después de la muerte el espíritu continúa lleno de vida, más que antes aún, pues se le han quitado las ligaduras del cuerpo.

Pero ¿qué es el espíritu, que llamamos también alma? ¿Qué vida es la suya separado del cuerpo? ¿Dónde va después de esa separación?

¿Podemos tener todavía relación con él? ¿Y cómo? Ni Cicerón, ni otro filósofo alguno, han dado respuesta a esas preguntas. Pero Jesús de Nazaret debe saberlo, pues ha podido volver a un cadáver el alma que le había abandonado. Debe tener relaciones con las almas de los muertos, cuando la de este joven ha oído su voz y la ha obedecido.

¿Luego habrá que colocar a este hombre por encima de todos los filósofos, y acaso por encima de la humanidad?....

20 Junio 781.—Magdala.

XV

NUEVAS MARAVILLAS

CAYO A TULIO

Meses ha que no te escribo, querido Tulio, y tengo muchas cosas que contarte. Pronto habré perdido el recuerdo de Myriam. Creí al principio que al cabo de pocos días no pensaría más en ella, porque en fin de cuentas nunca la amé, y aun hubiera debido despreciarla apenas conocí los escándalos de su vida. Pues bien, el corazón está lleno de misterios, y cuando se deja aprisionar por la pasión, le es muy difícil romper sus lazos.

Sin embargo, espero conseguirlo.

Por otra parte, todo lo que he sabido desde mi última carta, me prueba que Myriam es verdaderamente un alma superior. Su gran corazón sentía irresistible necesidad de amar, pero era demasiado vasto para que un amor humano pudiera llenarle. No habiendo encontrado en su marido el ideal soñado, lo buscó en otras partes, también inútilmente, hasta que el Profeta le reveló un amor ignorado por ella, como ignorado por mí, y tomó posesión de su alma. No cabe equivocación posible, y toda Magdala lo atestigua: el amor de Myriam por el Profeta es absolutamente ideal, espiritual, sobrenatural.

No ama al hombre, sino al enviado de Jehová, el sér misterioso que pretende haber recibido del cielo la misión de establecer el reino de Dios en la tierra.

Te hablo así, mi querido Tulio, porque desde hace meses vivo en una atmósfera de prodigios y maravillas que me avasalla y domina.

Cafarnaum, donde reside el Profeta, está a dos horas de Magdala, y naturalmente sé todo lo que allí hace. Y lo que hace es increíble.

No sólo cura los paralíticos, los enfermos, los sor-

dos, los mudos, los ciegos, los leprosos, los más abandonados, sino que cura, principalmente, las almas. Ha convertido a malvados en hombres de bien, y a mujeres perdidas, como Myriam y Fotina, en modelos de virtud. Aun eso es poco. Manda a los demonios, como nosotros a nuestros esclavos, y todos le obedecen, porque son impotentes para resistirle.

Hay en este país gran número de infelices endemoniados, es decir, que no son dueños de sí mismos, y que, a pesar suyo, inconscientemente y hasta dolorosamente, hacen cuanto el espíritu del mal les inspira.

Naturalmente, ninguno de ellos va por su voluntad a pedir al Profeta que le cure. Se les lleva a la fuerza delante de él, y apenas le ven, gritan: ¿Qué vas a hacer de nosotros? ¿Quieres perdernos? ¡Nosotros te conocemos! ¡Eres el Hijo de Dios!

El Profeta, que habla siempre con tanta dulzura, dice entonces en tono amenazador al espíritu del mal: «¡Cállate y sal de ese hombre!» Y los pobres desventurados se ven libres de su obsesión.

A tus meditaciones y estudios someto esta idea: ¿habrá alguna analogía entre esos demonios y los espíritus que en tiempos pasados se apoderaban de nuestras sibilas y pitonisas?

La naturaleza obedece de igual modo al Profeta de Galilea.

Cuando sus discípulos han pescado toda la noche sin coger nada, sube a la barca de Simón, le manda arrojar las redes, y los peces se precipitan dentro en tan gran número que se llenan con ellos dos barcas. Entonces anuncia a Simón su misión futura: «serás pescador de hombres».

Cuando el mar alborotado amenaza tragarse a sus discípulos, le grita «¡cálmate!», y el mar instantáneamente se apacigua.

Hace pocas semanas, los discípulos atravesaban el lago en plena noche. Habían dejado al maestro en Perea, y regresaban a Cafarnaum, luchando valerosamente contra

el viento. De improviso estalla la tempestad, y las olas inundan la barca, haciéndoles temer su perdición. En aquel trance, en medio de la noche sombría, destácase una figura blanca que camina sobre las aguas.

El terror de los discípulos aumenta. «¡Un fantasma!» exclaman espantados.

— Soy yo, no temáis, responde la luminosa aparición.

— Señor, replica Simón Pedro, ¡mandadme ir a vuestro encuentro!

— ¡Ven! dice Jesús.

Y Pedro va a su encuentro, andando sobre las olas.

Y cuando Jesús subió a la barca, no sólo la tempestad se disipó, sino que se encontraron en la playa misma de Cafarnaum.

A estos relatos, que me han hecho muchos que presenciaron los hechos, puedo añadir mi propio testimonio. Yo también atravesé aquella noche el lago de Genezaret, volviendo de Kersa, pequeña colonia romana situada en la orilla oriental. Soplaban ligera brisa del Sud-Oeste, y a mis cuatro remeros les costaba trabajo hacer adelantar la embarcación contra el viento. De repente la noche se volvió más sombría, y la tempestad se desató. Siendo imposible izar la vela, tratamos de ganar la costa a fuerza de remos. Pero todos nuestros esfuerzos se estrellaban contra el huracán, cada vez más violento. Llegó el punto de creernos ya perdidos, cuando instantáneamente cesó el viento, y el mar se serenó.

El cambio fué tan rápido que me pareció inexplicable y contrario a todas las leyes de la naturaleza. Ahora bien, al día siguiente, al llegar a Cafarnaum, un discípulo de Jesús me contó lo ocurrido durante la noche. Y su relato es el que fielmente te he transcrito.

Pero no te he dicho lo que me contaron en la orilla oriental cuando iba a embarcarme para volver a Cafarnaum. Aquel día mismo, no lejos de Betsaida, el Profeta dió de comer a cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños, con cinco panes y dos peces.

¡Luego el poder de este hombre no conoce límites!

Si es dueño de los elementos, de la fuerza de la naturaleza, de la salud, de la vida, de la muerte, si su poder es igual sobre los cuerpos, sobre las almas y sobre los demonios, indudablemente es un sér sobrehumano.

6 Octubre 781.—Magdala.

XVI

EL DRAMA DE MAQUERÓN

CAYO A TULIO

En vez de idilios y pastorales, voy a contarte un tremendo drama trágico.

Recordarás, supongo, al Profeta Juan, que acusaba públicamente de adulterio y de incesto al rey Herodes, y que fué llevado preso a Maquerón hace un año. El castigo pareció insuficiente a Herodías, pero disimuló su resentimiento y aplazó su venganza.

Ahora bien, queriendo el rey, la semana última, celebrar el aniversario de su nacimiento, la reina pidió que las fiestas tuvieran lugar en el castillo de Maquerón.

Los altos funcionarios del Estado, los principales oficiales del ejército y los de las guarniciones romanas fueron invitados, y yo acudí a la invitación, aunque se trataba de una larga caminata de dos días, a caballo.

El país, por todo extremo pintoresco, está lleno de recuerdos de la prodigiosa historia del pueblo judío, y lo salvaje y triste de la naturaleza parece ilustrar, por decirlo así, los sucesos que allí se desarrollaron. Es el marco que les conviene.

Las montañas tienen el aspecto de construcciones diabólicas, y están cortadas por simas profundas, abiertas en

el granito, costeadas por grutas misteriosas, de las que emana el horror del crimen y del castigo.

Los israelitas recorrieron aquellas agrestes alturas cuando iban a conquistar la tierra prometida, y allí paseó Josué sus batallones victoriosos, persiguiendo a los moabitas.

En el horizonte se yergue el monte Nebo que vió morir a Moisés. En aquellas cumbres se erigieron altares sucesivamente a Baal y a Jehová, y cuando los hijos de Israel fueron arrastrados en cautividad a Babilonia, lo mismo que a su regreso, tuvieron que cruzar estas formidables montañas.

El camino me fué más penoso al segundo día, porque tuve que afrontar una terrible tempestad de agua, granizo y truenos, y ya estábamos transidos de frío y calados hasta los huesos. cuando por fin, a la hora del crepúsculo, vimos delante de nosotros los almenados muros de Maquerón.

Nos alojaron en un ala del castillo que domina un profundo barranco, en cuyo fondo ruge un torrente, cuyas aguas van a perderse en el mar Muerto.

Gracias a la hendidura que esas aguas han abierto en la montaña, veíamos a lo lejos un pedazo de aquel mar extraordinario, que parece de plomo fundido.

Nos instaló Chusa, intendente del rey, quien me presentó a su mujer, Joanna, la cual me pidió noticias de Jesús de Nazaret. La dije lo que sabía, y ella me escuchó con gran interés, concluyendo por confesarme que creía que el Profeta era el Mesías prometido.

Chusa me enseñó después el castillo y sus dependencias. Maquerón es una residencia verdaderamente regia, aunque lúgubre y sombría.

Después de visitar las habitaciones abiertas al público, entramos en la torre del homenaje, construcción pesada y maciza, coronada de un parapeto, y que sirve de cárcel, siendo al mismo tiempo la parte más temible de las fortificaciones.

—¿Tenéis prisioneros? pregunté al intendente.

—Muchos, me dijo; la mayor parte son ladrones y asesinos, pero el más famoso es el llamado el Profeta.

¿Qué Profeta?

Juan, el Bautista, que se dice precursor del Mesías, y es un hombre asombroso.

¿No podría verle?

—Aquí tenéis precisamente su calabozo: entrad.

El soldado abrió la puerta, y penetré en el sombrío recinto, iluminado por un solo rayo de luz que caía de una alta tronera. Pero de la sombra salían dos luces, semejantes a dos carbones ardientes: los ojos del Profeta, sentado en el suelo a la manera oriental.

Púsose en pie al vernos, y dijo:

—¿Me traéis al fin la muerte?

—No, respondió Chusa; os traigo un centurión romano, que visita el castillo, y deseaba conoceros.

El Profeta clavó en mí sus penetrantes ojos.

He conocido, dijo, a Cornelio, el centurión de Cafarnaum, y os le parecéis.

—Es mi pariente, repliqué.

—Si os asemejáis a él en lo moral como en lo físico, sois un hombre honrado.

—Pero mi pariente no ha sido nunca discípulo vuestro.

—¡Oh, no! Pero vino una vez a oírme, a orillas del Jordán, y las preguntas que me dirigió me probaron que busca la verdad de buena fe.

—¿Habéis predicado mucho?

Lo suficiente para cumplir con mi deber, pero al Rey le ha parecido que era demasiado.

—¿Qué haríais si os pusieran en libertad?

—Me volvería a presentar delante de él, y le repetiría las palabras que no quiere oír: «*Non licet*. Lo que habéis hecho, señor, es un crimen.» Y eso mismo lo proclamaría en público.

—¿Para qué? ¿Esperáis acaso convencerle?

No; pero conviene que todo el mundo sepa que la ley de Jehová es la misma para todos y que lo que en los humildes es un mal, en los grandes y en los reyes es un crimen.

—¿Qué edad tenéis?

—Treinta y tres años.

—¿Por qué os obstináis, siendo tan joven, en cortar vuestra carrera, y en interrumpir una predicación que podría ser tan útil para vuestros compatriotas?

—Mi misión ha concluido. Yo no era más que un precursor del Mesías, que el mundo espera desde hace cuarenta siglos. Ya ha venido y ha empezado a predicar. Se ha dado a conocer, se ha presentado a las muchedumbres, y éstas me han abandonado para seguirle. Así debía ser, y estoy satisfecho. No temo a la muerte: la espero. He cesado de ser útil.

—No se muere a vuestra edad, le dije saludándole y dirigiéndome hacia la puerta, y espero veros de nuevo muy pronto en Galilea.

—No me veréis más. Id más bien a visitar a Jesús de Nazaret, que es el Cordero de Dios, es decir, la gran víctima cuya sangre va a borrar los pecados del mundo. Ese es el verdadero Profeta de la nueva Ley. Yo soy uno de los últimos representantes de lo que fué el pueblo de Dios, que va a morir conmigo; y se fundará otro reino del que será Soberano Jesús de Nazaret, Rey de los Reyes. Llegará el día en que vuestra Roma será castigada como Jerusalén, y se convertirá en Sede de un Imperio, que eclipsará al de Augusto.

Hallábame ya fuera de la celda del prisionero, y pensé que deliraba. Sus ojos, centelleantes, parecían clavados en un lejano punto imaginario. El intendente cerró la puerta, y yo volví a mis habitaciones.

Por la noche se celebró el banquete, que no tengo tiempo de describirte, y que terminó de tar trágica manera.

Se nos habían servido los manjares más raros y los vinos más exquisitos, cuando se abrió una de las puertas de la sala y entró una bailarina.

Este es espectáculo que no dejan nunca los reyes de Oriente de ofrecer a sus convidados, y que siempre gusta mucho. Pero esta vez la bailarina merecía particular inte-

rtar
que

pre-
cua-
Se
res,
ser,
He

e y
evo

de
ran
do.
ino
de
del
es.
mo
ue

sé
os
la

go
ca

os
as

de
ta
e-





res, porque no era una profesional, una almea egipcia, sino una princesa judía: Salomé, la propia hija de Herodías.

La música no valía mucho, pero la bailarina era seductora, y provocó gran entusiasmo.

Excitado por sus copiosas libaciones, el rey deliberaba.

Mandó acercarse a la hermosa Salomé para manifestarle su admiración, y la dijo en voz alta, como Asuero a Ester: *pedirme cuanto queráis, y os lo daré, aunque sea la mitad de mi reino».*

Salomé consultó a su madre y volvió a decir al rey: *dadme en este mismo instante en una bandeja la cabeza de Juan Bautista».*

Los convidados extranjeros no fueron dueños de ocultar su estupefacción.

El rey palideció, pero no tardó en comprender que por boca de Salomé hablaba Herodías, y que el poderío de aquella mujer superaba al suyo.

Hizo una señal al servidor que estaba en pie detrás de su asiento, y que salió de la sala.

Pocos minutos después regresó, llevando en una bandeja de ágata la ensangrentada cabeza del profeta.

Salomé la recibió de sus manos, e inclinándose, risueña, delante de Herodes, se alejó llevando el horrible regalo a su madre, más horrible todavía.

Cuando volví a mis habitaciones, el banquete degeneraba en orgía.

Ya ves, mi querido Tulio, que el rey Herodes es digno de los Césares. Verdad es que se educó en Roma, y es un producto de la civilización romana. ¿Te acuerdas que Fulvia se divirtió traspasando la lengua de Cicerón con un alfiler cuando Antonio se la hizo entregar? Pues bien; de la misma manera se ha divertido Herodías con la cabeza del profeta Juan, el Bautista.

Adiós.

23 diciembre, 781.—Magdala.

XVII

CAMILA

TULIO A CAYO

Voy a darte una noticia que espero ha de complacerte. El viejo senador Claudio, amigo íntimo de tu familia, ha salido para Oriente, con su hija Camila.

El noble anciano advertía desde algún tiempo que iba siendo sospechoso. Era uno de los raros miembros del Senado que resistía, a veces, a las órdenes enviadas desde Capri, y los delatores amenazaban inscribir su nombre en las listas de proscripción que diariamente envían a Tiberio. Y él sabía bien que su parentesco con el dios, amo del mundo, no bastaría para salvarlo.

Advertidas del peligro, su mujer, Flavia, y su hija Camila, le apremiaban para que abandonase a Roma. Ya hacía tiempo que su yerno, Poncio Pilatos, procurador de Judea, y Claudia Procla, su mujer, le invitaban a visitarles en Jerusalén.

Por fin, cediendo a las instancias de sus mejores amigos, se embarcó para Oriente, en Ostia, con su hija Camila, disponiendo que si su estancia allí se prolongaba, su mujer iría a reunirse con ellos.

Piensen hacer escala en Pompeya, donde los hospedarán sus amigos, los Holconios; detenerse después en Alejandría, recorrer el bajo Egipto, y darse, por último, a la vela para Cesárea, donde Pilatos habita parte del año.

Los he despedido y conversado con ellos.

Si los encuentras, en Jerusalén o en otra parte, verás cuánto ha crecido y cuánto ha ganado Camila.

No posee esa belleza que a primera vista deslumbra y parece imponer los homenajes; pero sus facciones, sin ser perfectas, son finísimas, y reciben encantadora expresión de sus magníficos ojos, llenos de serena luz y de dulzura.

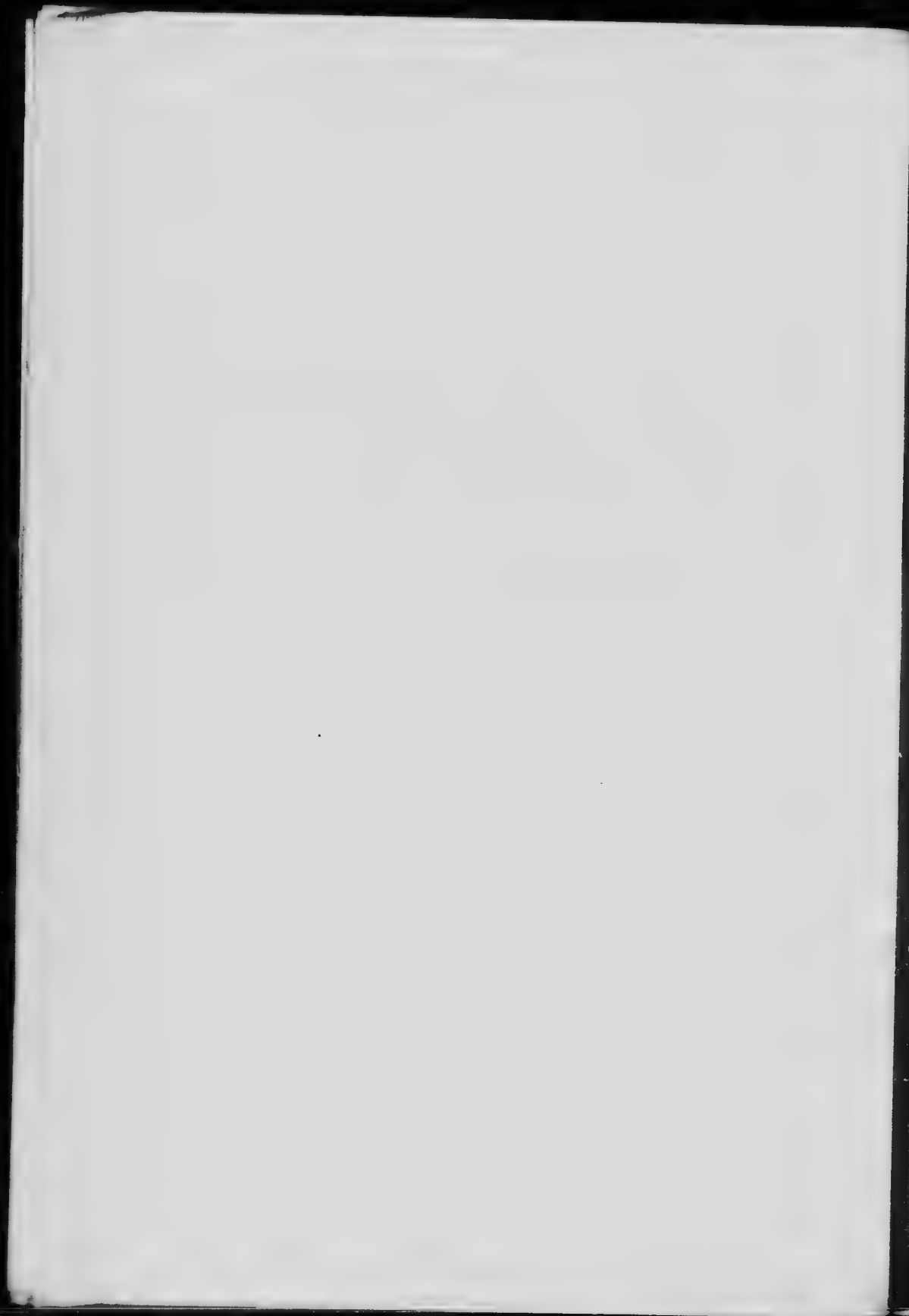
Cuando se calla y baja la mirada, parece su fisonomía desprovista de vida, pero apenas toma la palabra su rostro se anima. En sus pupilas enciende su brillante espíritu una llama que derrama por toda la cara esos tonos cálidos y simpáticos característicos en las bellas romanas.

Su elegante estatura completa su distinción, pero lo que yo admiro especialmente es su sonrisa, que le gana los corazones y parece como un rayo de sol que filtra entre los pétalos de una flor.

Cuanto más la conozcas, más fácil te será olvidar a la hermosa Myriam.

El solitario de Tíbur te saluda.

15 marzo, 782. — Tíbur.



Segunda parte

Diario de viaje de Camila

I

DE ROMA A POMPEYA

Al comenzar mi viaje, madre mía amadísima, empiezo el «Diario» que ofrecí escribirte.

En él anotaré fielmente todas mis impresiones, describiré los países que visitamos, y si presenciamos algún acontecimiento interesante, no dejaré de consignarlo. ¡Ojalá encuentre de vez en cuando correos que se encarguen de llevarte estas páginas!

He traído conmigo mi libro predilecto, la *Encida*, que es, además de un poema incomparable, una guía, y la leo con delicia cuando Eolo y Neptuno me lo permiten.

Para saborear mejor la cadencia de los versos, muchas veces los leo en alta voz, y con frecuencia los marineros se me acercan y forman grupos para escucharme. Se ve que ellos también aprecian la música de nuestra hermosa lengua poética.

La *Encida* puede pasar por una verdadera guía para el viaje que estamos haciendo, aunque algunos lugares hayan cambiado mucho desde la época de Eneas.

Pero no siempre se dió cuenta Virgilio de los ocho siglos que separan a Augusto del héroe troyano, y muchas veces describe los lugares tal como él los vió, y tal como subsisten hoy día.

El mar Tirreno nos ha sido propicio. En pocas horas perdimos de vista el puerto de Ostia, y al día siguiente abordamos a Cumas. En la altura se destacan todavía las ruinas del templo de Apolo, donde vino a rezar Eneas, pero la sibila ha abandonado su antro, abierto en las entrañas de la roca.

Si ha de darse crédito a nuestro Virgilio, esta caverna tenía cien puertas, por las cuales salían otras tantas voces que contestaban a los que venían a consultarla:

*Excisum Euboicæ latus ingens rupis in antrum
Quo lati ducunt aditus centum, ostia centum,
Unde ruunt totidem vocis, responsa Sibyllæ.*

¿Han transformado los terremotos toda esta montaña de Eubea? Lo ignoro; pero es lo cierto que los lugares concuerdan muy poco con la descripción del poeta. Muy apartados parecen los tiempos en que se daba fe a los oráculos de la Sibila, y me pregunto quién podría hoy decir, con esperanza de que se le creyera: *Deus, ecce Deus*, ¡Dios, éste es Dios! ¡El es el que va a hablar por mi boca!

He visitado también el lago Averno, y la profunda gruta que conduce a los infiernos, a los campos de las lágrimas, *lugentes campi*, en que gimen los que un amor malogrado arrastró a la muerte; a los campos de los guerreros, *arva ultima*, al Tártaro y a los Campos Eliseos. Pero ni el negro lago, ni las sombrías grutas, ni las profundas grietas de los flancos de las montañas, pueden conducirnos a la morada de las almas. ¡Todo es simplemente ficción poética!

Y sin embargo, en alguna parte debe existir un reino misterioso que sobreviva a la muerte, donde se castigue a los malos y se recompense a los buenos. ¿Qué Dios nos revelará los secretos de esas incógnitas regiones?

He formulado estas preguntas al divino Virgilio, al visitar su sepulcro, al pie de la montaña, donde algunos hijos de Grecia han fundado una nueva Parténope, y Virgilio no me ha contestado.

Esta hermosa colonia está convirtiéndose en una ciudad muy floreciente. Los ricos construyen hermosas quintas, con vistas al mar, que se extienden por las colinas, en medio de las viñas y de huertos, hasta Pompeya.

II

POMPEYA

Ya estamos en la ciudad de los afortunados, y debo empezar diciéndote que es no sólo alegre, sino hermosa. No me canso de admirar sus soberbias columnatas dóricas y corintias.

Los paseos de las afueras, sobre todo los que suben en zig-zag por las pendientes del Vesubio, son ideales. Llenos de sombra y de perfumes, abrazan en todas direcciones un vasto horizonte, y abren perspectivas infinitas sobre el gran mar azulado.

Nada más risueño, más florido, más encantador que este monte Vesubio, tapizado de viñas, de verdor y de flores.

Sus bellezas se aprecian tanto más cuanto que al contemplarle no puede uno menos de decirse involuntariamente: ¡Si el fuego interior que dormita en esta mansión se despertara!... ¡Si los Titanes que Júpiter encerró, des-

pués de fulminarlos, en sus abrasadas cavernas, se sublevasen un día e hicieran saltar las murallas de su cárcel. ¡Qué catástrofe! ¿Dónde irían a parar Herculano y Pompeya, las dos preciosas ciudades que sólo piensan en multiplicar sus goces y refinar sus placeres?

Pompeya es una ciudad aristocrática, que no cuenta más de 30,000 almas. Su comercio es, sin embargo, muy próspero, y su lindo puerto, que está continuamente cegándose y que hay que escavar sin descanso, está como empavesado de velas.

Somos huéspedes de los Holconios, que nos han dispensado la más amable acogida.

Estos amigos de nuestra familia viven en la opulencia, y su palacio, sin ser muy grande, es hermosísimo. El atrio es relativamente pequeño, pero el peristilo es espacioso e inundado de luz, rodeado por una elegante y monumental columnata.

La cornisa es de estuco color de rosa, y el friso está adornado de arabescos notables por su delicadeza y su gracia. El pavimento es de mosaico. Las paredes, pintadas al fresco, reproducen los amores de nuestros dioses, a la verdad nada edificantes.

Entre las columnas y en las gradas que dan la vuelta al peristilo, están diseminadas estatuas de mármol y de bronce, alternando con laurel rosa y naranjos cargados de frutos de oro.

En esta vasta sala, abierta al sol, pasa la familia la mayor parte del día.

Ya sabes que nuestra magnífica Via Appia se prolonga hasta Pompeya, y que al salir de Roma atraviesa el campo de los muertos. De igual modo se convierte aquí en cementerio al acercarse a la ciudad, y aquel trozo se llama «Vía Tombal». Esa entrada fúnebre en la morada de los placeres no inspira reflexión alguna a los superficiales viajeros, que se contentan con admirar las esculturas de los panteones. Nadie piensa que el placer no es eterno, y que no es Venus la sola divinidad de este mundo, dado que sea divinidad.

La vida de los pompeyanos parece consagrada por completo al amor y a la voluptuosidad. Las pinturas decorativas de los frisos y de los techos, los mosaicos que cubren los pavimentos y las paredes, todo un pueblo de tatuados, en actitudes sugestivas, provocan a gozar y a abandonarse a las dulzuras de una vida sensual y...

El Foro está constantemente lleno de paseantes y de gente de vida alegre que cantan a Baco, o que duermen al sol en los bancos de mármol, o sobre las losas al lado de las fuentes, que con el murmullo de sus aguas los incitan al sueño.

Los teatros desbordan de espectadores todas las noches, y en ellos se representan las comedias de los poetas más licenciosos de Grecia y Roma.

La misma multitud afluye al Anfiteatro y a las Termas, en cuya vecindad hay numerosas tabernas, demasiado frecuentadas, desgraciadamente, por los amigos de los gladiadores y de los atletas.

El Anfiteatro está a un extremo de la ciudad, y desde él se disfruta de un espléndido panorama. Dista mucho de las vastas proporciones de nuestro Circo Máximo, pero eso no obstante es un hermoso edificio, con capacidad para contener hasta 20,000 espectadores. Los juegos son los mismos que en Roma, y tanto más concurridos cuanto más sangrientos, pues los gladiadores son hartos más populares que los primeros actores dramáticos.

El Teatro trágico tampoco es muy espacioso, pero la *orchestra* puede siempre contener cinco mil personas. Está edificado, como la mayor parte de los teatros griegos, en la pendiente de una colina; y en lo alto de las gradas en herradura se levanta un majestuoso pórtico, sostenido por columnas de orden dórico.

Aunque abierto al aire, como los nuestros, por medio de cuerdas y de cuerdas se le cubre con toldos blancos y rojos, para preservar al público de los rayos del sol. Allí se representan rara vez las obras maestras clásicas, pues los dramaturgos de Alejandría están mucho más en moda.

El mismo Aristofanes, a pesar de sus inmoralidades e impiedades, es considerado como demasiado serio.

El gusto de las letras griegas está muy extendido, pero nadie habla y escribe más que en latín, y en latín, igualmente, están todas las inscripciones.

El poema más admirado, aun en el pueblo, es la Eneida. Los letrados citan continuamente sus versos en la conversación, y hay muchos que deben saberse de memoria cantos enteros.

Después de Virgilio, el más leído es Ovidio. Su *Arte de amar*, especialmente, obtiene todos los favores del pueblo.

El aspecto del Foro pompeyano es espléndido, y recuerda al nuestro. Es grande, y lo limitan, por tres de sus costados, soberbios pórticos formados por una triple columnata de mármol, y en torno, por encima de los pórticos, un verdadero anfiteatro de templos, arcos de triunfo, curias y otros edificios.

Entre los templos dedicados a Júpiter, a Hércules y sobre todo a Venus, bajo diferentes vocablos, me ha sorprendido encontrar uno consagrado a Isis. Paréceme que el culto de esta divinidad egipcia está aquí muy extendido. En dicho templo he visto una estatua de Isis, sentada, y al lado suyo una serpiente, enroscada a un árbol cargado de frutos, que la mira como para fascinarla. ¿Qué significación puede tener ese grupo de mármol?

Un sabio pompeyano me ha contado que en el pueblo judío se cree que la primera mujer, madre del género humano, fué perdida por una serpiente que le hizo comer una fruta envenenada. ¿Si habrán tomado los egipcios su Isis de los libros judíos?

Lo que más me gusta en Pompeya es la risueña vega que rodea la ciudad, la rica vegetación que le da sombra, las viñas que le sirven de marco, y el mar azul en que se contempla.

Nuestro gran Cicerón, que sabía escoger los sitios pintorescos, poseía aquí una quinta, casi tan suntuosa como la de Túsculo, que tú conoces.

En Túsculo tenía el aire vivo de la montaña, el aroma de los grandes bosques y el inmenso horizonte que se extiende hasta el mar.

Desde su pórtico de albas columnas veía a sus pies las lindas ciudades de la Sabina, más abajo el anchuroso campo romano, con sus colosales acueductos, y en el fondo Roma, con su imponente vegetación de mármoles.

Aquí el horizonte es más estrecho, pero no menos gracioso. El maravilloso orador vivía en Pompeya cerca del mar, cuyas brisas refrescaban sus pulmones. Veía correr las blancas velas de los pescadores napolitanos, y, volviéndoles la espalda, podía recrear sus miradas con las verdes laderas y los frondosos viñedos del Vesubio.

¡Oh querido grande hombre! ¡cuántas lágrimas debiste derramar en estos sitios por la muerte de tu amadísima hija Tulia!

Mañana nos damos de nuevo al mar, y después de costear la Sicilia, tomaremos el rumbo de Alejandría.

III

EN LAS COSTAS DE SICILIA

Al salir de Nápoles, nuestro navío costó la isla de Cápri, donde habita nuestro César. La residencia es, según dicen, encantadora, y todos los goces del mundo se han puesto allí a su disposición. Pero se asegura que por eso es más dichoso, y que taciturno y sombrío, para ser él solo el que sufra, inventa suplicios para los demás.

Todo el mundo tiembla y se arrodilla en su presencia, no delante de un Dios.

Muy amargos son los días que atraviesa nuestra patria infortunada. ¿Quién la salvará de la tiranía, de la corrupción y de la decadencia que la amenaza? ¿Quién nos devolverá la libertad, la fe religiosa, las costumbres de los tiempos antiguos?

Esto me preguntaba esta mañana, mirando alejarse las orillas de Capri y el espléndido anfiteatro de montañas que corona Baia, Puzzoli, Nápoles y Pompeya, y me puse a leer la cuarta égloga de mi divino Virgilio, que parece predecir la próxima regeneración del género humano.

¿Será ésta una revelación de los dioses, o una visión real de lo porvenir, como las que tenían las sibilas?

Así lo creo y lo espero, sin que pueda explicarme quién vendrá a desgarrar este velo que envuelve en misterios insondables toda verdad.

Meditando en ello me hallaba, cuando vino a sentarse cerca de mí, en la popa de nuestra galera, un joven, y se puso a leer un rollo de papiros escritos en hebreo.

Había tomado pasaje en Pompeya, y es un judío de Jerusalén, que, después de pasar un año en Roma, regresa a su país. Hemos trabado conocimiento, y hablado largo rato. Se llama Gamaliel. Su padre es un escriba, doctor de Israel, consagrado a la enseñanza de la literatura y de la religión hebraicas, y cuya escuela es célebre; rodean su cátedra numerosos discípulos que acuden de todas partes: de Siria, de Persia, de Egipto y hasta de Grecia. El hijo es también muy instruído, y su conversación muy interesante, por más que abrigue contra Roma un odio implacable y sueña en libertar a su país del yugo romano.

Hemos hablado de religión y me ha referido algunos rasgos de la historia de su pueblo, que es maravillosa. Lo que más me ha interesado es su fe en un Dios único, y su firme creencia en la venida, muy próxima, de un enviado del cielo, al que llama el Mesías, con el cual cuenta para rescatar a su nación, y hacerla poderosa entre todas.

No le oculté mi asombro, y le leí la cuarta égloga de nuestro poeta, que no conocía.

Entonces él fué el asombrado, al oír estas palabras de Virgilio:

Llegaron al fin los últimos tiempos predichos por la sibila de Cumas. ..

«Una raza nueva baja de lo alto de los cielos. Ese niño, cuyo nacimiento debe cerrar el siglo de hierro y abrir la edad de oro en el mundo entero, es digno ¡oh casta Lucina! de que le protejas...

«Hijo de los dioses, ese niño gobernará el mundo.... Los tiempos se acercan. Sube a los supremos honores, hijo querido de los dioses, noble retoño de Júpiter.... La naturaleza entera palpita esperando este siglo feliz.»

Palabras extrañas, ha dicho Gamaliel, porque vuestro Virgilio no puede ser un profeta. Entre vosotros nunca los hubo. Esa esperanza de regeneración, que ha penetrado entre vosotros, y hasta entre los griegos, ha de tener su origen en nuestros Libros Santos, que muchos de vuestros poetas han debido conocer.

Pero, ¿creéis verdaderamente, le pregunté, en la próxima venida de vuestro Mesías?

- No sólo creo que vendrá, sino que me siento inclinado a pensar que ya ha venido, que vive entre nosotros y que en este momento opera maravillas en Galilea y en Judea.

- ¿Es posible? ¿Y qué clase de hombre es?

No le conozco todavía; pero cuando salí de Jerusalén, un año atrás, ya recorría la Galilea. Las muchedumbres le seguían, y él les anunciaba el próximo advenimiento del reino de Dios, curando todos los enfermos que se le presentaban. Después todas las cartas que de mi país he recibido no hablan más que de él y de sus prodigios. Su nombre, Jesús de Nazaret, está en todas las bocas, y el pueblo espera que pronto restablecerá el reino de Judá.

Emancipándole de la dominación romana?

Naturalmente. Ya podéis, por lo tanto, imaginaros la ansia de volver a mi país, y, sobre todo, a mi ciudad natal.

Nuestra conversación se prolongó hasta entrada la

noche. El tiempo era delicioso, el cielo sereno, y de vez en cuando los remeros cantaban, con el cadencioso acompañamiento de sus remos. Esperaba que en los anchos pliegues movedizos del azulado mar, iba a descubrir alguna Nereida y oír la voz de las sirenas. Pero no vi ni oí nada.

Cuando me levanté esta mañana, pasábamos entre Caribdis y Scila. Corrí al puente para contemplar esos abismos espantables descritos de manera tan grandilocuente por nuestro Virgilio. Pero Eolo retenía su aliento, y presumo que los dos monstruos dormían, porque ni he visto su espuma ni escuchado sus siniestros ladridos. ¿Si será ésta una de tantas fábulas de nuestros poetas? Comienzo a sospechar que todo es fábula entre nosotros, empezando por la religión.

Pasamos lentamente, a fuerza de remos, rasando la costa de Sicilia, cuando de improviso se nos aparece el Etna, lanzando al cielo una enorme columna de negro humo, surcada de llamas. En este punto nada han exagerado los poetas.

Vuelvo a leer la pomposa descripción que Virgilio hace del volcán, y la encuentro por debajo de la verdad. Los versos son hermosos y sonoros, pero no logran pintar más que débilmente la terrible montaña.

A sus pies, en un lecho de rojiza lava, se asienta una pequeña ciudad, cuya blancura resalta sobre el azul de mar. ¿Cómo puede vivir tranquila esta imprudente, con semejante vecino?

El Etna, más bien que el Averno, paréceme a mí que debiera ser una de las entradas de los infiernos, y en aquel horno inmenso debieron ser precipitados los gigantes que un día intentaron escalar el Olimpo y arrojar de él a los dioses.

En tiempos de Ulises, los cíclopes famosos, cuyas fechorías refiere Homero, vivían en estas costas; y Eneas, cuyos navíos costearon estas orillas, fué, como Ulises, blanco de sus ataques, de los que sólo le salvó la protección de Venus.

y de
cioso
los
escu-
o no

entre
esos
dilo-
ento,
ni he
¿Si
Co-
tros,

o la
rece
egro
exa-

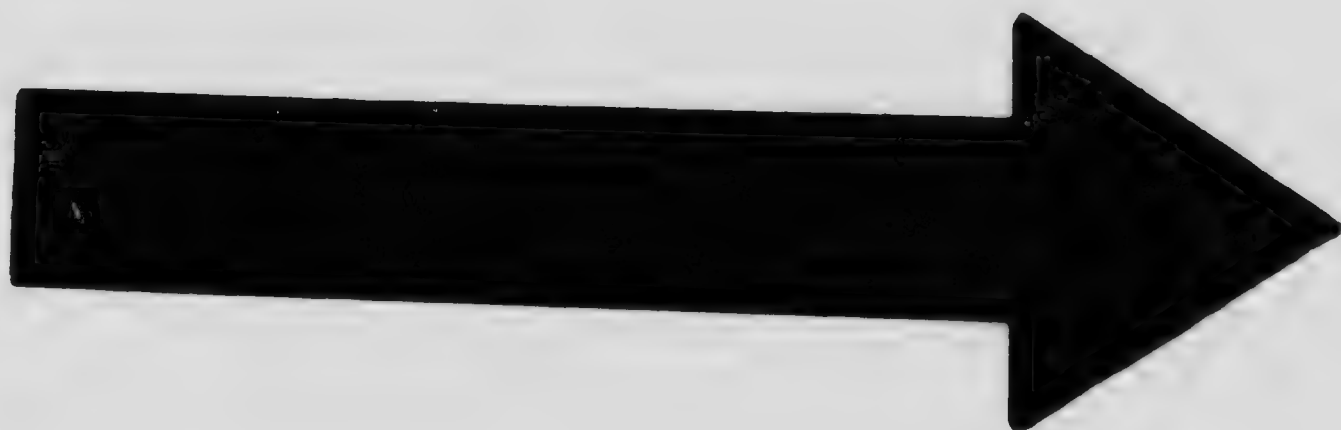
gilio
lad.
pin-

una
de
con

que
en
gran-
de

yas
; y
Ult-
ó la





MICROCOPY RESOLUTION TEST CHART

ANSI and ISO TEST CHART No. 2



1.45

1.5

1.6

1.8

2.0

2.2

2.5

2.8

3.2

3.6

4.0

4.5

5.0

5.6

6.3

7.1

8.0

9.0

10

11.2

12.5

14.0



APPLIED IMAGE Inc

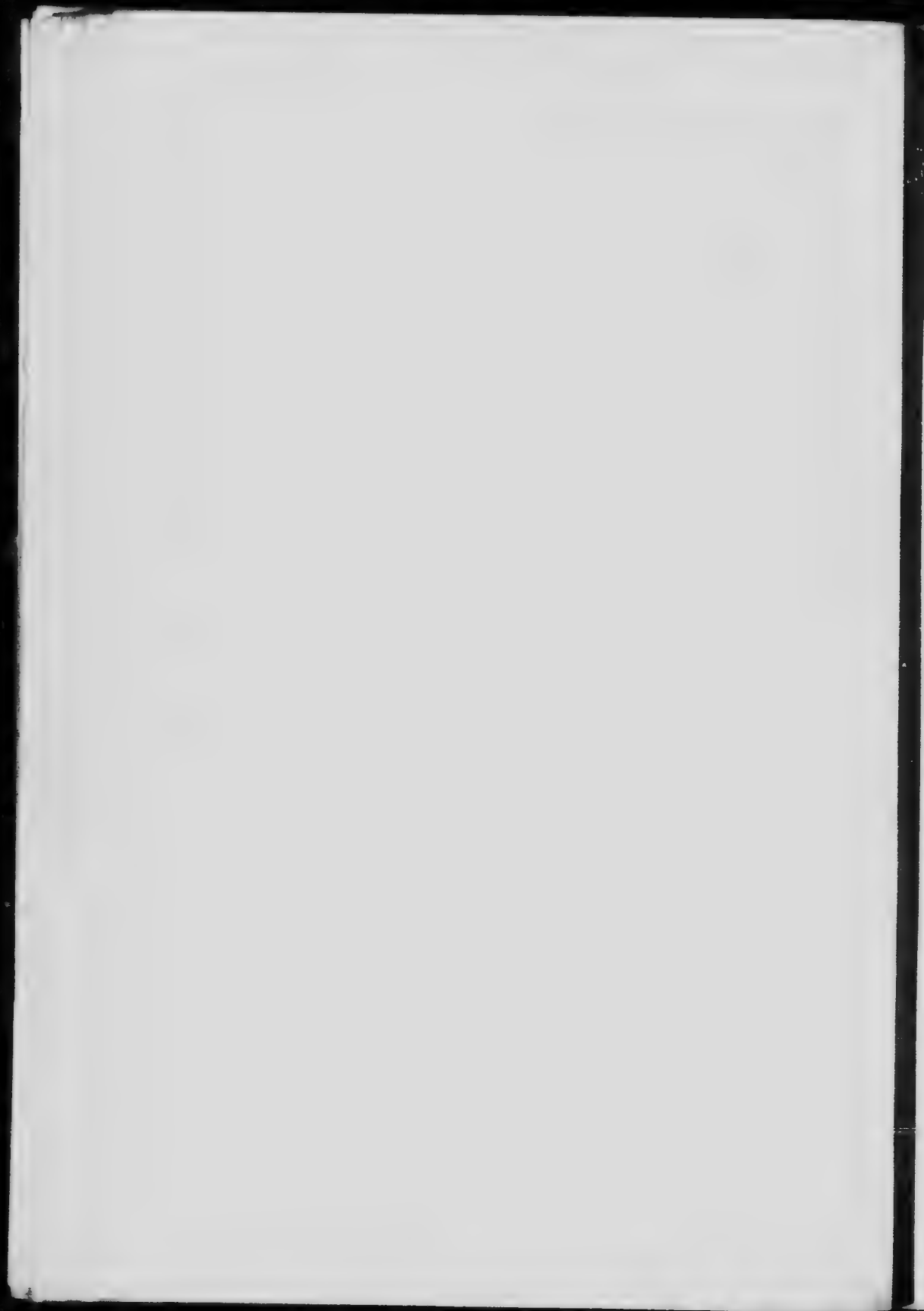
2255 Zeno Drive

Warren, Michigan 48090

Telephone (313) 761-4500

Telex 288 438 J

Fax (313) 761-4501



Todos estos recuerdos clásicos me vienen a la memoria mientras bordeamos la costa, y pasamos rozando los bloques de rocas que Polifemo lanzó contra las naves de Ulises, y cuyas crestas emergen de las olas.

Un fuerte viento nos ha favorecido y hemos echado el ancla hacia el anochecer junto a la isla Ortigia, donde se levanta Siracusa. ¡Qué panorama más encantador y pintoresco ofrece de lejos esta hermosa ciudad! En seguida se reconoce en ella la gran Grecia, menos artística, menos ideal que Atenas y Delfos, pero más extensa, levantándose en anfiteatro en medio de colinas de follaje y de flores, orgullosamente rebozada en una clámide de murallas enormes, y coronada por las cimas de los montes Híbla.

Sin duda que aquí no existe, como en Atenas, una imponente vegetación de mármol; pero la arquitectura es la misma, y aquí se hallan todas las producciones del arte griego. En todos los palacios y templos se ven pórticos con columnatas, imitadas del Partenón y del templo de Teseo.

La gran puerta de la fortaleza que mira al mar está formada por altos pilares, copiados de los Propileos.

En el teatro, cuyas gradas de mármol blanco escalan una colina, hemos visto representar el Edipo de Sófocles. ¡Qué asombroso drama! ¡Y qué gusto me ha dado poseer el griego lo bastante para saborear esta incomparable poesía, declamada por actores escogidos!

La isla está unida a la tierra firme por un muelle, y en todas partes encontramos el sello de Grecia, madre de las artes y de la civilización.

No he dejado de visitar la fuente de la ninfa Aretusa, que es muy bonita, y sobre todo muy límpida. En ella flotan ramilletes de papiros y culebrean peces colorados. Pero la ninfa era más hermosa todavía, y no perdono a Diana el haberla cambiado en fuente, por el solo delito de haber querido agradar al río Alfeo.

Nuestro navío ha hecho escala, por breves horas, en Acagras, que Virgilio se contenta con saludar de pasada. Sin duda en tiempo de Eneas no era, como hoy, la ciudad de los templos de la gran Grecia.

No es rica ni floreciente, como Siracusa, pero está admirablemente situada en lo alto de una colina que domina el mar. Ciñenla robustas murallas, sobre las cuales se yergue una verdadera selva de columnas de mármol, que soportan los frontones de sus innumerables templos, y ofrecen un golpe de vista de insuperable belleza.

Este conjunto de maravillas arquitectónicas me ha impresionado tan vivamente como la Acrópolis de Atenas dos años ha. Es verdaderamente espléndido, y fuera del Partenón nada he visto que pueda comparársele.

Los templos de Juno, de Hércules, de Esculapio, de Júpiter, de Leda, de Cástor y Polux y de la Concordia, están todos apiñados, dentro de las fortificaciones, mirando al mar. Detrás de ellos se extiende la ciudad en anfiteatro, hasta la cumbre de la montaña que forma la Acrópolis, pero que no tiene nada de monumental. Su sola belleza consiste en lo maravilloso de su situación.

Hemos subido a ella, admirando los puntos de vista más pintorescos. A nuestros pies contemplábamos la ciudad fortificada, con sus templos, su Foro, sus teatros, sus palacios y sus sepulcros, que se apoyan en la parte interna de las murallas. A lo lejos el mar azul, con su interminable horizonte.

Después bajamos a los templos, que son bellísimos y que nos retuvieron cuatro horas.

Cuanto más se estudian los pormenores, más crece la admiración. Los acanalados corintios, las cornisas esculpidas, los capiteles transparentes como encajes, las nobles actitudes de las estatuas, las armónicas líneas de los relieves, todo seduce y encanta.

Pero ¡ay! todos esos hermosos monumentos de la fe antigua están desiertos y caen en ruinas.

Concluyó la brillante civilización de los helenos. Per-

cido su poderío, apagada su fe, pronto les llegó la decadencia de las letras y de las artes. La gran Grecia agoniza.

IV

EN CARTAGO

Ya conocemos por experiencia ¡oh madre mía! todas las vicisitudes de la navegación. Bogábamos hacia Alejandría, cuando se desató una furiosa tempestad, a cuya violencia estuvimos abandonados toda la noche. Al rayar el día, nuestro hábil piloto pudo izar una pequeña vela en la proa, y dirigir nuestra galera hacia una bahía espaciosa, pero de entrada muy angosta. Era el puerto de Cartago. Hétenos, como ves, bien apartados de nuestro itinerario.

Pero estamos sujetos a la inconstancia del mar y de los vientos, y de esta suerte, buscando a Alejandría, hemos caído en Cartago.

Tentada me siento a dar gracias a los dioses, ahora que pasó la tormenta.

Cartago es, como sabéis, mucho más antigua que nuestra Roma, y ya era colonia floreciente de Tiro, cuando Eneas, despidiéndose de las ruinas humeantes de Troya, tomaba el rumbo del Lacio, donde estaba llamado a ser el fundador del nombre romano.

Juno, que Virgilio nos representa como cruel y celosa, prefería Cartago a todas las ciudades del mundo, sin exceptuar a Samos, y sabiendo que los oráculos sibilinos predecían la destrucción de aquel pueblo por otro salido de la estirpe troyana, profesaba a esta última odio implacable. Por eso persiguió al infortunado Eneas, empleando

todos cuantos medios estaban a su alcance para impedirle llegar a nuestras costas y fundar allí a Roma.

Esa épica lucha de una divinidad contra un simple mortal forma el argumento del admirable poema de Virgilio, y ya recordaréis que en éste el poeta describe desde el principio una espantosa tempestad que asaltó la flota de Eneas cuando abandonó a Sicilia.

El viejo Eolo puso al servicio de Juno los más violentos súbditos de su reino: El Aquilón y el Noto.

Los infelices troyanos, con sus naves maltratadas y dispersas, sólo se salvaron por la intervención de Neptuno, al que corresponde el imperio de los mares, y que en un principio no se enteró de que los hijos de Eolo perturbaban sus Estados.

El héroe troyano encontró al fin un asilo donde refugiar sus naves, precisamente en la costa de Libia, no lejos de Cartago.

Nosotros también hemos afrontado una desatada tempestad entre Sicilia y la tierra libica, y sólo nos hemos librado del naufragio refugiándonos en el puerto de Cartago.

¿Continuará Juno ensañándose contra los descendientes de los latinos? Espero que no, pues Júpiter predijo que la irascible diosa se apaciguaría con el tiempo, y dispensaría su protección a los romanos.

Sea de ello lo que fuere, hemos podido comprobar que la descripción de la tempestad imaginada por Virgilio no era exagerada, y mucho nos complace haber hallado el mismo puerto de salvación que Eneas.

¡Cartago! ¡Cuántos recuerdos históricos y poéticos evoca este nombre!

Aquí es donde el héroe de Virgilio estuvo a punto de faltar a su misión. Este fué el teatro de sus amores con Dido, fundadora de Cartago, y si no se hubiese arrancado a aquella pasión culpable, no habría llenado sus destinos, y quién sabe si Roma no habría existido nunca.

¿De qué dependen los acontecimientos de este mundo, y cuán diferentes serían sus destinos si los grandes ge-

nos cumplieran siempre la misión que los dioses les confían!

Cartago fué la gran rival de Roma, y si Anibal hubiera sabido substraerse a las delicias de Capua, como Eneas a las seducciones de Dido, Cartago hubiera sido, y no Roma, la dueña del mundo.

Terrible espectáculo el de aquellas guerras púnicas, que duraron más de cien años, y gran gloria para nosotros, romanos, evocar la dramática historia de Régulo y de los dos Escipiones.

Apenas han pasado dos siglos desde que nuestras legiones arrasaron a Cartago; pero fué para reedificarla, y no podrás imaginarte, madre mía, todas las magnificencias de la nueva ciudad.

Cayo Graco fué quien la reconstruyó, pero hasta Julio César no fué más que una población colonial secundaria. César y Augusto la restauraron, ensacharon y embellecieron, y hoy compite con Roma, la imperial, por la riqueza y las proporciones de sus monumentos públicos por sus templos, sus termas, sus anfiteatros y sus vastos pórticos.

Más dichosos que Eneas, aquí hemos hallado una segunda patria, y podemos leer las hazañas de nuestros abuelos esculpidas en los monumentos públicos.

Por desgracia, Cartago no copia solamente nuestra arquitectura y nuestras artes, sino que copia también nuestras costumbres y nuestro insolente lujo.

Nuestros vicios, trasplantados a tierra africana, bajo el sol de fuego, enervan y debilitan a los coloniales, y producirán en ellos una decadencia más rápida todavía que la nuestra, si el hijo de los dioses que Virgilio nos promete no viene a salvarnos a todos juntos.

La corrupción es aquí más descarada aún que en Roma, y la religión no es freno suficiente para contenerla.

¿Dónde encontraremos las creencias religiosas de los tiempos pasados? El único pueblo, dicen, cuya fe se conserva joven e intacta, es el pueblo judío. Grandes son las ansias de cerciorarme de ello *de visu*.

V

IDILIOS BÍBLICOS

Después de salir de Catargo volvimos a tener un día y una noche de navegación borrascosa. Pero esta mañana «Neptuno ha calmado las cóleras del mar, disipando las nubes y trayendo de nuevo el sol».

Vamos bordeando las costas de Libia, con una calma absoluta, llena de encantos para los pasajeros. Los marineros están cansados, aunque se relevan cada tres horas, y adelantamos muy lentamente. Se quejan del calor, pero éste no es nada desagradable para nosotros que no hacemos más que escudriñar el horizonte, leer y conversar.

El joven Gamaliel, de quien ya te he hablado, busca con insistencia la compañía de mi padre y la mía. Como la intimidad es inevitable a bordo, donde a todas horas se está en contacto con las mismas personas, tenemos largas conversaciones sobre la historia, la literatura y la religión de su país.

Nada hay más curioso, ni más interesante.

Gamaliel me ha leído numerosas páginas de una traducción de las *Escrituras*, que son los libros Sagrados de su pueblo. Dicha traducción es obra de 72 sabios, reunidos en Alejandría por Tolomeo Filadelfo, hace más de dos siglos.

Comprendo, como sabes, perfectamente el griego, y esta lectura me ofrece grandísimo interés.

-Me habéis revelado, me dijo hoy mi amable compañero de viaje, las églogas de Virgilio. Permitidme que, por mi parte, os dé a conocer algunos de nuestros poemas bíblicos. Porque nuestras *Escrituras* no son únicamente libros de historia, de moral y de religión, sino que contienen poesías bellísimas, sobre todo en el género lírico.

- ¿Y vuestra poesía se distingue de la prosa no sólo por el estilo, sino por la forma, como la nuestra?

Ciertamente. Tenemos el verso hebreo, como vosotros el latino, y en caracteres que le distinguen de la prosa, con el compás o medida y el paralelismo. Este último rasgo no existe en la poesía latina, ni en la griega, y por consiguiente no puede apreciarse en las traducciones, pero sí muy bien en el texto original.

Gamaliel lee perfectamente, y sabe hacer resaltar las bellezas de los poemas bíblicos.

Me han gustado especialmente los pasajes que me ha citado del *Libro de Job*, de los *Salmos* del Rey David, de los *Proverbios*, del *Eclesiastés*, del *Libro de la Sabiduría* y del *Eclesiástico*. La mayor parte de los profetas han escrito también en verso, y hay en Isaías, en Jeremías y en Ezequiel inspiraciones poéticas de belleza incomparable y de una elevación que sobrepuja, en mucho, a todo lo escrito por nuestros poetas.

El poema de Job es un drama sombrío, en que los gritos de dolor y de desesperación alternan con la oración y la queja resignada.

Los *Salmos* son cánticos a Jehová, celebrando su poderío, su bondad, su justicia y sus obras, dispersas en la creación.

En las poesías de Salomón hay bellísimas lecciones de moral que acreditan en su autor gran experiencia de la vida.

Entre los libros judíos en prosa se encuentran igualmente páginas llenas de poesía. Gamaliel me ha leído un idilio delicioso, titulado el *Libro de Ruth*, y nada hay más encantador, por su gracia y su sencillez, que la historia de aquella espigadora leal, salida de Moab, que sigue a los segadores de Booz para recoger las espigas que dejan caer, y que acaba por recoger entre ellas el corazón de su amo. Booz, seducido por sus cualidades, la tomó por esposa, convirtiéndose así la bella moabita en madre de Obed y abuela del Rey David.

—Ahora dicen también, añadió Gamaliel, que Jesús de Nazaret es uno de sus descendientes.

Hoy me ha recitado Gamaliel (pues lo sabe casi de memoria) el *Cántico de los Cánticos*

En el azul del cielo no aparecía ni una mancha, y nunca el mar había estado más hermoso.

Bajo los reflejos sanguíneos del sol poniente, el agua brillaba a trechos con placas incandescentes.

Una brisa ligera inflaba las velas de la *Nausicaa*, y nos deslizábamos suavemente a través de las rizadas olas de fuego en el gran circo de Neptuno.

Del norte se elevaban nubes sonrosadas, que iban formando grupos inquietantes, pues cuando el sol acabara de ocultarse aumentarían la obscuridad. Pero por de pronto eran un adorno más en el hermoso horizonte.

—¡Qué calma tan deliciosa, dije a Gamaliel, en la vacía inmensidad que nos rodea! ¡Qué dulce soledad!

La soledad no es más que una palabra vana, me replicó, y no existe absoluta y completamente en ninguna parte. El desierto está surcado de caravanas y sembrado de oasis desbordantes de vida. El mar está cruzado de navíos y en sus abismos se agitan seres vivientes que forman familias y tribus nómadas. El cielo está formado de astros viajeros que se atraen y se encuentran, y de nebulosas, familias o enjambres de estrellas que buscan un rincón del espacio donde cumplir sus destinos, procreando nuevos mundos. Veis, por lo tanto, que la soledad absoluta no existe.

—¿Y lo deploráis?

—Seguramente no. No me placen el ruido, ni las muchedumbres; pero sí muchísimo la soledad de dos.

A mí me parece, cuando contemplo el cielo en las serenas noches de verano, que los astros son pupilas de seres misteriosos, y que sus miradas nos siguen simpáticas y dulces.

—Me gustan más las vuestras...

Bajé los ojos, y fui a apoyarme en el reborde de la popa, adonde me siguió Gamaliel, inclinándonos los dos para admirar el brillante surco que dejaba nuestra galea.

—Mirad, me dijo Gamaliel, la hermosa guirnalda de blancas flores que vamos dejando como deshojadas detrás de nosotros. Quisiera poder recogerla para colocarla en vuestra hermosa cabeza.

Yo le miré un tanto sorprendida, sin contestarle.

Entonces desarrolló el *Cántico de los Cánticos* y me dijo:

—Este poema es un canto de amor, o más bien un coloquio apasionado entre dos personajes, que Salomón llama el Amado y la Amada. ¿Qué nombres se ocultan bajo esos dos títulos, cuyas voces cantan alternadamente este dúo de amor? Lo ignoro, pero mi padre dice que es preciso atribuir un sentido alegórico a las inflamadas palabras que los dos interlocutores se dirigen mutuamente.

Y a renglón seguido me recitó, con un entusiasmo que no tardé en compartir, el magnífico poema de Salomón.

Terminada la lectura guardamos silencio largo tiempo, hasta que yo lo rompí para decirle:

—Si esa admirable poesía os vuelve mudo, más valdría que leyeráis el *Libro de la Sabiduría*.

Gamaliel sonrió apenas, sumido en honda meditación, con los ojos clavados en las lejanas costas de Libia, que rayaban el horizonte con una larga franja de azul sombrío.

—¿En qué pensáis? le pregunté.

Gamaliel reflexionó un instante y dijo:

—Pienso en todo lo que hay de imprevisto en la existencia humana, y me pregunto si todo ello es fortuito o providencial. Admiro la inmensidad que nos rodea, ese infinito que parece bien vacío, y en el cual pensaba deber encontrar el aislamiento completo. Pero en estas estrechas tablas que nos sustentan, no estoy aislado, y al lado vuestro me siento más solo que cuando me iba a soñar en el monte Palatino, rodeado de un círculo de amigos. ¿Cuál es la corriente misteriosa que nos arrastra a través del mundo y merced a la cual dos seres que se hubiese creído separados para siempre, parten de dos puntos extremos del ho-

rizonte y vienen a encontrarse en plena mar, conducidos por no sé qué fuerza desconocida? ¿Somos juguete del acaso? ¿O bien hay un dueño soberano que dirige nuestros destinos, sin que nos demos cuenta de ello, y nos hace ejecutar ciegamente sus decretos? Y si ese dueño existe, ¿somos hasta tal punto instrumentos suyos pasivos que no podamos ni aun mandar siquiera en nuestros propios sentimientos? Ya sabéis, Camila, que soy judío, y amo a mi patria por encima de todas las cosas de este mundo. Cuando la abandoné llevaba en el corazón el odio a Roma, odio que no ha hecho más que agigantarse en medio de los judíos que habitan vuestra capital. Por eso me inspirasteis, cuando os vi la primera vez en el puente de la *Nausicaa*, un sentimiento de repulsión, que juzgué invencible, pues erais romana. Y ahora ¿por qué ocultároslo? no sé qué impulso simpático me acerca a vos, y cuando trato de interrogarme me veo obligado a confesarme a mí mismo que llegaría hasta a amar a Roma, si Roma se os pareciese.

Bajé los ojos, y los dos guardamos hondo silencio. Adivinaba que sus miradas estaban clavadas en mi rostro, y no sabía qué decirle.

Cuando recobré la palabra le pregunté cuál era la causa de su odio a Roma.

—No os lo diré hoy, me replicó, porque temería disgustaros.

—No comprendo el odio, le dije, ni en los individuos, ni en las naciones. Y quiero que todos los amigos míos, lo sean de mi patria.

Una ola que reventó sobre cubierta, nos advirtió que el viento se había alzado, y puso fin a nuestro coloquio.

VI

ALEJANDRÍA

Ya estoy al fin en esta tierra de Oriente, que tanto anhelaba ver, y recorro con absorbente interés las calles de la populosa ciudad egipcia.

Aunque la llamo egipcia, más bien es griega o romana. Mejor todavía, pudiera decirse que es egipcia por su pueblo, griega por las artes y las letras, y romana por el gobierno político y militar. También es émula de Roma en magnificencia, y posee, como todas nuestras grandes ciudades coloniales, su procónsul, su Senado, sus magistrados, sus altos dignatarios, sus termas, sus templos, sus circos y sus teatros.

Rivaliza con Roma en lo que atañe a la ciencia y a las escuelas, y en ella se encuentran las bibliotecas más ricas del mundo en manuscritos. La más considerable, que contenía 750.000 volúmenes, se incendió, desgraciadamente, en tiempo de Julio César; pero Antonio reparó en parte esta pérdida regalando a Cleopatra 200.000 manuscritos.

¡Cleopatra! Nombre célebre, que evoca un mundo de recuerdos históricos.

Nuestros grandes romanos no representaron aquí un papel tan glorioso como en Cartago.

Pompeyo, César, Antonio, fueron seducidos sucesivamente por aquella maestra en sortilegios, y no he podido ver sin emoción las orillas que fueron testigos de la trágica muerte de aquellos dos hombres poderosos, Pompeyo y Antonio, llamados a ser gloria de su patria, y que el amor perdió.

Octavio mismo estuvo a punto de dejarse prender por los encantos de aquella maga, y si hubiese sucumbido, Roma no tendría su *Augustus Imperator*.

¡Extraño poder el del amor, que puede producir tantos estragos cuando se pone a servicio del mal!

Tampoco resistió bastante a sus extravíos el fundador de Alejandría, lo cual no impide que fuese un grande hombre, tan grande que dudo si nuestro César llegó a igualarle nunca. Su colosal ambición, nunca satisfecha, fué causa de su ruina. En doce años se hizo amo del mundo, pero siempre aspiraba a ensanchar su vasto imperio, y no había aún provisto al gobierno de todos los países conquistados cuando murió a la edad de 33 años.

El barrio egipcio de Alejandría es la antigua aldea de Rakotis, donde se ven todavía restos degenerados del pueblo de los Faraones. Un viejo templo de Serapis, en ruinas, domina todos los demás edificios.

La parte moderna es la ciudad de los palacios, y en su centro se levanta el Bruqueion, cuya hermosa columnata es de arquitectura griega. Algunos millares de palacios, con otros tantos baños, varios centenares de teatros, multitud de templos a los dioses de Grecia y de Roma, monumentos, estatuas, obeliscos, hipódromos, forman de Alejandría una gran ciudad, rodeada de murallas y de torres.

Una civilización nueva ha sucedido a la que representaban antaño Heliópolis, Menfis y Tebas, cuyas ruinas gigantescas espantan.

Tolomeo Filadelfo, y sus sucesores, que reinaron en Egipto tres siglos, después de la muerte de Alejandro el Grande, fueron los padres de esta Grecia africana, y Roma continúa hoy su obra.

Hay también un barrio judío notable, y nuestro amigo Gamaliel nos ha sido utilísimo para visitarlo. Aunque pobre en apariencia, como el *Ghetto* de Roma, en él se hallan el mayor número de prestamistas y los bazares más ricos. Allí se habla la lengua helénica, más que el hebreo. La Universidad y su vasta biblioteca, nos han interesado particularmente. Gamaliel aprovechó nuestra visita para enseñarnos los manuscritos originales de la traducción griega de los Libros Santos judíos, que se llama versión de los Setenta.

Los judíos veneran profundamente esta traducción, que pretenden fué inspirada directamente por Jehová; a

cuyo propósito refieren que los setenta y dos sabios judíos a quienes se atribuye, trabajaron separados, y su texto resultó, por milagro, absolutamente idéntico.

En la Universidad nos presentó Gamaliel un griego de alta distinción, sabio helenista, elocuentísimo, que abrazó el judaísmo hace muchos años, y que emigrado de Atenas a Jerusalén, fué allí discípulo de Gamaliel el Antiguo, y doctor de Israel.

Hace meses que está aquí ocupado en traducir al caldeo los cinco libros de Moisés.

Onkelos, pues así se llama, es un hermoso tipo griego y habla correctamente el latín, el hebreo y el caldaico. Nos ha dicho que piensa regresar a Jerusalén para averiguar lo que haya de cierto en el rumor de que el Mesías ha aparecido en Galilea.

Se ha decidido a hacer el viaje con nosotros, resolución de la que nos felicitamos, pues sabe muchas cosas y la muy bien.

Vendrá, con Gamaliel, a enseñarnos antes las ruinas de Heliópolis y de Menfis. No podíamos apetecer mejores guías.

VII

HELIÓPOLIS

Hemos remontado el Nilo, en barca, hasta Heliópolis, excursión que nos ha ocupado todo un día, y que habría sido mucho más larga si no nos hubiera favorecido un fuerte viento del norte.

Nuestros diez remeros, contentos por no tener que remar mucho, iban cantando himnos a Ra, el Dios Sol:

«Homenaje a ti, Ra,
 Momia que se rejuvenece y perpetuamente renace;
 Homenaje a ti, Ra,
 Que lanzas rayos de vida para los seres inteligentes.
 ¡Homenaje a ti! Cuando circulas por el firmamento,
 Los dioses que te acompañan prorrumpen en alegres gritos.
 ¡Oh bienhechor, resplandeciente, luminoso!
 Los que jamás se tuestan con tus rayos,
 Armados de largos remos,
 Manejan tu barca.
 El cielo entra en alegría,
 La tierra se estremece de júbilo.
 Para tributar gloria a Ra Karmakhis,
 Cuando le ven levantarse en su barca.

Onkelos nos traducía en griego estos cantos, y al arrullo de su monótona melodía avanzábamos rápidamente, ora en medio de las mieses que cubren ambas orillas, ora a la sombra de las palmeras. Estas nos eran particularmente gratas, porque nos protegían contra los ardores del terrible Ra.

Grande era mi impaciencia por conocer la ciudad del Sol, Heliópolis, una de las capitales religiosas de Egipto.

Ínterin llegábamos, pregunté a Onkelos algo sobre la religión de los egipcios.

—Es muy nebulosa, me contestó, y está en plena decadencia. Indudablemente este pueblo creyó, en un principio, en un solo Dios, y ese Dios era el Sol. Pero los numerosos *nomos* o provincias, que componían este país, le daban nombres diferentes, y le adoraban bajo formas diversas.

Así en ciertos *nomos* le llamaban Ra, en otros Phtah, en otros Hor, Atoum, Thot, Osiris, etc., etc. Esos dioses tomaban, además, diferentes encarnaciones, ocultándose en cuerpos de animales, en tal guisa que se tributaba culto, por ejemplo, al escarabajo de Phtah, al ibis de Thot,

al gavilán de Hor, al chacal de Anubis, al buey de Apis, al fénix, al cocodrilo, a la serpiente, etc.

Pero hoy apenas quedan ya creyentes en esas divinidades degradantes.

Comprendo que toda esa grotesca mitología, que no tiene siquiera, como la nuestra, su aspecto poético, haya caído en el olvido. Pero su Dios único, el Sol, subsiste, y miradle qué hermoso.

En efecto, respondió Onkelos, pero ved cómo él también desaparece.

Y era verdad, porque en aquel momento el sol se ocultó detrás de las montañas líbicas, dorando con sus últimos rayos una selva de obeliscos que surgía lentamente a nuestra izquierda, encima de una extensa llanura arenosa.

Era la ciudad del Sol.

Ciudad la he llamado impropriamente, pues no es más que un montón de escombros. Sus numerosos obeliscos, cada uno de los cuales conmemora un templo, son los únicos que han quedado en pie, así como una parte de las fortificaciones.

La más majestuosa de sus ruinas es el gran templo del Sol, orgullo de la célebre ciudad.

Sus muros están agrietados, y aun derrumbados a trozos, pero todavía subsisten la columnata y el arquitrabe.

Las 365 estatuas que la adornaban, derrumbadas y hechas pedazos treinta años atrás, no han sido reemplazadas.

Por cierto que es bien extraordinaria la historia de este cataclismo.

Un día que los sacerdotes del Sol ofrecían al dios sus sacrificios, un terrible terremoto sacudió todo el templo, y las estatuas simbólicas que representaban los 365 días del año solar, cayeron de sus pedestales, reduciéndose a polvo.

Salió la gente a fuera, pensando asistir a una commoción de la naturaleza, pero todo estaba tranquilo y sereno, y en ninguna otra parte se había sentido el temblor que había sacudido el templo.

Lo único que se vió es que por aquella calle pasaba una familia compuesta de una mujer, con un niño en brazos, montada en un asno, y un hombre que la seguía, apoyado en una larga vara que le servía para aguijonear la montura, y para sostener sus pasos, un tanto fatigados.

Los inofensivos y pacíficos viajeros atravesaron la ciudad, deteniéndose a una milla de las puertas, a la sombra de un alto sicomoro.

El hombre, que era un carpintero judío, construyó en aquel sitio una pequeña habitación, con ramas de árboles, y allí vivió dos años, con la mujer y el niño.

Eran las gentes más tranquilas y aisladas del mundo. La mujer bellísima y joven, y el niño su vivo retrato.

Cuéntanse a este propósito multitud de fábulas y maravillas; pero lo único que parece probado es que en aquellos parajes no había antes agua, y a la llegada de dicha familia, brotó del suelo una fuente abundante y limpia, que aun sigue manando.

Después de residir dos años en su tienda de ramaje, a la sombra del viejo sicomoro (que me han enseñado), la singular familia volvió a emprender la marcha a través del desierto, con dirección al país de los judíos, y no ha vuelto más a la tierra de los Faraones.

¿Conociais esta historia, vos que sois tan sabio? pregunté a Onkelos.

Sí; me la contaron hace años, y algunos nazarenos relacionan esos hechos con la historia de su profeta, pretendiendo recordar que la familia de éste había habitado en Egipto hará próximamente treinta años, y que las falsas divinidades del templo del Sol se desplomaron y destruyeron precisamente al paso del niño, que ellos dicen ser el Mesías, y que tenía poco más de dos años cuando sus padres, provenientes del país de los Faraones, se fijaron en Nazaret. Pero todo eso me parece más del dominio de la leyenda que de la historia.

VIII

MENFIS

De Heliópolis hemos proseguido nuestro viaje a Menfis, antigua capital del imperio egipcio, y hoy arruinada como la primera.

Es el gran cementerio del Egipto primitivo, y por ende la ciudad de las pirámides, pues los primeros Farao-nes tenían la manía de querer dormir su último sueño debajo de esas montañas cónicas, de piedra, que hoy asombran al mundo.

Atravesamos, pues, el Nilo, visitando las tres grandes pirámides de Cheos, de Kefrem y de Menkera, levantadas en el confín del desierto libico, y la Esfinge, que continúa siendo siempre el gran enigma insoluble, y torciendo luego al Sur, nos dirigimos a Menfis, cuyas colosales tumbas se divisaban en el horizonte.

Mi padre y nuestros jóvenes amigos, Gamaliel y Onkelos, cabalgaban a mi lado, y parecían escoltar una joven princesa. Es de advertir que yo los dominaba desde toda la altura de mi dromedario.

¡Ah, madre mía! ¡Qué delicioso paseo! Mis compañeros de camino, montados en elegantes corceles árabes, se burlaban de mi montura, pero yo me sentía muy por encima de todos sus epigramas.

Confortablemente sentada en el mullido cogín de púrpura que cubría la joroba de mi enorme camello, parecíame dominar desde uno de los tronos de Oriente, y ellos me producían el efecto de humildes servidores.

Recordáis a la reina de Saba yendo a visitar a Salomón, me dijo Gamaliel.

Con la diferencia, rectificó Onkelos, de que si Salomón os hubiera conocido, él es quien hubiera empezado a visitarlos.

En el desierto prefiero el camello al caballo, y mi

padre, siempre bondadoso conmigo, me ha dado mi montura predilecta.

El camello es, efectivamente, el navío del desierto (que por su parte es un océano) y, como los navíos, se balancea. Al principio eso causa cierto mareo, pero pronto se acostumbra uno, y la prominencia del animal, como la cúpula de un observatorio, nos permite admirar el horizonte.

Créese generalmente que no hay horizontes en el desierto, pero es un error. Tener delante de los ojos la inmensidad de las arenas, y lejos, muy lejos, una zona azulada, que recuerda al mar; descubrir en ésta poco a poco islotes que van surgiendo y transformándose gradualmente en bosques de palmeras; ver desfilar caravanas o rebaños por los confines de la inmensa llanura arenisca, en un espejismo que los transfigura, dándoles las apariencias de monstruos antediluvianos; mirar cómo resplandecen al sol los campamentos de blancas tiendas, semejantes a bandadas de gigantescos cisnes; subir o flanquear montañas de granito rojo o de sonrosado cuarzo; descubrir, de improviso, al borde de una fuente, una tumba monumental, o un templo de Tot o de Phtah, con sus altos obeliscos, y sus soberbias columnatas, y sus capiteles de hojas de lotus; ahí tienes algunos de los variados horizontes que han embelesado mis miradas durante esta excursión.

¡Y en qué deliciosos ensueños nos sume esta marcha lenta y cadenciosa! Nunca, y en ninguna otra parte, he sentido tan profundamente el encanto de la gran soledad y del supremo recogimiento de los seres animados, mezclados con las cosas muertas.

Estar tocando una gran ciudad de los siglos que pasaron, y tener, sin embargo, la sensación de lontananzas infinitas, del desierto sin límites, del descanso definitivo, del silencio permanente, crea un estado de alma que por su quietud y dulzura me arrebató.

A veces corren sobre la abrasada arena sombras fugitivas: son nubes de paso que cruzan por delante del sol.

De vez en cuando me asalta la sensación de que todo es puro sueño y que voy a despertarme. Pero no, no es sueño, sino realidad. Esos camellos, que nos comunican su perpetuo balanceo, y cuyas cabezas ondulan continuamente como la proa de un navío mecido por las olas, viven de verdad, y su fatigada andadura denuncia cuánto desean que llegue la hora de acostarse en la próxima etapa.

Esta es la verdadera imagen de nuestro viaje a través de la vida. No somos más que nómadas en esta tierra, verdadero desierto, ni hacemos más que acampar hasta que lleguemos al último alto de la noche, de una noche de la que no se despierta. Y caminamos siempre en medio de cosas que permanecen y que seguirán viviendo cuando nosotros hayamos muerto, o que continuarán muertas cuando nosotros entremos en la vida por la puerta de la muerte.

El desierto no es la muerte, sino la ausencia de la vida. Diríase que aquí no ha comenzado aún la creación, y que nos hallamos en el caos, de donde aquélla ha de salir. Y en ese caos no somos más que frágiles habitaciones que por de pronto animan e iluminan espíritus invisibles.

¿Qué decirte, madre mía, de las colosales ruinas de Menfis? ¿Cómo describirte el *Serapeum*, el Mastaba de Thi, el coloso de Ramsés II, las avenidas de la estirpe y las once grandes pirámides?

La antigüedad de esos monumentos, que remontan a quince, veinte y treinta siglos, sus enormes proporciones, su arquitectura maciza y sencilla, inspiran indecible estupor, y me faltan las palabras en presencia de esas maravillas, cuya historia desearía tanto conocer.

Lo que infunde tristeza es el contraste que presentan esas grandes ruinas, obras de los hombres, con la eterna juventud de la naturaleza. Entre los restos de la primitiva Menfis y las monumentales pirámides donde duermen desconocidos Faraones, la vida subsiste siempre, y hay un bosque de palmeras, perpetuamente verdes, que dan sombra a las orillas de un lago sagrado.

En sus aguas juguetean bulliciosos ánades, mientras que en la playa parecen dormir el último sueño los pálidos ibis y los sonrosados flamencos, erguidos sobre sus largas patas, como sobre zancos. ¿Qué sueños tendrán en esa actitud de inmovilidad absoluta, tan parecida a la de la muerte? ¿Qué extrañas visiones pasan por delante de sus entornados ojos y los fascinan?

IX

A BORDO DE LA «GACELA»

Hemos vuelto a darnos al mar a bordo de una galera fenicia, la *Gacela*, y vamos bordeando la costa del antiguo país de los filisteos.

Cae la noche, y la luna se levanta en un cielo sereno. No hay un soplo de viento, y las velas están plegadas. Los marineros han cesado de cantar, y sólo se oye el cadencioso ruido de sus remos.

Nuestros amigos Onkelos y Gamaliel viajan con nosotros, y yo no ceso de interrogarles sobre la prodigiosa historia del pueblo judío.

Sus relatos son extraordinarios.

La tierra azulada que huye detrás de nosotros, hacia la derecha, es la patria de los gigantes filisteos, y el teatro de sus seculares guerras contra Israel, que acabó por domarlos.

Nada más portentoso que las aventuras de uno de los Jueces de Israel, Sansón, que era también gigante.

Nuestros amigos nos señalan en la orilla los sitios donde el coloso judío realizó sus hazañas más increíbles: Gaza, Ascalón y Lechi. ¡Fabulosas proezas en que un hombre solo luchaba contra miles!

Después de una pausa, he preguntado a Onkelos sobre el estado religioso de Egipto y me ha contestado:

Los dioses de Egipto han muerto, como los de Grecia y Roma, y el poderoso pueblo que creó tantas cosas prodigiosas en las orillas del Nilo, está muriendo a su vez.

Pero ¿no son inmortales los dioses?

Lo dioses no. Dios, el Dios único, no muere nunca; pero los dioses, que no son más que formas de la divinidad creadas por el hombre, no son inmortales.

- Pues si no son más que ficciones, si carecen de existencia real, ni siquiera cabe decir que se mueren.

Se mueren en la creencia de los hombres.

¿Y qué importa que los hombres dejen de creer en dioses que son simples ficciones? Al perder la fe en ellos, se emancipan de un error.

Sí; pero caen en otro error más profundo si no creen en nada.

¿Luego pensáis que vale más tener una religión falsa que ninguna?

Ciertamente, con tal que se esté en ella de buena fe, porque siempre se rinde así homenaje a la Divinidad.

Dios quiere que le honren todos los hombres. Poco importa que le llamen *Phthah*, como los egipcios, o *Zeus*, como los griegos, o *Jupiter*, como los romanos, o *Jahveh*, como los judíos. El culto que se le tributa puede variar, como el nombre que se le da, pero le es grato, si procede de una conciencia recta y de una fe verdadera.

Todos los pueblos han creído al principio en un solo Dios, y le han prodigado culto sincero; pero la falsa ciencia de los unos y las pasiones de los otros han desnaturalizado las primitivas creencias, multiplicando las formas de las manifestaciones divinas. Mientras ese trabajo se hizo de buena fe, y con el fin de tributar a la divinidad el debido homenaje, la religión no dejó de ser meritoria a los ojos de Dios. Pero cuando tuvo por objeto excusar las malas pasiones de la naturaleza humana, los dioses se

convirtieron en objeto de burla, y la fe, al apagarse, arrastró las naciones a su decadencia. Tal es la lección de la historia

La religión primitiva, fundada en antiguas revelaciones, en la tradición y en la ley natural, degeneró; pero guardando por largo tiempo bastante virtud y verdad para formar naciones gloriosas y fuertes, como Grecia y Roma.

Roma no podía ya subir más alto, y parecía deber mantenerse en la eminente cumbre que había alcanzado. Sin embargo, su decadencia ha empezado, y se anuncia como muy rápida. ¿Quién la detendrá? Nadie; porque la fe religiosa de Roma ha muerto.

Jehová mismo parece haber abandonado a su pueblo, porque éste le olvida y descuida su servicio.

Los judíos están dispersos por todo el orbe. No tienen patria, y a no ser porque existe todavía su templo, no serían más que la sombra de un pueblo.

¿Dónde va el mundo? ¿Dónde van todos esos retazos de naciones que Roma ha conquistado? Y esta misma señora del universo ¿hacia qué porvenir camina? ¿Qué destino le aguarda?

Mi padre exclamó entonces:

—Su destino es volver a sus virtudes primeras. No es posible que este inmenso imperio, que abarca todo el mundo civilizado, haya sido hecho para permanecer perpetuamente sometido a soberanos como Tiberio.

—Pues precisamente por eso, interrumpió Onkelos, el mundo espera un Señor que le reconstituya sobre otras bases. El vasto edificio romano, tal como hoy existe, no puede durar. Ha sido fabricado por la violencia, por guerras crueles, por la destrucción de los otros pueblos.

El Señor que debe venir recogerá todos esos restos, levantará esas ruinas, y con los escombros de todos los templos abatidos construirá un templo único e inmenso, en el que todas las razas se reunirán para rendir acatamiento al Creador.

Pero el Creador es Jehová, dijo Gamaliel.

Sí: sólo que el mundo necesita un Jehová más conocido, mejor comprendido, y un templo ensanchado, en el que haya sitio para el género humano entero.

¿Y con quién contáis, repuso Gamaliel, para hacernos comprender mejor a Jehová? ¿Qué arquitecto esperaréis, más grande que los de Salomón, para ensanchar el templo de Dios y darle las proporciones del imperio romano, que abarca el universo?

Espero el que los Profetas nos han prometido. El ideal no está en lo pasado, sino en lo por venir, y la prostración del mundo demuestra que éste clama por un nombre que encarne ese ideal.

En suma, dije yo, el que esperáis es vuestro Mesías?

Sí.

¿Y él es quien debe regenerar al mundo?

Sí.

De este modo habló Onkelos, madre mía, y no puedes imaginarte el interés que sus pláticas me inspiran. Se expresa en griego clásico, y dudo que Sócrates fué más elocuente cuando enseñaba filosofía a sus discípulos.

Los días se suceden y no se parecen. Después de una noche ideal presagiamos un día sombrío y borrascoso.

Enormes masas de nubes, que vienen no se sabe de dónde, se han acumulado por la parte de poniente, formando como una cadena de obscuras montañas, pero montañas movedizas, que suben hacia el zenit, como un ejército formado en batalla que va a asaltar una fortaleza formidable. Divísase un inmenso cortinaje negro, orlado de una franja gris, sostenido por una poderosa mano invisible.

La cortina se extendió, hasta cubrir el sol, y el mar tomó el color y el pulimento de una pizarra. Los pájaros, espantados, huían, rozando las aguas con sus alas.

Muy pronto empezó a rizarse la superficie de éstas, hasta que la brisa fué creciendo, transformándose en

viento de tormenta. Las olas entonces se ahuecaron y el huracán se desató, oyéndose los formidables estampidos del trueno, mientras sobre la superficie de las aguas centelleaban triángulos de fuego. Se trató de izar una vela, y el viento se la llevó al mar, con el mástil que la sustentaba. Los remos, que para nada servían, se retiraron al interior del navío, y éste, empujado por la tempestad, voló muy lejos de las costas, a plena mar.

Las cataratas del cielo, unidas a las de las olas, inundaban el puente, que flotaba entre dos aguas. Todos los elementos se habían desencadenado.

Indescriptibles fueron el terror y el desorden a bordo, donde todos creímos, por espacio de dos horas, que íbamos a perecer.

¿Hay que rogar a los dioses? ¿Y a cuáles? pregunté a Onkelos.

Rogad al Dios Desconocido, me respondió, único del que ya no se duda en Grecia, y paréceme que en otras muchas partes.

Por fin la tempestad se calmó, y el mar, menos agitado, permitió a los marineros empuñar los remos y al piloto gobernar la nave.

Cuando llegó la noche costeábamos la tierra de Samaria, y habíamos reanudado nuestra conversación sobre el Dios esperado, que es, para nosotros, como para los griegos, el *Dios Desconocido*.

Mañana, al rayar el día, estaremos en Cesárea.

X

EN CESÁREA

Cesárea es una ciudad enteramente nueva, y, como su nombre indica, no remonta más allá de César Augusto, pues para honrar a este grande hombre la llamó así Herodes, que fué su fundador.

Antes había aquí solamente una aldea fenicia, con una torre, llamada la torre de Stratón, indicando la entrada de un pequeño golfo, que servía de refugio a los barcos. Refugio insuficiente en los días de tempestad, que son frecuentes en estos parajes.

Herodes Agripa empezó por construir un largo muelle, que cierra en parte la bahía y la transforma en puerto más espacioso y más seguro.

Después levantó un templo, dedicado a Augusto, un teatro, un anfiteatro, un circo, acueductos y el soberbio palacio destinado a ser su residencia.

El personal de su corte, sus oficiales, los sacerdotes, los magistrados y los notables del reino, fueron poco a poco agrupándose en torno suyo y edificando casas y quintas más o menos suntuosas.

El *procurator* romano tiene también una residencia en Cesárea, y aquí pasan la estación de invierno los ricos mercaderes griegos y judíos, porque este clima es mucho más dulce que el de las montañas de Judea, donde se levanta Jerusalén.

En pocos años, la primitiva aldea fenicia se ha convertido en pintoresca ciudad, que el rey Herodes ha completado, rodeándola de un recinto amurallado y levantando un fuerte en lo alto de una roca que se adelanta dentro del mar y domina el puerto.

Tal es la ciudad donde nos hemos reunido con Pilatos y con Claudia.

Su quinta está muy bien situada, en lo alto de una co-

lina, desde donde se abarca un vasto horizonte sobre el puerto y sobre el mar.

Resguardada en el lado norte por un bosque de olivos y de higueras de Egipto, que son enormes, y en la parte del este por las montañas de Samaria, gózase en ella de agradable temperatura, con mucha luz y sol después de la hora sexta.

El jardín es espacioso, dividido por cercas de mirtos y tamarindos y encerrado en un cinturón de chumberas, que le protege contra los merodeadores.

Los naranjos en flor, los laureles rosas, la lavanda, el hinojo, el alhelí, le embalsaman.

La ciudad se escalona en suave pendiente, medio oculta por la frondosa vegetación meridional. La cuesta se inclina hacia el poniente, y las fortificaciones que dominan las alturas, cierran el horizonte por la parte oriental.

En la segunda mitad del día la luz es muy intensa, y los rayos del sol adquieren doble fuerza, reflejados por el mar, que le sirve de reverbero.

Muchas veces me paseo con Claudia por la *Marina*, que es como se llama la gran avenida que domina al puerto. Ocioso es decir que en nada recuerda a la *Vía Sacra*, y que no está, como ésta, bordeada de pórticos, columnatas y frontones de mármol.

Pero la sombrean grandes sicomoros, y conduce a una terraza, desde donde la vista abarca este mar que tanto amo, por su hermosura, y porque es mar romano.

Claudia y yo acabamos de pasar una hora contemplándole. Como loco de luz y de alegría, y embriagado de su propia belleza, se entretenía en raudos movimiento, saltando, bailando y haciendo brotar por todas partes una deslumbradora lluvia de gotas multicolores.

De las olas subía exquisito olor de algas y de sal, que tonificaba y vivificaba nuestros sentidos, y como trinos musicales que deleitaban nuestros oídos.

Nada tan hermoso como el mar, y no me canso nunca de admirarle. ¿Cuál es el secreto de su atractivo? ¿Consistirá éste en que no tiene límites visibles, y a los humanos nos devora la sed de lo infinito? ¿O en que no ofrece obstáculo a nuestras miradas, y nada nos complace tanto como la libertad sin límites? ¿o en que varía sin cesar de aspecto, y es tan mudable como la naturaleza humana?

Sin duda por todas esas razones juntas y algunas más, existen sensibles simpatías entre el mar y nosotros. Es vasto y hondo, como un abismo, a imagen de nuestro corazón. Refleja el cielo, como nuestra alma, y de él recibe la luz. Y semejante a cualquiera de nosotros, tiene días de calma y de borrasca.

Cuando más me atrae es al atardecer, cuando el sol poniente traza en él, hasta el confin del horizonte, una anchura vía triunfal, empavesada de oro y de fuego.

Entonces me digo que esa vía se prolonga hasta la embocadura de nuestro amado río, el Tíber, y en un relámpago mi espíritu recorre el curso de ésta hasta la ciudad de las siete colinas.

Y me parece verte, madre mía, y te abrazo, y te recuerdo mis impresiones de Oriente, tan variadas, tan vivas, y en mi sentir tan originales.

Mucho ha de dolerme el separarme de mi grande amigo, el mar, y mucho le echaré de menos en Jerusalén, porque su compañía nunca me cansa.

Pero otras escenas interesantes nos esperan allí, pues la ciudad es muy pintoresca, el pueblo muy curioso de estudiarse, y la vida corriente en todo diversa de la que se lleva en otras partes.

No puedes imaginar hasta qué punto me interesan este país y su pueblo.

Estoy admirablemente colocada para observar todo lo que me pasa y para interrogar a los que mejor pueden informarme, y tengo la dicha de que atravesamos la época más extraordinaria, acaso, de la historia de este país.

El pueblo judío es un pueblo aparte, y su historia no tiene casi nada de común con las de los demás. La estudio con avidez desde que llegué aquí, y la encuentro maravillosa cual ninguna.

Israel era ya viejo antes de que naciese Roma, pues cuenta casi 2,000 años de existencia. Rodeado de pueblos numerosos más pujantes que él, ha vivido en el aislamiento, luchando siempre por su independencia. Sus vencedores le han oprimido y arrastrado en cautiverio, pero sin poder jamás asimilársele. Siempre ha permanecido autónomo, a pesar de los yugos extranjeros, viviendo de su vida propia, guardando su carácter propio, aun en medio de las otras naciones, sobreviviendo a todas las catástrofes, levantándose de todas las caídas, triunfando de los reveses y de la muerte, y permaneciendo siempre en pie, rodeado de las ruinas de las viejas civilizaciones que sucesivamente le han aplastado.

Desde hace 2,000 años cree en un solo Dios, al que llama «Javeh» (Jehová). Mientras le fué fiel, triunfó de sus enemigos, por una serie de prodigios. El bienestar y la prosperidad han sido los escollos en que se estrelló veinte veces. Apenas es feliz, poderoso y libre, se olvida de su Dios. Pero cuando sufre y vuelve a él, renace perpetuamente, como el fénix, de sus cenizas.

Los otros pueblos están regidos y gobernados por hombres de genio, que son los que les procuran gloria y grandeza, mientras que al pueblo judío lo conducen profetas y sacerdotes, y todos sus ensueños de gloria y futuro poderío descansan en un Mesías que está esperando hace siglos.

Cuando desaparece como nación, subsiste como raza y como templo, y aun cuando no tenga patria, su patriotismo no perece, porque se confunde con sus creencias religiosas y con su fe en el Mesías, que persisten vivaces, cuando todas las otras religiones están en decadencia. No es notable ni por la ciencia, ni por las artes, ni por la fuerza militar, pero posee una Ley, que es, a la par, la Religión, y un Libro, que cree divino, y que constituye su gloria, su consuelo y su esperanza.

Sus hijos recorren el mundo, fundan doquiera establecimientos y hacen fortuna, pero sin fundirse jamás con los otros. La tierra que habitan es siempre tierra extranjera, y su sola patria es siempre Sión, o Jerusalén con su templo.

En lo pasado creyó en sus profetas, ¡y los mató! En lo porvenir cree en el Mesías, ¡y sus profetas predicen que le matará igualmente! Incomprensible pueblo ¿no es verdad? Ahora la cuestión importante es la de averiguar si el hombre que apareció en Galilea pronto hará dos años es, efectivamente, su Mesías. Las multitudes le rodean y le aclaman; pero la sinagoga y los Príncipes de los Sacerdotes, los escribas y los fariseos le han declarado la guerra, y quieren hacerle morir. Guerra que en nada se parece a las de César, Pompeyo y Antonio, pues es una mera lucha religiosa, si bien apasionante en extremo. A Claudia y a mí nos inspira tal interés, que, si fuéramos libres, pienso que pronto figuraríamos en las filas de los amigos del Profeta. ¡Tan grande es la simpatía que en nosotras infunde!

Pilatos hace frecuentes excursiones a Jerusalén, para cumplir con los deberes de su cargo y estar al corriente de los manejos del pueblo, que anda muy revuelto y se queja siempre del yugo de Roma.

Por otra parte, principia a alarmarle la ebullición de los espíritus con motivo del mesianismo, y tiene miedo a los compromisos en que pudiera ponerle la encarnizada lucha del sacerdocio judío contra el profeta.

Por eso, creo, nos ha prevenido que mañana saldremos para Jerusalén, donde debemos permanecer muchos meses.

A la noche Claudia me propuso ir a respirar un poco de aire fresco en la *Marina*, y nos sentamos bajo las ramas de un copudo terebinto a cuyos pies se estrella el mar. La luna bajaba lentamente desde las alturas del

zenit, y sus rayos trazaban en la dirección de Italia una especie de larga vía romana, enlosada con placas argentíferas. La mansa onda conversaba amorosamente con las ensenadas del puerto, y dejaba prolongarse surcos de espuma, blancos como teorías de sirenas.

Una ancha y negra galera trirreme acababa de echar el ancla a lo lejos, y de ella partían para la orilla barcas cargadas de viajeros, que bogaban al acompasado ruido de los remos y a los cantos de los que los manejaban. Estos debían ser judíos, pues cantaban un salmo de David, su gran poeta.

Canto lleno de tristeza y melancolía, que recuerda los dolores de los antepasados durante la cautividad de Babilonia.

Me lo han traducido al latín, y su primera estrofa dice así:

*Super flumina Babylonis
Illic sedimus et flevimus,
Cum recordaremur Sion.»*

A orillas de los ríos de Babilonia
Estábamos sentados, y llorábamos,
Acordándonos de Jerusalén...

XI

EN JERUSALEN

Ya estoy en Jerusalén, y quiero decirte sin tardanza, ¡oh madre mía! lo maravillosa que es esta ciudad y lo hondamente que me ha impresionado su aspecto.

Mucho me la habían descrito, y mucho me habían hablado de todos sus pormenores, y sin embargo, veo que no

tenía de ella ni la más remota idea. ¡De tal modo difiere de cualquiera otra ciudad!

No es, como las otras, la ciudad de un pueblo o de una raza, sino la de una religión. Su templo forma su gloria y su belleza: la domina y la resume; es su base y su corona. Sus cimientos arrancan de lo más profundo del monte Moria, y cuando se traspasan las puertas de la población, sea para entrar o para salir de ella, el templo se ve de todas partes, y resplandece encima de las murallas y de las torres.

Hemos llegado por el camino de Samaria, y cuando Jerusalén se me presentó, en una abertura de las montañas, créime juguete de un sueño o de una visión mágica. Para los romanos no hay más que una ciudad en el mundo: Roma. Sin embargo, ¡qué emoción he sentido al ver esta aparición gloriosa, surgiendo de las profundidades de la historia, con sus dos mil años de existencia, maciza y sombría en su base, etérea, ideal, deslumbradora de oro en su cima, que es el Santo de los Santos!

Naturalmente; no hay que buscar aquí ni el Foro romano, ni el Capitolio, ni los templos dedicados a la multitud de nuestros dioses. Aquí no hay más que un templo y un Dios. Pero ¡qué vasto y magnífico el templo, y cuán grande y majestuoso aparece en su unidad, el terrible Dios de los judíos!

He principiado a recorrer, con Claudia, esta extraña ciudad, sirviéndonos alternativamente de guías Gamaliel y Onkelos. No cabe procurarse otros mejores, por su perfecto conocimiento de la topografía de la ciudad y de todos los lugares que han sido testigos de los grandes hechos de su prodigiosa historia. Son, además, amigos muy agradables y simpáticos.

En su origen, Jerusalén se llamaba Salén y su rey era un sacerdote del Altísimo, cuya vida estaba llena de misterios. ¿Cuáles eran su cuna y su familia? ¿De qué raza

venía y de qué país? ¿Quién le consagró rey y sacerdote? Nadie lo sabe. Su nombre, Melchisedech, significa rey de justicia, y el de su ciudad, Salén, paz. La ciudad y él representaban, por lo tanto, los dos grandes bienes del género humano: la justicia y la paz. En ello pensaba, tal vez, David, cuando exclamaba: «la justicia y la paz se abrazaron».

Vivía en la época de los reyes pastores, que gobernaban sus pueblos apacentando sus rebaños, y a la par las almas, ovejas espirituales. Las dos potestades residían en un solo hombre, que era al mismo tiempo padre, rey y pastor. Más tarde, cuando esas tribus se convirtieron en naciones, las potestades se separaron.

Un día Melchisedech celebró una entrevista con uno de los reyes pastores más próximos, en el valle de Savé, hoy valle de Josafat. Abraham, que era ese rey pastor, se inclinó delante del rey-sacerdote, reconociendo su autoridad suprema, y pagándole un tributo llamado el diezmo. Desde entonces los judíos llaman al primero el Padre de los creyentes y al segundo el Sacerdote eterno, arquetipo del Sacerdocio y figura del Mesías esperado.

Uno de los sucesores del rey de Salén se llamó Jebú, y de la fusión de estos dos nombres resultó el de Jerusalén, que la ciudad conservó definitivamente, y que significa: visión de paz.

Esta vocación parece una ironía, porque la paz es un bien que Jerusalén no conoció apenas en el pasado y del que nunca gozará por mucho tiempo, a causa del carácter levantisco de su pueblo.

El suelo mismo sobre que se asienta parece símbolo de su historia. Sus montañas recuerdan sus altas aspiraciones, sus períodos de gloria, de poderío y de orgullo. Sus profundos desfiladeros y sus lúgubres barrancos representan sus rebajamientos y los abismos de humillación en que ha caído este pueblo, cada vez que el brazo de Dios ha cesado de sostenerle.

Y sin embargo, de esta ciudad irregular, convulsa, llena de ruinas, emana un encanto que me seduce y

me atrae. Nada iguala la grandeza, la poesía, el interés dramático de su historia, y esa historia está escrita en sus monumentos y en el removido suelo de su formidable recinto.

Tal es el teatro lleno de recuerdos en que se abre una nueva era de profetas y en que se están realizando sucesos más maravillosos todavía que los de los siglos pasados.

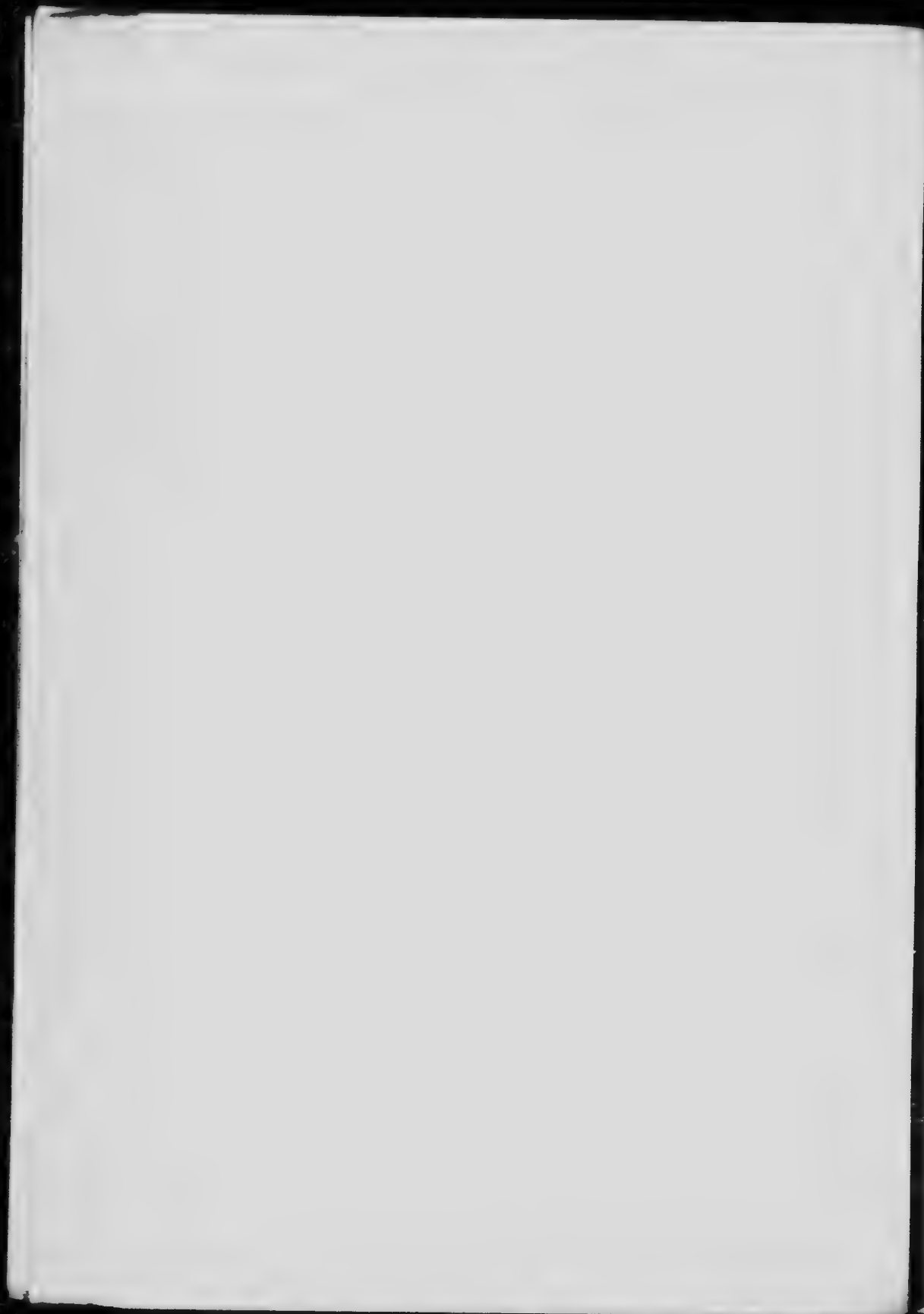
Ha llegado el tiempo para mí de abrir bien los ojos y los oídos, y de instruirme a fondo sobre las cosas de este país, que a Claudia inspiran interés no inferior al mío.

Pilatos dista mucho de compartir nuestro entusiasmo. No hay duda que está muy apegado a su cargo, por los honores y el sueldo a él anejos; pero no le gustan ni la Judea ni los judíos. Aquí se aburre mortalmente, y no hallará por cierto las diversiones que prefiere, en una ciudad como Jerusalén, donde no hay ni teatro, ni circo, ni gladiadores, ni termas siquiera, porque las piscinas nada tienen de común con nuestros baños romanos.

Además inquieta mucho a mi cuñado la agitación mesiánica, que cada día aumenta y puede suscitar graves revueltas.

Dos cosas nos desagradan a Claudia y a mí. Lo primero el humo de los sacrificios, que sube sin cesar del altar de los holocaustos, y cuyo olor llega hasta nuestro palacio cuando sopla viento de mediodía. Lo segundo el tráfico de las víctimas en los admirables pórticos del templo, espectáculo repugnante en la época de las grandes fiestas religiosas, y que sublevó al Profeta cuando hizo aquí su primera predicación. Armado de un látigo, expulsó a los vendedores y sus rebaños, y derribó las mesas de los agentes de cambio. Su aspecto era tan terrible, que nadie se atrevió a resistir.

Pero cuando regresó a Galilea, volvieron los traficantes, y establecieron de nuevo sus puntos de venta.



Tercera parte

Alrededor del movimiento mesiánico

I

EL HOGAR DE PILATOS

El Procurador romano habitaba en Jerusalén la torre Antonia, llamada así por Herodes el Grande, en honor de su amigo Antonio. Era la más monumental de las catorce torres del segundo recinto, y se levantaba en el ángulo noroeste del templo. Formaba, puede decirse, parte de éste, y se adelantaba un poco por la vasta explanada en que el maravilloso edificio extendía sus pórticos y columnatas.

Desde el punto de vista arquitectural le completaba, y por añadidura le defendía. Sus murallas, en forma de cuadrilátero, estaban construídas con bloques inmensos, de doce pies de anchura por seis de espesor y de longitud. En su parte alta corría una colosal cornisa, coronada de almenas y bordeada de matacanes.

Era ciudadela y palacio, cuartel para la cohorte romana y residencia del gobernador y su familia. Una maciza po-

terna, con puertas de bronce, daba salida por la parte del norte a la gran calle que conduce a la puerta de las Ovejas, y otra, más estrecha, ponía el palacio en comunicación con el atrio de los Gentiles del célebre templo.

Pilatos estaba casado con Claudia Procla, hija del Senador Claudio, uno de los últimos retoños, en línea colateral, de la *gens* Claudia, familia patricia de Roma.

En esta familia fué a buscar César Octavio, después Emperador, con el nombre de Augusto, su primera mujer, Claudia, a la cual repudió a los pocos días. La había tomado para congraciarse con Antonio, y la despidió para reconciliarse con Pompeyo. El Emperador Tiberio descendía igualmente de la rama primogénita de la familia Claudia.

El Senado romano, al que Claudio pertenecía, había decaído mucho de su primitivo esplendor.

Los senadores, convertidos en viles cortesanos, no se avergonzaban, para ganar el favor del César, de representar el papel de delatores, denunciando y acusando a todos los que les hiciesen sombra o que no partían con ellos el fruto de sus dilapidaciones. De vez en cuando los más elevados funcionarios morían, sin que nadie pudiera decir a qué manos, ni por qué crímenes. Sólo se sabía que el Senado ejecutaba las órdenes secretas del Emperador.

Nadie padecía más que Claudio por el envilecimiento de aquella alta magistratura, y ayudado por algunos de sus colegas había intentado protestar contra tal estado de cosas. Pero no había ya fuerza humana capaz de detener el fatal movimiento que arrastraba a la ruina a todas las instituciones que habían hecho grande a Roma.

El viejo senador no era hombre de su tiempo. Perteneía más bien al tipo de los antiguos romanos de la república.

Fiel siempre al primitivo politeísmo, consideraba como un peligro para Roma la propagación de la filosofía griega.

Las doctrinas de Zenón y de Epicuro, tan diferentes

entre sí, concurrían por igual a la ruina del politeísmo, y Claudio se afligía sinceramente al verlas conquistar los espíritus más cultivados de su patria.

No menos le contristaba la disolución de las costumbres, que atribuía a la decadencia del politeísmo antiguo.

Por eso predicaba la necesidad de volver a las creencias tradicionales y a los dioses primitivos, que no eran a sus ojos las divinidades de Grecia, las cuales le parecían creaciones humanas, con las debilidades y pasiones de los hombres.

El soberano de los dioses no era para él Zeus, ideal ateminado, aunque poético, sino Júpiter, majestuoso, austero, omnipotente y bueno.

Sin conocer claramente la naturaleza y atributos de los dioses, les atribuía todos los bienes de este mundo y el gobierno de los pueblos.

No era tampoco incrédulo respecto de los dioses inferiores, llamados *indigetas*; pero los consideraba como manifestaciones del poder divino, y no como personas distintas del dios supremo.

Repudiaba el culto de los ídolos, aunque admirando las obras de los escultores ilustres que fabricaban las imágenes de los dioses; pero dejando bien asentado que dichas imágenes no eran otra cosa que efigies destinadas a recordar a los hombres la existencia de aquéllos.

Con la piedad de los antiguos romanos, ofrecía sacrificios a los dioses, y les dirigía frecuentes oraciones.

Sus dos hijas eran mujeres superiores, por su carácter, su inteligencia y su cultura.

Camila, aunque menos bella que Claudia, la mujer de Pilatos, poseía un espíritu más brillante, a la par que más viril, asombrosamente desarrollado con el estudio de los filósofos y los moralistas, los historiadores y los poetas.

Aunque admirando la erudición de su hija, el viejo romano estaba alarmado por sus tendencias, y sobre todo por su poca fe en el politeísmo; pero más le afligía aún el escepticismo de su yerno.

En realidad, Pilatos no profesaba religión alguna.

Como la mayoría de los romanos ilustrados de su tiempo, miraba al politeísmo como un conjunto de fábulas a la vez infantiles y poéticas.

Más le había atraído el estudio de la filosofía, pero sin preferir ninguna escuela.

La doctrina estoica no era adecuada para seducirle. Suprimir los sentidos, y no vivir más que de la vida del alma; considerar que el único infortunio en este mundo es el vicio, así como todo lo que nos aparta de la divinidad y del orden eterno; que los padecimientos, las enfermedades, los reveses de fortuna, no son males, propiamente hablando, y que la muerte misma no es una desgracia que deba amedrentarnos; todo eso constituía una moral demasiado austera para un hombre habituado a la fácil vida romana.

De aquí que aplaudiera a los discípulos de Platón cuando refutaban el estoicismo; pero sin seguirles más allá de esto, pues su doctrina era también demasiado severa para conquistarle.

Ni aun el mismo Epicuro conseguía cautivarle, porque aquel filósofo, personalmente, predicaba una moral rígida. Es cierto que enseñaba el culto del placer, pero colocando éste en la virtud.

Sus discípulos le agradaban más, porque sólo condenaban los excesos del placer que puedan engendrar dolores, y si la razón debía, según ellos, guardar la supremacía sobre los sentidos y las pasiones, aun dejaban a ésta bastante libertad para permitirse muy anchos goces.

Este epicureismo mitigado era el que parecía más aceptable a Pilatos.

— Mi filosofía, solía decir, es sencillísima, y cuanto más observo el mundo y conozco la vida más la simplifico. Ya no busco la razón de las cosas, habiéndome convencido de que no la encontraré nunca. ¿A qué fatigarme en una investigación que considero inútil? ¿Y cómo podré aspirar a resolver yo solo este problema, ante el que se estrellaron tantos filósofos?

Me contento, por lo tanto, con ver pasar las cosas, sin

preguntarme de dónde vienen, a dónde van, ni cuál es su esencia. Si son bellas las admiro, y trato de detenerlas al paso, para gozar de su belleza. Si son feas cierro los ojos, me aparto de ellas, las rechazo, y si persisten en ofuscar mis miradas, si turban mis placeres u oscurecen mi horizonte, empleo para romperlas todo mi poder.

Sin embargo, no me gusta la lucha, y la rehuyo. Lo que me place es la vida fácil y los goces que permite: el poder, por la gloria y satisfacciones que lleva consigo, y las riquezas, por el bienestar que procuran.»

Pilatos practicaba la hospitalidad muy parsimoniosamente, y sus amigos eran contadísimos.

Por eso no era popular, pues la popularidad impone mil sacrificios que no estaba dispuesto a hacer.

Los sacerdotes judíos especialmente, tenían el don de exasperarle, y sólo los recibía por pura necesidad oficial.

II

ALGUNOS AMIGOS DE PILATOS

Entre los contados amigos que frecuentaban el palacio del Gobernador, figuraban los dos Gamaliel, el Príncipe Nicodemus, José de Arimatea, Onkelos y algunos oficiales romanos, como Cayo Opio, centurión de Magdala, que había sido promovido al cargo de jefe de la guardia del Procurador.

Cayo Opio pertenecía a dos grandes familias. Su padre era Opio, de la familia Opia, y su madre de la gens Cornelia. Había estudiado en Roma y visitado a Grecia. Alistado en una legión romana, después de una campaña de cortos meses en Siria, había recibido el mando de una centuria, y enviado de guarnición a Magdala.

Las familias Cornelia y Claudia eran amigas en Roma, y allí había conocido Cayo, siendo simple legionario, a Camila, cuando ésta contaba apenas diez y seis años. La expedición a Siria los separó, pero al encontrarse de nuevo en Jerusalén no tardaron en reanudar su agradable intimidad.

Cayo era un hermoso tipo de soldado, franco, leal, valiente y generoso, de carácter justo y recto y de espíritu ansioso de conocer la verdad, que de buena fe buscaba, y era seguro que si llegaba a encontrarla la abrazaría sin vacilar.

Era el soldado de las causas justas, fueran las que fuesen sus probabilidades de éxito. Las causas vencidas podían contar con su concurso, si lo merecían, lo mismo que las triunfantes.

Había leído y estudiado mucho, pero sin pertenecer a ninguna escuela. Era ecléctico, con el espíritu abierto a todas las doctrinas sanas que oyera predicar. Ya hemos visto por sus cartas a Tulio la admiración que Jesús le inspiraba, y el creciente interés con que seguía el movimiento mesiánico.

José de Arimatea y Nicodemus eran dos íntimos amigos, aunque el segundo mucho más joven que el primero. Los dos eran grandes señores, ricos, y pertenecían a la Cámara de los Ancianos, en el Sanedrín. Pero lejos de tener la tiesura de los Príncipes de los Sacerdotes, eran modestos y tímidos.

Por su origen y sus relaciones se les podía incluir en la clase llamada directora, aunque allí la clase que lo dirigía todo era la sacerdotal.

Contentos con su suerte, sin ambición de poder ni de honores, se limitaban a vivir tranquilos, esperando la venida del Mesías.

Sobrino de Gamaliel, Nicodemus había seguido sus cursos, llegando a ser también Doctor en Israel. Estaba inscrito en la secta de los fariseos, pero en el partido de los moderados. No se hubiera batido por el triunfo de la justicia y de la libertad; pero censuraba, cuando la ocasión se ofrecía, a los que negaban esos bienes a los otros.

José de Arimatea compartía sus sentimientos.

Sin autoridad sobre los otros miembros del Sanedrín, gozaban de la consideración y estima del pueblo, evitando cuidadosamente todo lo que pudiera exponerles a perderlas.

Como buscaban de buena fe la verdad, sentían secretas simpatías por Jesús, y les afligía la guerra sin cuartel que sus colegas preparaban contra el joven profeta; pero tenían miedo de comprometer su posición y crearse enemigos si se declaraban abiertamente discípulos suyos.

Por eso Nicodemus escogió la noche para celebrar su primera entrevista con Jesús. Su conciencia le imponía aquel paso, pero no quería que el público lo conociese.

Aquella entrevista le produjo una profunda agitación, la que dió conocimiento a Gamaliel.

Este, llamado el Antiguo, era nieto del ilustre Hillel, y había heredado el genio, la ciencia y la gran reputación de su abuelo.

Doctor de la Ley, miembro del Sanedrín, se hallaba al frente de la escuela más famosa de Jerusalén, y alrededor de su cátedra se agolpaban numerosos discípulos que venían a escucharle desde Alejandría, y hasta desde Atenas. Los más ilustres, en el tiempo de nuestra historia, eran Onkelos, Nicodemus, Saulo de Tarsis (que después fué San Pablo) y Bernabé compañero suyo de misión, Lucio, proveniente de Cirene, Manahem, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Esteban, posteriormente protomártir de la fe.

El ilustre profesor era un verdadero judío, apegadísimo a la ley de Moisés, pero que suspiraba sinceramente por el advenimiento del Mesías.

Recogía, pues, con esmero cuantos datos podía procurarse sobre Jesús de Nazaret, y la primera vez que fué a verle al templo, salió transportado de admiración y asombro.

—¿Cómo ese joven rabino, decía a Nicodemus, que ha seguido mis cursos, ni los de ninguna otra escuela,

conoce las Escrituras mejor que yo, que llevo cincuenta años estudiándolas? Es un hombre extraordinario, que dice cosas jamás oídas a ningún profeta.

»Alcancé, en mi infancia, a mi ilustre abuelo, el gran Hillel, y asistí a sus más ruidosos triunfos oratorios; pero nunca le oí hablar como Jesús de Nazaret, y nunca se habría atrevido a decir cosas como las que salen de labios de este profeta.

»Ningún hombre conocido en la historia ha pronunciado jamás palabras semejantes a éstas: «Soy el Camino y la Verdad... soy la Resurrección y la Vida»; confirmando así la profesión de fe de Job, que es a la par una profecía: «Sé que mi Redentor es la Vida.»

»Tal lenguaje anonada mi entendimiento, Nicodemus, y si ese hombre no es el Hijo de Dios, ¿quién puede ser?»

Gamaliel era el jefe de la antigua escuela entre los escribas, y su enseñanza conforme a la tradición. Pero al lado suyo iba formándose la nueva escuela, ávida de novedades, que reconocía por jefe a Onkelos.

Griego, supremamente distinguido, nacido de una antigua familia de Delfos y educado en el paganismo, no había conocido hasta los veinticinco años más que los dioses del Olimpo.

Desde mucho antes de aquella edad había comprobado, no obstante, que existía en Grecia una necesidad de renovación religiosa, y que los sofistas se ingeniaban para descubrir fórmulas y doctrinas capaces de satisfacerla.

Pero las escuelas se destruían mutuamente y la grande y honda desesperanza que conduce al suicidio iba invadiendo la sociedad.

Nadie creía ya en los dioses, que hasta se tomaban en ridículo, pero se les echaba de menos. Se clamaba por otros, y los pensadores, inquietos por el porvenir del género humano, se preguntaban qué clase de dioses repoblarían el Olimpo vacío.

El cielo estaba cerrado: ¿quién lo abriría?

El oráculo de Delfos había hablado antaño, prediciendo una era nueva: pero estaba mudo ya hacía largo tiempo.

Entonces Onkelos emigró a Judea, y en Jerusalén se inscribió entre los discípulos de Gamaliel, no tardando el virtuoso y sabio doctor en persuadirle de la falsedad del politeísmo. El joven griego concluyó por abrazar el judaísmo con un celo que le indujo desde luego a compartir la intolerancia farisaica, salvo en lo que atañe a los saduceos, con los que se inclinaba a transigir.

Quemó todo lo que había adorado, y los dioses de Grecia le inspiraron horror.

Hasta la herencia recibida de sus padres le pareció impura, y para demostrar mejor toda la aversión que le inspiraban los paganos y sus tesoros, la tiró al Mar Muerto.

Rasgo inconcebible en un judío, pues si éstos detestan a los gentiles, en cambio les toman muy de buen grado su dinero.

Onkelos, versadísimo en la ley mosaica, fué autor de un comentario del Pentateuco en lengua caldea, que ha adquirido celebridad, y que aun hoy día leen los judíos con confianza y admiración.

Pero la filosofía griega no le causaba tanta repulsión como el politeísmo de Delfos y de Corinto, y no había cesado de admirar a Platón y a Sócrates, formándose a su manera un ideal religioso que le seducía hasta el punto de imaginarse que el papel del Mesías esperado era el de realizar este ideal. En él se fundían las más puras doctrinas platónicas con la ley mosaica.

Ya se comprende que con tales ideas, Onkelos no parecía llamado a ser discípulo de Jesús.

Simeón Gamaliel era su más íntimo amigo, constituyendo entre ellos un lazo más su común admiración por Gamila, sentimiento que mutuamente se habían confiado.

En nada se parecía Gamaliel, hijo, a su padre. El joven era fanático, intolerante y agresivo, en igual medida que el viejo conciliador y pacífico. Era, además, un tertulano, que no gustaba de largos discursos, sino de acciones enérgicas y decisivas.

Aunque había estudiado la ley de Moisés en la escue-

la de su padre, sólo se había asimilado la letra, que mata, y no el espíritu, que vivifica. Fariseo orgulloso, infatuado de la ciencia que pensaba haber heredado de sus antepasados, y singularmente de su abuelo Hillel — cuyo nombre citaba constantemente — con todos era intransigente y autoritario.

Parecía absurdo que el Mesías pudiera ser de humilde condición y pobre, como Jesús, juzgando que debía ser Príncipe, como hijo de David, y dotado de gran poderío, como destinado a restaurar el reino de Israel.

Formaba, con su padre, parte del Sanedrín, donde ya empezaba a gozar de cierta fama, pues los nombres de Gamaliel y de Hillel rodeaban su frente de una aureola, y además se atribuía su silencio a su prudencia.

Añadiremos que en sus facciones resplandecía verdadera distinción, que era alto de estatura y de aspecto imponente y noble.

Veintitrés años tenía cuando su padre le envió a Roma a estudiar letras latinas, historia romana y la historia del politeísmo, pensando que el viaje, el roce con otros pueblos, el espectáculo de otras costumbres y la manifestación de otras ideas, darían a su hijo una cultura más pulimentada, más ancha y más conciliadora, pues él era el primero en deplorar sus exageraciones y su fanatismo.

Pero la estancia en Roma no había producido semejante resultado. El escepticismo de las escuelas, el culto degradante del politeísmo, la corrupción de las costumbres, le habían exasperado, regresando más enemigo de Roma que nunca.

Desde su regreso empezó a conspirar sordamente, alistándose con los *Nacionalistas*, llamados después *Ze-lotas*, que a toda costa querían sacudir el yugo romano.

Su amor por Claudia le empujó con mayor violencia hacia aquel partido, cuando se persuadió de que la hermosa romana, lejos de compartir sus sentimientos, parecía atraída por las nuevas doctrinas que predicaba Jesús de Nazaret.

Tales eran los hombres a quienes los problemas religiosos, y sobre todo la cuestión mesiánica, interesaban más, y se reunían con frecuencia, ora en los salones del gobernador, ora en los del Príncipe Nicodemus, que ocupaba una suntuosa residencia junto a la puerta de Damasco, ora en casa de José de Arimatea, que habitaba en la casa del Gareb, al noroeste del Gólgota.

Sabido es cuánto apasionan las discusiones religiosas, y no causará extrañeza que éstas formasen el tema de todas las conversaciones, siempre que se encontraban los personajes arriba nombrados.

Paréceme que mis lectores encontrarán tanto mayor interés en sus discursos, cuanto que éstos les darán a conocer el singular estado de los espíritus en aquella época.

III

DISCUSIONES RELIGIOSAS

Entre los gentiles, lo mismo que entre los judíos, los espíritus más cultivados tenían el presentimiento de que las instituciones religiosas y políticas agonizaban y que iba a lucir para el mundo una era nueva.

Pero, ¿qué raza y qué hombre estaban llamados a dar al mundo la savia que necesitaba?

Tal era el problema, magna cuestión que había pasado del orden especulativo al de los hechos, y que constituía el asunto del día, pues acababa de aparecer un gran profeta que decía a las multitudes: «Yo soy el Regenerador y el Mesías que esperabais, y Dios es quien me envía.»

El porvenir religioso del mundo y el mesianismo, eran el tema de todas las discusiones, no sólo en las sinagogas

y en la plaza pública, sino hasta en las reuniones del Procurador romano.

Una noche, Cayo Opio condujo la conversación a este terreno, diciendo:

Me parece que han llegado los tiempos cantados por nuestro poeta Virgilio, y predichos por la sibila de Cumas. Roma termina su evolución histórica, como Grecia terminó la suya, y esta civilización romana de que tan orgullosos nos mostramos, irá muy pronto a sumirse, con las civilizaciones orientales, en la noche de lo pasado.

Claudio.—Lo que tomáis por noche no es más que un eclipse. Aguardad un poco y veréis brillar el sol de nuevo. Roma es inmortal.

Cayo.—No sostengo lo contrario, y espero que Roma no morirá, pero se transformará. No puede vivir más que a condición de infundir en su vida nacional una fe religiosa nueva. Y esto, que es verdad para Roma, lo es igualmente para Grecia. ¿No son éstas también, Onkelos, las creencias y esperanzas de vuestro país natal?

Onkelos.—Hace más de tres siglos que nuestro gran Platón anunciaba la venida de un enviado del cielo para enseñarnos el culto que conviene tributar a Dios. Y muchas veces me he preguntado de dónde había tomado la noción de esa suprema esperanza. ¿La debía a los oráculos sibilinos? ¿La fundaba únicamente en la convicción de que el espíritu humano es incapaz de descubrir por sí solo el culto que se debe a Dios? O bien, ¿la había adquirido en sus relaciones con los judíos, y en el conocimiento de sus Libros Santos? Lo ignoro. Pero lo cierto es que habla de un Mensajero divino esperado, y que describe su vida y su muerte casi en idénticos términos con que lo hace el profeta Isaías. Y no se me alcanza cómo habría podido escribir ciertas páginas de sus obras si no hubiese conocido los libros de los profetas.

Nicodemus.—Pero al hablar así, ¿expresaba Platón un sentimiento personal suyo, y nuevo, o se hacía eco de creencias populares en Grecia?

Onkelos.—Creo que daba forma a una larga esperanza tradicional, pues esa misma creencia está afirmada eloquentemente en el Prometeo de Esquilo y en algunas páginas de Sócrates.

Nicodemus.—¿Y se ha perpetuado en Grecia?

Onkelos.—Me parece que ha encontrado su manifestación en la erección de un templo, en Atenas, dedicado Al Dios Desconocido».

Gamaliel.—Igual creencia existe en los persas y en los egipcios.

Camila.—En Italia nuestros poetas han recogido esas tradiciones orientales, y Virgilio las ha dado la expresión más precisa y concreta. A mano tengo su cuarta égloga, que es en verdad extraordinaria.

Y empezaba a leerla, cuando su padre la interrumpió diciendo:

Esas son divagaciones de poetas, que sólo merecen crédito para los que han perdido la fe en el politeísmo. Yo permanezco fiel a la religión de nuestros antepasados, que hizo la grandeza de Roma y que causará su ruina si desaparece. No me formo ilusiones sobre el entibiamiento de nuestra fe, resultado de la corrupción de las costumbres. Nos gloriamos de poseer riquezas y de vivir en medio del lujo, sin advertir que a causa de ello decaemos. Cuando los romanos vivían sencillamente, en vez de amontonar los tesoros y riquezas de los pueblos vencidos, muebles curiosos, ricas colgaduras, muebles alfombras, objetos de arte, antigüedades, cada familia daba a la patria soldados valientes y robustos, ciudadanos virtuosos, magistrados íntegros. ¡Cuánto han cambiado los tiempos!

Los judíos no quieren tener con nosotros contacto alguno, y nos alejan, porque temen el contagio de nuestra corrupción. Hacen bien.

La historia se repite siempre. Egipto y Grecia nos precedieron en el camino de la decadencia, y las mismas causas producirán en nosotros idénticos efectos. Pero no esto, sin embargo, en el total aniquilamiento de nuestra religión.

Pilatos. Pues yo sí, y no espero ningún rejuvenecimiento. Pasó la era de las religiones, que fueron grandes fuerzas de gobierno e instituciones necesarias en el origen de las sociedades, cuando sonaban como trompetas de batalla. Hoy suenan como tambores funerarios. Faros en los siglos de tinieblas, desde el siglo de Augusto no serán otra cosa que linternas ahumadas.

Menos comprendo todavía que nadie se deje seducir por las novedades religiosas, llamadas a ser harto más efímeras que las antiguallas de Egipto y de Grecia.

No me considero, sin embargo, como impío. Pienso, de acuerdo con Ovidio, que un Dios formó la tierra y al nombre, sacándolos del caos primitivo. Pero ¿dónde está ese Dios, qué es y qué relaciones podemos tener con él? Nadie lo sabe y por eso todas las religiones son quimeras. Dios solo habría podido instruirnos sobre ese punto, y nada prueba que se haya tomado esa molestia. Los que pretenden que Dios les ha hablado, confiándoles la misión de instruir a los hombres son, o embusteros, o cándidos o visionarios.

Un amigo personal de Pilatos, literato, griego de origen, llamado Pancreas, exclamó entonces:

Gobernador, estoy a punto de opinar lo mismo, salvo que fundo mi creencia en base distinta que la vuestra. Yo no distingo entre la causa y los efectos, entre el Creador y la creación. Los dos forman un todo, y ese todo es Dios, espíritu y cuerpo: su cuerpo, que mis ojos ven, es el universo, y presumo que ese cuerpo posee un alma, invisible para mí, pero cuyas manifestaciones toco.

Pilatos.—¿Y cuándo empezó a existir ese cuerpo?

Pancreas.— Es eterno, como el espíritu.

Pilatos.— ¿Y todo es Dios?

Pancreas.— Todo.

Pilatos.— ¿Tú también?

Pancreas.— Yo también soy un fragmento de Dios

Pilatos, soltando una carcajada.—Mi querido Pancreas, desde el momento que tú formas parte de él, no

es posible creer en tu Dios. Como tampoco se me figura que los príncipes de los sacerdotes le admitan nunca como su Mesías, en el cual, por mi parte, tampoco creo.

Gamaliel, hijo. — Pues bien, Gobernador, yo creo en él y le espero. Y aun cuando los profetas no nos hubieran prometido un Mesías, creería su venida muy próxima.

Pílatos. — ¿I or qué?

Gamaliel, hijo. — Porque el mundo la necesita. Porque si Dios existe, y vos no lo dudáis, no puede permitir por más tiempo que la tierra esté bajo la dependencia absoluta de un hombre, llamado Tiberio. Ya no hay justicia, ni ley, ni derechos, ni libertades para nadie. ¿Qué digo? Hasta nuestros dioses de Roma son simples mitos, y no hay más que un dueño soberano de todas las cosas, y ese soberano es un monstruo.

Pílatos. — Gamaliel: bajo mi techo no se tolera ese lenguaje. Soy el representante del César, y exijo que nadie le falte al respeto en mi presencia.

Gamaliel, hijo. — Os pido perdón, Gobernador, si me he dejado arrastrar por el ardor de mis sentimientos nacionalistas. Reconozco que no tengo excusa por haber mezclado en vuestra casa la cuestión política con la religiosa. Me proponía únicamente manifestar mi profunda convicción de que el mundo actual necesita un Salvador, y que éste no puede tardar, si he penetrado bien el sentido de las profecías.



De esta suerte todas las conversaciones se convertían en controversias religiosas, y acababan por Jesús de Nazaret, el hombre del día.

Camila solía terciar en ellas, y sus observaciones no eran las menos atinadas.

Pero más que hablar escuchaba, con interés extraordinario, y para atraerla a su grupo provocaban muchas veces la discusión Cayo y Onkelos, ora con Gamaliel y Nicodemus, ora con el Gobernador y el anciano patricio.

Nicodemus, decía un día Cayo, reconozco la verdad

del monoteísmo. Pero la naturaleza conduce al hombre al panteísmo, que es la religión de Pancreas, y que en suma se confunde con el politeísmo. ¿Cómo os explicáis entonces que los hebreos hayan permanecido monoteístas? ¿Será, acaso, porque pertenecen a la raza semítica?

Nicodemus. Nada de eso. Estamos rodeados de naciones semitas, idólatras, y hasta puede decirse que su vecindad ha sido para nosotros el gran peligro religioso. Cuando Israel ha pecado por idolatría, ha sido arrastrado por los pueblos de esa raza.

Cayo Opio. —¿Pues cuál es la causa de esa fidelidad secular de vuestro pueblo al monoteísmo?

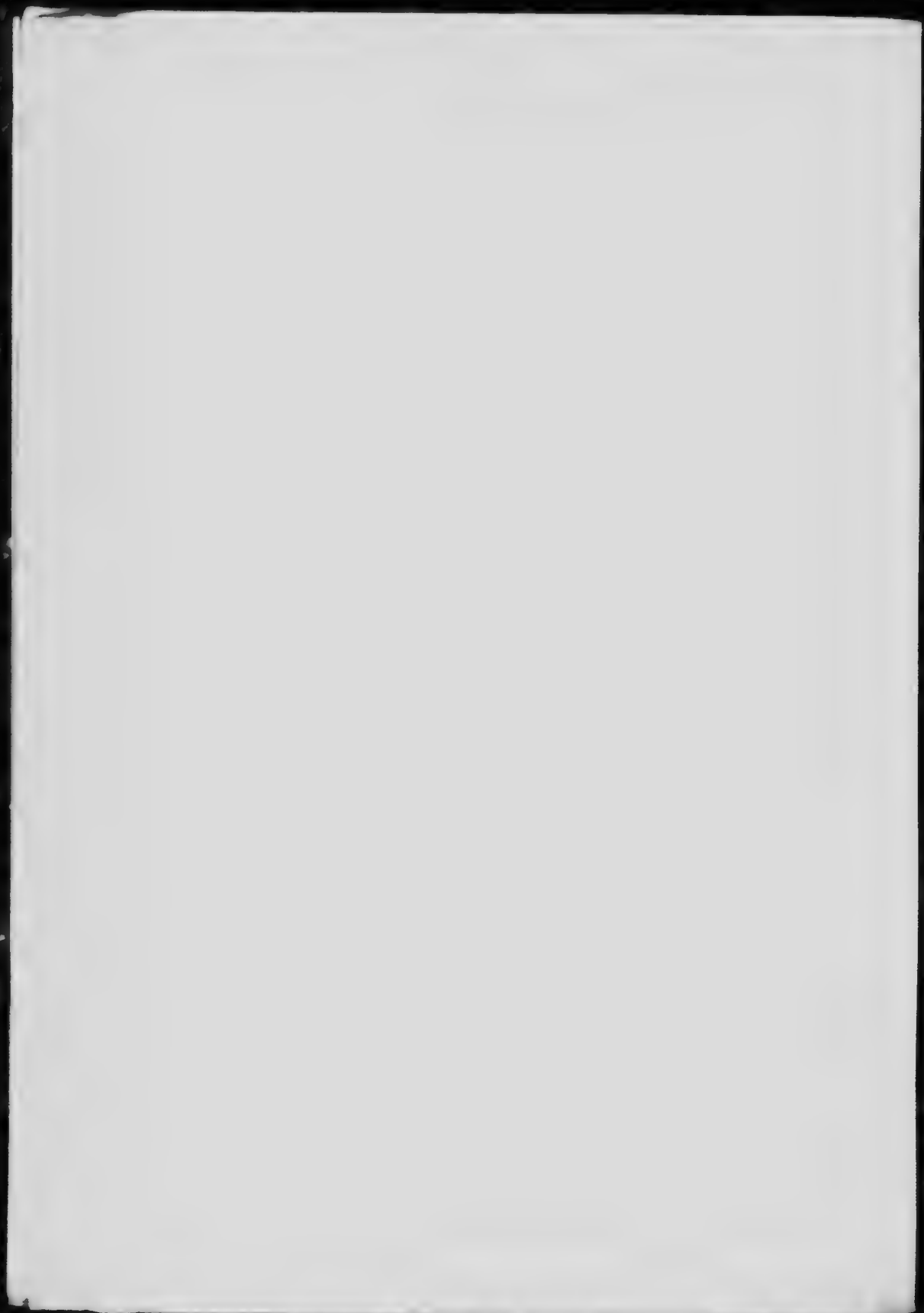
Nicodemus. La causa es sobrenatural, y consta en nuestros Libros Santos; pero se limita a los hijos de Jacob, al pueblo escogido. Sin la revelación, sin nuestras constantes comunicaciones con Dios por medio de nuestros Profetas, y sin los castigos que de cuando en cuando nos ha infligido, hubiéramos imitado a los otros pueblos, cayendo en el politeísmo, como ha sucedido a las razas semíticas que no descienden de Jacob, y que habitan en Fenicia, Caldea y Egipto. Pero no es eso todo. La unidad de Dios no es nuestro dogma único. Tenemos otro tan importante como él y que ha conservado al primero su vitalidad extraordinaria: la esperanza en un Mesías. Largos siglos llevan los hebreos creyendo que vendrá a establecer el reinado de Dios en la tierra; reinado que será nuestro, por ser el pueblo de Dios. Y observad que esto no es cosa pasada, sino institución venidera, y que, por lo tanto, no puede envejecer. Nuestra creencia es una esperanza, que nos hace vivir.

Cayo Opio. —Pero las esperanzas mueren, como todo lo demás. No se comprende que la vuestra haya vivido tantos siglos sin realizarse, porque el hombre se cansa de esperar.

Nicodemus. Nada más cierto; por eso veo en este fenómeno histórico una causa sobrenatural, y una prueba más de que Jehová protegió siempre a Israel.



A veces la discusión se entablaba inmediatamente sobre Jesús de Nazaret y sus enseñanzas, que todos de-



eraban extraordinarias, pero sin querer reconocerles carácter divino.

Onkelos era el más ardiente en rechazar toda idea de inspiración divina en los discursos del Nazareno.

Hay seguramente, decía a Gamaliel el Antiguo, en la predicación de Jesús doctrinas anteriores a él, y toma mucho de la filosofía griega.

Gamaliel. ¿Y qué deducís de ese hecho, admitiendo que sea cierto?

Onkelos. —Deduzco y concluyo que engaña a sus discípulos cuando les dice que su enseñanza es divina.

Gamaliel. —No, mi querido Onkelos, Jesús no debe rechazar una verdad porque algunos de vuestros filósofos la hayan predicado antes que él. La verdad tiene, en sí misma, carácter de divina, y no pierde ese carácter al pasar por la boca de Platón, de Sócrates o de Zenón. Hay en el genio humano algo de divino, y lo divino sólo puede llegar a nosotros humanizándose; pero siempre será lo divino. No creo, en verdad, que Jesús haya estudiado nunca la filosofía griega; pero aun concediendo que tome de ella algunas de las verdades que enseña, no por eso serían menos divinas; y tiene perfecto derecho de decir a sus discípulos: «estas verdades vienen de Dios».

Onkelos. —Pero nuestros filósofos no eran ni dioses, ni profetas, como los enviados por Jehová al pueblo judío para enseñarle la verdad.

Gamaliel. —Ni lo eran, ni estaban inspirados, y éste es, precisamente, un problema histórico que sería necesario profundizar. ¿De dónde han venido al género humano las verdades conocidas y propagadas por los grandes genios? Nosotros creemos en una revelación primitiva, hecha directamente al hombre por Dios; pero ¿cómo han adquirido los otros pueblos la suma de verdad que encontramos en sus libros? ¿Les ha transmitido la tradición la revelación primitiva, o se han elevado ellos, por las solas fuerzas de la razón, al conocimiento de las verdades primordiales?

Tal es el problema histórico, y sea cual fuere la solución que se le dé, la verdad será siempre la verdad. Que nos la inspire la conciencia, o nos la enseñen los sabios o nuestra propia razón, siempre es de origen divino, y Jesús tiene derecho a decir, si su doctrina es verdadera, que viene de Dios.

Por otra parte, no pretende Jesús darnos una ley inventada por él y nueva por completo. Al contrario, dice y repite que no ha venido a abolir la ley antigua, sino a cumplirla y perfeccionarla. Tú mismo, Onkelos, sostienes que la ley mosaica no es inmutable, sino susceptible de desarrollo y perfección. Yo pienso lo mismo. Y si no me engaño tú esperas llegar a ese perfeccionamiento mezclando con ello lo que de mejor ha producido la filosofía griega. Pues entonces, si es cierto que Jesús de Nazaret se asimila algunas doctrinas de Sócrates y de Platón, debías trabajar de concierto con él, tú, que aun después de tu conversión al judaísmo, sigues proclamándote discípulo de aquellos grandes filósofos.

Onkelos no sabía qué responder, cuando intervino Nicodemus, cambiando de conversación.

IV

NUEVAS CONTROVERSIAS

Con mucha frecuencia se reunían los mismos interlocutores en casa de Nicodemus, que practicaba la más generosa hospitalidad, y naturalmente recaía la discusión sobre el problema mesiánico, cada vez más en moda.

Entre los doctores de Israel, miembros del Sanedrín

que no pertenecían a la Cámara de los Sacerdotes, Gamaliel y Onkelos eran de los que gozaban de mayor autoridad, no sólo por su elocuencia y sus estudios literarios, sino por su erudición y profundo conocimiento de las Escrituras.

Una noche Nicodemus dirigió a Onkelos esta pregunta:

—¿Cómo traduces y a qué aplicas el nombre de *Scheloh* en este versículo de la profecía de Jacob:

«El cetro no se alejará de Judá...

Hasta que venga Scheloh:

A éste obedecerán los pueblos ?

Onkelos.—No es nada dudoso el sentido de la profecía, y todos los doctores de Israel, al interpretarlo, lo aplican al Mesías, diciendo que vendrá cuando Judá haya perdido el cetro, o sea la autonomía. La única dificultad consiste en el nombre dado por Jacob al Mesías. Se llama Scheloh: ¿A qué lengua pertenece esta palabra, y qué significa? Yo creo, por mi parte, que significa: *Aquel a quien pertenece el reino*. Otros dicen *el cetro*. Pero las dos versiones, aunque de etimología diferente, significan lo mismo.

Nicodemus.—¿Opinas por lo tanto que, sea cual fuere la formación etimológica de ese nombre, con él designa Jacob al Mesías?

Onkelos.—Sí.

Nicodemus.—Luego ha llegado el momento de que la profecía se cumpla, porque el cetro ha salido de Judá.

Onkelos.—Evidentemente.

Nicodemus.—Entonces ¿por qué no ha de ser Jesús de Nazaret el Mesías prometido?

Onkelos.—Si quiere que crea en él, que se apodere del cetro de Judá, que lo arranque de las manos infieles y serviles de Herodes; que restablezca este reino y asegure a los judíos la dominación universal, ya que el santo Patriarca predijo que todas las naciones le tributarían homenaje!

Este es el milagro que necesita hacer para probarme su título mesiánico.

¿Qué me importa que cure enfermos, que devuelva la vista a los ciegos y la palabra a los mudos? Otros Profetas lo hicieron antes. En vez de libertar del demonio a los posesos, que liberte a su pueblo del yugo extranjero; que devuelva a Jerusalén su gloria desvanecida y su poder destruido, y yo seré el primero en rendirle acatamiento.

Si es incapaz de realizar esta grande obra, única que nos interesa, no es el Mesías.

Pilatos, que estaba algo aparte, se acercó al oír estas palabras, y dijo:

- No sabía, Onkelos, que fueseis enemigo de Roma.

Onkelos. — No lo soy, Gobernador, ni he pretendido nunca que su yugo fuese tiránico. Al contrario, pienso que la política colonial de Roma es muy ancha y nos concede todas las libertades necesarias. Pero andamos investigando los caracteres mesiánicos de Jesús de Nazaret, y como me siento poco inclinado a reconocérselos, he formulado este argumento: «el Mesías debe restablecer el reino de Judá; es así que Jesús es incapaz de hacerlo; luego no es el Mesías».

Gamaliel. ¿Le conocéis personalmente?

Onkelos. — Acompañé una vez un grupo de compatriotas míos, a los que daba audiencia, y nos dijo cosas muy extrañas.

Gamaliel. — Referidnos lo que oísteis.

Onkelos. — Sed juez vos mismo. Después de haberle expuesto mi ideal de renovación religiosa, mezcla de Platón y de Moisés, le pregunté: «Maestro, supongo que no pretendéis abolir la ley mosaica y el sacerdocio.» — A lo que me contestó: «No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla; pero no se pone el vino nuevo en odres viejos, que se romperían, perdiéndose el vino y los odres.» — Y como mi mirada continuaba interrogándole, prosiguió: «no se remienda con un retazo de paño nuevo un vestido viejo». — Comprendí que quería decirme: «vuestro Platón,

vuestro Sócrates y vuestro sacerdocio judío son viejos odres y vestidos viejos. ¿Qué queréis que haga de ellos?»

Fruncí las cejas y le volví la espalda.

Gamaliel.—Conceded, sin embargo, que contestaba muy ingeniosamente a un Doctor de Israel que iba a enseñarle cómo debía cumplir su misión.

Onkelos.—Sí, pero en forma ofensiva para mí, y humillante para los grandes filósofos de Grecia.

Gamaliel.—Nada de eso, porque su observación era justísima, y contenía una verdad innegable. Le hablabais de renovación religiosa, es decir, pretendíais hacer con la religión antigua un vino nuevo, y queríais las viejas fórmulas y el viejo culto. Y él os replicaba que el vino nuevo exige odres nuevos, es decir, dogmas nuevos, y que el paño nuevo había que coserlo a un vestido nuevo, es decir, a otro culto.

Onkelos.—Sin embargo, él se declara el Verbo, y usurpa este nombre a los platónicos, que creían en un *Logos*, especie de emanación divina que establece la comunicación entre el hombre y Dios.

Gamaliel.—Razón de más para que ese vocablo te agrade, y para que te acerques a él.

Onkelos.—Nada de eso. El *Logos* de los platónicos no es una personalidad distinta de Dios, una encarnación. Platón no tuvo jamás la idea de un *Logos* hecho hombre.

Gamaliel.—Prueba de que Jesús de Nazaret no copia a los platónicos, sino que se eleva muy por encima de ellos cuando dice: «Yo soy el *Logos*, el Verbo.»

Onkelos.—¿Queréis, Gamaliel, que os diga mi opinión sobre y terminante sobre el Galileo? Será, acaso, un gran genio; pero desequilibrado, y la ambición le perderá. Le proclaman profeta y taumaturgo, y si se contentase con esa gloria, tal vez no se la disputaría nadie. Pero sueña cosas imposibles; quiere hacerse reconocer como Dios, y ésa es una locura que asombra en hombre tan notable y que conducirá muy pronto a una catástrofe.

Pílatos.—Pienso en parte como vos, Onkelos. Jesús es un hombre prodigioso, un genio incomparable, y si las

circunstancias, que son las que forman a los hombres, le favorecen, dejará su nombre en la historia. Pero a semejanza de otros muchos que eran o se creían grandes hombres, no dejará otra cosa. Será como el navío que agita profundamente las aguas mientras las surca, pero que no deja detrás de sí más que una blanca estela, que no tarda en borrarse.

¿A qué aspira? Lo ignoro. He interrogado a muchos que le han oído, y no he podido sacar en claro nada que nos dé a conocer sus designios y su verdadera ambición.

Nicodemus.—¡Su ambición! Caifás y los Príncipes de los Sacerdotes son los que le acusan de tenerla, acusación que se desvanece ante el hecho siguiente, cuya autenticidad me consta: prevé su muerte próxima, la anuncia, y no hace nada para evitarla; al contrario, *la quiere*, porque dice que es necesaria para el establecimiento de su reino.

Pilatos.—Entonces está loco.

Nicodemus.—O es Dios. Razonemos un poco, Gobernador. Se trata de un hombre de 33 años, con todo el vigor de la salud, dotado de las más brillantes facultades y de dones tan extraordinarios que la razón humana no alcanza a comprenderlos. Las muchedumbres le siguen hasta el desierto para oír sus discursos, sin pensar en proveerse de alimentos, y él, milagrosamente, las alimenta. Quieren coronarle rey, y se esquivo. Bastaría un signo de su mano, y mañana toda Galilea se alzaría proclamando su reinado, y dudo, Gobernador, que dispusierais de medios suficientes para oponeros a su advenimiento. Ahora bien, desdeñando todos esos homenajes del pueblo, se prepara a morir, en la flor de su edad, sin haber probado ninguno de los placeres de la vida, y corre en busca de esa muerte porque la cree necesaria para el establecimiento de su reino, de que él no ha de gozar nunca.

¿Y a ese hombre le llamáis ambicioso? ¿Desde cuándo los ambiciosos trabajan por la gloria y los goces de los demás? ¿Ni qué ambicioso fué nunca bastante insensato para imaginarse que sería más poderoso muerto que vivo?

No; nada en Jesús denota ambición. Acordaos de César. ¿Deseaba el Imperio para sí mismo o para sus sucesores? ¿Y Augusto? ¿Trabajaba para los demás al desarrollar los planes de César? Cuando fundaba su trono ¿lo hacía para que en él se sentase su sombra después de muerto?

La ambición humana tiene su historia, y la de Jesús de Nazaret es su reverso.

Decid más bien que es un loco, o que parece serlo, porque su conducta trastorna todos los cálculos de la humana sabiduría. Decid que es un excéntrico, porque vive, piensa, y obra fuera de la órbita de nuestros conocimientos y capacidades. En una palabra, de tal modo difiere de nosotros, y tan por encima se halla, que ni siquiera alcanzamos a comprender su naturaleza, ni sabemos cómo calificarla. Pero al mismo tiempo ¿cómo podremos llamar razonablemente loco a un hombre cuya inteligencia aparece tan inmensamente superior a la nuestra?

Giamaliel.—Si pudiésemos admitir que es a la vez Dios y hombre, acaso penetraríamos el misterio que le rodea. Pero ¿cómo un hombre puede ser Dios, y un Dios hombre? Nuestra razón no lo concibe.

Pilatos.—Amigos míos, el problema no me parece tan complicado, ni tan insoluble. Ya veréis cómo se resuelve del modo más humano, más natural y más vulgar. Vemos a este hombre como en un espejismo, y la imaginación popular le ha transfigurado. Esperad que el espejismo se desvanezca, y le veréis reducido a las proporciones ordinarias y sujeto a todas las miserias de la humana debilidad. Si de veras desea morir, pronto hallará la ocasión, merced a sus múltiples y poderosos enemigos. Y si muere le sucederá lo que a César y a todo el mundo: sus discípulos no sacrificarán por él la vida, y nadie soñará en proclamarle Dios. Su reino no habrá sido más que la efímera divagación de un insensato. En la vida de los hombres hay muchos misterios; pero todos encuentran en la muerte su solución brutal y definitiva.

Nicodemus.—¿Creéis entonces que la muerte es la última de las soluciones?

Pilatos.—Así lo creo, porque nadie sabe lo que hay detrás. Mientras los misterios del más allá no nos sean revelados, el escepticismo me parece la sola doctrina razonable, en esta materia, como en todas las cuestiones religiosas.

Claudio.—¿Cómo podéis, Pilatos, dudar de la inmortalidad y de la vida futura? Sin duda olvidáis la elocuente demostración que de esta verdad nos ha dejado Cicerón en su tratado *De Consolatione*:

«El alma es imagen de la divinidad, emanada y salida de ella, y la divinidad es inmortal...»

«El alma tiene su principio en la divinidad: el cielo es el centro a donde tiende. Aquélla fué su primera morada, y aspira sin cesar a volver a su domicilio eterno, a su patria verdadera.» El gran orador insiste en esta creencia, arraigadísima en él, en su *Sueño de Escipión*.

En él representa a Escipión el Africano, apareciéndose a su nieto, el segundo vencedor de Cartago, en un alto lugar, sembrado de estrellas, resplandeciente de claridad, y diciéndole estas nobles palabras: «Lo que vosotros llamáis la vida es la muerte... la vida verdadera está aquí. No eres tú, sino tu cuerpo, el que perece. Lo que caracteriza al hombre es el alma, y no esa forma sensible que llamáis cuerpo.»

Cayo.—Ningún filósofo, Gobernador, ha hablado mejor, ni siquiera Platón. Por lo demás, el escepticismo no existe en la naturaleza. El espíritu humano tiene sed de creer y de conocer. Cuando abandona sus creencias primitivas es para tomar otras.

Mirad en torno vuestro, y leed la historia: do quiera y en todas las épocas de la vida, veréis hombres, salvo rarísimas excepciones, que cambian de creencia, pero no hombres que no tengan ninguna.

Horacio, vuestro poeta favorito, aún perteneciendo al rebaño de Epicuro, no era un verdadero escéptico. Sin duda no predicaba con gran convicción en favor de los dioses, pero creía verdaderamente en presagios, en sueños, en sortilegios y en la magia.

Plinio, Ovidio y otros escritores admiten igualmente toda clase de supersticiones. Y vuestro propio Emperador, Tiberio, desprecia a los dioses, pero tiene miedo de las potencias ocultas y de las predicciones de los astrólogos.

Todo eso demuestra la necesidad innata en el espíritu humano de creer en algo, pero en algo misterioso, oculto, que no pueda explicarse ni comprenderse.

Pilatos.—Pues para mí, Cayo, no hay misterios, ni nada que sea muy complicado. Mi religión es sencilla y comprensible. No tengo ninguna repugnancia en creer que hay un Dios, o varios, pues mi escepticismo no es absoluto. No obstante, me parece mucho más razonable un Dios solo.

Pero ¿sé algo más? ¿Ni quién puede enseñarme otra cosa, con autoridad, probándome el origen divino de su misión y de su doctrina? ¿Seréis vos, Onkelos, con vuestros grandes filósofos, que no pudieron regenerar a Grecia, o con sus discípulos, los llamados sofistas, que acentuaron su decadencia, y eso que pretendían ser los verdaderos sabios? ¿Cuáles eran, entonces, los verdaderos locos? No lo sé, y me siento inclinado a pensar, con vuestro Protágoras, que la vida es demasiado corta para emplearla en remover esos grandes problemas.

Onkelos.—Deploro como vos, Gobernador, la obra de los sofistas, causantes de los infortunios de mi patria, pero todo lo que decís nada prueba contra la religión. Al contrario, Grecia decayó precisamente por haber destruido los sofistas la fe religiosa.

Gamaliel.—Es cierto. Lo cual no impide que el gobernador discorra rectamente al decir que el que aspira a fundar o enseñar una religión, debe probar su autoridad y misión divina.

Por eso nuestra religión es la única verdadera, porque tuvo por fundador un enviado de Dios: Moisés era no solamente un genio, como Platón y Sócrates, sino que había recibido de Dios la autoridad y la misión, y nos transmitió las enseñanzas de Dios mismo. Si el pueblo creyó en él, fué porque probó la divinidad de su misión.

Igualmente probaron los profetas con sus obras que Dios los inspiraba, y ved, en consecuencia, cuáles han sido la vitalidad de nuestra fe religiosa, y la inmortalidad de nuestro sentimiento nacional.

Israel ha sido vencido, dispersado, conducido en cautiverio, sin jefes, sin patria, sin bandera, y ha sobrevivido a todas las desdichas llamadas a anonadarle.

Egipto no es más que una sombra; Grecia una moribunda; Roma misma ha entrado en decadencia; mientras que Israel, presa suya, y con ocho siglos más de existencia, es mucho más vivaz.

El judío está en todas partes, y se establece en todos los países del mundo. Funda hogares, familias, ciudades judías, en medio de las ciudades paganas. Aprende la lengua de los países que habita, crea relaciones sociales, se hace poderoso, pero sigue siendo judío.

Los gobiernos que le juzgan absorbente adoptan medidas de todas clases para asimilársele o proscribirle. Pero resiste a la asimilación, como a la proscripción, y cuando le echan por la puerta, vuelve por la ventana.

Los países donde reside no son nunca su segunda patria. Permanece judío, guarda el recuerdo del país natal o del país de sus antepasados, conserva la fe de su raza y el sentimiento de su nacionalidad, y ni las fronteras ni los mares le impiden que contemple y ame, aquí y en el otro extremo del mundo, a la Jerusalén ideal, que será siempre su patria verdadera.

Pílatos. — Concedo de buen grado, Gamaliel, que hay algo de extraordinario en ese fenómeno, algo que contradice todas las leyes de la historia. Pero si vuestra ley mosaica os infunde vitalidad nacional tan prodigiosa, ¿qué necesidad tenéis de un Mesías?

Gamaliel. — Porque nuestra fe religiosa es el secreto de nuestra potencia vital, y la promesa de un Mesías es precisamente el dogma capital de nuestra religión. Lo que nos mantiene vivos no es sólo lo que Jehová nos ha dado, sino lo que nos ha prometido. Si creemos en Moisés, creemos igualmente que su ley es perfectible, y

que la obra del Mesías será perfeccionarla y completarla. De suerte que nuestra religión, llegada a su pleno desarrollo, habrá tenido dos fundadores: Moisés y el Mesías.

Pilatos.—¿Y creéis que llegó el tiempo fijado por vuestros profetas para el advenimiento del Mesías?

Gamaliel.—Lo creemos.

Pilatos.—¿Y que ese Mesías va a libraros del yugo de Roma y a establecer el reino de Judá?

Gamaliel.—En ese punto nos dividimos, y las profecías son muy obscuras.

Pilatos.—En fin, ¿qué pensáis de Jesús de Nazaret?

Al oír estas palabras, Camila, Claudia, Cayo y Nicodemus clavaron sus miradas en el viejo doctor, esperando ansiosamente su respuesta.

Gamaliel, después de vacilar unos instantes, respondió:

Vuestra pregunta, Gobernador, sugiere a mi espíritu otras harto graves: ¿cómo una mujer ha podido concebir un Dios? ¿cómo puede ser madre y continuar virgen, según la profecía de Isaías? ¿cómo la naturaleza divina y humana pueden unirse en una misma persona? Tales son los grandes problemas que habría que resolver para penetrar el misterio de Jesús de Nazaret, y hasta el día de hoy, mi débil razón no les halla respuesta.

Así terminaban generalmente las discusiones. El problema mesiánico planteado delante de los interlocutores quedaba sin solución. Los razonamientos no bastaban para resolverle, y el espíritu humano reducido a sus solas fuerzas era impotente para explicar tantos misterios.

Se necesitaba un acto de fe, y no un silogismo.

Era preciso decirse: «Si Jesús de Nazaret es Dios, es en sí mismo un misterio viviente, muy por encima de mi inteligencia. Si yo exijo que la divinidad se me presente sin velos, no tengo razón ninguna para creer en el mismo Jehová, que es también un misterio. Jesús es un milagro permanente, que se prueba a sí propio.»

Eso es lo que los Príncipes de los Sacerdotes hubieran debido decirse, si hubiesen buscado de buena fe la verdad. Pero el orgullo, la ambición y el interés los cegaban.

V

ONKELOS Y CAMILA

Camila sentía el mayor interés por aquellas controversias entre los hombres distinguidos que se reunían en los salones del Gobernador o en casa del príncipe Ben Gorión Nicodemos. En aquel centro escogido, su brillante inteligencia, no desprovista de penetración, le ayudaba a irse formando una opinión personal sobre el extraordinario personaje que parecía ser Jesús de Nazaret.

Mucho deseaba verle y oírle, convencida por todo lo que Cayo la había referido, de que aquel hombre era muy superior a todos los demás. Por desgracia, el profeta no iba nunca a Jerusalén. Su última visita había sido durante la Pascua, y después había partido para recorrer las costas del mar y la región de Sidón y Tiro.

¿Volvería a la ciudad Santa? Muchos lo dudaban, sabiendo que los príncipes de los Sacerdotes habían decretado su muerte, y encargado a sus policías que le prendiesen apenas pisara el templo.

En aquella incertidumbre, Camila seguía estudiando la historia del pueblo judío y las Escrituras, y visitando los lugares en donde se habían desarrollado tan maravillosos acontecimientos.

Simeón Gamaliel y Onkelos eran para ella amigos preciosos en tal trance, porque la acompañaban alternativamente en los diversos barrios de la ciudad y en sus arra-

bales, que conocían perfectamente, y gozaban de autoridad indiscutible para interpretar los Libros Santos.

Desgraciadamente, aquellos paseos arqueológicos, sobre todo con Gamaliel, iban adquiriendo tonos demasiado sentimentales para el gusto de Camila, pues no sabía el niño disimular la admiración que por ella sentía, desde sus largas pláticas a bordo de la *Nausicaa*.

No era Onkelos más insensible a los encantos de la bella romana, pero cuidaba de expresar sus sentimientos con tanta delicadeza y en términos tan velados, que Camila no podía alarmarse.

Un día, a la hora de poniente, quiso la joven romana recorrer el monte Bezeta, y visitar la gruta del profeta Jeremías y las tumbas de los Reyes.

Onkelos se brindó a acompañarla, y salieron los dos por la puerta de las Ovejas.

Costeando lentamente las altas murallas del recinto, y doblando el ángulo norte, tomaron a la izquierda, y después de andar unos treinta minutos, entraron en un camino estrecho, entre dos paredes ruinosas, que los condujo a la gruta del célebre profeta Jeremías.

Aquí tenéis, dijo Onkelos, la sombría celda, tallada en la roca, que sirvió de refugio al sombrío hijo de Helcias. Aquí compuso sus elegías y sus lamentos, las quejas más desgarradoras que hayan salido de labios humanos.

—¿Admiráis mucho ese lúgubre poema? preguntó Camila.

—Muchísimo. Tanto más cuanto que he conocido dolores análogos a los del profeta.

—Sin embargo, vos no habéis sido nunca perseguido, acusado de traición, encarcelado y arrojado al fondo de una cisterna, como él.

No; pero el tema de las sublimes lamentaciones del profeta no son sus desventuras personales. Para el hombre que ama a su raza, los padecimientos individuales nada significan. El gran dolor del hijo de Helcias era la ruina de su patria, la destrucción de esta Jerusalén que le

parecía tan hermosa y que tanto amaba... Y ése, ése es el dolor que yo he conocido.

Onkelos lanzó un profundo suspiro, añadiendo:

Salgamos de aquí: vamos a contemplar a Jerusalén.

Salieron, en efecto, de la caverna, y subieron a la colina que la cubre, para admirar la ciudad, cuyos contornos y torres almenadas parecían abrasados por los rayos del sol poniente. Las doradas cúpulas del templo, especialmente, centelleaban en medio de aquel portentoso incendio.

¡Mirad! dijo Onkelos. ¿Qué extraño es que el profeta haya contemplado con tanto amor como admiración este incomparable espectáculo? Imaginaos lo que debía sufrir cuando sus ojos de profeta descubrían en un porvenir próximo las ruinas lamentables que iban a reemplazar a estos esplendores. Representaos su abatimiento cuando, a la caída de la tarde, venía aquí, al acabar sus entrevistas con el rey Sedecías. Todas sus profecías, todas sus predicciones de castigos, inspiradas por Jehová, no servían de nada.

No sólo el rey persistía en su ceguedad, sino que sus ministros y los jefes de su ejército estaban decididos a dar muerte a aquel profeta de desdichas.

Medid, en fin, si podéis, la profundidad de su aflicción cuando sus ojos carnales vieron el espantable cumplimiento de sus profecías. Nabucodonosor, dueño de su ciudad amadísima, la arrasaba, pasaba a cuchillo a todos los grandes de Israel y a los hijos del Rey, en presencia del desdichado príncipe, y arrancándole en seguida los ojos, le arrastraba en cautiverio con todo su pueblo.

Figuraos al hijo de Helcias sentado en este mismo sitio, con esa indescriptible visión de luto delante de sí, y comprenderéis mejor las elegíacas estancias del poeta del dolor:

«Quomodo sedet sola civitas...»

«¡Cuán solitaria se sienta la ciudad populosa...»

Y recitó toda una página de las *Lamentaciones*.

Después de una pausa continuó:

— ¡Qué magnífica es esta maravilla arquitectural de Jerusalén, bajo los encendidos reflejos del disco solar!

Y sin embargo, vive en mí el recuerdo de un espectáculo más hermoso todavía, que no veré más. Sí: Jerusalén y su templo forman un espléndido conjunto; pero la Acrópolis de Atenas y el Partenón son más admirables aún.

El genio del hombre no ha edificado nada más grandioso, más armónico, más inspirado.

— ¿Por qué habéis entonces abandonado vuestro país y abrazado el judaísmo? preguntó Camila.

— ¡Ah, Camila! Aviváis en mí un gran dolor.

Nabucodonosor no destruyó mi ciudad amada, pero los romanos la conquistaron, y mi patria no es ni sombra de lo que era. Los dueños del mundo lo son también nuestros, y dilapidan, arruinan, diezman y despueblan mi infortunado país.

Y además... la religión ha decaído; los sofistas han reemplazado a los filósofos, que constituían nuestra gloria, las costumbres se han corrompido, y no me ha sido posible soportar más tiempo el espectáculo de la humillación nacional. Entonces vine aquí, donde he encontrado fragmentos de mi patria en las florecientes ciudades griegas de Galilea y Samaria, y he estudiado la religión judaica, que me parece muy superior al politeísmo. No sólo es la religión del pasado, sino también la del porvenir, porque su dogma fundamental es la creencia en un Mesías, que hará del pueblo judío el más poderoso de la tierra. Y ese pueblo, que hoy es el mío, triunfará de Roma.

— ¿Lo creéis así, realmente?

— Sí: lo que Grecia no pudo, el pueblo judío lo hará, cuando llegue el Mesías. ¿Comprendéis ahora por qué me hice judío? Pero no se cambia de patria sin crueles dolores, y cuando me encuentro al lado vuestro, a éstos viene a añadirse otro amargo pesar.

— ¿Cuál puede ser?

El de saber que sois romana.

Entonces os será penoso este paseo.

—Al contrario: amo este sufrimiento, que viene de vos. Camila, sin contestar, prosiguió andando hacia las fortificaciones.

Onkelos, que la seguía, continuó:

Estas alturas están llenas de recuerdos históricos. Aquí vino el profeta Isaías, por orden de Dios, a buscar al rey de Judá, Achaz, y anunciarle este signo de Jehová: «que una virgen concebiría y pariría un hijo, al que daría el nombre de Emanuel, que significa *Dios con nosotros*».

¿Y esta predicción se aplica al Mesías?

Incontestablemente: y ése es uno de los títulos que faltan a Jesús, cuyos padres son conocidos de todos en Nazaret.

Estas son las tumbas de los Reyes, continuó Onkelos, designando con la mano la puerta de un vasto subterráneo, abierto en la roca.

¿El sepulcro de los reyes de Judá?

No; esos reposan en la ciudad de Sión, al lado de David.

¿Y qué son estos sarcófagos?

—Pertencen a los príncipes de la dinastía de Herodes.

Los dos recorrieron las cámaras funerarias, sentándose en una losa sepulcral. En la capa de polvo amontonado por el tiempo sobre los sepulcros, brotaban flores silvestres, y bajo aquel manto de resurrección, las tumbas parecían risueñas. Pero un lúgubre viento soplaba barriendo los monumentos, y su soplo agitaba los frágiles tallos, como para recordar al hombre olvidadizo que bajo aquella frondosidad yacían cenizas humanas.

Onkelos cogió algunas flores, y las ofreció a Camila, diciendo:

—Mi corazón se parece a esas cenizas, pero en él brotan todavía sentimientos que tienen la frescura de capullos de rosas.

Camila tomó el ramillete, diciendo:

—Gracias; ¡qué extraño perfume el de estas flores!

Y levantándose, bastaron algunos pasos para que los dos se encontrasen al aire libre, donde la inmortal naturaleza cantaba la plenitud de la vida y la embriaguez del amor.

El globo del sol, cada vez más rojo, iba a ocultarse detrás de un ancho cono de nubes agrietadas rasando la tierra, y cuyas desgarraduras parecían torrentes de ardiente lava.

Pero Onkelos miraba menos la naturaleza que a su compañera, y sentía aumentar por momentos la admiración que le inspiraba.

No hablaba, y comprendía, sin embargo, que aquél era el momento de hablar.

¡Qué pensativo os habéis vuelto! le dijo Camila.

La vista de las tumbas me ha producido esta impresión. ¿Por qué hemos de morir?

¿Tan hermosa encontráis la vida?

En este instante me parece llena de encantos.

Entonces, ¿a qué entristeceros?

Porque veo próximo el término de mi alegría, como acabamos de ver el de la vida humana.

Pero todo término es un principio, y sólo se muere para renacer.

¿Estáis segura de ello?

Ya lo creo. Cicerón lo afirma en páginas inmortales.

Os envidio vuestra fe. Por mi parte me siento inclinado a compartir la opinión de los Saduceos, que niegan la vida futura.

Pero ¿no habéis observado, Onkelos, que tropezamos en la naturaleza con la vida, a cada paso, incluso en los sepulcros? En las profundidades de la tierra y de los mares, como en los espacios infinitos de los cielos, flotan semillas que, llevadas por corrientes o soplos misteriosos hacia los seres sin vida, los animan. ¿Y pensáis que Dios, tan pródigo de vida para los seres más ínfimos de la naturaleza, ha sentenciado a muerte eterna al hombre, que es su imagen, según vuestras Escrituras? Eso no es razonable.

Al cabo de un minuto de silencio, dijo Onkelos:

Seguid hablando. ¡Suena tan bien en vuestra boca la hermosa lengua latina! Y todo lo que decís ¡me va tan derecho al corazón! ¡La vida! Sí; habladme de la vida. ¡Quisiera tanto creer en ella cuando veo que todo muere en torno mío, los hombres y los pueblos! Grecia ha muerto; Roma va a morir. ¿Quién las resucitará? El hombre no es como los demás seres: la vida está en todas partes en la naturaleza, porque el amor está en todas partes. Los árboles, las flores, los animales obedecen a su ley. Los hombres la ignoran, o la pisotean.

Hacedme creer en el amor, Camila, y creeré en la vida.

Camila dijo, por toda respuesta:

- Ya hemos llegado a la puerta de Damasco. Mucho me ha interesado este paseo, y os agradezco infinito que me hayáis acompañado.

El sol había desaparecido detrás de la montaña de Bezeta, y el elevado cinturón de murallas iba entrando en la sombra. La silueta de las almenadas torres, agigantada por el vaho que envolvía la ciudad, se destacaba sobre el cielo, azul todavía.

Más arriba, encima del monte Sión, flotaban ligeras nubecillas, como un encaje de muselina sonrosada.

Onkelos las miraba.

¿Qué buscáis en el firmamento? le preguntó Camila.

Busco la primera estrella y no la encuentro, porque está en la tierra. Y pienso en el niño que se imagina poder descolgar las estrellas, y apropiárselas.

Camila, aparentando no comprenderle, preguntó a Onkelos cuáles eran las últimas noticias de Jesús.

Sigue en Galilea, respondió.

— ¿Y os vais reconciliando con él?

No, por cierto. Su ideal del reino mesiánico no es el mío, y no dejará detrás de sí una obra duradera. Reconozco su genio y el extraordinario prestigio que ejerce sobre los que se le acercan; pero cuando desaparezca, sus apóstoles, que no tienen ni el más pequeño valor inte-

lectual, ni influencia, ni medios de acción, serán por completo impotentes para fundar nada.

Paréceme, replicó Camila, que sería una desgracia, porque es hombre de bien, y sus enseñanzas tales, que bien merecían la pena de que se las ensayase.

Onkelos nada dijo.

Habían llegado a la torre Antonia, y el griego se despidió desapareciendo por los pórticos del templo. Aquella noche durmió poco. Había conocido en otros tiempos los sobresaltos del amor, y se creía curado de ellos, vanagloriándose de haber colocado más alto su ideal. Pero al lado de Camila se sentía rejuvenecido, y no era dueño de reprimir los impulsos de su corazón.

A la mañana, discurriendo sobre el obstáculo que podía separarles, se dijo a sí mismo: ¡Ay! Los obstáculos son dos: Roma y Jesús de Nazaret.

No se le ocurrió un tercero, Cayo, que iba pronto a convertirse en rival peligroso.

Por su parte, Camila tampoco durmió más que a medias. Sentíase amada, y saboreaba las delicias de esta sensación, pero con goce mezclado de incertidumbre.

No olvidaba que también inspiraba el mismo sentimiento a Gamaliel, dotado de brillante ingenio, poseedor de uno de los más ilustres nombres de Jerusalén, y que hablaba con elegancia la lengua de Roma.

Onkelos, aunque mayor en edad, era un hermoso tipo griego, sabio, elocuente y de gran reputación entre los doctores de Israel.

Evidentemente Camila no amaba todavía a nadie, cuando así pesaba las ventajas de cada uno.

Una estrella brillaba en su ventana, y la contempló largo tiempo, recordando deliciosamente que su amigo la había comparado a una estrella, que un niño encuentra hermosa y que desea coger.

Amar es la ley, dice Onkelos, sí: pero ¿a quién?

Camila estaba perpleja cuando vió sobre su mesa el libro de Ruth. Lo desarrolló, poniéndose a leer con creciente emoción aquel primoroso idilio.

Cuando se durmió tranquilamente, al alba, había tomado su resolución, dictada por el libro inspirado. «Amaré y me entregaré a aquel a quien pueda decir: tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios.»

VI

LA OPINIÓN PATERNA

Durante los días sucesivos, Camila estuvo absorta en su porvenir, penetrando cada vez más en su espíritu las palabras de Ruth, que le parecían encerrar la verdadera solución del problema de sus futuros destinos.

Onkelos y Gamaliel no sólo pertenecían a otra raza, sino que eran enemigos declarados de su patria. Luego no podía aceptar por esposo ni al uno ni al otro.

Quiso consultar, sin embargo, a su padre, y le citó las palabras de la Moabita, que él no conocía. Admiró la prudencia que encerraban, y aprobó plenamente la decisión tomada por su hija.

—Evidentemente, añadió, la cuestión de raza es de grandísima importancia cuando se trata de formar la indisoluble unión del matrimonio. Pero la cuestión religiosa es más importante todavía, y espero, Camila, que la resolverás con igual tino, cuando llegue el caso.

He creído advertir que inspiras cierta admiración al Centurión Cayo: ¿No te ha manifestado nunca sus sentimientos?

No, padre mío. Parece complacerse en mi compañía, y sus atenciones me lisonjean, así como admiro lo claro de su inteligencia y lo noble de su carácter. Pero jamás me ha demostrado más que una amable amistad.

—Es un oficial distinguido, de brillante porvenir, y

que me agrada mucho. Ciertamente le falta fe en el politeísmo, y lo deploro. Pero ese es un defecto común a buen número de espíritus cultivadísimos de Roma. Espero que no pasará de ahí y que no llevará sus simpatías por Jesús de Nazaret hasta el punto de tomarle por Dios, y tributarle culto. Sería una aberración imperdonable, a mis ojos, y que me impediría aceptarle por yerno.

Pero, padre.....

No; te lo digo solamente como simple hipótesis. Si, lo que no creo, se convirtiese en hecho, estoy bien seguro de que tú serías la primera en decirle que su Dios no sería el tuyo.

Camila se inclinó, sin contestar. Había comprendido todo lo que su padre había dicho, y sobre todo lo que había callado, y quedó largo tiempo pensativa, presintiendo que la amenazaba una desgracia.

¿La amaba Cayo Opio? Su padre parecía creerlo. Pero ¿era una simple suposición o sabía algo concreto? Y si Cayo la amaba, ¿por qué callarle su amor? Acaso estaba retenido por otros lazos, formados durante su estancia en Galilea, pues creía acordarse de que Gamaliel, un día, había aludido, en presencia de Cayo, a una hermosa galilea de quien el Centurión parecía prendado.

Por fin, el sabio Salomón ha dicho:

«Hay tiempo fijo para todo.....
Tiempo de hablar y tiempo de callarse.
... La sabiduría todo lo arregla suavemente.»

Estas reflexiones pusieron fin a las perplejidades de Camila.

VII

EN EL CAMINO DE LAS CONFIDENCIAS

Cayo, por su parte, reflexionaba con igual prudencia, diciéndose que no había llegado aún el tiempo de hablar.

No era insensible a los atractivos de Camila, a la que conocía desde niña, y que en Jerusalén había encontrado transformada y embellecida. No era ya el capullo de los jardines del Aventino, sino la rosa plenamente abierta, con toda la frescura de sus matices y toda la delicadeza de su aroma.

La más rara distinción completaba su belleza. Su expresiva sonrisa se aliaba maravillosamente con el imán de su mirada, y su lenguaje, siempre correcto y escogido, denotaba gran cultura intelectual.

Desde los primeros días, Cayo se sintió subyugado, pero sin ocultársele que otros sufrían igualmente la atracción de la bella romana, y que en torno de aquel astro gravitaban ya dos satélites: Gamaliel y Onkelos.

Necesitaba, pues, reprimir los ímpetus de su corazón, dominar sus sentimientos, y no exponerse a que éstos fueran rechazados por manifestarse prematuramente.

Alojado en los cuarteles de la torre Antonia tenía frecuentes ocasiones de ir al palacio del Gobernador, y conversar con las dos hermanas, Claudia y Camila.

A veces las acompañaba a sus compras en los bazares del Tiropeión, o en sus paseos por los atrios del templo, bajo los vastos pórticos de mármol, donde hallaban a voluntad sombra y luz.

Hablaban unas veces de Roma, de sus amigos de la capital, de las diversiones a que en otro tiempo habían asistido juntos, o de los acontecimientos del día. Otras veces se discutía la cuestión mesiánica, y los eventuales desenlaces de la lucha empeñada entre el sacerdocio judío y Jesús de Nazaret.

Los paseos que daban juntos por las cercanías de Jerusalén, cada vez les agradaban más, y por lo tanto, iban repitiéndose más a menudo.

Un día Cayo y Camila salieron a caballo para subir al monte de los Olivos.

En un recodo del camino, en la cima del Mediodía, hicieron alto, admirando largo rato el incomparable panorama que presenta Jerusalén, visto desde aquellas alturas: las elegantes columnatas del templo, costeados los escarpados del monte Moria, las altas murallas con almenas, que parecían colgadas de la pendiente del Ophel, los palacios, las torres de David y su tumba monumental coronando el monte Sión, y todos aquellos prodigios de arquitectura dominando los dos abismos del Cedrón y de la Gehena.

Continuando el camino, no tardaron en llegar a la vista de Betania, y Camila preguntó al Centurión de quién era el castillo, cuya orgullosa torre se erguía sobre la humilde aldea.

Es la residencia de un buen judío, muy rico, llamado Lázaro, respondió Cayo.

¿Le conocéis personalmente?

Sí; le he visto muchas veces en Jerusalén, pero no he ido nunca a su casa. Es amigo de José de Arimatea, del príncipe Nicodemus, y sobre todo de Jesús de Nazaret.

Discípulo, querréis decir.

No; más que discípulo, porque les une estrecha intimidad, y el profeta, que parece de igual edad que Lázaro, se hospeda en casa de éste, siempre que viene a predicar a Jerusalén.

¿Tiene familia?

Es soltero; pero vive con dos hermanas.

¿Las conocéis también?

Conocí a la más joven el año pasado, en Magdala. Se llama Myriam, y su hermosura es incomparable.

Durante muchas semanas la amé locamente.

¿Una pasión fulminante?

Precisamente.

¡Y nunca me habéis hablado de esta historia!

—Un militar no se envanece nunca de sus derrotas.

¡Cómo! ¿Fuisteis derrotado?

Completa y definitivamente.

Entonces el caso es aún más interesante. ¿Tuvo incidentes dramáticos?

Nada de eso; pero me parece que deseáis conocer mi aventura.

No me atrevía a pedirloslo.

—Pues escuchadla.

Y Cayo narró en breves palabras el boceto de novela conocido de nuestros lectores.

—¡Quiero conocer a esa mujer! exclamó Camila después de oír el relato.

Para vos nada más fácil; pero me perdonaréis si no me brindo a ser yo el intermediario. Guardo hacia ella profundo respeto, y me dolería dar un paso que pudiera interpretar como curiosidad malsana.

—Lo comprendo, Cayo. Os apartan de ella motivos de discreción y delicadeza.

Cayo hizo un signo de asentimiento, y los dos amigos continuaron cabalgando hacia el norte, dando la vuelta al monte de los Olivos, y regresando a Jerusalén por el valle de Josafat, donde duermen el último sueño más de veinte generaciones.

El aspecto de aquel vasto cementerio les infundió silencio y tristeza.

Aquella noche Camila anotaba en su *Diario* esta descripción del famoso valle:

«Recuerda el *campo de las lágrimas*, pintado por Virgilio, así como el Cedrón, con su tenue hilo de agua, se parece al Leteo.

»Aunque rumoroso, del Cedrón emana profunda tristeza. No canta, se queja, abriéndose penosamente camino a través de las tumbas seculares, las rocas y las montañas, por medio de barrancos que el sol no alumbra jamás, hasta ir a perderse en el océano de olvido que se llama el Mar Muerto.

«Verdad es que no se encuentra en este apartado valle el plantel de árboles sonoros.

«*In valle reducta seclusum nemus et virgulta sonantia silvis*; pero en las orillas del Cedrón, como en las del Leteo, parece que revolotean las almas de innumerables generaciones: «*Hinc circum innumerate gentes populi que volabant*.

«Los *bosques murmurantes* están reemplazados por una selva de casas fúnebres y de calladas tumbas.

«Al cruzar el lúgubre valle recordé que el viejo Anquises explicaba a su hijo Eneas que después de haber bebido los largos olvidos, *longa oblivia*, las almas revivirán en otros cuerpos: *Animæ, quibus altera fato corpora debentur*.

«¡La resurrección! ¡La vida futura! Magnos problemas cuya solución buscan siempre en vano.

«¿Quién podrá decirnos qué venimos a ser después de la muerte? Lo que sucede al cuerpo, bien lo sabemos, y a la verdad que de ello no puede sacarse argumento en favor de nuestra inmortalidad. Sin embargo, la esperanza de otra vida persiste siempre en nosotros. El profeta Jesús de Nazaret predica una vida sin fin, en un reino que no es de este mundo, pero no se apoya en el estudio de las ciencias, ni de la filosofía. Pretende saberlo por sí mismo, porque su Padre es Dios, y él es uno solo con su Padre.»

VIII

MYRIAM Y CAMILA

Pocos días después Camila propuso a su padre ir a visitar a la familia de Betania, acompañados del príncipe Nicodemus.

Marta y su hermano los recibieron con afable sencillez, conversando amenamente; pero Myriam no salió.

Habiendo Camila manifestado su gran deseo de conocerla, Marta se la acercó, y la dijo en voz baja, mientras los tres hombres hablaban entre sí:

—Mi hermana es viuda. Fué en otro tiempo muy mundana, pero hoy vive como una reclusa, y no consiente en salir más que cuando Jesús viene a visitarnos. Tampoco va al templo más que velada de negro, y cuando espera que nuestro amigo va a predicar.

No por eso se desanimó Camila, que repitió sus visitas y supo ganar sus simpatías interrogándola siempre sobre Jesús de Nazaret, hasta que un día insistió en estos términos en su deseo de ver a Myriam:

—Decidla que no lo pido por vana curiosidad, sino para hablar particularmente de Jesús de Nazaret. Decidla que comparto su admiración por el gran profeta, y que acaso solicitaré figurar entre sus discípulos cuando llegue a conocerle bien.

Myriam no pudo resistir a la apremiante súplica, y desde la primera entrevista las dos mujeres se sintieron espontáneamente atraídas la una hacia la otra.

La belleza de Myriam impresionó a Camila, aunque observó que se esforzaba por atenuar su esplendor, y se avergonzaba de aquel don, como de un defecto.

No tenía más cultura intelectual que la adquirida en la lectura de las Escrituras Santas, pero su distinción era grande, y hablaba correctamente el griego y el hebreo.

Era de naturaleza más ardiente y entusiasta que Camila; y sensible a la belleza bajo todas sus formas, sufría la irresistible atracción de lo ideal.

La segunda vez que se vieron, su coloquio fué muy largo. Aquellas dos almas privilegiadas se abrieron la una a la otra con absoluta confianza, comunicándose sus más íntimos sentimientos.

Después de muchas preguntas a Myriam sobre Jesús de Nazaret, Camila la dijo:

—Myriam; voy a haceros una confidencia y pedirlos

un consejo. Hace unas cuantas semanas uno de los oficiales romanos de la cohorte instalada en Jerusalén, tiene para conmigo atenciones cuyo carácter no se me puede ocultar. En una palabra, creo sinceramente que me ama. Y a ese hombre le conocéis.

—¿Yo? exclamó Myriam asombrada.

—Sí, replicó Camila; él mismo me ha contado que os conoció en Magdala, cuando estaba en aquella guarnición. Es el centurión Cayo Opio.

Recuerdo, efectivamente a ese oficial; pero ¿a qué viene vuestra confidencia?

—Os lo diré con toda franqueza. Me ha confesado que en aquella ocasión, poseído de admiración por vos, os ofreció sus homenajes, que rechazasteis. Pues bien, desearía saber si algo en él os desagradó.

—Pero, Camila, si apenas le he conocido, y a pesar de la distinción y de las buenas maneras que en él saltan a la vista, le hice comprender que no era posible relación social alguna entre nosotros. A eso se redujo todo.

—¿Y por qué esa negativa?

—Porque yo, Camila, no pertenezco ya al mundo.

—¿Qué significan esas palabras? ¿Pretendéis, acaso, arrancar a vuestro corazón todo sentimiento humano?

—No, pero ningún amor humano echará jamás raíces en él.

—¿No amáis entonces al profeta?

—Seguramente, pero con amor que nada tiene de humano. Es poco amarle. Le adoro, es mi amor único, mi todo, mi Dios.

—¿Y el amor que sentís por él excluye cualquier otro?

—Sí.

—¿Entonces yo no podría amar al profeta y aceptar los sentimientos de Cayo?

—Perdonad, Camila. Esos dos amores no son incompatibles, por lo distinto de su naturaleza. Si queréis entrar en el estado del matrimonio, nada se opone a que améis al centurión con el más tierno de los amores,

y améis igualmente al profeta con el amor de adoración, que sólo a Dios debe tributarse.

--¿Y por qué vos no habéis de hacer lo mismo?

¡Oh, Camila! Yo no me parezco a vos en nada. Tengo un triste pasado, que ignoráis, y que necesito ahogar en lágrimas. He desconocido el amor, lo he prostituido, y una vida entera de sacrificios deberá borrar las manchas que han afeado mi corazón. No soy digna del amor casto que el centurión puede inspiraros, y todo lo que puedo esperar es que el Profeta devuelva a mi arrepentimiento la pureza perdida. Por eso quiero consagrarle toda mi vida, y todos cuantos sentimientos puedan surgir todavía en mi corazón.

¿Y esa entrega exclusiva de vuestro sér, ese amor extraordinario, para mí muy misterioso, os procura alguna dicha?

Días hay que mi alma se siente purificada, reconfortada por aspiraciones que me elevan a las alturas, como la paloma levantada por las brisas del mar. Entonces dejan de llegar a mí los ruidos de la tierra, hasta la pierdo de vista, y entro en una atmósfera de delicias que no puede describirse.

Pero tengo también días de depresión moral, de abatimiento y de postración íntima, y el espíritu del mal me desalienta entonces y me sugiere ideas de desesperación.

--Y vuestro amado, si es Dios, ¿no podría libraros de esas pruebas?

--Lo podría, pero no lo quiere, porque necesito expiar mis faltas padeciendo.

--A lo menos os enviará consuelos.

¡Oh! No podéis imaginaros los consuelos interiores que me prodiga. Mis amores de otro tiempo sólo me procuraban alegrías incompletas, turbias y pasajeras, seguidas de remordimiento, hastío y dolor. Me humillaban, me rebajaban y me inspiraban el desprecio de mí misma, pues comprendía que me hacían descender al nivel de las bestias.

Pero el amor que siento por El es muy distinto, y los efectos que produce en mí totalmente opuestos. Me realza, me consuela y me ennoblece.

Al encontrarle, me he vuelto a encontrar a mí misma, y he reconquistado mi dignidad perdida.

—Vuestra hermana me ha dicho, sin embargo, que lloráis mucho.

—Y más quisiera llorar. Quisiera vivir anegada en lágrimas. Pero en las lágrimas del arrepentimiento hay dulzura, porque al purificarme, me acercan a Aquel a quien amo.

Cuando recuerdo mi vida pasada, me siento indigna de El, y me aflijo. Pero sé que esta aflicción le agrada, porque prueba mi amor, y comprendo que entonces El también me ama más

—A pesar de eso padecéis.

—Sí, y cuanto más padezco, más deseo padecer, porque mis padecimientos son mis delicias.

—¡Extraña situación!

—Extraña para vos, que no conocéis la naturaleza del sentimiento que me liga a Jesús de Nazaret. En otro tiempo tenía sed de amor, como ahora, pero le buscaba en los caminos que apartan del amor verdadero, del amor perfecto.

Eso es lo que Jesús de Nazaret me ha hecho comprender, y hoy sigo el camino opuesto, y paladeo ese amor ideal, que se da todo entero al objeto amado, para ser transformado, todo entero, por él.

¡Oh, Myriam! No os entiendo. Habláis una lengua incomprensible para mí.

—No me sorprende. Porque este amor de que os hablo, transforma al sér humano, le acerca al Sér divino, y le hace hablar un lenguaje sobrehumano, que comprenderéis cuando améis de verdad a Jesús de Nazaret.

—Me abris, Myriam, horizontes demasiado vastos para mi débil entendimiento, y no puedo seguirlos a esas alturas. Pero todo lo que me habéis dicho me hace un bien inmenso, y me siento mejor. ¿Puedo volver a veros?

—Siempre que os plazca. Pero, decidme, ¿cuáles son los sentimientos de vuestro amigo Cayo hacia Jesús?

Le admira, le defiende, y no me sorprendería que pida ser de sus discípulos.

—Amad entonces mucho al buen centurión, y convertíos, como él, en discípula de Jesús.

IX

LA DECLARACIÓN

Poco tiempo después de la visita de Camila a Myriam, el Procurador decidió ir a pasar un par de meses en Cesárea, acompañado de Claudia Procla, Camila y su padre.

El mes de Junio del año 782 de Roma tocaba a su fin, y en toda Palestina el calor era insufrible; pero en Cesárea la brisa del mar vivificaba la atmósfera, y la *Marina* estaba sombreada por grandes sicomoros.

Cayo no se movió de Jerusalén, quedando así separado de Camila cerca de dos meses.

El Gobernador gozaba en Cesárea de tranquilidad perfecta, cuando Jerusalén estaba tranquila; pero cuando llegó Septiembre se preparó a volver a la ciudad Santa, porque se acercaba la fiesta de los Tabernáculos, y siempre eran de temer revueltas populares en la época de aquel aglomeramiento de peregrinos.

Se mandó orden a Cayo de acudir a Cesárea, con algunos legionarios, para escoltar al Gobernador y su familia a su regreso, y Cayo, encantado del llamamiento, se trasladó a Cesárea sin demora.

El día había sido muy cálido, y se apresuró a trasladarse a la terraza para respirar un poco el aire del mar. El sol iba a desaparecer, hundiéndose en las olas, y su

disco de fuego se destacaba en lo bajo del horizonte, que tomaba el color de la púrpura.

Cayo se extasiaba delante de un hermoso espectáculo, cuando, apoyada en uno de los pilares de la balaustrada, distinguió a una mujer que le voltea la espalda, y que admiraba también la belleza del cuadro. La brisa del mar agitaba los flotantes bucles de sus cabellos. Absorta en su contemplación, no advirtió que alguien se acercaba, y no se volvió. Pero el centurión la reconoció en seguida. ¿Qué otra mujer podía tener aquella cabeza tan noble, aquella actitud tan distinguida, aquel talle tan elegante y tan flexible, que los últimos rayos del sol rodeaban de un filete de oro?

—¿Buscáis a Italia más allá del mar? la preguntó Cayo adelantándose y saludándola.

—Busco a Roma, respondió Camila volviéndose y clavando en él una larga mirada. ¿Acabáis de llegar? ¿Qué noticias me traéis de Jerusalén?

—¿Noticias políticas, mundanas, militares o religiosas?

—Habladme de la cuestión mesiánica, que es lo que más me interesa.

—¡Oh! Esa no es una cuestión, sino un conflicto de los más graves, una lucha implacable entre Jesús de Nazaret y el Sanedrín.

—¿Y los discípulos del Profeta son hombres sobre los cuales pueda contarse? ¿Tienen alguna ciencia, algún ascendiente, algún recurso?

—No. Son pobres gentes del pueblo, sin instrucción, desconocidos hasta hoy, y que no poseen la menor influencia sobre la opinión pública.

—Entonces ¿es imposible que cuente con ellos para la obra que anuncia?

—Imposible.

—¿Y va a fundarla él solo durante su vida?

—No tendrá tiempo, porque advirtió el otro día a sus discípulos que venía a Jerusalén a buscar la muerte.

—¿Y va a dejar su obra apenas bosquejada, confiando su ejecución a pobres ignorantes, impotentes por completo para edificar nada?

—Camila, no hay que juzgar a este hombre como a los otros. Es evidente que no emplea para triunfar ninguno de los medios practicados hasta hoy por los sabios y los hábiles. Pero ¿por qué no ha de poder echar por tierra todos los cálculos de la humana sabiduría, lo mismo que echa por tierra las leyes de la naturaleza? Si es Dios, debe probar a los hombres su divinidad. Ahora bien, si funda una obra duradera con los instrumentos que emplea, la probará harto mejor aún que con sus milagros.

—¿Creéis, pues, en su Divinidad?

—Todavía no; pero no me falta mucho. ¿Y vos?

—¡Oh! Yo no le conozco, aunque siento hacia él profunda simpatía. Me atrae, y la injusticia con que le tratan los fariseos me subleva. ¿Qué hace más que bien por donde quiera que pasa? ¿Qué milagros obra que no sean beneficios?

—Muy bien pensado Camila, y me alegro de veros animada de esos sentimientos. Temía que os hubieran arrastrado al campo de los enemigos del Profeta, el Gobernador, Gamaliel, y sobre todo Onkelos.

—¿Y por qué temíais que sufriese la influencia de Onkelos y de Gamaliel?

—Porque mantenéis con los dos relaciones más o menos íntimas, porque su autoridad es grande en todas las cuestiones relacionadas con el mesianismo, y porque...

—Veamos el tercer por qué.

—Porque sé que os admiran mucho.

—Dado que fuera cierto, esa sería una razón para tener yo influencia sobre ellos, no ellos sobre mí.

—Eso puede ser recíproco.

—¿Qué puede ser recíproco, la admiración o la influencia?

—Las dos cosas.

—¿Y qué puede interesaros ese punto?

—¡Oh, Camila! Mirad este mar inmenso, cuyo horizonte parece sin límites. Nada vemos más allá, pero sabemos que de la otra parte hay una tierra bendita, que los dos amamos, que es nuestra patria común, cuna de

nuestra infancia, y cuyo solo nombre despierta en nuestro corazón caros recuerdos. Esto basta para que nada de lo que os concierne me sea indiferente.

Mucho habéis tardado en recordarme ese lazo de simpatía que nos une.

—En nuestras campañas militares nos sucede a veces llegar delante de una ciudad cuyas puertas creíamos abiertas, y encontrarlas cerradas y defendidas. En tal caso nos mantenemos a distancia.

—Yo pensaba que entonces la sitiabais.

Sí, pero la posición de sitiador es siempre difícil y debe conducir sus operaciones con prudente lentitud, según la táctica de nuestro Fabio.

—¿Y cuál es la conclusión de tanta palabrería?

—La conclusión es que he querido trataros como a una ciudad que se desea tomar, y ando buscando a qué parte debo dirigir el asalto.

—Paréceme que debierais empezar por aseguraros de que las puertas no están en poder del enemigo.

—¡Ah, Camila! Vos sola podéis decírmelo y os complacéis en atormentarme, dejándome en la incertidumbre.

Pues bien, Cayo, os halláis en presencia de una ciudad libre, pero cuyas puertas no se abren al primero que llegue.

—Que esté libre ella y sus puertas puedan abrirse sin violencia, es todo lo que deseo.

—¿Y qué otros medios contáis emplear?

—Las negociaciones pacíficas.

—¿A dónde os conducirán?

—A un acuerdo cordial, y quien sabe si a una alianza.

—Empiezo a creer que sois más diplomático que soldado.

No hago la guerra más que a los enemigos de mi país.

Camila echó a andar costeando la balaustrada, y Cayo iba a su lado, callados los dos. Ya no sondeaban la profundidad del mar, sino la de sus corazones.

El sol se había puesto, y la noche extendía sobre todas las cosas su velo misterioso, cada vez más espeso. Apenas soplabla la brisa de la noche, y las olas cantaban su nocturno plañidero y monótono, *pianissimo*. Los naranjos en flor embalsamaban el aire, y las estrellas que se encendían en el firmamento arrojaban sobre las olas puñados de brillantes.

El silencio duró largo tiempo, hasta que lo rompió Camila diciendo:

Ya no tenemos más que hablar, entremos, Cayo.

-Todavía no, Camila: tengo un mundo de cosas que deciros.

-Decidme una sola.

-Sí, una sola, la que todas las resume: os amo, Camila. Mucho tiempo hace que llevo este sentimiento arraigado en mi corazón y que esa palabra pugna por escaparse de mis labios. Esperaba la hora propicia, la que decide de los destinos, y me parece que ha sonado. Si creyese todavía en los dioses diría que ellos la han preparado para mí en el día de hoy, y no quiero dejarla escapar. El peso que oprimía mi corazón, impidiéndole desbordarse, vos lo habéis levantado. La mordaza que me condenaba al silencio, la habéis arrancado. Sois libre; yo también. La libertad de mi palabra dependía de la de vuestro corazón.

Os lo ruego, Camila; si hay otros obstáculos entre nosotros, no me los reveléis en este momento. No rompáis el encanto de esta hora deliciosa en que puedo al fin derramar mi corazón en el vuestro, y dejadme la esperanza, fuente viva del amor.

No dudo, Cayo, de vuestra sinceridad. Pero cuanto más sinceras sean vuestras palabras, más graves han de ser sus consecuencias. Es esta una hora decisiva, lo habéis dicho, y acaso una fecha que hará época en nuestra vida. Dejemos los galanteos, y no pronunciemos más que pala-





bras serias. Me pedís que os deje la esperanza. ¿Cómo quitársela cuando todo nos aproxima: sentimientos patrióticos, relaciones de familia, investigación de una verdad superior a la que nos legaron nuestros mayores, aspiraciones a un ideal divino, que es para nosotros desconocido todavía?

Si esta comunidad de sentimientos y de afectos no existe entre nosotros, es que os conozco mal.

No quiero pronunciar la palabra amor, porque me asusta. Cuando habéis osado decirme: «os amo, Camila», he sentido un sobrecogimiento del que me cuesta repormerme. Me ha parecido que me abríais la puerta de un mundo inexplorado, bajo cielos sembrados de estrellas, pero cargados a la par de nubes.

Dejad que me detenga en el umbral de este mundo desconocido, en la orilla de este mar que tiene tantos espumas engañosos y tantos escollos célebres en naufragios.

Pongamos a prueba nuestros corazones, o mejor dicho, elevémoslos por encima de los horizontes terrestres.

Mi corazón está libre, pero mi voluntad sometida a la de mi padre, y no quiero decir nada más hasta haberle consultado.

Es muy justo, y yo también le hablaré. Vuestras palabras, Camila, me han dado alas, y os seguiré en las luminosas y serenas alturas a donde alzáis el vuelo.

Y si en ellas encontramos ese «Dios Desconocido», al que los atenienses han levantado un templo, será nuestro Dios.

Dos días después partían para Jerusalén.

X

DE CESÁREA A JERUSALÉN

Muy agradable fué para Cayo y Camila aquel viaje, que duró tres días. Pilatos y su suegro Claudio iban delante, dejando atrás a Claudia y Camila que deseaban detenerse en Sebaste y Sichar. Cayo las acompañaba, con sus legionarios.

El camino atraviesa un país quebrado, lleno de recuerdos históricos, que el centurión daba a conocer a sus compañeras, y la temperatura era deliciosa.

Dos legionarios abrían la marcha. Seguían el centurión y las dos damas, y formaban la retaguardia cinco soldados.

De cuando en cuando se detenían en las aldeas, y las samaritanas les daban a beber agua fresca y vino, con higos y naranjas.

Camila las preguntaba sobre sus familias y su manera de vivir, interesándole vivamente sus respuestas.

—¿Y el Mesías? solía decirles. ¿Le esperáis en Samaria?

—Ya vino, le contestaban. Estuvo dos días el año pasado, y todos los que le oyeron creen en él.

—¿Qué os ha enseñado?

— Que importa poco adorar a Dios en un lugar con preferencia a otro, en Jerusalén o en el monte Garizim, pero que hay que adorarle en espíritu y en verdad.

Todo esto atraía profundamente a Camila.

Por su parte, Cayo desbordaba de placer de viajar con tan amable compañía. Claudia y Camila eran perfectas amazonas, y el centurión las dejaba a veces adelantarse para admirar su elegante apostura a caballo, alcanzándolas luego para hacerlas observar las bellezas del país.

— Sin embargo, objetaba Camila, nuestros paisajes de Italia son aún más hermosos.

No lo niego, pero éstos tienen hoy, a mis ojos, un encanto extraordinario. Mirad esas onduladas colinas que parecen estremecerse bajo las caricias del sol. Admirad esos reflejos del sol fundidos en los azulados horizontes. Estudiad con la mirada la arquitectura de esos árboles que bordean el camino y que reúnen todos los estilos de arcos y de capiteles.

Nunca me han enamorado tanto las bellezas de la naturaleza.

-Entonad versos, ya que parecéis inspirado. Cantadnos las deliciosas orillas de Magdala y la hermosa Myriam.

No os burléis de mí, Camila. Magdala tenía sus bellezas, pero allí era yo un solitario, y ningún corazón latía al unísono con el mío. Hoy ya no me siento solo. A las bellezas naturales me une un lazo simpático, que sois vos, Camila.

¡Oh! exclamó Camila. Mirad que espléndida ciudad surge en el horizonte. Parece una inmensa pirámide de piedra.

Es la antigua Samaria, dijo Cayo, restaurada, ensanchada y embellecida por Herodes el Grande, que la llamó Sebaste, en honor de Augusto. Desde este sitio ofrece, efectivamente, el aspecto de una pirámide, porque está edificada en una montaña de 600 pies de altura, cuya cima corona la ciudadela y un templo en honor de Augusto.

La antigua Samaria era la capital del reino de Israel, tuvo sus días de gloria, pero concluyó de trágica manera. Bajo el cetro de un rey impío. Acab, abandonó el culto de Jehová y edificó un templo a Baal, en el lugar mismo donde hoy se levanta el de Augusto. Jehová fué paciente, pero al fin castigó a Israel, siendo los asirios los ministros de su justicia. Salmanasar destruyó a Samaria y condujo a las tribus cismáticas en cautiverio, quedando desierto todo este hermoso país donde vinieron a establecerse colonias persas y medas, que trajeron sus ídolos, mientras los israelitas que habían quedado en el país perserveraban en su cisma.

Poco a poco fueron fundiéndose esas razas diversas, y aunque guardando algunas supersticiones y prácticas idolátricas, los nuevos samaritanos pretendieron abrazar la religión de Jehová, y hasta se brindaron a contribuir a la construcción del templo de Jerusalén.

Los judíos los rechazaron con desprecio, y entonces levantaron un templo a Jehová en el monte Garizim, y desde aquella época samaritanos y judíos se tratan como enemigos.

Vuestra historia es muy interesante, Cayo, y ya veis que no somos mi hermana y yo las que damos interés a este país, sino vos, que nos reveláis sus curiosidades históricas.

—No aspiro más que a seros agradable y veros participar de mi alegría.

La pequeña caravana había llegado a Sebaste, donde visitaron la acrópolis, el templo de Augusto, las fortificaciones, en las que tuvieron el placer de encontrar buen número de soldados romanos, y las ruinas de la antigua Samaria. Pero lo que más admiraron fué la pintoresca situación de la ciudad nueva.

El sol bajaba rápidamente en el horizonte, y los viajeros montaron a caballo para atravesar el valle que se extiende de este a oeste, entre el monte Garizim al sur, y el Hebal al norte, para llegar a Sichar o Sichem. Allí encontraron a duras penas una hospedería aceptable y pasaron la noche.

A la mañana siguiente tres guías, alquilados por Cayo para subir al Garizim, llamaban a la puerta de la posada, con sus borriquillos grises, ensillados. Claudia y Camila, encantadas de la idea, la acogieron con aplausos.

Los asnos, lindamente enjaezados, llevaban en la cabeza escarapelas encarnadas, con campanillas, y en el lomo sillas de cuero negro, cubiertas con una almohada de damasco carmesí.

Tomado el desayuno, que fué muy alegre, empezó la ascensión. El valle de Sichem es el más risueño de los

sis en aquella tierra de Oriente que ofrece casi por todas partes el aspecto del desierto. Moisés debió encontrarle en sus visiones proféticas, cuando describía con tanto entusiasmo la Tierra prometida. Colocado entre el monte Hebal, que le protege contra los vientos del norte, y el Garizim, que le surte de abundantes aguas, se parece a una cuna, y el sol le calienta todo el día, desde que sale hasta que se pone. Los samaritanos creen que allí estaba el paraíso terrenal, donde Dios colocó al primer hombre.

Camila estaba dominada por la dicha de vivir y por una alegría infantil. Aguijoneado por el guía, su borriquito trotaba alegremente delante de los otros, y ella les gritaba, riendo: ¡daos prisa! *¡festinate!* Claudia estimulaba su cabalgadura hasta alcanzarla, y Cayo, poniéndose al lado de Camila la decía: Así quisiera yo hacer todo el viaje de mi vida.

¡En borrico! preguntaba Camila soltando la carcajada.

¡Oh, no! Los borricos van demasiado deprisa. A pie, con paso mesurado, quisiera caminar siempre al lado vuestro, para que el viaje fuese largo, muy largo....

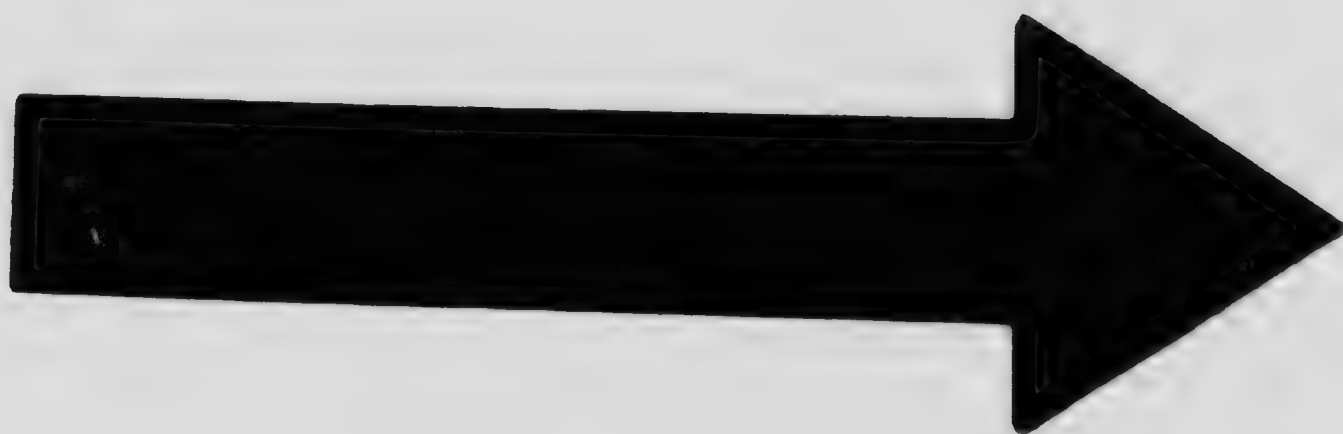
Pero el camino de la vida no es siempre tan hermoso como éste.

No me quitéis las ilusiones. Mirad qué bello y risueño es este tranquilo valle, que ahora se despliega por completo a nuestra vista, con sus grandes espesuras, de donde sube la canción de la vida y del amor. Me parece que es la imagen de nuestro porvenir.

Hoy estáis muy sentimental y poético. Ceda el poeta la palabra al historiador, y contadnos algunos de los grandes recuerdos de este valle tan fértil y frondoso.

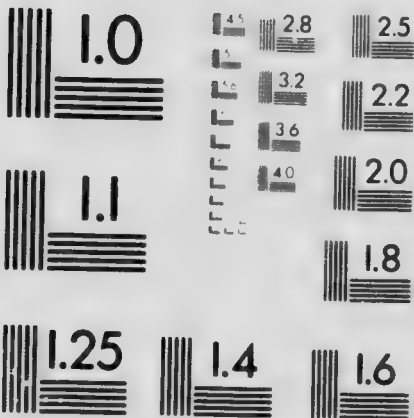
—Con mucho gusto, replicó Cayo. Y los tres hicieron alto al pie de la montaña.

Los más antiguos recuerdos que puedo evocar, continuó Cayo, se remontan a 2,000 años. El patriarca Jacob era a la sazón rey-pastor de toda esta comarca, y su historia está llena de peripecias y escenas dramáticas, muy



MICROCOPY RESOLUTION TEST CHART

ANSI and ISO TEST CHART No. 2



APPLIED IMAGE Inc.

100 North Main Street
Rochester, New York 14609
Tel: (716) 462-1000
Fax: (716) 462-1001

largas de contar. Podría también hablaros de su hijo José, vendido por sus hermanos, conducido a Egipto, y que llegó a ser Intendente de uno de los más pujantes Faraones. Su tumba está allí abajo, en el fondo de este valle.

Pero prefiero evocar otro recuerdo, cuya grandiosidad admiraréis conmigo, y que, aunque más moderno, siempre nos hace retroceder quince siglos, veinte siglos, antes de la fundación de Roma.

Josué acababa de conquistar la tierra prometida, y según las instrucciones de Moisés, quiso que Israel renovase su alianza con Jehová. Condujo, con este propósito, las doce tribus, o sea un contingente de 600,000 hombres, a este valle, en cuyo fondo había colocado el Arca de la Alianza, y formó seis tribus, con 300,000 hombres, en las faldas del monte Hebal, y las otras seis enfrente, en la pendiente del Garizim, situándose él mismo en una tribuna, junto al Arca de la alianza, rodeada de los sacerdotes y levitas.

Después, vuelto hacia el monte Garizim, anunció en voz alta al pueblo las doce bendiciones prometidas por Jehová, si Israel cumplía sus mandamientos.

Las dos primeras eran:

«Si obedeces la voz de Jehová, tu Dios, serás bendito en la ciudad y en los campos.

Bendito será el fruto de tus entrañas, y el fruto de tu suelo, y el fruto de tus rebaños.»

A cada una de estas bendiciones, las seis tribus del monte Garizim, respondían con gran clamor: *¡Amén!*

Y vuelto al monte Hebal, Josué pronunció doce maldiciones contra los violadores de la Ley:

«Si no obedeces la voz de Jehová, tu Dios, serás maldito en la ciudad y en los campos.

Maldito el fruto de tus entrañas, y el fruto de tus tierras, y el fruto de tus rebaños.

Y los 300,000 hombres del monte Hebal respondían a cada maldición con el mismo grito unánime: *¡Amén!*

¡Qué grande debió ser aquel espectáculo! dijo Camila.

¡Sí; muy grande, muy imponente y muy solemne, añadió Claudia.

¿No es verdad, observó Cayo, que este valle y estas montañas merecían una visita?

Ciertamente, respondió Camila, y nunca os lo agradeceremos bastante.

En la cima de la montaña encontraron las ruinas del antiguo templo, y el altar sobre el cual los samaritanos ofrecían aún sus sacrificios. Después de pasear sus miradas por toda aquella región, desde el Jordán al Mediterráneo, bajaron al llano, al paso prudente y seguro de sus cabalgaduras.

Cayo las condujo entonces al pozo de Jacob.

¿Qué pozo es éste, y por qué nos detenemos aquí? preguntó Camila.

Este es el pozo abierto 2.000 años ha por el patriarca Jacob, uno de los antepasados de Jesús de Nazaret, y aquí empezó el Profeta, el año último, sus asombrosas predicaciones.

Cayo refirió con este motivo a sus compañeras de viaje el encuentro de Jesús con la samaritana Fotina, en el sitio, y la conversión de los sicheimitas.

Las dos mujeres oyeron el relato con tanto interés como emoción, alejándose Claudia unos pasos para recoger algunas flores y sentándose Camila en el brocal del pozo.

¡Qué feliz, dijo, es esa Fotina de haber recibido el don de Dios!

Vos, Camila, lo recibiréis también cuando llegue la hora. ¡Sucedan tantas cosas no previstas! Yo tampoco lo previsto nunca, aunque lo desease, este exquisito encuentro que hoy se me procura junto a este pozo, testigo en tiempos pasados de tantos juramentos de amor. Apenas acierto, Camila, a balbucear los sentimientos que me inspiráis; pero vos los comprendéis, sin necesidad de palabras...

No habléis, Cayo. Acaso volveremos un día a encontrarnos a orillas del Tíber, en aquella Roma tan

amada por los dos, y acaso tendremos entonces el mismo Dios, como tenemos la misma Patria

¿Cuál será ese Dios? Tengo el presentimiento de que ha de ser el que se sentó donde vos estáis, el que enseña la religión de amor y la adoración, en espíritu, en todos los lugares, en todas las lenguas, en todos los pueblos

Camila bajó los ojos y una lágrima cayó encima de una de sus manos.

Tomósela Cayo y dijo besándola:

Si todas las lágrimas tuvieran esta dulzura, ¡qué dicha sería el llorar!

Camila sonrió suavemente.

Cayo consiguió aquella noche encontrar a Fotina, y la condujo a la hospedería, donde las dos hermanas la hicieron contar su entrevista con Jesús de Nazaret, que escucharon con emoción.

— ¡Qué felicidad la de ver otra vez al Profeta! dijo la samaritana al concluir su historia. Mañana salimos en caravana para Jerusalén, donde asistiremos a la fiesta de los Tabernáculos, a la que Jesús acudirá seguramente.

Al otro día, hacia la tarde, Claudia, Camila y Cayo entraban en Jerusalén, por la puerta de Joppé.

XI

LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS

Diffícilmente cabe formarse idea de lo que eran las grandes solemnidades religiosas que atraían a Jerusalén multitudes inmensas, y producían profunda impresión en los fieles creyentes en Jehová. Las dos mayores del año eran la Pascua, fiesta de la primavera y la de los Taber-

culos, fiesta del otoño. La primera recordaba la salida de Egipto y la segunda el viaje de 40 años a través del desierto.

Los Tabernáculos no eran tiendas de lona. Según las prescripciones del Levítico debían ser de follaje, hechas con ramas de palmera, de olivo salvaje, de mirto o de otros árboles frondosos. Aquellas ramas, fuertes y largas, se plantaban en el suelo, en dos líneas paralelas, y se unían por la cima, sólidamente atadas y cubiertas de ramajes, hojas y césped. Tal era su forma ordinaria.

Los grandes Tabernáculos estaban divididos, por cortinas, en tres partes. La del fondo estaba reservada a las mujeres, la de enmedio a los hombres, miembros de la familia, y la tercera, o antecámara, a los servidores.

A la puerta de la tienda, en un triángulo formado por tres piedras, ardía un hogar que servía para cocer los alimentos, y alrededor del cual se reunían todos, a la noche, para conversar, contar leyendas o leer las Escrituras.

Los peregrinos que procedían de la misma ciudad o de la misma aldea, formaban grupo, y sus tiendas se colocaban en círculo, con la del jefe de la caravana, ordinariamente mayor que las otras, en el centro. Tanto para los sacrificios que iban a hacerse como para alimentación de los peregrinos, cada caravana llevaba su rebaño de carneros, de terneras y hasta de bueyes, con algunos pastores para guardarlo.

Antes de empezar la fiesta, llegaban las caravanas de todos los puntos cardinales, de las ciudades de Judea, de Galilea, de Perea, de las orillas del mar y del Líbano. Una gran multitud pacífica y alegre que acaparaba todas las cercanías de Jerusalén, en especial las alturas, pues el gran placer de los peregrinos era descubrir desde lo alto de sus campamentos los vastos pórticos y la cúpula de su templo tan amado, ver subir en torbellinos por encima de las murallas el humo de los sacrificios, elevándose día y noche desde el altar de los Holocaustos, y oír los estridentes ecos de las trompetas sagradas, llamando al pueblo a las ceremonias.

Jerusalén se hallaba entonces envuelta, en todas direcciones, por una inmensa ciudad de tiendas de follaje, agrupadas en las alturas del monte de los Olivos, de Bezeta y del Scopo, y en la parte superior del valle de Josafat, en las laderas del Ofel, y en las cumbres del monte Sión.

En el recinto mismo de la ciudad, todos los hijos de Israel estaban obligados por el Levítico a celebrar la fiesta, habitando durante siete días en tabernáculos de follaje que construían en las azoteas de sus casas, en los patios, en las plazas públicas, y sobre todo en la puerta del Agua y en la de Efraím.

Aquella gran fiesta, a la que concurría más de un millón de judíos, se instituyó en memoria de los años pasados por los israelitas bajo tiendas, en el desierto arábico, al salir de Egipto. Durante ocho días el templo estaba atestado de peregrinos, y las más solemnes ceremonias religiosas recordaban las maravillas obradas por Jehová en favor de su pueblo.

Cada mañana 21 toques de trompeta resonaban en lo alto de las almenas, y en seguida se formaba una procesión de sacerdotes, levitas y fieles que bajaba la pendiente del Ofel, hasta la fuente de Siloé, y volvía a subir, cantando himnos, con una jarra de oro llena de agua viva, que el Pontífice oficiante derramaba en el altar de los holocaustos.

Después venían la lectura de la Ley y la predicación, interrumpida esta última de cuando en cuando por diversas ceremonias que sería demasiado largo describir, bastando decir que todas juntas constituían como un *memorándum* de los favores de Jehová.

El agua llevada de Siloé recordaba la fuente que la palabra de Moisés hizo brotar, en el desierto, de una roca; la iluminación del templo, la columna de fuego que alumbraba la marcha de Israel hacia la Tierra prometida, y el Mesías que se esperaba debía ser la verdadera columna de fuego que disipase las tinieblas del género humano, guiándole a través del desierto de esta vida, hacia la Tierra de los Vivientes.

Todo el día, y lo mismo de noche, humeaba el altar de holocaustos, cuyo fuego debía mantenerse constantemente, ofreciendo en él sacrificios sin interrupción.

Allí se inmolaban toros jóvenes, corderos, cabras, palomas y tórtolas. Los sacerdotes ofrecían a Jehová la sangre de las víctimas, que se derramaba en torno del altar, y se cortaban los cuerpos de las reses en pedazos, echando uno de éstos al fuego, hasta que se consumía.

También se hacían oblações de harina, regada con aceite, y se arrojaba al fuego un puñado de ella, revuelto con incienso.

Lo que quedaba de la flor de harina y de las víctimas, pertenecía a los sacerdotes.

Tal era la gran fiesta que los judíos celebraban todos los años en Jerusalén, a mitad del mes de Tisri, que corresponde a una parte de Septiembre y otra de Octubre.

Pero en el año 782 de Roma la fiesta revistió proporciones más grandiosas y agitó más hondamente que nunca al pueblo de Israel, porque los tiempos mesiánicos parecían llegados, y en toda la extensión del antiguo reino un gran profeta realizaba maravillas. Podía dudarse aún de que fuera el Mesías esperado; pero lo que no cabía negar es que verificaba prodigios, como ya no se veían desde los tiempos de Elías y Eliseo.

Su palabra era tan elocuente, que todos cuantos le oían exclamaban: ¡ningún hombre habló jamás como él! Las muchedumbres le seguían y admiraban, pero inspiraba recelos a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, que demostraban abiertamente su hostilidad.

¿Vendría a Jerusalén y se dejaría oír en la fiesta de los Tabernáculos? La multitud de peregrinos, más numerosa que nunca, le esperaba y le deseaba.

Los fariseos le habían hecho espiar en Galilea, buscando toda clase de motivos de acusación contra él, y le preparaban nuevas celadas, de las cuales no creían que pudiera escaparse, habiendo encargado a sus agentes de policía apresarle durante la fiesta, si osaba comparecer.

Pero no se atreverá, decían. Allá abajo, en Galilea,

está en su elemento, entre gentes sin instrucción, que nada saben de las Escrituras. Les cuenta parábolas o historias tan sencillas como las almas de aquellos ignorantes, y le admiran. Mientras que aquí, en el templo, al lado de la Rotonda en que se sienta el Sanedrín, en presencia de un auditorio compuesto de los magnos maestros en ciencia religiosa y de los más ilustres doctores en Israel, perdería su aplomo, y no se atrevería a persistir en sus pretensiones mesiánicas.

El centurión, Camila y Claudia Procla eran de los que pensaban que el Profeta de Galilea iría, y todas las mañanas acudían al templo para verle y escucharle. Pero pasaron los tres primeros días sin que Jesús se presentase.

XII

JESÚS EN EL TEMPLO

Tomamos del *Diario de Camila* el relato de la fiesta del día cuarto, y la descripción de sus impresiones:

«Llegó al fin. Ya he visto y he oído al gran Profeta de Galilea. Todo en él es hermoso, todo grande, y sus palabras me han conmovido hasta el fondo del alma.

»Acababan de empezar las ceremonias del día cuarto y aun se susurraba en los atrios que no vendría.

»En el grupo en que yo me hallaba, algunos escribas cambiaban observaciones por este estilo:

«¿Cómo sabe las Escrituras, si no las ha estudiado?

»No puede ser el Mesías. Cuando el Mesías aparezca, dicen los profetas, no sabremos de dónde será, ni de dónde vendrá. Y de éste conocemos su origen, y sabemos que viene de la obscura aldea de Nazaret, donde ejercía el oficio de carpintero.

¿Quién ha podido enseñarle entonces la doctrina que predica? . . .

De repente la multitud se sintió como agitada por un estremecimiento. En el escalón más alto del atrio de los ju-
sacababa de erguirse una figura blanca. ¡Era el Profeta!

Nos acercamos cuanto pudimos, y rogué a Cayo que agizase su atención para escucharle, pues sabíamos que el general habla el dialecto hebreo popular, o sea el rameo, y Cayo le comprende mucho mejor que nosotras.

Imponente era el silencio cuando Jesús alzó la voz.

Grande, dijo, es el número de vosotros que se pregunta de dónde tomo la doctrina que enseño. Esa doctrina no es mía, sino del que me ha enviado, es decir, de Dios.

El hombre que habla por propia inspiración, busca solamente su gloria personal, pero el que sólo desea la gloria del Dios que le envía, ése está en la verdad y en la justicia.

Pretendéis saber quién soy y de dónde vengo. Pero vosotros no sabéis que no vengo de mí mismo. Me envía Aquel que es la Verdad; pero a Ese no le conocéis vosotros. Yo sí: porque de El procedo, y El me ha enviado...»

Grande era el asombro de los escribas que estaban cerca de nosotros. Mirábanse entre sí, y se decían en voz baja: «Ha adivinado nuestras dudas de hace poco, y las resuelve, diciendo que nos engañamos cuando creemos saber de dónde viene, porque viene de Dios, y nosotros no conocemos a Dios. Y de Dios también viene su ciencia.»

Jesús continuaba hablando, pero los movimientos de la multitud nos le habían alejado, y no le oíamos más que a intervalos. Lo que sí llegaba hasta nosotros eran las observaciones de los oyentes:

¿No es éste, decían, el que quieren matar los Principes de los Sacerdotes? Pues ahí está, hablando en público, y nada le dicen. Ni siquiera le contestan. ¿Habrán, acaso, reconocido que es el verdadero Mesías?

Séalo o no, cuando Cristo venga, ¿podrá operar tales milagros que este hombre?

La voz del Profeta decía:

Estoy aún entre vosotros, por poco tiempo. Después regresaré a Aquél que me ha enviado, y entonces me buscaréis, sin encontrarme, porque donde yo voy vosotros no podéis entrar.

En aquel punto resonaron hacia la puerta del Medio grandes clamores, mezclados con el sonido de las trompetas y los címbalos.

Jesús calló, y empezó a desfilas por los pórticos una larga procesión. El gran Sacerdote, Caifás, caminaba a la cabeza, revestido de los ornamentos pontificales, de brocado, y llevando en las manos una urna de oro, llena del agua que el pueblo y los levitas habían ido procesionalmente a tomar en la fuente de Siloé, al pie de la colina de Ofel, y que recordaba a los israelitas el agua viva que Moisés había hecho brotar de la roca, un día que los antepasados salidos de Egipto se morían de sed en el desierto.

Detrás venían los sacerdotes, con suntuosas vestiduras de púrpura y de oro.

Las del gran Sacerdote especialmente eran de una riqueza y esplendidez maravillosas, según las instrucciones dadas por Moisés en el capítulo XXXIX del Exodo. El pectoral era del mismo tejido que el efodo, de púrpura escarlata, morada y carmesí, con cuatro hileras de piedras preciosas: sardónices, topacios, esmeraldas, rubíes, zafiros y diamantes; piedras engarzadas en doce rosas de oro, con los doce nombres de las tribus de Israel. Las hombreras del efodo estaban formadas por piedras de onix, incrustadas en chapas de oro, sobre las cuales se veía grabado el nombre de los hijos de Israel.

El efodo era de púrpura morada, guarnecido en la parte baja con granadas escarlata y campanillas de oro, que sonaban a cada paso del Pontífice. Coronaba la cabeza una tiara, artísticamente cincelada, y en una cinta de oro que ceñía su frente, se leían estas palabras: Santidad de Jehová.

Seguían a los Sacerdotes algunos escribas, muchos Ancianos, y multitud de peregrinos.

Un coro de quinientas voces, acompañado de arpas, salterios, flautas, címbalos, trompetas y tamtams, entonaba el cántico del rescate, del profeta Isaías:

Una rama saldrá del tronco de Jessé,
Y de sus raíces brotará un retoño:
En él descansará el espíritu de Jehová,
Espíritu de sabiduría y de inteligencia.
Espíritu de consejo y de fortaleza...

El cántico terminaba con esta estrofa:

Iréis a tomar agua con alegría en las fuentes de salvación,
Y aquel día diréis:
Alabad a Jehová, invocad su nombre,
Habitantes de Sión,
Porque el Santo de Israel es grande en medio de vosotros.

¡Oh, madre! ¡Qué hermoso nos parecía aquel cántico, pensando que acaso Jesús de Nazaret era el profetizado por Isaías!

El viejo Gamaliel nos había descubierto, y acercándose a nosotros, desbordando de entusiasmo:

¿Será acaso posible, decía levantando las manos, que veamos con nuestros ojos, en este mismo instante, el cumplimiento de la profecía? ¿Será verdad que este hombre, que tenemos delante, y que nos habla, es la rama brotada del tronco de Jessé, el retoño en que reposa el espíritu de Jehová, el Santo de Israel, grande en medio de Sión?

Y el viejo doctor fijaba sus ojos, llenos de lágrimas de alegría, en Jesús silencioso, que continuaba de pie, impasible y sereno, en lo alto de los escalones que le servían de tribuna.

La procesión, cantando siempre, atravesó el atrio de los gentiles, después el de las mujeres y el de los judíos; el Pontífice portador de la urna de oro pasó la puerta de Nicanor y el pórtico que rodea el atrio de los Levitas. En el momento de subir las gradas que conducen al altar

de los holocaustos, el pueblo gritó: «¡Levanta la mano!» Y el Pontífice inclinó la urna de oro a la parte de occidente, mientras el coro repetía: «Iréis a tomar agua con alegría a las fuentes de salvación».

Apenas cesados los cantos, Jesús elevó de nuevo la voz, buscando en aquella ceremonia una nueva imagen de su doctrina.

—Si alguno tiene sed, clamó, que venga a mí y beba. El que crea en mí será como la roca de que habla la Escritura: de su seno surgirán manantiales de agua viva.

La multitud empezó a agitarse.

Verdaderamente, gritaban unos, es el Profeta anunciado por Isaías. ¡Es el Mesías! ¡Es Cristo!

A lo que otros objetaban:

¿Acaso puede Cristo venir de Galilea?

Jesús continuó, sin dejarse imponer por el vocerío.

La tarde caía, y se encendieron grandes candelabros, que iluminaban todos los atrios. Sus reflejos transfiguraban al Profeta, que espontáneamente dijo con voz fuerte:

«Soy la luz del mundo. El que me sigue no anda entre tinieblas; antes bien, tendrá la luz y la vida.»

Nunca, dijo Gamaliel, oyó el mundo tan grandes palabras, y no conozco elocuencia alguna que posea este carácter personal y absoluto. Hace un momento se proclamaba Fuente de agua viva de la vida eterna, y ahora Luz del mundo. Advertid que no se apoya en la autoridad de nadie, salvo la de Dios, y que no dice: «voy a enseñaros donde están la fuente de vida y la luz y cómo podéis llegar a ellas». Dice sencillamente: «Yo soy la Fuente; yo soy la Luz». Para hablar así hay que ser Dios.

Los fariseos interrumpieron al Profeta, echándole en cara que daba testimonio de sí mismo.

A lo que replicó que su testimonio era digno de fe, porque sabe de dónde viene y a dónde va, mientras que ellos lo ignoran. Y que por otra parte no es él solo quien da ese testimonio, sino que lo da también su Padre, que le ha enviado.

¿Quién es tu Padre? le gritaron.

Vosotros no conocéis ni a mi Padre, ni a mí. Si me conocierais, conoceríais a mi Padre, porque mi Padre y yo somos uno.

¿Qué significan esas palabras? pregunté a Gamaliel.

Quieren decir, me parece, que su Padre es Dios.

¿Y eso es posible?

Ese es el misterio de este hombre y lo que confunde mi entendimiento y desbarata todos mis estudios.

Ceremonias y predicaciones prosiguieron en días sucesivos, hasta el octavo.

Por desgracia, durante los últimos la multitud se alborotó demasiado. Los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los fariseos, diseminados por todas partes, excitaban al pueblo contra él, le interrumpían, murmuraban, le injuriaban, hasta obligarle a dirigirles durísimas verdades.

Júzguese por las pocas palabras que Cayo ha podido recoger, y que voy a copiar.

Cuando le encontramos en el atrio del Tesoro, Jesús decía a los judíos, que se agitaban en torno suyo:

-Me voy, y me buscaréis; pero moriréis en vuestro pecado, porque donde yo voy vosotros no podéis entrar.

-¿Va, tal vez, a suicidarse? murmuraba el pueblo.

Jesús continuó:

-Vosotros sois de abajo: yo de arriba. Vosotros de este mundo: yo no. Así vuelvo a declararos que moriréis en vuestro pecado, si persistís en no creer quien soy yo.

¿Pues quién sois?

-Soy lo que afirmo: Soy el Principio... El que me ha enviado no engaña, y lo que Él me enseñó, yo lo digo al mundo...

Gamaliel se estremeció, y dijo, vuelto hacia nosotros:

-Observad esta otra afirmación personal y absoluta: Soy el Principio! ¿Habló jamás así hombre alguno? ¿Hay

en el mundo sér puramente humano que pueda decir con verdad: «soy el Principio?» Ni siquiera Moisés se hubiera atrevido a pronunciar semejante palabra.

El Profeta proseguía su discurso:

Cuando habréis alzado en alto al Hijo del Hombre, reconoceréis quién soy, y reconoceréis que nada hago por mí mismo, sino que repito lo que mi Padre me enseñó. El que me envió está conmigo y no me deja solo, porque siempre hago su voluntad.

Gran número de oyentes le aclamaron entonces, proclamándose discípulos suyos.

Seréis verdaderamente discípulos míos, les dijo, si observáis mi doctrina. Así conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

Todos los que abrigaban sentimientos hostiles protestaron entonces arrebataadamente contra aquellas palabras.

Somos los hijos de Abraham, y jamás hemos sido esclavos de nadie.

¡Orgullosos! observó Gamaliel. Se olvidan de las veces que han sido arrastrados en cautiverio, y de que hoy mismo están sometidos a la dominación romana.

Jesús les explicó que hablaba de libertad moral, que la verdadera esclavitud era la del pecado, y que lejos de practicar las obras de justicia de Abraham, buscaban en aquel momento mismo cómo darle muerte a él, que les transmitía la verdad enseñada por Dios.

Aumentó el tumulto, gritando los judíos que ellos no tenían más que un Padre: Dios.

El Profeta elevó la voz, y dominando el tumulto dijo con voz fuerte:

Si Dios fuese vuestro Padre, ciertamente me amaríais a mí, porque de Dios salgo y de Él vengo. Os repito que no vengo de mí mismo, y que Él es quien me envía. Y sin embargo, no reconocéis mi lenguaje, y no queréis escuchar mi palabra...

El que es de Dios, oye las palabras de Dios, y si no las escucháis vosotros es porque no sois de Dios. Vuestro padre es el demonio, y sus instintos son los que queréis

saciar procurando darme muerte. Aquél fué homicida desde el principio y en él no hay verdad. Cuando dice mentiras habla como quien es, pues es el embustero, el padre de la mentira...

Estas palabras provocaron rugidos de rabia, gritando los judíos que él era el poseído del demonio.

Y como en el atrio había montones de piedras, llevadas por los obreros para reparar las paredes, las recogieron y se precipitaron hacia Jesús para lapidarlo. Pero ya había desaparecido.

Tal fué el fin de su predicación, pues aquél era el último día de las fiestas. El Profeta no cesó, sin embargo, de hacer milagros.

XIII

EL CIEGO DE NACIMIENTO

Apenas salido del templo, encontró Jesús en la calle a un pobre, ciego de nacimiento, y cogiendo un puñado de polvo, hizo con él y su saliva una bola de barro, ungió los ojos del ciego, y le dijo:

Vé a lavarte en la piscina de Siloé.

El ciego fué, y recobró la vista.

A la noche siguiente recibía en su casa Gamaliel el Antiguo a varios amigos, entre ellos Claudia, Camila, Nicodemo y Cayo. El viejo Claudio y Pilatos se habían excusado de asistir, alegando que estaban cansados ya de controversias sobre Jesús de Nazaret.

La curación del ciego había revuelto al público en Jerusalén, y todos los contertulios de Gamaliel tenían gran curiosidad por conocer exactamente lo ocurrido. Camila fué la primera en interrogar al viejo doctor.

Os contaré, dijo Gamaliel, todo lo que sé.

Hace largos años que veo a la puerta del templo un ciego de nacimiento, con quien he hablado mil veces, y con la esperanza de que pudiera curarse, examiné un día sus ojos. Aunque no soy médico, me bastó una somera inspección para comprender que la ceguera era de nacimiento e incurable.

Ahora bien: salía ayer del templo cuando vi una gran aglomeración de personas discutiendo acaloradamente. Me acerqué y reconocí en medio del grupo a mi ciego que hablaba con suma animación, y en el que se clavaban todas las miradas.

Escuché la discusión, y los unos decían: «No cabe negarlo: es, en efecto, el ciego que pedía limosna a la puerta del templo.» A lo que contestaban otros: «No puede ser; se trata, sin duda, de alguno que se le parece mucho.» A lo que el interesado replicaba que era él, en persona. «Pero tú no eres ciego», le objetaban. «No lo soy ya, pero lo era no hace todavía una hora.» «¿Y cómo tus ojos se han abierto?» «Un hombre, a quien mi ceguera no me dejaba ver, se me acercó, me puso barro en los ojos, y me dijo que fuese a lavarme a la piscina de Siloé. Fui, conducido por este muchacho que aquí veis, me lavé, y recobré la vista.» —«¿Dónde está el hombre que os curó?» le pregunté — «Lo ignoro: no le conozco, ni le he visto nunca.»

Había entonces en el templo gran reunión de sacerdotes y fariseos, por ser sábado, y allí conduje al hombre, repitiéndoles lo que acababa de contarme.

Los miembros del Sanedrín se indignaron de lo que consideraban como una violación del día consagrado al Señor, y temiendo una superchería, abrieron en el acto una información, interrogando al ciego y a sus padres.

El hombre respondió a todas las preguntas con sencillez, franqueza y claridad admirables.

El hecho no ofrecía obscuridad ninguna. Acababa de verificarse, y sin rodeos ni reticencias, como sin miedo de ser desmentido, el ciego lo refería siempre de igual modo.





Era ciego de nacimiento, y una hora antes no había visto nunca la luz. De repente un hombre, que le dijeron llamarse Jesús, le había curado, poniéndole barro en los ojos, y mandándole ir a lavarse en la fuente de Siloé. De ahí no se le sacaba. Su narración era clara, neta, precisa, positiva; pero contraria a las leyes de la naturaleza, y por ende inexplicable. De donde deducían los miembros del Sanedrín que el hecho era falso y el hombre un impostor.

Llamaron a su presencia al padre y a la madre y los interrogaron.

—¿Es éste vuestro hijo?

—Es nuestro hijo, respondiero. sencillamente.

—¿Nació ciego?

Nació ciego.

—¿Y cómo ve ahora?

Lo ignoramos. ¿Quién ha abierto sus ojos? No lo sabemos. Preguntadle a él mismo, que ya está en edad de comprenderos y de explicar todo lo que le concierne.

Interrogado de nuevo, el ciego repitió su relato, con la calma, seguridad y precisión del hombre que dice la verdad.

Entonces empezaron las discusiones.

«Este hombre no es un enviado de Dios, porque no guarda el sábado», decían unos. «¿Cómo, observaban otros, puede hacer milagros un pecador?»

Y vueltos al ciego le preguntaban: «Y tú, ¿qué piensas del que te ha abierto los ojos?»—«Que es un profeta», respondió sin vacilar.

La respuesta exasperó a los fariseos que replicaron: «Pero nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.»

No sé si es pecador, respondió el ciego: lo que sé solamente es que antes no veía y ahora veo.»

Y este hecho innegable, abrumador, más elocuente que todos los razonamientos, es lo que sacaba de quicio a mis colegas. El milagro les entraba por los ojos, y se negaban a verlo.

La multitud lo afirmaba y daba fe de él, y el interés lo, a pesar de su ignorancia, con su solo sentido común

y su buena fe, respondía triunfalmente a todas las argucias de los doctores incrédulos y llenos de hiel.

Un momento hasta pareció burlarse de ellos cuando por tercera vez le preguntaron cómo Jesús le había abierto los ojos.

—¿Por qué queréis, les dijo, que os lo repita tanto? ¿Deseáis, por fortuna, ingresar en el número de sus discípulos?

Entonces le maldijeron, gritándole encolerizados:

Sé tú discípulo suyo: no nosotros, que lo somos de Moisés; y sabemos que Dios habló a Moisés, mientras no sabemos de dónde viene éste.

Mucho me extraña, respondió el nuevo discípulo de Jesús, que no sepáis de dónde viene, cuando me ha abierto los ojos. Dios no oye a los pecadores y nunca oí decir que un pecador haya dado la vista a un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no podría hacerlo.

Era demasiado. Los fariseos, echando espumarajos de rabia, recurrieron al último argumento de los que no tienen razón: la injuria:

¡Tú, nacido en el pecado, te atreves a darnos lecciones!

Y le expulsaron del templo.

—Doctor Gamaliel, dijo Camila, os doy gracias por vuestro relato, que me ha conmovido profundamente.

—Como que es hondamente conmovedor, añadió Claudia.

—Pero hay una continuación, dijo Nicodemus, o un epílogo que probablemente Gamaliel ignora.

En efecto, sólo sé lo que he dicho.

—Pues escuchad lo que pasó después.

Expulsado del templo, el feliz curado iba por la calle, cuando se encontró con Jesús de Nazaret, quien le dijo: «—Crees en el Hijo de Dios?»—«¿Quién es, Señor? Decídmelo para que crea en él.»—«Ya le has visto: es el mismo que te habla.» «¡Creo, Señor!» replicó sin vacilar el ciego de la víspera, y postrándose a los pies de Jesús, le adoró.

—¡Qué hermosa fe! dijeron al mismo tiempo Camila, Claudia y Cayo. ¿No os parece admirable, Gamaliel?

El viejo maestro, con la vista levantada al cielo, guardaba silencio, hasta que al fin dijo:

—Yo soy el más conmovido de todos, porque la grandeza del misterio que rodea a este hombre, trastorna mi razón. No puede ser un impostor, porque Dios le escucha. Pero ¿cómo explicarse que se llame Hijo de Dios, y se haga adorar? Esto es lo que mi entendimiento no puede concebir.

—Grande es el misterio efectivamente, añadió Nicodemos. Pero ¿cómo podrá rescatar al género humano, si no es Dios? Y si lo es, ¿cómo no ha de decirlo?

XIV

LA CUESTIÓN MESIÁNICA

La cuestión mesiánica se había planteado en Judea como en Galilea, en Samaria como en Perea, y hasta en las orillas del mar, donde se levantaban Sidón y Tiro.

Agitando al pueblo y apasionando los espíritus que se interesan por la lucha de ideas, despertaba el sentimiento nacional y el patriotismo un tanto adormecido. Bastábale a Jesús de Nazaret pronunciar una sola palabra, para que la cuestión mesiánica se hubiera convertido para Roma misma en una grave cuestión política. Pero nada más distante del pensamiento de Jesús que el proyecto de suscitar un movimiento popular y emancipar su país de la dominación romana. El papel hubiera estado muy por debajo del personaje, y no podía haberse prometido desde tantos siglos antes un Mesías al pueblo judío, solamente para promover una revolución política.

Por esto, lejos de pronunciar la palabra de rebelión, que el pueblo esperaba y deseaba, Jesús decía a cuantos querían oírle: «mi reino no es de este mundo: es el reino de Dios».

Para los que prestaban fe a esta declaración del Profeta, la cuestión mesiánica era más bien religiosa, suscitando los más trascendentales problemas teológicos, y complicándose con un amenazador conflicto eclesiástico.

Enfrente de Jesús se levantaba el sacerdocio judío, cuyos intereses peligraban.

Nadie podía ya ignorar los numerosos milagros del joven profeta, ni sus maravillosas predicaciones en el templo, en las sinagogas, a orillas del Jordán y en todos los sitios por donde pasaba. Doquiera la multitud se preguntaba si era el Mesías prometido.

Juan Bautista quiso saberlo de su propia boca, y le envió mensajeros que se lo preguntasen. La respuesta le satisfizo, y en el acto despidió a sus propios discípulos, diciéndoles: «mi misión ha concluido: ahora es preciso que El suba y yo baje».

Los humildes, los ignorantes y los sencillos no dudaban de que lo fuese, pues habían visto sus obras, bastándoles éstas para convencerse. Por otra parte, él mismo les había asegurado serlo, y Dios no puede consentir milagros para afirmar la mentira.

Pero no sucedía así con los grandes, con los ricos y sobre todo con los sacerdotes judíos.

Las clases directoras no ven nunca sin celos ni desconfianza crecer y consolidarse una influencia y una orientación nuevas, y tienen naturalmente envidia del éxito y la elevación de los que ellos llaman advenedizos.

La lucha era principalmente violenta en Jerusalén, donde la organizaban los jefes del pueblo y en especial los representantes de la autoridad religiosa.

Para negarse a reconocer en Jesús el carácter mesiánico, invocaban diversos motivos, que podían, a lo sumo, justificar su escepticismo, pero nunca su enconada hostilidad.

El Mesías, según ellos, debía ser de la familia de David y nacer en Belén, no en Galilea.

Y Jesús venía de Nazaret, donde desde su más tierna infancia se le conocía, lo mismo que a su familia. Su padre era un oscuro carpintero, oficio que él mismo ejerció hasta los treinta años de edad, abandonándolo para ponerse a predicar, sin estudios previos y sin haber pasado por ninguna escuela célebre.

¿Qué relación podía haber entre aquella pobre familia de un despreciado pueblecillo de Galilea y la raza real de David?

Aquellas primeras objeciones eran fáciles de refutar para todo el que, de buena fe, hubiese querido tomarse el trabajo de buscar su solución. Bastaba investigar con cuidado la genealogía de Jesús y el lugar de su nacimiento.

En Belén y en Nazaret había archivos, y aun vivían muchos testigos del nacimiento de Jesús.

Los pocos hombres de buena fe que, entre los grandes de Jerusalén, procuraron informarse de los hechos, descubrieron la verdad.

De aquel número fueron los decuriones Nicodemus ben Gorión y José de Arimatea, y Gamaliel. Nicodemus descubrió en las cercanías de Belén muchos pastores que habían tenido conocimiento de la natividad de Jesús, en la gruta de aquel lugar, y que le contaron a este propósito maravillas. Los más viejos de ellos no habían cumplido aún sesenta años.

Hubiérase asimismo podido interrogar a la madre de Jesús, a sus amigos y a sus parientes colaterales, y se habría probado que José, padre putativo de Jesús, y María, su esposa, descendían los dos de la familia de David.

Otra razón se invocaba para no conceder a Jesús el título de Mesías.

El Mesías, decían, debe aparecer en la tierra lleno de grandeza y de gloria, con todo el esplendor de un príncipe poderoso. Viene para rescatar a Israel, y todas las naciones han de prosternarse en su presencia.

Ahora bien, era evidente que aquel predicador de Galilea, rodeado de pobres pescadores del lago de Genazaret, no poseía ni grandeza, ni poderío, ni ningún otro dñ regio.

Esta segunda razón, más seria que la primera, constituía un gran obstáculo para la fe del mismo pueblo, que había puesto también su suprema esperanza en la creencia de que el Mesías iba a restablecer el reino de Judá, y que sería, más que un profeta, un conquistador, un nuevo Josué, un David, o un Judas Macabeo.

Lejos de eso, cuando el pueblo quería proclamarle rey, Jesús se esquivaba, y ni sus apóstoles ni él habían pronunciado jamás una palabra que pudiese denunciar su deseo de sacudir el yugo de Roma. El único reino de que hablaba siempre, y que quería fundar, era el reino de Dios, no el de Judá.

Sólo que aquella creencia en un Mesías-rey, libertador y emancipador de su pueblo, se apoyaba en profecías, que distaban mucho de ser claras.

Sin duda el Mesías prometido habría de ser rey. Pero ¿de qué naturaleza y extensión sería su reino? Ateniéndose exclusivamente a las profecías, era difícilísimo prefiarlo. Creíase que debía libertar a Jerusalén y empuñar su cetro; pero los profetas añadían que libertaría también a las demás naciones y que todas le obedecerían.

Necesitaba ser igualmente un profeta para enseñar a los pueblos, y un sacerdote del Altísimo para ofrecer el sacrificio expiatorio del pecado del primer hombre. Pero ¿cómo podía ser, a la par, rey poderoso y víctima de la serpiente que le mordería el talón? ¿Qué significaba aquella herida que la serpiente tenía el poder de infligirle?

Y si estaba llamado a reinar en todas las naciones, con tanta gloria, ¿cómo, según las mismas profecías, debía ser objeto de vilipendio, sometido a todos los padecimientos, y tan atormentado que hasta perdería la figura humana?

Todo eso estaba predicho, y parecía absolutamente

tradictorio, a no ser admitiendo que el reino del Mesías sería puramente espiritual.

Reconociéndole este carácter sobrenatural todo se explicaba, y nada se oponía a reconocer el reino proclamado por Jesús puesto que, según él mismo, no era de este mundo.

Por último, los grandes, los doctores y los sacerdotes, invocaban para justificar su incredulidad, otro motivo más grave que los anteriores.

Diferentes veces Jesús había afirmado que era Hijo de Dios. ¿Cómo aquel hombre, que había llevado vida obscura en Nazaret, donde todos le trataban como igual, desde su infancia, podía ser Hijo de Dios? «Eso es absurdo, insensato», decían los escépticos. — «Es un blasfemo, reo de muerte», añadían los príncipes de los sacerdotes.

Las gentes del pueblo, los pobres, los ignorantes, respondían simplemente, con más lógica que los sabios:

Si es un blasfemo, si no viene realmente de Dios; pero entonces, ¿cómo os explicáis que un blasfemo mande a los elementos, a la enfermedad, a la vida, a la muerte?

Belzebú le inspira esos milagros, porque es un poseído del demonio, respondían los sacerdotes.

¡Gran novedad! replicaban las gentes del pueblo. ¡El demonio es quien expulsa a los demonios de la tierra, y libra de ellos a los poseídos! ¡El demonio quien cura a los enfermos, los paralíticos y los leprosos! ¡El demonio que devuelve el oído a los sordos, la vista a los ciegos, la palabra a los mudos, la vida a los muertos! ¡Abandonemos entonces el culto de Jehová, que no hace más que castigarnos, y dediquemos el templo a este demonio, que colma nuestro país de beneficios!

A aquella sangrienta ironía contestaban los sacerdotes con injurias, como habían hecho con el ciego de nacimiento, injurias que revelaban las verdaderas causas de su hostilidad al mesianismo de Jesús.

Es probable que algunos de los jefes del sacerdocio y de los escribas dudasen de que el Mesías había de ser

Hijo de Dios, pues si bien sabían que sería dominador y monarca de gran poder, no admitían la divinidad del libertador de Israel.

Muchas profecías, sin embargo, lo afirmaban con claridad suficiente.

Miqueas le llamaba «Aquel cuyo origen se remonta a los tiempos antiguos, a los días de la eternidad», lo que equivale a decir que era el Eterno.

El Rey Profeta ponía en su boca estas palabras: Jehová me ha dicho: «Tú eres mi Hijo: hoy te he engendrado: pídemme, y te daré las naciones como herencia»

Isaías: «He aquí que una Virgen concebirá un Hijo: Emanuel, Dios con nosotros... Un hijo nos ha sido dado... y se llama el Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de la Paz.»

También se da al Mesías el nombre de Hijo de Dios en el *Libro de Henoch* y en el cuarto *Libro de Esdras*. Por último, era creencia tradicional que el Mesías había de ser Hijo de Dios, que había preexistido junto a su Padre, en el cielo.

Para la mayor parte de los enemigos de Jesús aquella cuestión puramente dogmática era secundaria. Poco les importaba, en el fondo, que se llamase Hijo de Dios, pues el verdadero motivo de su odio nada tenía de sobrehumano.

Los sanedritas más ambiciosos y más hábiles se daban cuenta perfectamente de que la propagación de las nuevas doctrinas, predicadas por el Galileo, minaban su autoridad y su posición social, y que los éxitos de aquél disminuían su prestigio e iban a agotar la fuente de sus rentas.

Mientras la promesa del Mesías había sido una esperanza lejana, aquel dogma en nada les perjudicaba. Al contrario, lo habían explotado, viviendo de él.

Pero no habían previsto los resultados de su realización, que ahora se les presentaban como desastrosos para su influencia sobre el pueblo y para sus intereses pecuniarios.

El mesianismo, tal como Jesús lo entendía, estaba en

antagonismo con la interpretación farisaica de las Escrituras y con el culto mosaico, tal como lo practicaba el sacerdocio.

Jesús, es cierto, decía que la ley nueva confirmaba la antigua; pero criticaba y reprochaba la mayor parte de las prácticas del rabinismo, e instituía un nuevo sacerdocio para predicar y extender la nueva religión.

Uno de sus primeros actos había sido arrojar a los vendedores del templo, vendedores que pagaban sus patentes y sus alquileres a los sacerdotes, para comerciar en los pórticos y en los atrios.

Si aquel comercio cesaba y los sacrificios se suprimían quedaría agotada la gran fuente de las rentas sacerdotales. Y si el pueblo aceptaba el nuevo sacerdocio, desaparecía la necesidad del antiguo.

Ante el inminente peligro las diferentes sectas sacerdotales se unieron. Fariseos, Saduceos, Esenios, profundamente divididos hasta entonces, se coaligaron. Jesús era el enemigo común...

Por su parte, la masa del pueblo tampoco estaba inclinada a renunciar al restablecimiento del reino de Israel, y su ideal del Mesías era el de un rey que realizara aquella gran esperanza nacional. Mientras que Jesús de Nazareth nada hacía para apoderarse de la influencia y del poder en las altas esferas del mundo social y político.

Podía, por lo tanto, preverse que el pueblo no se sacrificaría para defenderle contra el sacerdocio, que era el que distribuía los destinos, los honores y las mercedes de todas clases.

Más bien permanecería pasivo espectador de la lucha, que parecía inminente, o hasta llegaría a colocarse de parte del sacerdocio, si éste le pagaba.

Era, pues, indudable para los observadores inteligentes que la cuestión mesiánica se acercaba a una solución violenta. El sacerdocio, que había roto las hostilidades, iba a proseguirlas con ardor, para precipitar el desenlace.

Y el único que podía satisfacerle, por ser el único de

finitivo, era la muerte de Jesús. Matándole, pensaban los príncipes de los sacerdotes, probaremos que no era Dios, pues Dios no puede morir.

Sin embargo, precisamente Jesús buscaba la muerte por la razón contraria; porque si no moría, no podía resucitar. Y su resurrección debía probar su divinidad.

XV

LÁZARO

Mientras los judíos en toda Judea, sin distinción de clases sociales, se agitaban en torno a la cuestión mesiánica, discutiéndola desde todos sus puntos de vista, Jesús había vuelto a Galilea, y de allí a Perea.

En el mes de Diciembre del año 782 de Roma regresó a Jerusalén, para la fiesta de la Dedicación, y reapareció en el templo, donde declaró de nuevo, contestando a las preguntas de los judíos, que era el Hijo de Dios.

Por segunda vez los judíos tomaron piedras para lapidarle, y Jesús les dijo:

—Por el poder de mi Padre he llevado a cabo delante de vosotros muchas buenas obras: ¿por cuál de ellas me apedreáis?

Sin duda comprendieron todo lo que encerraba de irónico esta reflexión, y el odio creció en sus corazones, dictando las medidas oportunas para ponerle preso.

Pero Jesús se evadió de sus manos, y volvió otra vez a Perea, donde permaneció hasta el mes de Marzo siguiente (año de Roma, 783).

El *Diario de Camila* va a referirnos con qué motivo regresó a Betania.

(Extracto del «Diario de Camila»)

1.º de Marzo. A. R. 783.

Llego de Betania, donde dejo a Myriam y Marta sueltas en honda aflicción. Su hermano Lázaro está muy enfermo, y los médicos le han declarado incurable, asegurando que tardará pocos días en morir.

Una sola esperanza queda a las desconsoladas hermanas. Aguardan a Jesús de Nazaret, y están seguras de que si viene, curará a Lázaro, su amigo más querido.

Ya han enviado a Perea mensajeros que le digan: «Señor, el que amáis esta enfermo.» Y nada más. No han pronunciado siquiera el nombre de Lázaro, designándole por el título que más le honra: ¡El que Jesús ama! Nada han solicitado del Profeta, pero éste bien sabe que aquel mensaje significa: «Venid a ver a Lázaro y curadle.»

Jesús se ha contentado con responder: «esta enfermedad no es para la muerte, sino para la gloria de Dios, a fin de que el Hijo de Dios sea por ella glorificado». Y no se ha movido de Perea.

¿Querrá decir esta respuesta que Lázaro no va a morir, y que Jesús llegará a tiempo para salvarle? Sin duda, pero debería darse prisa, porque a cada hora la enfermedad se agrava, y aumenta el dolor de esa familia que el Profeta ama tanto.

Hablando a Myriam la he dicho: «es seguro que vendrá, su corazón es demasiado bondadoso para abandonar a sus amigos en la aflicción». — «¡Oh, sí! me ha contestado: es muy bueno, pero también es justo, y yo he pecado tanto, que bien merezco padecer.»

¡Pobre Myriam! Está desesperada y con el corazón hecho pedazos, pues profesa gran cariño a este hermano, jefe de la familia, que siempre fué bondadoso con ella, aun en los años de sus extravíos, recogiénola después

de su conversión, y reemplazando en la tierra a sus padres, muertos hacía ya tiempo. Si muere ¡qué vacío en aquel hogar y en el alma de las dos hermanas!

¡Cuán triste es el misterio de la muerte! Extiende la noche sobre el muerto, pero deja el vacío, que es peor, en el vivo. ¿Cuál de los dos sufre más? El segundo, ciertamente, porque el que se va es necesario al que se queda.

¡Y todo concluye! ¿Por cuántos años? ¿Para siempre, para siempre, para siempre! ¿Es posible que todos los lazos que formamos en el mundo se rompan así, sin que nada pueda reanudarlos?

¿Cuál es el nombre de esta fuerza, que todo lo destruye y todo lo disuelve? ¿Es el acaso? ¿Es la fatalidad? ¿Está en nosotros? ¿Llevamos su germen en nuestro sér, o viene de un mundo desconocido? Y si la muerte no es la conclusión de todo ¿qué hay después?

¡Oh Profeta de Nazaret! ¡Venid a explicarnos estos misterios!

3 Marzo. A. R. 783.

¡Desgracia irreparable! Esperábase al Profeta, y quien ha venido es la muerte. Nicodemus acaba de comunicarme la triste noticia. Lázaro ha muerto, y desde ayer duerme el último sueño en el sepulcro de su familia, en Betania.

Gran número de amigos han asistido a los funerales, con las habituales demostraciones de dolor y de luto, al ruido de las lúgubres melodías de los flautistas y de las lamentaciones de las plañideras.

Durante siete días los parientes y los amigos vendrán a llorar en la tumba y a visitar a la desolada familia.

¿Cómo no ha acudido Jesús de Nazaret a la hospitalaria morada, poco ha tan feliz y tranquila, cuyas puertas se le abrían siempre, y que le servía de residencia cuando venía a Jerusalén? ¿cómo ha permitido a la muerte entrar en ella?

Marta y Myriam no comprenden que su amigo no haya venido, y sus lamentaciones terminan siempre así: «si hubiese estado aquí, nuestro hermano no habría muerto».

Iré a visitar a esas pobres afligidas, pero ¿qué consuelos puedo ofrecerles? ¿Qué decir a las que han perdido para siempre lo que tenían de más caro en el mundo? Delante de la muerte, la impotencia humana es absoluta.

Sólo Jesús de Nazaret podría acaso consolar a las que parece haber olvidado en el día fatal. Pero me pregunto: si está hecho de la misma carne que nosotros, si es sensible como nosotros, si ama como nosotros, ¿estará tan por encima de la naturaleza humana que no comparta nuestros sentimientos de amistad, ni la compasión que nos inspiran las desventuras de nuestros amigos?

Sin embargo ¿no socorre a todos los que le imploran en sus infortunios? ¿No ha curado millares de enfermos? ¿No ha vuelto sano el cuerpo de innumerables leprosos? ¿No ha dado la vista a multitud de ciegos?

¡Oh Jesús! ¿Por qué no habéis venido a Betania?

6 Marzo. A. R. 783

¡Qué grande, madre mía, qué poderoso y bueno es el Profeta de Nazaret!

Acabo de presenciar el mayor de los prodigios. Lázaro, muerto y enterrado desde hacía cuatro días, vive hoy. Estoy todavía toda trastornada, y me siento incapaz de referiros como quisiera el extraordinario acontecimiento.

Me limitaré a anotar mis impresiones.

A mi llegada a Betania las cosas estaban como Nicodemo nos las había descrito.

Espectáculo lamentable. En el piso superior, colgado de negro, vestidas con largos trajes de luto, las dos hermanas estaban encerradas, saliendo solamente dos veces al día para ir al sepulcro.

El resto del castillo estaba abierto, como una residencia abandonada, y por su interior circulaban vecinos y

parientes, amigos y curiosos, gimiendo y lanzando exclamaciones de dolor.

Recibida en las estancias de arriba, encontré a las dos hermanas sumidas en un decaimiento muy próximo a la desesperación. No sólo sufrían por haber perdido a su hermano, sino que duplicaba su dolor el pensar que su amigo, el gran Profeta, las había abandonado. Myriam, enmudecida de dolor, dejaba hablar a Marta, que se quejaba amargamente del olvido en que el Señor parecía dejarlas.

No pude hacer otra cosa que expresarles mis simpatías y las de mi hermana Claudia, y bajé a mezclarme con el pueblo.

Había allí muchos fariseos que, so pretexto de interés por la atribulada familia, censuraban duramente a Jesús por su injustificada ausencia.

—El, que se dignó abrir los ojos al ciego de nacimiento, decían, bien hubiera debido venir para salvar de la muerte a su amigo.

De improviso la multitud murmuró: «¡El Profeta! ¡El Profeta! ¡Llegó por fin!»

Efectivamente, Jesús apareció allá abajo, al extremo de la avenida que conduce al castillo. Intensa fué la emoción de la muchedumbre.

—Desgraciadamente, dijeron los fariseos, llega demasiado tarde: ha faltado a los más sagrados deberes de la amistad.

Marta se precipitó al encuentro de Jesús, diciéndole:

—Señor, si hubierais estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.

—Tu hermano resucitará, respondió Jesús.

—Ya lo sé, replicó Marta, que resucitará el último día.

Jesús, levantando la voz, dijo con entonación solemne:

—Yo soy la Resurrección y la Vida. El que crea en mí, aunque esté muerto, vivirá. ¿Lo crees así, Marta?

Marta no dudaba, y arrojándose a los pies de Jesús dijo:

—¡Oh, Señor! creo que sois Cristo, Hijo de Dios vivo.

Myriam acudió a su vez, bañada en lágrimas, y al verla así Jesús, estremecido en su espíritu, lloró también.

Entonces se hizo indicar el sepulcro, y a él se encaminó, seguido por el pueblo. Los fariseos se decían:

Llora porque ya no puede hacer nada. ¿A qué derramar lágrimas inútiles, y prometer a esas infelices mujeres que resucitará el último día?

La tumba estaba elevada al pie de una colina, en el corte vertical de la roca, y se accedía a ella por una escalera de piedra. Jesús la bajó, sólo con algunos discípulos, y el pueblo se formó en la ladera que daba frente al sepulcro.

Todos los corazones palpitaban, en espera de lo que iba a suceder. ¿Qué podía la fuerza humana, por grande que fuese, contra la invencible pujanza de la muerte?

Jesús, dando cara al sepulcro, dijo: «Quitad la losa.» Los discípulos la quitaron, y apareció, imponente, la puerta de la tumba. Ante aquel hueco sombrío, vestibulo de la muerte y de la noche eterna, el Profeta, vestido todo de blanco, majestuoso y grave, rezaba, con los ojos alzados al cielo.

Pocos instantes después salieron de sus labios estas palabras: «Gracias, Padre mío, por haberme escuchado.» Y levantando más la voz clamó: «Lázaro, levántate: *veni foras!*»

Fijos mis ojos en el sepulcro entreabierto, vi aparecer en aquel negro marco un fantasma blanco, con el rostro cubierto de un sudario, y el cuerpo, los pies y las manos envueltos por los vendajes. Pero aquel fantasma vivía.

Desatadle, añadió la sonora voz, y dejadle andar.

Los discípulos, estupefactos y trémulos, no se movían, hasta que Pedro se adelantó, y quitó el sudario de la cara.

Entonces reconocí a Lázaro que clavaba los ojos en el Señor, y que cuando estuvo libre de sus ligaduras, corrió con sus hermanas, a prosternarse delante de Jesús, besándole los pies.

Una sonrisa de felicidad, impropia de este mundo, iluminaba la augusta faz del Profeta, y la venturosa familia, acompañada de su huésped sobrenatural, se dirigió al pueblo, cambiando palabras que no llegaban hasta mí.

Los fariseos se alejaron sin abrir la boca, y yo los seguí, dominada por la más profunda emoción que he sentido en toda mi vida.

XVI

EL SANEDRÍN

La resurrección de Lázaro produjo indecible impresión en Jerusalén y en toda Judea, y gran número de judíos creyeron en Jesús. Los príncipes de los sacerdotes opinaron que había llegado la hora de obrar, si querían impedir que todo el pueblo se dejase arrastrar por su doctrina.

Caifás convocó, en consecuencia, a gran asamblea al Sanedrín.

Este constaba de tres cámaras: la de los Sacerdotes, la de los Escribas y la de los Ancianos, cada una compuesta de 23 miembros. Pero sucedía con frecuencia, sobre todo en tiempo de Jesús, que la cámara de Sacerdotes era más numerosa que las otras. Había además dos secretarios, lo que elevaba la cifra normal de sus miembros a 71.

El Sanedrín era al mismo tiempo Tribunal superior de justicia, y parlamento para algunas materias religiosas, y aun civiles. Los Sacerdotes, que asumían su alta dirección, eran los que gozaban en él de mayor influencia.

La aristocracia sacerdotal pertenecía generalmente a la secta de los saduceos, que pretendían respetar la ley mosaica, pero interpretándola libre e individualmente, cada uno según su conciencia. Dicho se está que esto los había conducido a una especie de racionalismo, y buena parte de ellos no creían en la vida futura.

El elemento sacerdotal popular se reclutaba entre los fariseos, que eran, ante todo, autoritarios. En la práctica

sustituían su enseñanza a la ley misma, cuya letra conocían perfectamente, ignorando su espíritu, semejantes a esos devotos que sólo tienen de religiosos la fachada, y que reemplazan las virtudes por numerosas prácticas externas del culto.

Por eso Jesús los comparaba a los sepulcros que se ven por todas partes en Oriente, de inmaculada blancura por fuera, y llenos por dentro de gusanos y podredumbre.

El pueblo creía, por regla general, en su sinceridad, y esto les daba mucha mayor autoridad sobre las masas que a los saduceos.

Todo el sacerdocio judío, tanto saduceo como fariseo, estaba hinchado de orgullo, de egoísmo y de ambición.

Las grandes familias sacerdotales, Annás y sus cinco hijos, los descendientes de Boeto, los ben Fabi, los Cantere, los Juan, los Alejandro, se disputaban los destinos y beneficios, y estrujaban al pueblo para acrecentar sus rentas.

El Talmud los representa como plagas públicas.

Son grandes sacerdotes, dice, los padres; los hijos tesoreros, sus yernos comandantes, y sus servidores apañan al pueblo.

Mantenían, efectivamente, a éste en la servidumbre y en la superstición, explotando vergonzosamente la religión de sus antepasados, que no era para ellos más que un formalismo estrecho y ridículo.

En los graneros del templo amontonaban los diezmos que sacaban a los fieles crédulos y serviles, robándose continuamente para acaparar la mayor parte.

Sus palacios eran suntuosos, sus mesas bien provistas y lujosas sus vestiduras. Hipócritas, avaros, ambiciosos, sibaritas, reinaban y gobernaban gracias al rebajamiento de la plebe y su ignorancia.

Todo lo que podía amenazar aquella vergonzosa explotación de la religión, debía ser combatido, prohibido, anulado.

La tendencia natural de todos los poderes humanos es

al absolutismo, y la gran tentación de los que los ejercen suprimir a los que les estorban.

Ahora bien, Jesús era una amenaza para la autoridad del sacerdocio judío y para la conservación de sus beneficios.

Arrojar a los vendedores del templo, era arruinar de improviso una de las industrias más fructíferas monopolizadas por los sacerdotes.

Predicar una religión nueva, un culto nuevo, que aboliese los sacrificios de la ley antigua y las productivas hecatombes de los altares, que enseñase a rezar a Dios en espíritu en todas partes, lo mismo en Jerusalén que en Galilea, y que instituyera un nuevo sacerdocio, era muy peligroso para el prestigio y bienestar material del sacerdocio existente.

Por lo tanto, el innovador Galileo era el enemigo.

Los principales miembros de la cámara de los sacerdotes eran, en tiempo de Jesús: Annás y sus cinco hijos, (Eleazar, Jonatás, Teófilo, Matías y Anano, el que hizo lapidar a Santiago); Caifás, gran Sacerdote y presidente del Sanedrín; los dos hijos de Boeto, Joazar y Eleazar, que habían sido sucesivamente grandes Sacerdotes; Simón Cantere, tercer hijo de Boeto, promovido a la misma dignidad algunos años más adelante; Israel ben Fabi, Simón ben Camita, Helkias, tesorero del templo, Juan y Sceva, nombrados en los Hechos de los Apóstoles.

Después de los sacerdotes venían los escribas, nombre que significaba escritores. Sus funciones principales eran las de conservar, reproducir e interpretar las Santas Escrituras, pero sin que su autoridad para la interpretación fuese infalible. Cualquiera podía negarse a someterse a ella sin incurrir en herejía. Ellos eran los primeros en reconocerlo así, y en un principio daban pruebas de moderación.

Siempre que aparecía un profeta, y demostraba la santidad de su misión, acataban su supremacía, y aceptaban sus enseñanzas.

Pero cuando se cerró la era de los profetas, su autori-

lad fué en aumento, y poco a poco su enseñanza tomó el carácter de absolutismo.

Los unos eran levitas y los otros laicos. Se los llamaba Doctores de Israel, y formaban un cuerpo sabio, el más importante después de la cámara de los Sacerdotes.

Los más célebres en tiempo de la Pasión de Jesucristo se llamaban: Gamaliel el Antiguo, descendiente del famoso Hillel y cuya escuela gozaba de fama universal; Simón, su hijo; Onkelos, uno de sus discípulos más ilustres; Jonatás ben Uciel; Ismael ben Eliza; Rabi Zadoc; y Jocanán ben Zacai, apellidado el «Esplendor de la Sabiduría», a causa de su ciencia.

La cámara de los Ancianos se componía de hombres elevados por encima del pueblo por su posición en el mundo de los negocios y por sus riquezas. Su peso en las decisiones del Sanedrín era insignificante, pues la mayor parte de ellos carecían del saber y de la elocuencia necesarios para imponer sus opiniones.

Los miembros más notables de esta cámara eran: Simón, de quien hace grandes elogios el historiador Josefo, y José de Arimatea y Nicodemus, conocidos de nuestros lectores. Estos tres hombres eclipsaban a sus colegas por su ciencia y su fama de honradez.

Tales eran las tres cámaras convocadas por Caifás en la rotonda aneja al templo y que comunicaba con ésta por el pórtico real.

Las circunstancias eran graves y solemnes, y todos sabían que el objeto de la reunión era decidir qué conducta debía observarse con el profeta de Galilea. Por eso acudieron casi todos los miembros, pudiendo decirse que el Sanedrín se congregaba en pleno.

Presidía Caifás, cuyo nombre, por extraña coincidencia, significa en hebreo (Caiafas o Kefas) Pedro, o sea la Piedra, que es el que impuso Jesucristo al jefe de sus apóstoles.

De suerte que, muerto Jesús, el jefe de la nueva religión y el de la antigua, se llamaban los dos Pedro.

XVII

SESIÓN BORRASCOSA

Caifás era el tipo del sacerdote autoritario, exclusivista y violento, y del político ambicioso, enérgico y hábil.

Las predicaciones de Jesús en el templo, durante las fiestas de la Dedicación y de los Tabernáculos, le habían exasperado hasta un extremo indecible. Ni hablaba, ni razonaba: no hacía más que odiar. Y su idea fija era encontrar el medio de destruir el objeto de su odio.

No pudo, por lo tanto, disfrazar sus sentimientos en las palabras que dirigió al Sanedrín al abrir la sesión.

Ni preguntó a sus colegas qué pensaban de Jesús de Nazaret y su doctrina, ni planteó siquiera la cuestión del mesianismo, único problema que debía resolver aquella asamblea, compuesta de los más sabios intérpretes de las Escrituras.

Se guardó muy bien de mentar los milagros realizados por Jesús, ni de buscar su explicación. En cuanto a negarlos, harto sabía que no le era posible.

Consideró, pues, como probado e innegable que Jesús era un falso profeta, un violador de la ley de Moisés, un perturbador del orden público, un enemigo declarado del sacerdocio judío, un rebelde que desmoralizaba al pueblo, y que pronto encendería la cólera del César, atrayendo sobre Jerusalén algún terrible castigo del poderío romano.

«La medida se ha colmado, exclamó al concluir, y a nosotros nos incumbe tomar las disposiciones necesarias para preservar a Israel de los males que le amenazan. Ya está acabando de arruinar nuestra autoridad sobre el pueblo y nuestro prestigio, y cuando combatimos sus doctrinas, cuando le denunciarnos como impío, se atreve a lanzar contra nosotros los más terribles anatemas.

Hemos querido reducirle a prisión durante las fiestas, y hemos enviado a nuestros agentes de policía al templo para que le condujeran a nuestra presencia. Y su poder de hacería es tal que nuestros agentes se han convertido en discípulos suyos, y han regresado diciéndonos que más hombre alguno había hablado como él.

¿Qué hay que hacer para poner fin a este escándalo, que amenaza juntamente a la religión y a la nación?

Pensé en un principio que podíamos emplazarle ante nuestro tribunal por ultraje a la religión, o por blasfemia, y mandarle azotar.

Pero después de la flagelación seguiría predicando, y se presentaría al pueblo como un mártir. Su prestigio aumentaría, disminuyendo el nuestro en iguales proporciones.

No; contra este hábil seductor del pueblo, que la multitud reconoce ya como gran profeta, y hasta como Mesías, y que, sea por arte de magia, sea por poder del demonio, hace cosas extraordinarias que los ignorantes proclaman como milagros, contra semejante enemigo, respecto, la flagelación, y hasta la cárcel, de nada servirían.

Es preciso que muera. Este es castigo que merece, y el único que puede garantizarnos la paz religiosa y la paz nacional.

Ya sé que no podemos llegar a este resultado sin asentimiento del *Procurator* romano, y que no basta que le juzguemos digno de muerte según nuestras leyes, pues sólo Pilatos tiene derecho a dictar la pena capital y a hacerla ejecutar.

Pero estad bien seguros de que no se atreverá a resistirnos si nos ve unidos, enérgicos, tenaces, y si conseguimos organizar contra el acusado un movimiento popular, por pequeño que sea.

Pilatos no ignora que si le denunciarnos a Roma por menosprecio a nuestra religión, a nuestras leyes y a los fallos del Sanedrín, será amonestado.

Nada más fácil que crear en Jerusalén una manifestación popular que ejerza sobre el Gobernador la presión

necesaria. Cada uno de nosotros dispone de docenas de esas gentes de la plebe dispuestas siempre a provocar un motín, si se les da alguna moneda.

«Y advertid una cosa. El suplicio autorizado por la ley romana es ignominioso e infame. No mata solamente, sino que deshonra.

«Cuando el pueblo sepa que Jesús de Nazaret ha sido juzgado digno del último suplicio por el Sanedrín, que Pilatos ha dictado la sentencia, y que el condenado ha muerto en la cruz, comprenderá que Jesús de Nazaret no era más que un gran criminal. Nadie osará en adelante proclamarse discípulo suyo, porque nadie se atreverá a poner en duda la justicia de dos fallos pronunciados por la autoridad religiosa y la civil.

«Tal es, mis queridos colegas, mi opinión, que no dudo obtendrá vuestro total asentimiento.»

Aquel discurso, indigno de un juez, pues acusaba y condenaba antes de instruir el proceso, fué acogido con aplausos casi unánimes.

Después reinó gran silencio, y pudo creerse que nadie iba a atreverse a responder al Gran Sacerdote.

Gamaliel miró en torno suyo, pensando que alguno de los jefes saduceos se levantaría para pronunciar a lo menos una palabra de protesta contra aquella sentencia de muerte prematura; pero nadie abrió los labios.

Cuando el viejo doctor de Israel, tan célebre por sus enseñanzas, se puso en pie, todas las miradas se volvieron a él.

Era un arrogante anciano, alto y robusto, cuyo talle no habían podido encorvar sus setenta años y cuyo rostro, respirando vida, tenía por marco su blanca cabellera, que se confundía con su larga barba, igualmente del color de la nieve, que le cubría el pecho.

Principió pausadamente:

«Si el proceso de Jesús de Nazaret se hubiese ya incoado; si apareciese probado jurídicamente que es, como afirma el Gran Sacerdote, un falso profeta, un violador de la ley de Moisés, un rebelde a la autoridad, que va a

traer sobre nosotros los rayos de Koma, yo también creo: es preciso que este hombre muera».

Pero no se ha hecho la prueba de los crímenes de que habla la acusación, y no tenemos el derecho de tratar a Koma como culpable antes de inscribir su proceso.

Y este proceso, sanedritas, es el más grave, el más complicado, el más importante, que jamás se haya sometido a tribunal alguno. La cuestión que promueve no es individual, sino nacional. Levantad vuestros corazones, y vuestras inteligencias, sanedritas, a la altura del magno litigio que voy a colocar, delante de vosotros, en su verdadero terreno.

Hemos llegado, como pueblo, a una época memorable de nuestra historia, época predicha y esperada desde hace largo tiempo. En sentir de los que más han estudiado a los profetas, se han cumplido los tiempos señalados por éstos, y el Mesías debe haber ya nacido, y vivir hoy entre nosotros.

El mesianismo, según sabéis, es el gran dogma de nuestra religión, y por él nuestro pueblo ha sobrevivido a todas las crisis y a todas las pruebas por que ha atravesado.

Ahora bien, los acontecimientos que presenciamos parecen preparar una evolución decisiva en nuestra vida nacional.

El antiguo judaísmo, única religión verdadera en la tierra desde hace quince siglos, creo que ha dado a Israel todo lo que contiene de verdad, de luz y de vida. Fundamento de su existencia nacional, ha asegurado su progreso, su desarrollo, sus maravillosos renacimientos después de los grandes infortunios, dándonos siglos de gloria.

Pero los días de su transformación han llegado, y el mesianismo debe ser su renovación pacífica.

Esa es la renovación religiosa predicada por Jesús de Nazaret, que pretende ser el Mesías.

¿Lo es ciertamente? Ahí está la verdadera cuestión, matar a ese hombre, en estos momentos, no es resolverla, sino cortarla violenta y precipitadamente.

Israel se encuentra en un punto de su historia en que el camino se bifurca. Trátase de escoger entre dos vías distintas que se abren delante de nosotros. ¿Y esa elección vital, definitiva, que no permite volverse atrás, queréis hacerla brusca, sumaria, sistemáticamente, oyendo nada más que la voz de vuestras preocupaciones, de vuestras cóleras, de vuestros intereses amenazados?

Por mi parte no puedo asociarme a semejante conducta, y digo que hay que aguardar los resultados y el desarrollo del movimiento religioso creado por Jesús de Nazaret. Juzgaremos al árbol por sus frutos.

¿Por qué precipitar la solución de un problema tan complicado? ¿Qué mal ha hecho Jesús hasta ahora a las multitudes que le siguen? ¿Es una calamidad pública disminuir el número de los leprosos, de los poseídos del demonio, de los enfermos, de los paralíticos, de los mudos y de los ciegos?

Pretendéis que obre todos esos prodigios por poder del demonio, y habréis de concederme que sería caso extraordinario que el demonio expulsara del mundo a otros demonios. Si así es, tanto mejor. Dejadle que siga haciéndolo.

Acusáis a Jesús de blasfemo porque se llama Hijo de Dios, y evidentemente blasfema, si no es el Mesías. Pero si lo es, ¿quién de vosotros es capaz de probarme, con las Escrituras en la mano, que el Mesías no debe ser más que un hombre? Confieso que es muy difícil que un hombre pueda ser Dios. Pero hay en las Escrituras muchos pasajes, que podré citaros, que atribuyen al Mesías filiación divina. La cuestión es, pues, dilucidar si Jesús es el Mesías, o no.

Añadís que el Mesías debe ser rey y restablecer el reino de Judá; pero a mí me parece más que problemático que la evolución religiosa obrada por el Mesías deba ser al mismo tiempo evolución política. Que está llamado a reinar sobre las almas, y por ende, sobre las naciones, lo creo. Pero que deba ceñir espada y restablecer el reino político de Judá, lo dudo.

No parece tampoco ser ésta la obra que Jesús de Nazaret se propone. Cuando las muchedumbres han querido proclamarle rey, siempre se ha esquivado, declarando a cuantos quieren oírle que su reino no es de este mundo. Luego es el reino de las almas.

Y en este caso no veo por qué su predicación pueda fundir recelos a Roma.

Por otra parte, nosotros no estamos encargados de los intereses romanos. Dejemos al *Procurator* el cuidado de velar por ellos.

Concluyo que nuestra actitud respecto de Jesús de Nazaret debe ser la expectativa, la observación y el estudio. Añadid por complemento, si os place, la desconfianza, y proseguid el espionaje que habéis organizado contra él. No me opongo.

Llevad además la lucha, si os sentís con fuerza para ello, al terreno teológico, dogmático y moral, y yo la seguiré con vivo interés. Muchos de vosotros ya lo intentaron. Perseverad y reincidid. Habéis estudiado las Escrituras mucho más que él: tratad de persuadir al pueblo de que es un ignorante en la ciencia de Dios.

Este procedimiento será más humano, tan eficaz como el de darle muerte, y más digno de vosotros.

La situación, sanedritas, es grave, os lo repito, y hay que mirarla con la serenidad y circunspección propias de hombres sesudos y responsables.

No precipitemos los sucesos. El tiempo cura mejor que nadie la mayor parte de los males, singularmente en las crisis nacionales y religiosas.

Armémonos de paciencia, y pesemos con cuidado las razones invocadas por los amigos de Jesús de Nazaret en apoyo de sus pretensiones mesiánicas.

Que, resumidas, son estas:

1.º Se ha cumplido el tiempo para la venida del Mesías. En este punto las profecías son clarísimas, y os desafío a que me indiquéis como posible otra época cualquiera. Y ahora os pregunto: ¿hay entre nosotros, o entre nuestros conocidos, uno solo que se atreviese a procla-

marse el Mesías, sin provocar una universal carcajada? ¿Verdad que no? Jesús de Nazaret es el único que puede osarlo, y si su afirmación nos causa estupor, no nos mueve a risa. Porque al mismo tiempo que nos explica su doctrina, nos añade: «si no creéis en mis palabras, creed en mis obras».

¿Quién de nosotros puede decir otro tanto? ¿Quién puede presentar obras como las suyas, dando el derecho a deducir que es dueño de los elementos, de las fuerzas de la naturaleza, de la salud, de la vida, de la muerte?

»Y si lo rechazamos, tendremos que buscar otro porque no cabe duda de que el tiempo fijado por los profetas se ha cumplido.

»2.º Las profecías no solamente han designado la época de la venida del Mesías, sino que refieren desde hace siglos su vida y su muerte. En la vida del Nazareno hay, hasta hoy, muchos detalles que concuerdan con los relatos proféticos. Y si consumáis vuestros designios, vosotros mismos, contribuiréis a que se apliquen a Jesús hasta el fin las profecías relativas al Mesías, pues el género de muerte que le estáis preparando, es el predicho por aquéllas.

»3.º Le reprocháis el que dé testimonio de sí mismo. Pero reflexionad un momento, sanedritas: ¿reconoceríais a un Mesías que durante su vida mortal no reclamase ese título, y no afirmase su carácter mesiánico? ¿Comprenderíais un Mesías que a vuestras preguntas contestase: «no; no soy el Cristo»? Este testimonio que da de sí mismo. Jesús nos le *debe*, si es el Mesías verdadero. Está obligado a revelárnoslo. Todo, por supuesto, apoyando su testimonio en obras que demuestren su verdad. Y en este punto es en el que tenemos el deber de informarnos si miente o no.

»El otro día, en el templo, algunos de vosotros le interpelaron directamente en estos términos: «si eres el Cristo, decláralo abiertamente». A lo que contestó: «Os lo digo, y no me creéis.» Y entonces tomasteis piedras para lapidarlo. ¿Es esto justo?

Sanedritas: nuestro deber es investigar a fondo lo que hay de verdad en los orígenes de Jesús, en su vida, más particularmente en sus obras, que invoca como pruebas de su misión. Si su empresa es humana, caerá por sí propia. Si es divina, triunfará de todos vuestros esfuerzos.

Un silencio glacial acogió este discurso, que los fariseos y saduceos escuchaban temblando de rabia.

Los escribas se volvieron hacia Onkelos.

Aunque era uno de los miembros más jóvenes de la venerable asamblea, Onkelos no podía excusarse de dar su opinión.

Todos le sabían muy versado en la ley mosaica, y conocían sus sabios escritos, especialmente su comentario del Pentateuco en lengua caldea, que se hizo célebre y que aun hoy es leído entre los judíos.

Hablaba con asombrosa elocuencia no sólo en griego, su lengua nativa, sino en latín, caldeo y hebreo.

Devorado de ambición, orgullosísimo de su cultura intelectual y de su ingenio, se había ya creado una posición eminente en la Cámara de los escribas, y se le designaba como digno continuador de los Hillel y los Gamaliel.

Grande fué, pues, el interés con que todos se apercibieron a escuchar su discurso.

Empezó declarando que el mesianismo sería una evolución no solamente religiosa, sino también política, aunque gradual y pacífica.

Sin embargo, esta segunda misión del Mesías era, en su sentir, menos segura que la primera. Los textos proféticos no concordaban bien sobre este punto, y a veces esta parecían contradecirse.

Unos representaban al Mesías como un rey conquistador, otros como un hombre despreciado, ultrajado, escarificado, rebajado, perseguido, sujeto a toda clase de humillaciones y dolores.

De donde Onkelos deducía que la misión principal del Mesías había de ser renovar el judaísmo antiguo, infundiendo ideas nuevas en las creencias viejas.

«Ya conocéis, sanedritas, mi adhesión inquebrantable y profunda al monoteísmo judaico, y sabéis con qué ardiente convicción renuncié al politeísmo de mis padres.

Pero no ignoráis tampoco mi admiración por los grandes filósofos de Grecia. Sócrates y Platón han legado al mundo verdades fundamentales, que todas las naciones deberían aceptar, como las más sublimes alturas a que puede alcanzar el espíritu humano en sus relaciones con la divinidad.

La evolución religiosa cuya idea acaricio, y que el Mesías estaría encargado de cumplir, es la de crear un neojudaísmo, infundiendo las más ideales doctrinas de la filosofía griega en el monoteísmo.

«Semejante evolución renovaría las bases mismas de la sinagoga, y haría al sacerdocio más influyente y pujante que nunca, hasta el extremo de que pronto reduciría la dominación romana a una simple supremacía honoraria, arrancándole, no por las armas, sino por medio de una lucha completamente intelectual, las atribuciones de un pueblo independiente y libre.

«Tal debiera ser, en mi concepto, la misión del Mesías esperado, conquistador de inteligencias en Israel y en todas las naciones.

«Cuando supe todo lo que se decía de Jesús de Nazaret, me pregunté si éste sería el hombre designado por Dios para aquella misión.

«Observé, me informé, aguardé los acontecimientos y hasta quise, con algunos de mis compatriotas, obtener de él una audiencia. Su discurso nos causó honda desilusión. No habla la lengua de las escuelas, e ignora los métodos científicos y filosóficos. No es un sabio; es un Vidente, y lo que pasa por su espíritu son visiones, que se esfuerza por mostrarnos, pero nuestros ojos, acaso por demasiado débiles, no siempre las perciben.

Algunas de sus doctrinas parecen tomadas de nuestros grandes filósofos; pero él ni lo sospecha siquiera, y pretende que le vienen de su Padre. ¿A quién llama así? ¡A Dios!

Evidentemente el hombre es extraordinario; pero ¿quién es y qué quiere? Debiera decírnoslo claramente, y darnos que realice el ideal del Mesías que esperamos. El hombre que aspira a establecer me parece imaginario. Es el sueño de un iluso. El que quiere fundar una ciudad duradera, cuida de rodearse de colaboradores inteligentes y hábiles, busca el apoyo de hombres poderosos, que disponen de altos destinos, y hace brillar a los ojos de sus partidarios los honores, la fortuna u otros beneficios.

Jesús de Nazaret, por el contrario, ha escogido sus discípulos entre los ignorantes y los sencillos, en las clases más oscuras del pueblo. Lejos de conciliarse el apoyo de los depositarios de la autoridad y de los que poseen influencia o fortuna, los vilipendia y destruye su prestigio.

¿Y qué predica a los que le siguen? ¿La renunciación de todos los bienes de este mundo, el sufrimiento y la pobreza! ¿Qué les ofrece? ¿Un asiento en su reino imaginario en el país de los ensueños, en el reino que no se fundará hasta después de su muerte!

Todo esto es contrario a la razón humana, a las enseñanzas de la historia y a la experiencia de los siglos.

La obra del supuesto Mesías está, por lo tanto, condenada al más completo fracaso.

¿Quiere esto decir que debemos dejarle proseguirla? De ninguna manera. Toda organización o tentativa peligrosas deben reprimirse, aun cuando no ofrezcan probabilidad ninguna de éxito.

Jesús de Nazaret es enemigo declarado del sacerdocio, cuya autoridad mina, y cuyo prestigio destruye. Combate igualmente a los escribas, y refuta y escarnece su enseñanza y su interpretación de las Escrituras.

Esta doble guerra ofende, de rechazo, a la misma razón, y pienso que no debe tardarse en adoptar medidas contra el innovador. No digo que sea urgente decretar su muerte, pero hay que proveer a los medios de impedir la propaganda que hace entre el pueblo, y de poner fin a sus predicaciones subversivas del orden social y religioso.

El discurso produjo gran impresión en la parte menos exaltada del auditorio, y fué muy aplaudido.

Otros miembros del Sanedrín, sacerdotes y escribas, entre ellos el rabino Zadoc, Ismael ben Fabi y Helkias, tesorero del templo, hablaron sucesivamente. Incapaces de refutar el discurso tan sensato y conciliador de Gamaliel, se contentaron con denigrar a Jesús y hacer befa de los ingenuos y sencillos que le escoltaban, y refiriendo fábulas risibles, inventadas por sus discípulos. Causábales asombro que un hombre de la reputación de Gamaliel tomase en serio todo aquello.

Algunos insinuaron que la edad debilita siempre las más brillantes facultades, y que Gamaliel no habría incurrido en tamaño error cuando se hallaba en la plenitud de su gran talento.

Sólo Jonatás ben Uziel, sabio autor de las parátrasis caldeas sobre el Pentateuco y los Profetas, trató de oponer algunas razones a los argumentos de Gamaliel, pretendiendo que éste sólo podía atribuir el carácter mesiánico a Jesús, fundándose en las supuestas profecías de David.

«Ahora bien, añadió, vosotros sabéis que en mis estudios sobre los Profetas niego este título a David, y creo haber probado que es apócrifo el libro que corre como suyo.

Pero hay dos cosas que todos admiten: que el Mesías será de la raza de David y que debe nacer en Belén. Lejos de llenar esas condiciones, Jesús de Nazaret toma este nombre de la obscura aldea que le vió nacer, y sus padres, conocidos por todo aquel pueblo, son humildes obreros galileos. De otra parte, el que esperamos ha de ser un Mesías glorioso, un Mesías que, según dice Isaías «prosperará, crecerá, será exaltado y elevado soberanamente... y ante el cual se callarán los reyes»: En Jesús de Nazaret no veo ninguno de esos rasgos de grandeza.»

El príncipe Nicodemus, de la Cámara de los Ancianos, se levantó y dijo:

Ya sabéis, sanedritas, que soy fariseo y reconozco que Jesús de Nazaret nos dirige con frecuencia en sus predicaciones palabras durísimas, que me hieren tanto como a vosotros. Pero esto no obsta para que admire el genio transcendental de este hombre, y esté convencido, por sus obras, de que es cuando menos gran profeta y gran taumaturgo.

«Dícese que sus obras son fábulas, que sólo pueden hallar crédito entre los sencillos. Entonces yo soy uno de éstos. Pero antes de creer me he informado, y he interrogado tanto a los testigos del milagro como a los favorecidos por él.

«Habéis olvidado la curación del ciego de nacimiento? Aquí, a nuestras puertas tuvo lugar, pocos meses ha, y muchos miembros de esta asamblea abrieron un expediente para comprobar la exactitud de los hechos. Hicimos comparecer al que era ciego momentos antes y después veía, sus parientes, sus conocidos y los testigos del milagro, y a todos los interrogamos.

La prueba fué irrefutable. Muchos de nuestros colegas injuriaron al que debía la vista a Jesús, porque su declaración les desagradaba. Pero las injurias no son razones.»

«Seréis vos también galileo? interrumpió Eleazar, hijo de Annás.

Eleazar, respondió Nicodemus, no ignoro el sentido ofensivo que la palabra galileo tiene en vuestros labios; pero estoy muy por encima de vuestras ironías. No soy galileo, pero tampoco soy, como vos, sacerdote, ni hijo de gran Sacerdote. Yo no soy de los que viven de la religión, ni del templo, ni de las rentas que éste produce al sacerdocio. Por eso el triunfo de Jesús de Nazaret no puede ni perjudicarme ni favorecerme.

Sanedritas, todos sabéis que soy independiente por mi fortuna, y que no abrigo ambición alguna, ni política ni social. Si Jesús de Nazaret no es más que un hombre, nada puede hacer ni por mí, ni contra mí. Pero reconozco que puede mucho contra vosotros, escribas y

fariseos, y comprendo perfectamente la causa de vuestra animosidad. (Interrupciones y protestas.)

»Teméis una evolución religiosa, la institución de un nuevo sacerdocio, un culto nuevo que venga a abolir los sacrificios cruentos y a vaciar el Tesoro del templo. (Protestas.)

»Escuchadme hasta el fin. Iba a añadir que tenéis razón. Si; tenéis razón en temblar por vuestro porvenir. El nuevo sacerdocio ya está constituido, el nuevo culto se afirma; la redención religiosa ha comenzado y reúne ya gran número de adeptos.

»El nuevo sacerdocio reemplazará al antiguo; la predicación nueva, fundada en el espíritu y no en la letra de las Escrituras, amenaza formar el vacío en torno a vuestras cátedras, y nadie, escribas y fariseos, leerá en adelante vuestras paráfrasis y comentarios. (Murmillos.)

»El prestigio y la autoridad de todos vosotros corren peligro, lo reconozco, y si los sacrificios quedan abolidos, vuestras mesas, sacerdotes y pontífices, serán menos suculentas. (Interrupciones.)

»Esto es lo que veis de peligroso en los éxitos de Jesús de Nazaret, y de aquí que me explique muy bien vuestros deseos de deshaceros de él.

»Pero esa es precisamente una razón para que me considere en la materia juez más imparcial y desinteresado que vosotros. (Protestas.) Y para juzgar con pleno conocimiento de causa, propongo que abramos un expediente minucioso con objeto de profundizar los orígenes de Jesús y descubrir la superchería y el fraude, si es que existen.» (Clamores y tumulto.)

Entonces José de Arimatea, *vir probus*, aunque *non dicendi peritus*, habló con sencillez y dijo:

»El expediente aconsejado por nuestro colega Nicodemus, lo he empezado yo, por mi cuenta particular.

»Ya sabéis que poseo grandes propiedades en Belén y Nazaret, como en diferentes lugares de Judea y Galilea. Pues bien, al despachar mis asuntos personales en esos sitios, he tomado informes de Jesús de Nazaret.

En la última de esas poblaciones he descubierto, a propósito de Jesús, lo siguiente:

Jesús cuenta hoy 33 años. No nació en Nazaret, sino en Belén, durante una estancia que allí hicieron sus padres, en la época del censo de Quirino, que tuvo lugar, según sabéis, hace 33 años.

José, su padre, era oriundo de Belén, y según las ordenes de Roma, todos estaban obligados a inscribirse en el lugar de su origen. Por eso fueron a Belén José y María.

No faltan hoy en Nazaret habitantes de cincuenta a sesenta años de edad, que recuerdan perfectamente la salida de José y María, solos, para Belén, y su regreso, dos años después, con un hijo que tenía algo menos de dos años.

En aquel intervalo la familia había hecho en Egipto una estancia de más de un año. Esto es de pública voz y fama en Nazaret. Los otros miembros de la familia me han dado a conocer su genealogía, la cual prueba que tanto José como María descienden de la raza real de David.

Después fui a Belén, y en un lugarejo inmediato muchos pastores, mayores hoy de 50 años, me han referido los extraordinarios sucesos que allí se desarrollaron cuando nació el niño que después se llamó Jesús de Nazaret.

Estos son hechos de cuya exactitud podéis aseguráros como yo.

Luego las pretensiones mesiánicas de Jesús de Nazaret son justificadas en esos dos puntos: es de la raza de David, y nació en Belén, la patria del rey-profeta. Invoco a Jonatás ben Usiel a comprobar estos hechos.»

Los sanedritas se impacientaban, y un escriba gritó: «¡Ya entramos en la leyenda!»

Entonces se levantó el ex-gran Sacerdote, Annás, y con un ahogado de indignación, y tirando nerviosamente de su larga barba blanca:

Ya es tiempo, sanedritas, de poner término a esta escandalosa discusión. Nada prueba mejor la urgencia de

adoptar severas medidas contra Jesús de Nazaret que el hecho humillante de que haya encontrado defensores, y hasta hecho prosélitos, en nuestro mismo seno. La cuestión, a mi modo de ver, es sencillísima, y me coloco para juzgarla en el mismo terreno que los discípulos vergonzantes del falso profeta.

«¿Qué necesidad hay de expediente? Ya habéis oído la causa. Lo que quiere ese hombre es transformar la religión establecida, substituir un sacerdocio nuevo al antiguo, un culto nuevo al que hemos recibido de Moisés.

«¡Y los obcecados defensores del falso Mesías no ven que esa obra es criminal! Sí; tememos, como sacerdotes a ese innovador pérfido y astuto, porque quiere realmente abolir la ley, en vez de perfeccionarla; porque arruinando al sacerdocio arruinaría de rechazo la religión.

«No hay religión sin sacerdocio, y el enemigo de los sacerdotes es el enemigo de la nación.

«Somos los guardianes de la ley de Moisés. Es el código divino del género humano, y querer modificarla es un crimen. Es el arca de nuestra alianza con Jehová, y querer tocarla es cometer un sacrilegio. ¡Anatema al que ose destruir el Arca Santa! ¡Anatema al que se atreva a poner la mano sobre los ungidos del Señor! El que tal hiciese, ha vivido ya demasiado.»

A pesar de los aplausos que acogieron esta arenga fulminante, muchos escribas y fariseos vacilaban aún, y algunos propusieron abrir el expediente e infligir a Jesús de Nazaret el suplicio de la flagelación.

Pero Caifás gritó, fuera de sí:

«¡Estáis ciegos! ¿De qué serviría un castigo que dejara con vida al profanador impío y sacrílego que habla de destruir el templo? Es preciso que muera, bajo el peso de una doble sentencia, pronunciada por nosotros, representantes de Dios en la tierra, y por el representante del César, amo del universo.

«Es preciso que su muerte, rodeada de la infalibilidad y majestad de la ley, sea a la par ignominiosa, y de tal na-

talaleza que ahogue su prestigio en la humillación y el desprecio públicos.

Sea quien fuere, debe morir, para salvación del pueblo, y, según lo pide la ley romana, morir en la cruz.*

Para que se cumplan las profecías mesiánicas, se atrevió a decir Gamaliel.

No importa, replicó Caifás.

¿Y si es el Mesías? objetó Gamaliel.

¡Tanto peor para el Mesías! rugió Caifás.

Y yo digo, contestó Gamaliel: tanto peor para el pueblo judío.

Estas palabras promovieron verdadero tumulto en la angusta asamblea.

Gamaliel, Nicodemus, José de Arimatea y algunos otros, salieron del recinto.

Restablecido el orden, se acordó por unanimidad:

1.º Todo el que se atreva a sostener que Jesús de Nazaret es el Mesías, será separado de la sociedad judaica, excluido del templo y abandonado al demonio.

2.º Todo el que sepa dónde está Jesús de Nazaret, debe declararlo, para que el Sanedrín pueda prenderle.

Este decreto de execración (*Choorem*) era el segundo grado de excomunión en la ley judía.

El tercero (*Schammata*) implicaba la pena de muerte. Pero antes de proceder a él era indispensable prender a Jesús, y éste había salido de Jerusalén, por el camino de Efrein, hacia los confines del desierto.



Quarta parte

Lucha final y derrota del Hijo del hombre

I

TRIUNFO DE UN DÍA

Muchas veces, desde los comienzos de su vida pública, había Jesús suscitado el entusiasmo y las aclamaciones del pueblo.

Sus maravillosos discursos, sus espléndidos milagros, habían arrastrado en pos de sí a las masas, en los valles, en las montañas, en las orillas del lago de Genezaret, y hasta en las soledades de Perea.

En Jerusalén, no obstante, había encontrado enemigos tan numerosos como temibles. Los príncipes de los sacerdotes, los fariseos, los escribas, miembros del Sanedrín, le movían tal guerra, que el pueblo, intimidado, vacilaba ya en manifestar sus simpatías por el Hijo de David.

De aquí que sus apóstoles, sus discípulos, sus parientes y amigos se esforzasen por retenerlo lejos de la gran ciudad.

Pero se acercaban las fiestas de la Pascua, y de los más apartados lugares de Palestina salían caravanas, con dirección a Jerusalén.

Había llegado la primavera, derramando por doquier en aquel hermoso país flores, perfumes y torrentes de luz. Al principiar Abril los días eran ya muy calurosos, y las caravanas caminaban de noche al resplandor de las estrellas y de la luna nueva, cuyo creciente iba aumentando cada día.

Una mañana, Jesús, como intuitivamente, entró en el movimiento general: salió para Jerusalén, con sus discípulos, uniéndose a ellos numerosos peregrinos, que pronto formaron una gran caravana. La mayor parte de los hombres iban a pie, y muchas mujeres seguían en borriquillos.

Al medio día se hizo un alto prolongado a orillas del Jordán, a la sombra de las altas palmeras, y terminadas la comida y la siesta, se prosiguió la marcha. Las conversaciones languidecían, cesando casi por completo al acercarse la noche. Pero cuando el sol desapareció detrás de las montañas de Judea, y el disco lunar dejó ver su delicado perfil por encima de las anchas copas de las palmeras, todos prorrumpieron en aclamaciones: acababan de descubrir las almenadas torres de Jericó, que parecían escalar, por la derecha, las montañas de Judea.

Ya llegaban hasta ellos los perfumes de la ciudad de «los bálsamos y las rosas». El anfiteatro y el hipódromo, construídos por los romanos, dibujaban sus rotondas sobre los muros, y a la izquierda se abría la gran llanura bañada por el Jordán.

Jesús caminaba silencioso delante de sus discípulos, y éstos se comunicaban, en voz baja, sus impresiones. Acosados por siniestros presentimientos, se preguntaban qué iba a ser de su Maestro, si entraba en Jerusalén. Pero no se atrevían a interpellarle.

De improviso, Jesús, que leía en sus corazones, acortó el paso y les dijo:

Estamos subiendo a Jerusalén, y todo lo que los profetas anunciaron del Hijo del Hombre, va a cumplirse.

«Será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, condenado a muerte, puesto en manos de los gentiles, escarnecido, azotado, crucificado. Y resucitará al tercer día.»

¡Terrible respuesta a las mudas interrogaciones de sus discípulos!

De modo que la sentencia estaba dictada, aproximándose el desenlace del drama. Ciertó que el gran profeta había ya predicho otras veces el triste destino que le aguardaba; pero sus lúgubres predicciones no habían sido bien comprendidas, y sus admiradores se negaban a dar crédito al posible triunfo de sus enemigos. ¿Cómo un hombre tan extraordinario, que mandaba a los elementos, a las enfermedades, a la muerte, había de dejarse vencer, condenar, crucificar?

Y si le mataban, ¿quién establecería aquel reino de que les hablaba tantas veces?

No; no podía morir, y menos en aquel momento, cuando su obra apenas estaba bosquejada, y su misión poco más que iniciada.

Sin embargo la fúnebre profecía brotaba una vez más de sus labios, y ahora en términos claros, formales y precisos. El lamentable acontecimiento estaba próximo; era inminente.

Han empezado sus últimos días, y aquel es su último viaje. ¡Adiós, hermosa Galilea, país de su infancia; adiós, luminoso lago de Genezaret, cuyas orillas están pobladas de tantos recuerdos suyos! Hay que subir a Jerusalén, y el Hijo del Hombre debe morir. El decreto se ha dado. Tal es la voluntad de su Padre, y tal es la suya. Y va a morir porque lo quiere, y porque es preciso, pues sólo de su muerte puede brotar el renacimiento del mundo, y lavarse y purificarse el hombre en su sangre. Su tumba será la cuna del nuevo reino, y cuanto antes mejor. Porque en esa tumba no permanecerá más de tres días, y el género humano sólo puede revivir cuando él se alce de ella, viviente.

Apóstoles y discípulos quedaron sumidos en el estupor y la tristeza. En vano la resurrección predicha les abría

el alma a vagas esperanzas, pues no habían esperado el triunfo definitivo en aquella forma.

Pasar por la más ignominiosa de las muertes para llegar a la gloria, les parecía un camino por demás sombrío, y no comprendían las palabras del Maestro.

No comprendían que cada cosa tiene señalada su hora en los destinos de la Providencia, y que hay que saber aguardarla. Anteriormente Jesús había huído de Jerusalén, y aun de Galilea, cuando sus enemigos le buscaban para matarle, y mil veces se había escapado milagrosamente de sus manos. ¿Por qué? Porque su hora no había llegado todavía. Pero hoy se acerca, y, víctima voluntaria, va a entregarse de buen grado, yendo libre y altivamente al encuentro de esa muerte, que prevé y anuncia.

Sin embargo, quiere, antes de morir, dar a sus enemigos una prueba más de su poder, aun terrenal. Quiere demostrarles que el pueblo está con él y que si hubiese venido a la tierra para representar el papel de revolucionario y conquistador, hubiérale bastado con su voluntad. Contra su sola palabra y sus milagros, ¿qué podían hacer ni el sacerdocio judío, ni la sinagoga, ni siquiera la omnipotente Roma?

Pero todas las demostraciones de su poderío no abrirán los ojos de los sanedritas, los escribas y los fariseos. Hay un milagro que Dios no puede hacer—tal es su respeto a la libertad humana—el de curar los ciegos voluntarios. Sólo pueden curarse los ciegos que desean ver.

A orillas del camino que conducía desde la antigua Jericó a la ciudad nueva, había dos ciegos mendigos, que suspiraban hacía largos años por su curación. Cuando se acercó el cortejo, en medio de las aclamaciones populares, se oyeron sus gritos desgarradores: «¡Tened piedad de nosotros, Señor, hijo de David!

Jesús los mandó acercarse, tocó sus ojos y vieron.

Después continuó el camino, buscando un albergue para la noche. De repente, descubrió en un árbol un hombre, de pequeñísima estatura, que había trepado a las ramas de un sicomoro, para verle mejor.

«Zaqueo, le gritó; baja de prisa, que voy a alojarme en tu casa.»

Zaqueo era un publicano, recaudador del fisco, odiado de todos, y tanto más cuanto que era rico. Fué, por lo tanto, un escándalo para los judíos, cuando oyeron a Jesús pedirle hospitalidad, hallándose en la ciudad de los levitas y de los nobles, que tan orgullosos habrían estado de acogerle.

Pero Jesús sabía que Zaqueo, sin soñar siquiera en este honor, le había abierto ya su corazón, como estaba dispuesto a abrirle su casa. Así se lo probó con su generosa acogida, diciendo a la mañana siguiente a su huésped:

Señor, cedo la mitad de mis bienes a los pobres, y por todos los males que he hecho, devuelvo el cuádruple.

Desde muy temprano, la casa de Zaqueo fué invadida por el pueblo, alborotado con la llegada de Jesús y la curación de los dos ciegos. Gran número de personas quisieron acompañar al taumaturgo a Jerusalén, en la persuasión de que iba a obrar maravillas y restablecer el reino de Israel.

Por consiguiente, cuando salió para la ciudad santa, Jesús iba seguido de gran gentío. El camino, sinuoso, sube constantemente entre los destiladeros de las montañas, donde el sol concentra sus rayos, molestando a los viajeros que en raros parajes encuentran algo de sombra, y que necesitan ir muy despacio.

Por la tarde, en el momento en que se ocultaba el sol detrás del monte de los Olivos, Jesús, a la cabeza de la interminable procesión de peregrinos, subía la cuesta oriental, deteniéndose a pasar la noche en Betania, su predilecta, hospitalaria aldea, donde le esperaban.

Al día siguiente le obsequió con un gran banquete Simón, apodado el leproso, y entre los numerosos convidados figuraba Lázaro, el amigo íntimo de Jesús, resucitado pocas semanas antes. La serenidad de Jesús y su benevolencia para con todos, no pudieron quitar al banquete su aire grave y solemne. Aquel ejército de fieles sentía las mismas emociones que los soldados en vísperas

de una batalla. La sombra de los tenebrosos días que se acercaban, parecía cernerse ya sobre los circunstantes. Las facciones de Jesús revistieron un tinte de austeridad y tristeza cuando Judas, el infiel depositario de la bolsa común, se atrevió a criticar a Myriam por haber repetido la escena de Magdala, derramando un perfume de gran valor sobre los pies y la cabeza de Jesús. Entonces pronunció aquellas melancólicas palabras: «No contristéis a esta mujer por su buena acción: siempre tendréis entre vosotros pobres a quien socorrer, pero a mí no me tendréis siempre.» Y para dar a entender lo próximo de su muerte, añadió: «Ha derramado este bálsamo sobre mí como para mi entierro.»

En aquellos días Jerusalén se llenaba de peregrinos que afluían de todos los rincones de Judea, de Galilea y hasta de Samaria, para celebrar la Pascua. Cerca de un millón de forasteros llenaban las calles y plazas públicas, aglomerándose principalmente en los pórticos y atrios del templo, y gran número de ellos buscaban por todas partes al Profeta. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había llegado todavía? ¿Acaso no pensaba asistir a la gran fiesta?

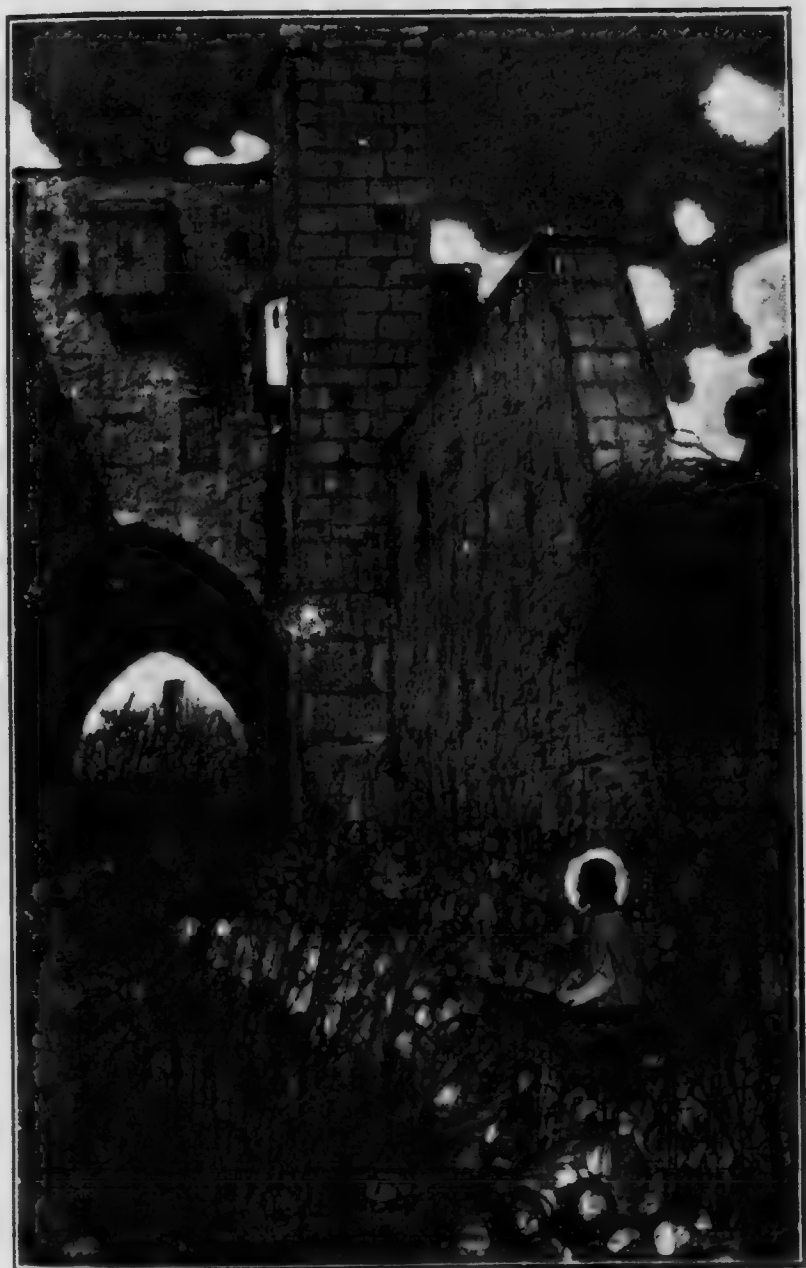
Por fin circuló la noticia de su venida: «Llegó el viernes por la noche a Betania, pasó allí el sábado, asistiendo a un gran banquete, y aquella mañana debía tomar el camino de Jerusalén.»

La multitud se disolvió, abandonando el templo, y bajando en numerosos grupos al valle del Cedrón, o subiendo la pendiente del Monte de los Olivos, para ir a su encuentro.

De repente oyéronse lejanas aclamaciones, y en el lugar donde el camino flanquea la cima del monte de los Olivos, se formó una larga y numerosa procesión.

Hubiérase dicho que un río humano se despeñaba de las alturas. A la cabeza iba el Profeta, lentamente, vestido de blanco y montado en un asno del mismo color. La inmensa multitud le seguía cantando y prorrumpiendo en gritos de entusiasmo. A orillas del camino otras multitu-

las
ido
in-
en
tu-





des agitaban palmas, banderolas y pabellones, cubrían de hojas y de vestiduras el camino que hollaba la montura del Salvador, y atronaban los aires con clamores de triunfo: «¡Hosana, hosana! ¡Gloria al hijo de David! ¡Bendito sea el rey de Israel! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Hosana, hosana!»

En un instante las murallas de la ciudad que dan frente al monte de los Olivos, las plataformas de los bastiones y de las torres, los inmensos pórticos de Salomón y las azoteas del templo, se habían cubierto de espectadores que miraban el interminable y estruendoso cortejo bajando por el valle de Josafat y subiendo la escarpada pendiente que conduce a la puerta de las Ovejas.

Apoyados en la balaustrada de la terraza que corona la puerta dorada del templo, Nicodemus y Gamaliel contemplaban el espectáculo con alegría y estupefacción, y el último recitaba a su amigo la profecía de Zacarías: «Regójate, hija de Sión! ¡Prorrumpe en gritos de júbilo, hija de Jerusalén! Ahí tienes a tu rey, que viene a ti, y que, humilde y manso, te trae la salvación: va montado, como un pobre, en el pollino de una borriquilla.»

En lo alto de la torre Antonia, el Centurión, con Claudia y Camila al lado, los soldados romanos y los guardias del palacio de Pilatos, miraban también, y algunos oficiales veteranos, que habían presenciado el triunfo de Augusto en Roma, decían entre sí: «Este es el verdadero triunfo popular, espontáneo y no convencional, ni organizado a precio de oro, como los triunfos de los grandes generales romanos. Y los que siguen no son infelices vencidos, sentenciados a muerte, maldiciendo su destino y a los triunfadores. Son los innumerables favorecidos, a los que ha dado la felicidad, curándoles de sus achaques y enfermedades.»

Cuando el cortejo triunfal franqueó las murallas y se dirigió al templo, algunos fariseos, celosos y furibundos, atravesaron la multitud y se encararon con Jesús, diciéndole: «Maestro: manda callar a tus discípulos.» A lo que

Jesús, con imponente y serena majestad, replicó: «Si éstos se callan, hasta las piedras gritarán.»

La exasperación de los fariseos aumentaba en la misma medida que el entusiasmo popular, y la manifestación iba tomando proporciones inquietantes para la sinagoga y el sacerdocio judío.

La ciudad entera se estremecía, saliendo de sus casas las gentes más pacíficas para preguntar de dónde venía aquel triunfador.

Y la multitud repetía: «¡Es el Mesías, el Profeta, Jesús de Nazaret! ¡Hosana al hijo de David!»

Así entró en el templo, como un Soberano en su palacio, y cuando la efervescencia se apaciguó un tanto, dejó oír al pueblo su palabra maravillosa. Después devolvió la salud a unos lisiados y enfermos que se le presentaron, y cuando se acercó la noche, emprendió tranquilamente, con sus apóstoles, el camino de Betania.

Ningún otro triunfo había jamás agitado tanto la ciudad santa, y ninguna inteligencia humana hubiese podido prever que era el último, y que la batalla, próxima a reanudarse, concluiría, para el omnipotente triunfador, con una derrota definitiva y completa.

II

ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

Extraña contradicción de la naturaleza humana. Siente invencible necesidad de lo divino, y al mismo tiempo lo odia, porque la cohibe.

Sólo que su odio es únicamente para el Dios verdadero, y cuando puede derribar sus altares, improvisa falsos dioses, que esos en nada la cohiben, antes bien lisonjean sus malas pasiones.

Tales eran los dioses de los griegos y de los romanos, personificación de vicios más que de virtudes

Mil veces se manifestó esa doble tendencia de la naturaleza humana en el pueblo judío, de modo más claro aún que en los demás pueblos.

Cuando rechazaba a Jehová y sus profetas, fabricaba ídolos. Después volvía a asaltarle la necesidad del Dios verdadero, y rompía aquellos ídolos para tornar al culto de Jehová. Pero su odio nunca fué profundo sino contra Dios.

Esa perversa inclinación del género humano, podría explicar, hasta cierto punto, el por qué tantos judíos se convirtieron en enemigos encarnizados de Jesús, que pasaba la vida haciendo bien, y por qué le combatieron, ora en nombre de la religión, que ellos no practicaban, ora en nombre del César, cuyo yugo eran los primeros en querer sacudir.

Pero los más implacables enemigos de Jesús no estaban en las filas del pueblo, sino que pertenecían a las clases directoras y representaban la autoridad religiosa, la ciencia y la riqueza.

Es decir, formaban el poderoso cuerpo llamado el Sanedrín, compuesto de los sacerdotes, los escribas y los ancianos. Los primeros constituían una aristocracia orgullosa y adulada, intolerante por espíritu de casta, y que perseguía ávidamente los honores, los empleos y los beneficios anejos a las funciones sacerdotales.

Los escribas eran los doctores de Israel, intérpretes autorizados de las Escrituras, y aunque menos poderosos que los sacerdotes, ejercían, no obstante, mucha influencia en la opinión.

Los ancianos del pueblo debían su ascendiente a su posición social y a sus riquezas.

Basta reflexionar un instante para comprender que Jesús había de encontrar enemigos en esas tres Cámaras del Sanedrín. No podía esperar que le acogiera benévola-mente un sacerdocio que iba a abolir.

Los escribas, infatuados de su ciencia, y convencidos

de que el Mesías, cuando llegase, recurriría a ellos para establecer su reino, no podían tampoco abrigar simpatías por aquel nazareno que se rodeaba de ignorantes y escogía los futuros jefes de su Iglesia entre los pobres pescadores de Galilea.

En cuanto a los ancianos, forzoso era igualmente que dispensasen mala acogida a un reformador que predicaba el desprecio de las riquezas y los honores.

Además, durante aquellos tres años de predicación pública, ¿cómo había tratado a todos aquellos personajes, llenos de orgullo, que iban a juzgarle?

¡Cuántas veces había humillado a los sacerdotes fariseos probando al público que ni conocían ni observaban la ley de Moisés!

¡Cuántas veces había convencido a los escribas de ignorancia, burlándose de su supuesta ciencia!

¡Cuántas veces había clamado: «¡Desdichados los ricos!»

Y ahora esos ricos, esos supuestos sabios y esos sacerdotes corrompidos, iban a juzgar su vida y sus enseñanzas.

¿No es esto decir que estaba, de antemano, condenado?

Pero ¡qué espectáculo más conmovedor el de una lucha empeñada entre la sinagoga y Jesús!

De un lado el interés, la envidia, los celos, el odio, la hipocresía, la intriga, el maquiavelismo.

Del otro la rectitud, la franqueza, la benevolencia y la caridad.

La sinagoga tiende lazos al nuevo profeta, cuenta con afiliados que le siguen a todas partes, le observan, le interrogan y comunican cuanto hace y dice a los príncipes de los sacerdotes.

Dirígenle las más insidiosas preguntas, ya para comprometerle a los ojos del César, representándole como

rebelde, ya para ponerle en contradicción con las Escrituras, y que aparezca como violador de la ley de Moisés.

Jesús conoce sus planes perversos y deicidas, y sin embargo, por espacio de muchos días trata a esos hombres con bondad conmovedora. Aun intenta ilustrarlos, y sobre todo mostrarles el abismo a donde caminan. Acumula las parábolas para que comprendan que les trae la salud y la vida, que a ellos, antes que a nadie tiene misión de ofrecerles; pero que si las rechazan, las ofrecerá a los gentiles, que son los que recogerán la cosecha.

Y no sólo los gentiles se convertirán en herederos de las promesas divinas y poseerán aquel reino que Jesús venía a fundar en la tierra, sino que si los judíos la menosprecian y reprochan serán cruelmente castigados y su cetro se les arrebatará para siempre.

El día de sus últimas predicaciones ha lucido, y los ecos del templo van a oír sus postreros llamamientos a aquel pueblo endurecido, que tiene oídos y no quiere oír.

En la luminosa parábola de las bodas, todavía procura persuadirles de que el rey supremo de las naciones, su Padre, le ha enviado a la tierra para celebrar sus misterios desposorios con el género humano, que ellos, los judíos, han sido los primeros convidados al banquete, y que no sólo han desdeñado la invitación, sino que han despreciado, maltratado y hasta matado a los servidores del príncipe, que eran los profetas. Por eso el rey, lleno de indignación, mandará a sus soldados que exterminen a los asesinos y arrasen su ciudad, y enviará nuevos servidores, que recorran las calles y conviden a las bodas a cuantos encuentren, o sea a todos los pueblos.

En otra parábola, deslumbradora como verdad histórica, Jesús representa a su Padre como un jefe de familia, propietario de una hermosa viña, rodeada de murallas, protegida por una torre y provista de todo lo necesario para su explotación. Llama a viñadores escogidos, y les alquila aquella viña, que le es muy cara, para que la cultiven mientras él viaja por lejanas tierras.

De cuando en cuando, al llegar la estación de las vendimias, envía a sus servidores a reclamar sus productos, y los viñadores los colman de injurias, los insultan, les pegan, y apedrean a unos y matan a otros.

Entonces el Padre de familia envía a su propio hijo, y los viñadores, al verle venir, se dicen: «éste es el heredero: démosle muerte». Y se la dan.

— ¿Qué hará el padre de familia? pregunta Jesús.

— Castigará sin piedad a esos miserables, responden, y alquilará la viña a otros.

Eso, precisamente, dice Jesús.

Los judíos no comprendieron que ellos eran esos viñadores homicidas, que se preparaban a matar al hijo del Padre de familia.

Como aquellos llamamientos apremiantes, que tan claramente muestran la justicia y la misericordia de Dios, no despiertan eco alguno en sus corazones corrompidos, cambia Jesús de lenguaje, para ver si el anatema surtirá mejor efecto en aquellas almas empedernidas. E irguiéndose en su presencia como un juez irritado, les grita:

«¡Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os habéis apoderado de la llave de la ciencia, y no la usáis más que para cerrar con ella a los hombres el reino de los cielos! No entráis vosotros, y no permitís que entren los demás.

»¡Ay de vosotros, que saqueáis las casas de las viudas!...

»¡Ay de vosotros, que pagáis el diezmo por una hoja de menta, de anís o de comino, y atropelláis la justicia, la misericordia, la buena fe! ¡Guías ciegos, que filtráis el agua para no tragaros un mosquito, y os engullís un camello!

»¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os parecéis a sepulcros blanqueados, bellos por fuera, y por dentro llenos de huesos y podredumbre!...

»¡Colmad la medida de vuestros padres, serpientes! ¡Raza de víboras! ¿Cómo evitaréis la condenación de la Gehena?

Yo mismo os envío profetas, sabios y doctores. Matáis a los unos, crucificáis a los otros, los azotáis en vuestras sinagogas, los perseguís de ciudad en ciudad, a fin de que toda la sangre inocente derramada en la tierra venga sobre vosotros, desde la sangre del justo Abel hasta la de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien asesinasteis aquí mismo, entre el templo y el altar. En verdad os digo que todos esos crímenes caerán sobre la presente generación.

¡Jerusalén, Jerusalén! ¡Tú, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido recoger a tus hijos, como la gallina a sus polluelos bajo las alas! ¡Y tú no has querido!

En adelante vuestra casa estará desierta, porque os repito que ya no me veréis hasta que digáis: ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!*

Ni aquellos tiernos lamentos, ni estas vehementes maldiciones, las más terribles que el templo oyó jamás, conmovieron el corazón de los judíos.

Era aquél el último llamamiento de Dios, y el pueblo de Dios no le atendió.

III

DESPEDIDA AL TEMPLO

En la conmovedora peroración del último discurso de Jesús en el templo, anunciaba tres grandes sucesos: su muerte, su segundo advenimiento y la destrucción del templo.

Su muerte era inminente, pues sólo le quedaban tres días de vida. Los escribas y fariseos que la maquinaban, aunque no tan seguros del hecho como él mismo, debieron comprender que estaba dispuesto a morir cuando les dijo: no me veréis más*.

¿Comprendieron igualmente el anuncio de su segundo advenimiento? Lo probable es que no, pero aunque lo comprendiesen, no lo creyeron.

Entonces Jesús se sentó, guardando profundo silencio, y paseó sus miradas por aquel templo, donde se habían deslizado tantos días de su vida terrenal.

Recordó su primera visita, cuando a la edad de doce años predicó ya a los doctores de Israel. Muchas veces había vuelto a aquella casa de su Padre, ora para la fiesta de Pascua, ora para la de los Tabernáculos; pero hasta los 30 años no había roto el silencio, contentándose con orar y aguardar el día designado por él mismo para empezar su ministerio.

Durante los tres años transcurridos, ¡cuántas veces se había dejado oír en aquella casa, que era la suya, por ser la «casa de Dios»!

Allí habían acudido con frecuencia multitudes desde los remotos confines de Galilea y Samaria para verle y escucharle. Allí había con frecuencia explicado y comentado las Escrituras en presencia del pueblo y del sacerdocio judío, refutando los sofismas de éste y desenmascarando sus hipocresías.

Sus triunfos oratorios no habían dejado en él huella alguna, porque no tenía la vanidad de los oradores, pero se acordaba de las almas de buena voluntad que se habían abierto a la luz y creído en sus enseñanzas.

¡Cuánto amaba aquel templo, edificado por su antepasado el rey Salomón, y que representaba la fe de las generaciones muertas!

Por eso había, por dos veces, expulsado de su recinto, a latigazos, a los traficantes judíos que habían instalado sus tiendas en el patio de los gentiles y en los pórticos.

Jesús amaba, sobre todo, las hermosuras de la naturaleza, y las más pujantes imaginaciones poéticas no podrían reproducir sus misteriosos coloquios con aquella creación, obra suya, que no había, como el hombre, faltado a su misión.

Pero amaba también las obras del ingenio humano,

chispa brotada de la inteligencia divina, cuando los esfuerzos de ese ingenio tendían a la glorificación de su Padre, y no cabe duda que a su cariño por el templo iba unido un sentimiento de admiración hacia las bellezas arquitectónicas del edificio.

Por eso paseaba sus miradas por las largas columnatas que rodeaban los atrios, por los anchos arcos de los pórticos, formados de bloques de mármol blanco y rojo, por los pilares coronados de guirnalda de dorados racimos.

Admiraba las majestuosas puertas chapeadas casi por completo de ricos relieves de oro y plata. Sus ojos vagaban desde el alto frontón de los peristilos a la curva de las arcadas y a los grandes arquitrabes, por los que corrían bordados orientales esculpidos en el mármol. Los atrios se elevaban, los unos por encima de los otros, a medida que se acercaban al Santo de los Santos, unidos entre sí por escalinatas de mármol, y aquella serie de edificios superpuestos, con sus dobles o triples filas de columnas laterales, subía como una escalera de gigantes hasta el Santo de los Santos, y a todos coronaba como una cúpula de marfil revestida de un techo de oro.

Cada atrio tenía su categoría especial de visitantes, y las de los atrios superiores dominaban a los inferiores. Abajo los gentiles, encima los judíos, más arriba las mujeres, más alto aún los sacerdotes, y al final el Santo de los Santos, reservado al gran Sacerdote exclusivamente.

«Todo aquel conjunto del templo exterior, escribe Champagny, del templo interior y del santuario formando construcciones rectangulares, incrustadas las unas en las otras, estaba lleno de esplendor y dignidad.

«A la salida del sol, cuando de lejos aparecía en la alta montaña el santuario, erguido en cien codos sobre las dos filas de pórticos que formaban su doble recinto, cuando el día lanzaba sus primeros resplandores sobre aquella fachada de oro y mármol blanco; cuando centelleaban las mil doradas agujas que coronaban su techum-

bre, parecía como una montaña de nieve que iba, poco a poco, iluminándose y encendiéndose a la rosada luz de la mañana.

»Los ojos se deslumbaban, el alma se recogía, la piedad brotaba del fondo del alma, y hasta los paganos se prosternaban.»

Jesús parecía absorto en la contemplación de aquella obra maestra del arte humano, y una gran tristeza invadía paulatinamente su alma.

Miraba todos los ornatos y riquezas del monumento, sus maderas odoríficas, sus mármoles de gran precio, su bronce, su oro, su plata, sus piedras preciosas, pero en la multitud que circulaba entre tantas bellezas ¡cuántas fealdades morales, cuántas manchas ocultas, cuántos vicios bajo la apariencia de virtud!

Por eso aquel hermoso templo sería destruído: las prevaricaciones de los judíos atraían sobre él los rayos de la cólera divina.

El silencio de Jesús se prolongaba, a la par que se acrecentaba su tristeza. El porvenir se le presentaba patente, y veía realizarse todos los horrores del sitio de Jerusalén por Tito, y todas las desolaciones que iban a ser compañeras de la destrucción del templo.

Sus discípulos se le acercaron y para apartarle de sus sombríos pensamientos le hicieron admirar las colosales piedras que servían de cimiento al edificio, y le aseguraban largos siglos de existencia.

—En verdad, respondió Jesús, que de toda esta construcción monumental no quedará piedra sobre piedra.

Entonces el Maestro se levantó, y vuelta la espalda al templo tomó el camino que baja hacia el Cedrón.

Sus discípulos le siguieron en silencio.

La predicción contenida en estas palabras: «vuestra casa quedará desierta», empezaba ya a cumplirse. El templo dejaba de estar habitado, pues Dios había salido de él para no volver nunca. ¡Concluyó su gloria! Nadie acudiría a sus solemnidades, y cuando, consumido por el fuego, se derrumbe, será inútil que se intente reedificarlo.



Seguido siempre por sus discípulos, Jesús costó las paredes del huerto de Gethsemaní, pensando que allí padecería, dentro de dos días, las torturas morales de la más cruel agonía.

Llegado a la cima del monte de los Olivos, se volvió hacia Jerusalén y se sentó en una piedra, a orillas del camino.

Toda la ciudad santa se desplegaba ante sus ojos, pero la visión de sus miradas de profeta abarcó entonces la tierra entera y todo el género humano.

Sus discípulos quisieron saber cuál era aquella visión formidable, que dilatava extraordinariamente sus ojos.

Jesús levantó entonces una punta del velo que les ocultaba el porvenir, y en un cuadro conmovedor, grandioso y terrible, aunque envuelto todavía de cierto misterio, les describió dos formidables catástrofes: la primera, que haría perecer a Jerusalén y al pueblo judío; la segunda, más importante aún, que produciría el fin del mundo, y concluiría con su último advenimiento.

Los discípulos escuchaban estupefactos; pero Jesús les consternó todavía más añadiendo: «Dentro de dos días se celebrará la Pascua, y el hijo del Hombre será entregado, y puesto en cruz.»

IV

VISIONES DE AURORA

El martes 4 de Abril del año 783, fué cuando Jesús se despidió del templo.

No volvió a Jerusalén el día siguiente, pero fácil es representarsele saliendo de Betania al amanecer del jueves 6 de Abril, y subiendo la cuesta que conduce a lo

alto del monte de los Olivos, su oratorio predilecto. Las montañas son como escabeles de sus pies, y como altares que la naturaleza eleva hacia el cielo, y parece que desde ellas la oración sube más fácilmente hasta Dios. Por eso Jesús solía retirarse a las montañas para orar.

Pero aquel día no sólo le llamaba a ellas la oración, sino que quería contemplar por última vez, desde las alturas, las bellezas de la gran ciudad que amaba tanto y que le había desconocido, y las magnificencias de la tierra, obra de sus manos, que iba a abandonar, después de haber sido intérprete suyo cerca del Creador.

De cuando en cuando se detenía, y se volvía hacia la parte de Oriente, para ver avanzar el alba. No era todavía la aurora, mensajera del sol, y la línea del horizonte apenas blanqueaba por encima de las montañas de Moab; pero ya sus pálidos destellos dibujaban las crestas de los montes y las profundidades de los despeñaderos.

Aquel país pintoresco y quebrado ofrecía la exacta imagen de su pueblo, que había conocido sucesivamente las alturas de la gloria y los rebajamientos de la derrota. ¡Cuán elocuentemente simbolizaba su ruina definitiva aquel amontonamiento de montañas precipitándose con gigantesco tumulto hacia el mar Muerto, mientras que en el fondo del profundo valle el Jordán se desarrollaba como una cinta de plata, para ir a perderse en el mismo abismo!

Pronto las blancuras del alba empezaron a teñirse de rosa y de naranja.

El cielo desplegó su azulada vestidura, y bañó sus franjas en la sangre de Moab. Todo el horizonte enrojeció, y después se inflamó, y la tierra, despertada por el incendio, entonó la alegre canción de la vida, mientras que el cielo continuaba su eterno hosana en honor de la divinidad.

El Hombre-Dios continuó subiendo, y pronto llegó a lo alto de la montaña. A su izquierda, a lo lejos, la claridad matutina le enseñó los muros de su pueblo natal, y los campos de los pastores que le habían adorado en su cuna.

Enfrente, toda la ciudad Santa, la ciudad de las ciudades, desplegó sus almenadas murallas, sus bastiones formidables y sus altas torres. Sólo le separaba de ella la honda trinchera del Cedrón, que iba a unirse con el sombrío barranco de la Gehena.

En la cima del monte Sión descubría, levantando sus cabezas, como hermanas gemelas enlutadas, las torres del palacio de David y la cúpula de su sepulcro. Más cerca, encima de las murallas, los rayos de la aurora acariciaban los admirables pórticos de Salomón, y teñían de rosa las blancas columnatas de mármol. Los frontispicios se iban abriendo, los unos encima de los otros, a las claridades de la mañana, y la cúpula del Santo de los Santos cubría los vastos edificios del templo, como una corona de oro y pedrerías.

Pero ninguna de las bellezas de la gran ciudad regocijaba sus ojos. Aquello era el campo estéril donde, sembrador augusto, había arrojado en vano la semilla divina, que, caída en la roca, no había germinado.

En torno suyo, la naturaleza, menos ingrata, celebraba su presencia. Todo sonreía en la fiesta de primavera que iluminaba la aurora.

En los verdes céspedes las violetas exhalaban su fragancia, y los ciclámenes levantaban sus rojas crestas, como otras tantas banderolas de victoria.

Las margaritas y gramíneas tapizaban el suelo, y derramaban sobre sus pies aromas, como Magdalena.

Grandes tulipanes amarillos le abrían sus cálices dorados, en donde centelleaban las lágrimas de la noche, como para hacerle olvidar el amargo cáliz que los hombres le preparaban.

Los lirios y las anémonas rivalizaban en esplendor y belleza para presentarle sus homenajes.

Todo el oriente desplegaba sus magnificencias para honrarle, y los árboles, las plantas, las flores le hablaban un lenguaje que ningún otro hombre podía comprender.

En vísperas del mayor luto de la naturaleza, todos los seres que la componen continuaban cantando y sonriendo,

como si comprendiesen que el día del gran dolor iba a ser también el de la salvación del mundo.

Jesús oía aquel himno universal de la creación, comprendiéndolo mejor que todos los poetas que han intentado traducirle en lengua humana, incluso el rey-profeta, que ha sido su más perfecto intérprete.

Porque el Verbo de la Creación era El: Él el gran compositor de las armonías de la tierra y del cielo.

Las figuras, los símbolos, las analogías que crean relaciones entre lo real y lo espiritual, entre lo sobrenatural y la naturaleza, no tenían para El secreto alguno.

Y si las maravillas de nuestro universo forman una escala luminosa que permite al espíritu humano subir hasta Dios, ¡qué prodigiosas ascensiones debía hacer en ella la inteligencia de un hombre que era Dios!

Para los poetas adoradores del Dios verdadero, la naturaleza es como un velo que tamiza los rayos de la divinidad, cuyo esplendor demasiado vivo heriría nuestros ojos mortales. Forma como la trama del Cantar de los Cantares, a través de la cual el alma humana contempla a su bien amado.

Mas para la mirada de Jesús la transparencia del velo era maravillosa, y las mallas del tejido no alteraban en nada los resplandores de la visión beatífica.

¡Qué hermosa era aquella aurora de su último día en la tierra! Pero la sombra de la muerte empañaba ya sus esplendores, y la tarde de aquel espléndido día sería también la tarde de su vida.

Sin duda la naturaleza le brindaba en aquel momento el homenaje de todo lo que produce de más hermoso como forma, como color, como dibujo, como aroma, como movimiento, como vida. Pero la tierra no se levantaba hasta él más que para atraerle a su seno. Antes de sepultarle le prodigaba aquellos homenajes.

Pocas horas más, y ya nadie volvería a verle. Como el sol, obra de su manos, iba a desaparecer del horizonte terrestre.

Al día siguiente, a la hora en que el cielo inunda la tierra de sus claridades, Jerusalén quedaría sumida en espesas tinieblas, y él mismo, clavado en una cruz, en lo alto de aquella colina que se veía más allá de la puerta de la Justicia, entraría en la noche que los hombres llaman eterna.

Sólo que para él aquella noche sería apenas un eclipse, y muy pronto cedería el sitio a la verdadera aurora, a la aurora que nunca tiene fin.

En sus visiones pasajeras, los profetas lo habían anunciado. David ya había predicho el río de luz que invadiría el mundo, *a solis ortu usque ad occasum*.

Jesús vislumbraba ya aquella eterna aurora, a través de la noche profunda en que iba a entrar. La veía nacer, crecer, agigantarse, e inundar con sus claridades no sólo la morada de los vivos, sino la de los muertos.

En aquel valle de Josafat que se extendía delante de sus ojos y cuyas tierras nunca se removían más que para sepultar muertos, su luz iba a penetrar en medio de aquellos despojos humanos, y a infiltrarles nueva vida.

Desde el asilo de los muertos, sus rayos iban a proyectarse hasta los confines de los horizontes celestiales, y a procurar al fin la visión de Dios a los justos, confinados en la misteriosa cárcel de los Limbos.

Aquel glorioso despertar de los días tenebrosos, aquel próximo triunfo del gran vencido, era lo presente para la mirada de Jesús, que podía ya exclamar:

«No soy yo el que va a morir, sino el mundo antiguo. Jerusalén, patria de mis padres. Roma, la gran prostituta, que pervierte a las naciones.

Allá abajo, en las márgenes del Tíber, veo ya alzarse un trono para mi apóstol Pedro, transformado en rey inmortal. Y en la más alta colina de la gran ciudad en que florece el culto de Juno, la falsa madre de los falsos dioses, veo levantarse un suntuoso templo en honor de la Madre venerada, la madre del Dios verdadero.

«En todas partes, en todas las playas, en medio de las ruinas de los más poderosos imperios, y hasta en el fondo

de los desiertos, veo germinar la semilla que he lanzado a la tierra, y producir portentosas cosechas.

»En todas partes veo elevarse suntuosos templos consagrados a mi culto, y crecer una civilización que llevará mi nombre. Esa, ésa es la verdadera aurora, que iluminará todos los siglos.

»Daos prisa, judíos: extendedme pronto en esa cruz, signo hoy de ignominia, y que será mañana estandarte de victoria y poderío.»

V

LA NOCHE TERRIBLE

Cumplíase el aniversario mil y quinientos de aquella sangrienta noche en que Dios bajó a la tierra de los egipcios para matar a todos los primogénitos, y en que el mar Rojo se tragó a Faraón con su ejército.

El día principió con una fiesta, y concluyó con una tragedia. La primera escena fué un doble banquete, y la última una sentencia de muerte.

En el banquete eucarístico, milagro de amor, fué a sentarse el espectro de la traición, más horrible que el de Banquo, pudiendo aplicarse a Judas lo que Shakespeare ha dicho de Macbeth, que aquella noche mató al sueño, para él y para su rey.

En toda la historia del género humano no hay otra noche en que el hombre haya aparecido más digno de odio, ni Dios haya dado mayor prueba de su amor.

Dios se hizo carne y bajó a la tierra para enseñar al hombre todas las verdades, para expiar todos sus crímenes, para darle ejemplo de todas las virtudes, para librarle del yugo del demonio y asegurar su eterna felicidad.

dad. Probó su divinidad de mil maneras diversas, y obró milagros, que eran otros tantos beneficios.

Todo aquello sólo le ganó algunas almas escogidas que vivían en la obscuridad. Los gobernantes, las clases dirigentes, el sacerdocio, la masa, no sólo se negaron a reconocerle como Dios, sino que le odiaban y se preparaban a matarle.

Jesús lo sabía, había predicho su muerte, y la esperaba, sin querer hacer nada para evitarla. Los príncipes de los sacerdotes se hallaban reunidos para organizar la ejecución de su proyecto deicida, y sólo esperaban a Judas.

Parece que para salvar al género humano Jesús ya no podía hacer más que derramar su sangre hasta la última gota, como iba a suceder poco más tarde, y que todo había concluido. El hombre saciaría su odio, y el amor de Dios, llevado hasta morir en la cruz, quedaría satisfecho.

Pero no: no había concluido todo. Aún faltaba a Jesús realizar un milagro, el mayor de todos sus milagros de amor, y el más prodigioso de todos los milagros de su poder.

Quiso que el hombre, después de matarle, le pudiera obligar, por decirlo así, a quedarse por siempre al lado suyo. Quiso más todavía, y llevando el amor y el poder de un Dios hasta los más extremos límites, hizo de suerte que el hombre pudiese, cuando quisiera, y para todos los siglos que dure el género humano, alimentarse de su carne y de su sangre.

Aquel milagro de los milagros lo realizó instituyendo la Eucaristía.

El traidor Judas tuvo la audacia de sentarse en aquel banquete divino, pero desde aquel instante cesó de pertenecerse, y el demonio tomó posesión de su alma.

Cuando salió, alegando un pretexto cuya falsedad no se ocultaba a Jesús, pero en realidad para concluir de entenderse con los príncipes de los sacerdotes sobre la prisión de su Maestro, hubo un momento de silencio y estupor, hasta que Jesús tomó de nuevo la palabra,

abriendo, por última vez, su corazón a sus discípulos. Todos compartían su emoción y su tristeza.

Les anunció que iba a abandonarlos, que no podían seguirle a donde iba, para prepararles un sitio, pero que volvería, y más tarde todos podrían seguirle.

Les dió este nuevo mandamiento: «Amaos los unos a los otros, como yo os he amado. En ese amor se reconocerá que sois mis discípulos.»

Después dijo, levantándose de la mesa: «salgamos de este lugar.»

El sacrilegio de Judas había profanado el cenáculo dejando en él como una atmósfera de traición.

Seguido de los once apóstoles que le quedaban, Jesús se adelantó hasta el extremo de la sala, pasando una de las puertas que daban acceso al techo del piso bajo, formando azotea. Porque la Cena pascual se había celebrado en el piso superior.

En Oriente, las grandes casas construídas de piedra tienen casi siempre un piso alto, más estrecho que el bajo, de tal manera que queda sitio para dos azoteas, la primera de las cuales sirve de techo al piso inferior.

En aquella azotea, espaciosa y rodeada de una balaustrada, se sentó Jesús con sus discípulos, a respirar el aire, que era allí fresco y puro.

Ningún otro edificio ocultaba el horizonte por la parte del monte Sión, cuya áspera pendiente conducía a la conjunción del barranco de la Gehena con el valle del Cedrón.

La luna llena, alzada dos horas antes, iluminaba con su pálida claridad todo el paisaje, y los ruidos de la ciudad llegaban muy débilmente hasta aquel apartado rincón.

Jesús apoyó los codos en la balaustrada de piedra, saboreando la soledad y la calma de aquellos lugares.

Una viña opulenta trepaba por la pared, y sus frondosos pámpanos se encorvaban formando una especie de cuna en uno de los ángulos de la terraza.

—Mirad qué fértil es esta viña, dijo Pedro a su taciturno Maestro, y sin embargo, la tierra parece más bien ingrata en esta árida montaña.

La mirada de Jesús se levantó primero hacia la luna, cuyos rayos bañaban su faz augusta, y bajándola después hacia Pedro, le dijo:

«Yo soy la verdadera Vid, vosotros los sarmientos, y mi Padre el vendimiador. Todo sarmiento que no da fruto, será cortado... Permaneced en mí, como yo en vosotros. Del mismo modo que el sarmiento no puede dar fruto si no permanece unido a la vid, vosotros tampoco podréis darle si no permanecéis en mí...»

Largo tiempo aun conversó Jesús con aquellos amigos verdaderamente sinceros, encareciéndoles repetidas veces la necesidad de amarse los unos a los otros. Les predijo que serían perseguidos y odiados, como él. «Lloraréis, pero vuestra aflicción se trocará en alegría.» Les anunció el Espíritu consolador, les predicó la firmeza en la fe y en la oración, y dirigiéndose a su Padre rezó por ellos y por los que, en la prosecución de los siglos, creyesen en él...

La tristeza y el desaliento cundían cada vez más entre los discípulos, porque no comprendían cómo ni por qué su Maestro, tan joven, tan poderoso, tan extraordinario, por el cual habían renunciado a todas las cosas del mundo, y que tanto los había amado, iba ahora a abandonarlos y a dejarlos solos en la tierra, sin haber establecido su reino...

- Vamos, dijo Jesús: ha llegado mi hora.

Y se dirigió a la escalera de la azotea, saliendo todos del Cenáculo para tomar el camino del huerto de Gethsemani.

Eran las diez, es decir, la hora cuarta de la noche. Como una lámpara misteriosa colgada en la bóveda celeste, la luna inundaba la ciudad con su blanca luz. En las calles sumidas en la penumbra, las torres y las cúpulas dibujaban sus siluetas. Nada tan hermoso como esas plácidas noches de Oriente, en que todo parece dormir en una serenidad inmutable, bajo las miradas acariciadoras de millones de estrellas.

Jesús iba a la cabeza, acompañado de Juan, y los

otros discípulos le seguían. Embargado él mismo por la cobarde traición de Judas, el Maestro callaba, y ningún otro se atrevía a romper el silencio. Todos presentían que empezaba una noche terrible para ellos.

A los pocos minutos entraron en la calle que conducía a la puerta del Mediodía y pasaron por delante del palacio de los Grandes Sacerdotes, Annás y Caifás. El *atrium* estaba iluminado y algunos hombres hablaban en el patio, en voz baja, alrededor de un ancho brasero que despedía rojizos resplandores.

Allí había ido Judas al salir del Cenáculo, y allí se estaban concertando los últimos preparativos.

Jesús apresuró el paso, lanzando un hondo suspiro, y pronto se encontró, con sus compañeros, fuera de las murallas en la vertiente oriental del monte Sión.

Costearon las fortificaciones, y luego torcieron al norte, hacia el valle de Ofel, donde se levantaban tiendas de follaje, que servían de abrigo a los innumerables peregrinos acudidos de todas partes para asistir a la fiesta de la Pascua. Pero todos aquellos forasteros debían dormir, sin duda, porque el único ruido que se oía era el de los balidos de los corderos destinados a los sacrificios del día siguiente.

Los pobres corderos presentían también el destino que les esperaba. Su último día había llegado, y su sangre se derramaría inútilmente.

Porque los sacrificios de la antigua ley iban, en adelante, a perder toda su eficacia, y sólo intercedería para la salvación del pueblo la sangre del verdadero cordero, que iba a ser derramada al otro día.

¿Comprendieron los apóstoles el gran misterio que iba a realizarse y el infame sacrificio llamado a substituir a los antiguos? Cabe dudarlo.

Empezaron a distinguir vagos rumores que les llegaban desde el valle de Josafat, hacia el cual bajaban, y las laderas del monte de los Olivos se les presentaron como una ciudad de tiendas de campaña. Eran otros campamentos de peregrinos.

El pensamiento de Jesús debió probablemente evocar la gran fiesta del día siguiente y los maravillosos recuerdos a ella unidos.

Acaso, mientras caminaban, recordó a sus discípulos los memorables acontecimientos de la salida de Egipto.

Quince siglos habían transcurrido desde aquel hecho histórico, que tuvo lugar una noche como aquella, en igual fecha del año, el día 14 del mes de Nisán.

Los israelitas, dóciles a las instrucciones de Moisés, habían inmolado el cordero, comido su carne, con pan sin levadura, y señalado con su sangre las puertas de sus enemigos egipcios, y Moisés les había dicho: «Esta es la Pascua, que quiere decir el pasaje del Señor.»

El Señor pasó, en efecto, aquella noche, privando de vida a todos los primogénitos de Egipto, y los israelitas, en número de 600.000, se pusieron en marcha, pasando el mar Rojo al otro día, 15 de Nisán.

En conmemoración de aquel doble pasaje se instituyó la fiesta de Pascua, cuyo nombre hebreo *Phase*, significa pasaje.

La evocación de aquellos grandes recuerdos, los más tamosos en la historia del pueblo judío, conmovía honda mente a los apóstoles, aumentando su postración.

Sin duda era glorioso aquel aniversario, que recordaba el triunfo de sus padres y la pérdida de sus enemigos; pero ¡cuán tristemente se anunciaba este año! ¿No iban a asistir a la antítesis de los días de Moisés, siendo ellos los tragados por el mar Rojo, mientras sus enemigos triunfaban? ¡Ah, ciertamente! Así iban a pasar las cosas para los que no pueden juzgar más que por las apariencias, ni ver lo por venir.

Pero Jesús, que veía las cosas futuras, y las veía como presentes, trataba de explicarlas a sus apóstoles.

Sí, al siguiente día, 15 de Nisán, él iba a sumergirse en otro mar Rojo, un mar de sangre, pero lo atravesaría, y saldría de él vivo.

Y pocos años después, aquel mar Rojo se abriría de nuevo delante de sus enemigos, y se volvería a cerrar

sobre ellos, sepultándolos en sus entrañas con su templo y su ciudad, en una ruina definitiva y completa.

Mientras hablaba, Jesús miraba subir la luna, majestuosa como una reina y blanca como una virgen, que dominaba ya la cresta del Monte de los Olivos, iluminando los sepulcros esparcidos por las orillas del Cedrón y por las dos vertientes del valle de Josafat.

Allí, bajo las marmóreas losas dormían, en salas de piedra, los padres de Israel, los jueces, los reyes, los profetas. Allí yacían revueltas todas las generaciones que, durante siglos enteros, habían formado el reino de Dios.

¡Cuán decaído aquel pueblo, predilecto de Jehová, y tan pujante y glorioso en algunas épocas!

La elicie divina apenas se percibía ya en aquellas frentes degeneradas, comparadas por Jesús a sepulcros blanqueados.

La hora del gran crimen iba a sonar, colmando aquel pueblo la medida de sus iniquidades, y consumando su separación de Dios, y por lo tanto su final decadencia. Para ahondar más todavía el abismo en que se precipitaba, iba a matar a Aquel que el cielo le enviaba para salvarle, después de veinte siglos de esperanzas y de promesas.

Aquella idea obscureció la frente de Jesús, pero de repente la iluminó un rayo fugitivo, al pensar que en aquel campo de la muerte que se extendía ante sus ojos había justos, cuyas tumbas se abrirían al día siguiente.

Sí; mañana, muchos de los que duermen en esos sepulcros oirán el grito lanzado desde lo alto de la cruz y se levantarán vivos del recinto que tantos siglos los encerró muertos.

Próximamente serían las diez y media cuando el Maestro y sus discípulos llegaron al huerto de Gethsemaní, plantado de olivos, y mal cerrado por una cerca, medio desmoronada, de piedras secas, por las cuales trepaban pámpanos de viña.

Acaso aquello era una puerta del antiguo Edén, pues donde el pecado empezó era natural que empezasen también la gran expiación y la Redención. Donde germinó la

muerte, justo que germinase la vida. Su nombre significaba prensa, y le venía sin duda del instrumento allí instalado para estrujar las aceitunas y extraer de ellas el aceite.

Pero en aquella terrible noche, el Hijo del Hombre iba a reemplazar al fruto del olivo, y, bajo la prensa del dolor, a derramar las primeras oleadas de su sangre para lavar aquella tierra, manchada por el primer pecado.

La luna proseguía su serena y tranquila ascensión por encima del Monte de los Olivos, y derramaba blancuras marmóreas sobre los grandes lienzos de las muralias del templo que coronaba el monte Moria, frente a Gethsemani.

Jesús sabía lo que iba a venir, y ya lo veía. Pero sus discípulos, agitados y tristes, entraban en lo desconocido. En vano su Maestro les había predicho todas las cosas. Sus predicciones les parecían imposibles, por encerrar una profundidad tan dolorosa como insondable.

Invadíanlos, sin embargo, vagos presentimientos, y sentían flotar sobre sus cabezas misterios impregnados de tenebroso horror.

Pero ¿no era Jesús omnipotente? Él, que mandaba al mar, a la muerte, a los demonios, que abría las tumbas y devolvía la vida a los muertos, ¿no era el Amo de los acontecimientos?

¡Ay! En aquella tremenda noche, al lado de la fuerza de su Dios se sentía otra que parecía superior a aquélla. ¡Insondable misterio! ¡Dios sinónimo de Debilidad! ¿Cómo exigir de los apóstoles que concibiesen cosa semejante? ¿Cómo la Omnipotencia podía convertirse en la Impotencia?

De repente sintióse Jesús sobrecogido de terror.

Sobre el océano de la vida, que acababa de surcar,

había naufragado, lanzándole las olas a una playa estéril y desierta. Veía una inmensa ola de sangre que se hinchaba, crecía y bramaba, adelantándose hacia él y dispuesta a arrebatarse. Sus rodillas se entrechocaron, y lanzó un gran clamor hacia el cielo.

El cielo permaneció sordo

¿Qué formidables visiones desfilaron entonces delante de sus ojos?

¿Qué cuadros terroríficos le representaron el horror y la multitud de las iniquidades humanas? ¿Cuáles fueron las torturas morales que, triunfando de sus fuerzas físicas, le condujeron hasta las puertas de la muerte, en una agonía que le hubiese convertido en cadáver si un ángel no hubiese descendido para asistirle?

Problemas insolubles, que encierran otros tantos misterios, y que el lenguaje humano es impotente para describir.

Aquella hora de agonía, la primera de las horas de la Pasión, fué, evidentemente, la más dolorosa de todas. Al día siguiente debía Jesús soportar los horribles suplicios de la flagelación y de la crucifixión, sin demostrar la menor debilidad. Desde lo alto de la cruz correrá la sangre por todo su cuerpo, estará próximo a expirar, y permanecerá, sin embargo, paciente, tranquilo, consciente de todo lo que le rodea. Oirá blasfemar a sus verdugos, e implorará su perdón. Escuchará al buen ladrón, y le hará merced. Hablará a su Padre, a su madre, al discípulo amado.

En suma, hasta su último grito conservará plena posesión de sí mismo y quedará intacta su fuerza. No así durante la primera hora de su Pasión, cuando goza todavía de toda su salud, cuando no ha perdido ni una gota de sangre, cuando nada ha disminuído sus fuerzas físicas, cuando el suplicio es sólo futuro.

Sin embargo, aquel hombre, que mandaba al mar, a la enfermedad, a la muerte, se siente de improviso dominado por postración inexplicable.

En la aparente plenitud de sus fuerzas, agoniza.

ola, cae con la faz contra la tierra, y de todos los poros de su epidermis manan oleadas de agua y de sudor.

Misterio de sufrimiento que sobrepuja las fuerzas humanas. ¿Si será que el manto de iniquidad que Jesús ha vestido como víctima, producirá en su persona iguales efectos que la túnica de Neso con Hércules? ¿Si será que innumerables crímenes que va a expiar se clavan en sus carnes venerables como otras tantas flechas?

A ninguna de estas preguntas pueden satisfacer las preguntas del espíritu humano. Pero sí parece cierto que el suplicio de la agonía fué más terrible que el de la flagelación y el de la crucifixión. ¿Por qué?

Acaso porque el sufrimiento moral es mayor que el sufrimiento físico, y proporcionado a la perfección del paciente. Acaso también porque los verdugos del Pretorio y del Calvario eran hombres, mientras que en Gethsemaní el invisible verdugo era el mismo Dios, castigando en nombre de su inflexible justicia. Y lo que castigaba era la multitud de los pecados del género humano, que se erguía amenazadora contra El, como una colosal pirámide de odio, cuya base era tan ancha como la tierra, y cuya cúspide tocaba al cielo.

Una sola cosa puso fin a la agonía, la que al parecer debiera haberla agravado: la llegada de Judas.

Jesús oraba todavía cuando oyó los pasos de un grupo que se acercaba, y al que vió llegar, armado de espadas, palos y linternas. Aparato inútil a la verdad, porque el que venían a prender no intentaba ocultarse, ni defenderse.

Despertó a sus discípulos y les dijo: «llegó la hora: el que me va a entregar se acerca». En pocos instantes fue preso y maniatado, y siguiendo dócilmente a la tropa tomó el camino que ésta acababa de recorrer, mientras sus discípulos se dispersaban espantados.

Era media noche. Los rayos de la luna, llegada al zenit, penetraban hasta el fondo del barranco en que el Cedrón precipitaba su tenue hilo de agua. Los pórticos

del templo, deslumbradores de blancura bajo los reflejos lunares, desplegaban sus columnatas espléndidas en lo alto del monte Moria.

La cohorte romana parecía escoltar al prisionero que, recobradas las fuerzas, subía con paso firme las laderas de Sión que poco antes había bajado con sus discípulos.

En adelante estaría solo. Hacia tres años que sus discípulos le acompañaban a todas partes, pero aquello había concluido. Dispersa la familia, el jefe se entregaba, por propia voluntad, a sus enemigos.

Infundadamente temían éstos tener que luchar con el que, hasta entonces, había minado su autoridad y su prestigio.

La lucha no tenía ya razón de ser. El jefe de la nueva religión no era, desde aquel momento, más que el cordero de Dios, víctima voluntaria, resignada, decidida a no oponer ninguna resistencia y aguardando tranquila la muerte. Cuando la tropa llegó con su presa al palacio de los Grandes Sacerdotes, la luna se ocultó, velando su sereno y redondo disco densos nubarrones que subían del valle del Jordán.

Una brisa fría, impregnada de ligero olor a brea, tomada del mar Muerto, lamía el monte del Escándalo, precipitándose después en el valle de Josafat, y remontando el curso del Cedrón. Jerusalén dormía.

VI

DELANTE DEL SANEDRÍN

La una de la madrugada sería cuando Jesús compareció ante el antiguo Pontífice supremo, Annás, anciano de 70 años

Hacia cerca de medio siglo que su familia monopolizaba aquella alta dignidad.

Nombrado bajo Herodes el Grande, cuya sanguinaria tiranía había adulado, le destituyó Valerio Grato, el preceptor de Poncio Pilatos; pero sus hijos le habían sucedido, unos tras de otros, y en aquella ocasión el revés del cargo era su yerno, Caifás.

En el fondo, el mismo jefe de la familia continuaba siendo el alma de la sinagoga, y el que sostenía el prestigio de la autoridad, aunque no ejerciera, *de jure*, sus funciones.

Era Annás un viejo ambicioso, autoritario, malvado, que pertenecía a la secta de los saduceos.

El palacio que habitaba con su yerno se elevaba en el monte Sión, a pocos pasos del cenáculo, y formaba tres edificios, que daban a un vasto patio. El del fondo lo ocupaba Annás, el de la derecha su yerno y el de la izquierda los servidores de ambas familias.

La noche era fría, y en medio del patio ardía un gran fuego, al que se acercaron la tropa de Judas, los soldados romanos y los curiosos, mientras Jesús fué conducido, entre criados y levitas, a las habitaciones del viejo Pontífice.

¿Con qué derecho aquel Gran Sacerdote, destituido desde hacía 14 años, pretendía incoar en persona el proceso del Galileo? ¿Y cómo se atrevía a actuar en plena noche, cosa terminantemente prohibida por la ley mosaica?

Porque el viejo fanático, inspirado por su odio, pensaba que sometiendo al acusado a un interrogatorio preliminar, le arrancaría confesiones que le permitieran precisar los motivos, aun mal definidos, de la acusación que su yerno y él se proponían formular contra Jesús.

En cuanto a las causas de su odio, aunque múltiples, podían reducirse a una sola: la nueva religión predicada por el joven profeta arruinaba no sólo la autoridad y el prestigio de su familia, sino sus rentas.

¿No había el osado innovador expulsado reciente-

mente del templo, como si éste le perteneciera, a los mercaderes que allí comerciaban?

Como cualquier acusado conducido delante de un tribunal ordinario, Jesús tenía derecho a esperar que se le dijese, al fin, por qué se le había preso y de qué se le acusaba.

Pero no iba a proceder así la justicia de Annás, y sin imputar a Jesús ningún delito, quiso que le hiciese una exposición de su doctrina y una como indicación biográfica de sus discípulos.

Adivinando el objeto y el fin del interrogatorio, Jesús desenmascaró al astuto anciano, rehusando darle otra respuesta que la siguiente:

He predicado abiertamente, a la luz del día: interroga a los que me han oído.

Lo que equivalía a decir: si os conviene proceder de noche y en secreto, intrigar y sobornar entre tinieblas, yo, por el contrario, no hablo ni obro más que a la luz del día y a la faz del pueblo.

Al negarse a contestar, significaba además Jesús al expontífice, que no ejercía jurisdicción, pues ya no desempeñaba el soberano pontificado.

El viejo raposo comprendió la lección, y no parece que persistiera en llevar más adelante su papel de juez instructor, si bien, con culpable complacencia, permitió que uno de sus criados replicase a Jesús con una bofetada. Después de lo cual mandó conducir al reo a las habitaciones de Caifás.

Arrastrado por los guardias, Jesús bajó al patio, cruzando por enmedio del gentío que allí se apiñaba.

Al entrar vió al Gran Sacerdote sentado en un estrado, y en torno suyo más de treinta miembros del Sinedrín, a muchos de los cuales reconoció por haberlos encontrado repetidas veces en el templo.

Sin arrogancia y sin miedo, con dignidad y modestia, con paso firme y tranquilo, fué a ocupar el sitio que le designaron, y aguardó.

Informados, sin duda, de lo ocurrido en casa de Annás,

Cañás y sus colegas parecieron dispuestos a proceder con formas más regulares.

Pero el proceso estaba mal iniciado, y en contradicción con todas las reglas del procedimiento. En su odio ego y en su rabioso deseo de concluir, antes de la fiesta, con aquel hombre que les quitaba el sueño, habían los sectarios descuidado todas las formalidades de rúbrica.

En la mesa del tribunal no había ni denuncia, ni acta de acusación.

En aquel recinto no había más que un reo, preso de repente, como en los casos de flagrante delito.

Y a pesar de que la ley prohíbe todo acto judicial durante la noche, aquellos jueces mismos empezaron la instrucción, sin precisar siquiera el delito que se imputaba al reo, y sin informarle a él mismo.

Sólo que en vez de interrogarle directamente, como Annás, convocaron testigos.

¡Y qué testigos, cielo santo! La hez de los licenciados de presidio, que se limitaban a repetir lecciones, insuficientemente aprendidas de memoria, y sin hilación. A pesar de toda su voluntad y deseo de complacer a los sacerdotes, no pudieron, concretamente, aducir nada que fuese grave.

Por último comparecieron dos que acusaron a Jesús de querer destruir el templo. Sólo que uno pretendía haberle oído: «destruiré el templo», mientras que según el otro, lo que había dicho era «puedo destruir el templo».

Variante de importancia que ponía a los miembros del tribunal en un apuro del que les era difícil salir, pues según otro testigo confirmaba ni la primera ni la segunda de ambas versiones.

Caifás trató de obtener la confesión del acusado.

Ya oyes, le dijo, de lo que te acusan. ¿Nada tienes que responder?

Jesús hubiera podido responder: «Ninguno de los dos testimonios es exacto. Lo que he dicho, hablando a mis amigos, ha sido: «destruid el templo, y yo lo reedificaré

en tres días». Hipótesis equivalente a decir: «si destruyerais el templo, yo lo reedificaría en tres días».

«Por ese templo, podría haber añadido, quise designar mi cuerpo, que ahora vais a destruir, y que en tres días yo reconstruiré.»

Pero ¿a qué dar una respuesta que no eran capaces de comprender aquellos jueces, en cuyas conciencias estaba leyendo como en un libro?

Dirigió a Caifás una mirada resignada y tranquila, y nada contestó.

Exasperado y confuso, Caifás no sabía a qué recurso apelar, pues si su prisionero persistía en su mutismo, no se le alcanzaba qué pruebas podría aducir en contra suya.

De repente, el espíritu maligno le iluminó, inspirándole un medio decisivo, que al mismo tiempo sería un golpe teatral de gran efecto: obtener que el acusado mismo proclamase su divinidad.

En un movimiento espontáneo se adelantó hacia su prisionero, y encarándose con él, la diestra levantada hacia el cielo, le dijo:

Te adjuro, en nombre del Dios Vivo, a que nos digas si eres el Cristo, hijo de Dios.

El golpe estaba bien apuntado, y Jesús comprendió que era mortal.

Nadie mejor que él conocía el texto de la ley mosaica que declaraba digno de muerte a todo hombre que se proclamase Dios.

Sabía, pues, que al responder a Caifás: «Lo soy», pronunciaba su sentencia, pero no podía, ni debía callarse, y aquella pregunta exigía respuesta.

Precisamente había venido al mundo para pronunciar aquella gran palabra, y se había revestido de nuestra humanidad tan sólo para padecer aquella muerte.

Sabía, por otra parte, que ni Caifás, ni los otros jueces creerían aquella respuesta; pero no la pronunciaba para ellos, sino para todas las almas de buena fe, para los siglos venideros, para todas las naciones del globo.

Por lo tanto, no vaciló un momento, y mirando a sus

mees cara a cara, sin orgullo ni temor, con el tono majestuoso y solemne que conviene a palabras divinas, respondió: «Lo soy».

Y para acentuar mejor el sentido de su respuesta, tan clara ya por sí sola, se apropió las palabras que David aplica al Mesías cuando dice: «Veréis al Hijo del Hombre, sentado a la diestra de Dios Padre, bajar en un trono de nubes para juzgar al mundo.»

Horrorizado por aquella respuesta, Caifás rasgó sus vestiduras, gritando: «Ya habeis oído su horrenda blasfemia. ¡Merece la muerte!»

Tal fué la opinión de todos. Pero no bastaba declararle culpable y digno de muerte, pues el poder de infligir la pena capital pertenecía exclusivamente al Procurador, y además era noche cerrada, y para dar a la sentencia apariencias legales era preciso que la pronunciase de nuevo el Sanedrín, en una sesión ordinaria, celebrada en pleno día.

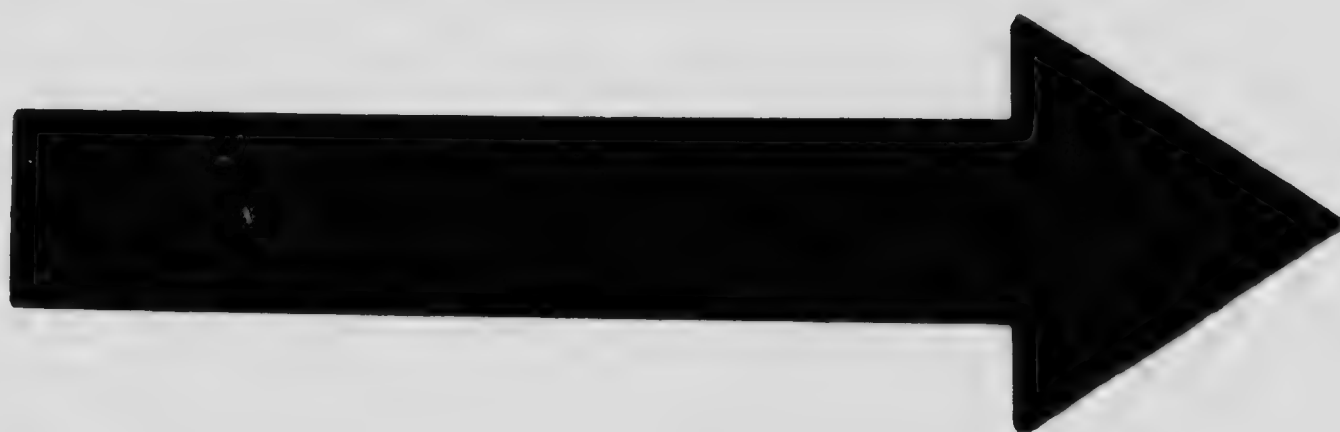
Esperando que éste llegase, y felicitándose por su habilidad, Caifás entregó al acusado a la befa y a los ultrajes de la plebe.

Entre su iniquidad y la perfecta inocencia de Jesús, entre su odio feroz y la inalterable dulzura del prisionero, entre su baja villanía y la nobleza de la actitud del reo había tal contraste, que él mismo, acaso sin darse cuenta del motivo, hubiera padecido una angustia a haber continuado más tiempo en contacto con su víctima.

Para castigarle y humillarle porque se erguía delante de su conciencia, semejante a la personificación del remordimiento, le entregó como un juguete a la multitud de malvados que llenaban el cuerpo de guardia.

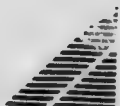
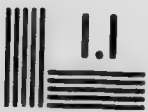
Y allí sufrió Jesús, hasta la mañana, insultos y escarnios sin cuento.

No durmió, sin embargo, Caifás más que su víctima durante aquella noche terrible, porque deseoso de reunir



MICROCOPY RESOLUTION TEST CHART

ANSI and ISO TEST CHART No. 2



APPLIED IMAGE Inc

225 East Main Street
Rochester, New York 14604-1100
Tel: 416-482-1000
Telex: 288 1989 Fax

en sesión plenaria al Sanedrín a la salida del sol, para regularizar, si era posible, sus criminales procedimientos, pasó el resto del tiempo convocando a todos los miembros del alto tribunal, diseminados por la ciudad.

En otro tiempo aquellas sesiones generales del Sanedrín se celebraban en la rotonda del templo; pero desde tres años antes ya no tenían lugar allí, porque se les había privado del derecho de imponer la pena capital.

Los sanedritas se reunieron, pues, en la propia casa de Caifás, apenas despuntó la aurora.

Nicodemus, José de Arimatea y Gamaliel el Antiguo no asistieron a la reunión, porque no querían tener participación alguna en el crimen que iba a cometerse, y sabían que su presencia y sus protestas no lograrían impedirlo.

Ya habían, en reuniones anteriores, defendido a Jesús, cuando se trataba de adoptar medidas para impedir sus predicaciones y emplazarle ante los tribunales; pero sin éxito.

No hay duda que habría sido más generoso acudir una vez más a protestar contra la iniquidad, con sus votos y con sus palabras. Pero su fe vacilaba todavía, y su valor no estaba a la altura de las circunstancias.

Caifás había cuidado de enterar a todos los sanedritas que no habían asistido a la sesión nocturna, de la pérfida y solemne pregunta dirigida por él a Jesús, y de la respuesta obtenida, informándoles de que todos los presentes le habían declarado digno de muerte.

Se renovó, por lo tanto, el mismo procedimiento. Caifás interpelló otra vez a Jesús, adjurándole, en nombre de Dios vivo, de decirle si era verdaderamente el Cristo.

Pocas horas antes Jesús había contestado: «Lo soy». Y lejos de creerle le habían gritado: eres un blasfemo, digno de muerte. ¡Y ahora Caifás quería que repitiese la misma blasfemia!

Lleno de augusta serenidad, replicó Jesús: «Si lo digo no me creeréis, y si os interrogo me dejaréis sin respuesta. Pero en adelante (es decir, después de que le ha-

y no dado muerte) el Hijo del Hombre estará sentado a la diestra de Dios.»

¿Luego eres el Hijo de Dios? preguntó Caifás.

—Tú lo has dicho: lo soy.

La blasfemia, que los sanedritas esperaban y deseaban, se repetía delante de todos, y todos se apresuraron a pronunciar la nueva sentencia.

Hasta entonces las cosas iban bien y de prisa, según el plan de los sacerdotes; pero era preciso que a aquel veredicto siguiera la sentencia capital, que sólo el Procurador podía dictar, y había motivos para temer que el representante del César se mostrase recalcitrante.

No se ocultaba a los enemigos de Jesús que aquél era el verdadero obstáculo, y que necesitarían desplegar todas sus astucias y malas artes para vencerle.

Por de pronto, era muy improbable que Pilatos, apoyándose en el Levítico, condenase a Jesús a muerte por llamarse Hijo de Dios. El Levítico no tenía autoridad a los ojos de un pagano, y según todas las apariencias Pilatos no vacilaría en prescindir por completo de la ley mosaica, obligatoria para los judíos, pero considerada por los romanos como un simple documento histórico.

Era preciso, pues, invocar otros motivos y trasladar, a ser posible, la acusación al terreno político.

Para obtener el veredicto del Sanedrín había habido que confinarse en el terreno religioso. Porque si en vez de acusar a Jesús de blasfemo se le hubiese denunciado como rebelde, deseoso de sacudir el yugo romano, muchos sanedritas hubieran podido decir: «mejor, dejémosle que siga su propaganda».

Por el contrario, ante el tribunal del Procurador, aquella acusación reunía todas las probabilidades de ser bien acogida, y manteniéndola con habilidad y energía, apoyada en amenazas y manifestaciones populares, debía arrancar la sentencia de muerte.

Con esta idea fué conducido Jesús a la presencia de Pilatos.

VII

LA MUERTE DE JUDAS

La noche del 7 de Abril del año 783 de Roma fué terrible no sólo para Jesús, sino también para Judas, su discípulo infiel. El castigo del culpable y el sacrificio del inocente se cumplieron el mismo día, y casi a la misma hora.

Judas fué el tipo del mal sacerdote, y todos los apóstatas de todos los tiempos se le parecen.

Tenía las grandes pasiones que a tantos hombres pierden: la ambición, el amor al dinero, y probablemente la lujuria, aunque los Evangelios nada digan sobre el particular.

Al seguir a Jesús no obedeció a la voz de su conciencia, sino a las sugerencias de su ambición y a su sed de riquezas.

Pensaba, como la mayor parte de los judíos: «Si Jesús es el Mesías y restablece el reino de Israel, dará a sus discípulos destinos lucrativos y honoríficos.»

Por eso trabó amistad con los primeros discípulos, hizo que le recomendasen a su Maestro, y ofreció sus servicios como tesorero de la colectividad, con objeto de percibir en persona los generosos donativos de los amigos de Jesús.

Fué el patrón de los administradores sin conciencia, bastante hábiles para aprovecharse de la fortuna de sus amos.

Los otros discípulos debieron descubrir algunos de sus fraudes, porque los Evangelios le llaman ladrón.

Jesús lo sabía y más de una vez reprochó a Judas su mala conducta, pero sin querer privarle de sus funciones, por no perjudicarle en su fama, y para quitarle todo pretexto de traición y abandono.

Sin embargo, el apóstol infiel acabó por darse cuenta

de que sus ensueños de bienandanza y prosperidad no se realizarían nunca, si Jesús persistía en abominar de los honores y de la riqueza.

No cabía engañarse, pues el Profeta hablaba con perfecta claridad: su reino no ofrecía a sus discípulos más que pobreza, humillación, padecimientos y muerte.

A los ojos de Judas aquel era un falso reino que de buen grado abandonaba a los ilusos. Su porvenir sería tanto mejor en el campo de los enemigos, al lado del potente y rico sacerdocio, donde había oro para los tráficos y los traidores.

Tal era Judas. No un monstruo, ni un fenómeno, sino un sér que se limitaba a seguir los instintos perversos de la naturaleza humana y las sugerencias del demonio. Gran número de gentes piensan y obran lo mismo, en materia menos grave, sin percatarse de ello.

Poco a poco el espíritu del mal entró más profundamente en su alma, y le representó la venta del Maestro a sus enemigos como un acto de emancipación e independencia.

Tres años llevaba sirviéndole sin remuneración, y ya le pesaba aquella vida nómada y miserable, pareciéndole justo pensar en su porvenir.

Los príncipes de los Sacerdotes recompensarían mejor sus servicios, y podrían procurarle más adelante una posición lucrativa.

Por otra parte, el espíritu del mal le sugería la idea de que Jesús, gran factor de milagros, sabría librarse de manos de los sacerdotes, y por lo tanto su venta carecía de importancia.

Pero el crimen, una vez consumado, adquirió a los ojos mismos de Judas enormes proporciones. El demonio le hizo ver toda su horrible maldad, y comprendió que era un monstruo de perversidad y de ingratitud. ¡Había entregado a aquel Amo tan bueno, tan dulce, tan misericordioso, que tantas veces había perdonado sus infidelidades y latrocinios! ¡Había entregado y vendido por treinta dineros a aquel hombre maravilloso, obra maestra de la na-

turaleza y de la gracia, milagro de amor, de saber y de poderío, cuyos beneficios no podían contarse!

¡Qué infamia y qué vergüenza!

Violenta desesperación invadió todo su sér, y sus proyectos, sus sueños, sus razonamientos, cedieron el sitio a la idea fija del suicidio.

Aquel dinero que había idolatrado y que era el precio de su traición, le quemaba las manos, y se doblegaba bajo el peso de los treinta dineros, que le horrorizaban.

Corrió a casa de Caifás, donde el Sanedrín acababa de pronunciar la sentencia final contra Jesús, y entró en la sala en que estaban aún reunidos los principales sanedritas.

He vendido, les dijo, la sangre del inocente, y os devuelvo vuestros treinta dineros.

Rechazado con desprecio el traidor, que ya había cesado de ser útil, salió de la sala blasfemando.

Un pelotón de soldados y los cobardes criados del Gran Sacerdote arrastraban a Jesús hacia el palacio de Pilatos. Siguióles, y trató de acercarse a su víctima para contemplar una vez más su faz angusta. La servidumbre le rechazó con dureza.

Corrió al templo, y tiró sobre el pavimento los treinta dineros de plata, que le pesaban como el grillete de un presidiario.

Sin detenerse, sin volver la cabeza, bajó corriendo hacia el Cedrón.

Al pasar junto al huerto de Gethsemaní, tropezó con Pedro que salía, y que hizo ademán de arrojarle sobre él. Pero no necesitó defenderse, porque Pedro se volvió atrás, tomando el estrecho sendero que conducía al templo.

Llegado a la tumba de Absalón, jadeante de fatiga, de dolor y de vergüenza, se sentó en uno de sus escalones de mármol y se puso a meditar.

El hijo de David había, como él, vendido a su padre y a su rey, y procurado su muerte. Pero, castigado por Dios, se le encontró poco después ahorcado de las ramas de un terebinto.

Un retoño de aquel árbol, que se llamaba el terebinto de Absalón, crecía en el mismo sitio.

Judas se estremeció de los pies a la cabeza. El aire era frío, y el sol, que acababa de salir, estaba aún tapado por el monte de los Olivos. El Señor comparecía en aquel momento delante de Pilatos, y Judas se dijo que acaso estaba dictándose su sentencia. Se levantó y subió lentamente las alturas del monte Sión. Llegado a los bordes escarpados de la Gehena se detuvo, y sumió sus miradas en el abismo.

En el fondo se había levantado antaño la estatua de bronce de Molock a la que se ofrecían víctimas sangrientas y hasta sacrificios humanos. La estatua había desaparecido, pero el abismo se abría siempre tan lúgubre, como incitando al suicidio.

Por un momento sintió el traidor la tentación de precipitarse en él, pero se contuvo, y subiendo por aquella parte al monte Sión, lo bajó luego por la del mediodía. Cruzó el Hinom y se detuvo en el campo de un alfarero, que fué en otro tiempo frondoso iardín, y que había pensado comprar con el fruto de su traición. Allí levantaba sus largas ramas hacia el cielo un alto sicomoro, y Judas, sentándose al pie, se cogió la cabeza con las manos y trató de coordinar sus ideas.

Los recuerdos de la infancia acudieron, tumultuosos, a su imaginación. Volvió a ver a Keriot, la aldea natal, tan tranquila y frondosa, junto a Samaria.

¿No le sería posible tornar a ella olvidándolo todo, y llevar allí vida oculta?

¡Oh, no! Para él no habría ya jamás ni tranquilidad, ni olvido. Satanás, que había tomado posesión de su alma, le mostró de nuevo la monstruosidad de su crimen, que sería divulgado por toda la tierra y que convertiría para la historia su nombre en sinónimo de apóstata y traidor.

Entonces no vaciló más, y tomando su cinturón, se ahorcó de una de las ramas del sicomoro.

En el momento en que Dios Ilijo era conducido al

tribunal de Pilatos, Judas comparecía ante el tribunal de Dios Padre.

Así se realizó su sueño maldito. El campo del alfarero fué comprado con los treinta dineros del traidor, y éste tuvo su última morada abierta en la tierra, al pie del sicomoro que le había servido de cadalso.

VIII

DELANTE DE PILATOS

Pilatos, caballero romano, tenía el orgullo de su casta y la violencia de su raza. No profesaba la menor antipatía a Jesús, y antes bien el odio de los judíos se lo hacía simpático, porque detestaba a los judíos, y si hubiese podido obtener la aprobación de Roma los habría tiranizado con gran gusto.

Pero en tres ocasiones distintas había intentado sentarles duramente la mano, gobernándolos con vara de hierro, y había sido desautorizado por Roma.

Esto le había vuelto no sólo más prudente, sino más débil y apocado, de tal manera que le causaban verdadero terror las revueltas populares de los judíos. Su deber era reprimirlas para no desmerecer del favor del César, pero al reprimirlas creaba descontentos, que se apresuraban a denunciarle a Roma, pidiendo su destitución.

Y como en Roma no faltaban aspirantes al puesto que ocupaba, y conocía, por haberlas practicado, todas las intrigas y maniobras que la ambición ponía en juego, a pesar de su desprecio por los judíos, temía irritarlos, por miedo a sus delaciones.

Una de las vastas estancias de la torre Antonia servía de sala de audiencia, y a ella fué conducido Jesús.

Los judíos no podían traspasar sus puertas, porque consideraban como una mancha el entrar en la casa de un pagano.

Jesús compareció, pues, solo, entre dos guardias del palacio, delante del Gobernador, quien le aguardaba sentado en una especie de trono, símbolo de la potestad romana.

Desde mucho tiempo atrás oía Pilatos hablar de Jesús, pero nunca le había visto. Le miró con atención, y quedó sobrecogido de la nobleza, distinción y hermosura de su fisonomía. Toda su persona respiraba la dignidad y la tranquilidad de la conciencia. Jesús clavó también en el Procurador una insistente mirada investigadora, pero serena; después bajó los ojos, y pareció meditar.

Ante aquel reo, oprimido ya por el peso de las cadenas, y cuya superioridad se manifestaba en su noble aspecto, sintióse Pilatos movido a compasión.

Se levantó, y adelantándose hacia el pórtico, al pie del cual los sanedritas se habían agrupado delante del pueblo, preguntó en alta voz:

¿De qué acusáis a este hombre?

Caifás, hablando en nombre del Sanedrín, replicó con altivez:

—Si no fuese un malhechor, no os lo habríamos traído aquí.

Lo cual significaba: no tenéis que averiguar la ofensa cometida por este hombre; nosotros ya le hemos juzgado culpable, y lo único que os pedimos es que ratifiquéis la sentencia, haciéndole aplicar la pena capital.

Eso era rebajar singularmente la autoridad del Gobernador haciéndole representar el papel de verdugo, más que el de juez.

Pilatos, perito en derecho romano, no entendía administrar justicia de aquel modo, y pretendía no condenar a nadie sin inquirir la ofensa y sin oír al acusado.

Si los judíos querían proceder de otro modo, les negaría sencillamente el concurso de su ministerio.

Tomando, por consiguiente, a su vez un tono altanero, les dijo:

—Entonces tomadle, juzgadle y aplicadle vuestras propias leyes.

Aquella réplica con la que Pilatos se desentendía de la causa de Jesús, era tan irónica como hábil. Desbarataba el homicida complot de los israelitas, y libraba a Jesús de la muerte, porque todo lo que sus leyes les permitían, después de la conquista, era azotarle por sus supuestas blasfemias, mientras que lo que habían urdido, y lo que a toda costa deseaban conseguir era su muerte, y sólo el Gobernador podía ratificar y mandar ejecutar las sentencias capitales.

Entonces Caifás extremó la audacia, y puso al descubierto, sin velos, el plan de la Sinagoga diciendo:

—¿Nuestras leyes? Bien sabéis que no tenemos el poder de hacer morir a nadie, y lo que deseamos es que este hombre muera.

Caifás había dicho pocos días antes, sin sospechar el alcance de sus palabras: «Es preciso que este hombre muera para la salvación del pueblo.» Y todos los sanedritas sabían que el suplicio de la cruz era el infligido por la ley romana.

¡Singular obcecación la de aquellos hombres que, conociendo las profecías, se negaban a admitir que pudiesen aplicarse a Jesús, y ellos mismos se esforzaban porque en él se cumpliesen, al pie de la letra, sin advertirlo!

Para obtener la ejecución de la sentencia de muerte, comprendían los sanedritas que era indispensable rehacer, a lo menos, un simulacro de proceso, delante del Gobernador romano, ya que éste no parecía dispuesto a pronunciar la sentencia, sin oír antes a los acusadores y al acusado.

Pero ¿qué acusación podían formular, con probabilidades de éxito? Ese era el problema.

Acusar a Jesús de proclamarse Hijo de Dios, dejaría indiferente a Pilatos, que objetaría: ¿y eso que nos importa, ni a mí, ni al César?

A la verdad, aquélla era la única ofensa que intere-

saba a la sinagoga, por ser la única que amenazaba su autoridad.

Pero los sanedritas eran demasiado perspicaces y astutos para aventurarse con el Gobernador romano en disertaciones teológicas, que hubieran complicado torpemente el proceso, exponiéndoles a un fracaso.

Para ganar al representante de Roma era preciso cambiar el litigio en otro terreno, y así dijeron a Pilatos:

—Este hombre alborota al pueblo, impide que se pague el tributo al César, y se llama Cristo Rey.

Al formular esta acusación los judíos mentían audazmente, y hacían gala de hipócrita lealtad.

Pero el Gobernador no podía permanecer sordo ante una acusación de aquella índole, por ser el defensor obligado de la supremacía de Roma. Proclamarse rey era rebelarse contra el César y cometer un crimen de alta traición.

Sin duda la acusación parecía desprovista de fundamento, porque Jesús no había nunca manifestado aspiración alguna a la dominación política de Israel, ni desobedecido jamás a ninguna prescripción romana, ni rehusado nunca el pago del tributo, ni excitado al pueblo a sacudir el yugo, ni organizado alzamiento político de ninguna clase, ni tramado ningún complot contra la autoridad del César.

Pero la acusación formal y directa quedaba lanzada, y el Gobernador se exponía a que se le acusase de traición, si se negaba a tomarla en cuenta.

Volvió, pues, a la Sala del pretorio y se encontró solo frente a Jesús, diciéndose mientras le contemplaba: «este hombre no puede aspirar en serio al reinado; si le interrogo directamente a este propósito va a contestarme que la imputación es ridícula. Es demasiado inteligente y demasiado recto para dar otra respuesta, y entonces le devolveré la libertad. No le preguntaré si quiera si pretende llegar a rey: le preguntaré si es rey, y no podrá menos que responderme que no».

Fuera, la plebe turbulenta y hostil, excitada por los

principes de los sacerdotes, lanzaba furibundos clamores, cuyo ruido llegaba hasta la sala de audiencia, y para hacerse oír mejor de Jesús, Pilatos le mandó acercarse.

¿Eres, en verdad, rey de los judíos? le preguntó.

La respuesta negativa esperada por el juez no llegó, porque Jesús, siendo verdaderamente rey, no podía contestar No. En el orden temporal no era rey de los judíos; pero sí lo era de todas las naciones en el orden espiritual.

Esto es lo que Jesús hubiera querido que Pilatos comprendiese, y para intentarlo, empezó por explicarle la naturaleza de su reino: «Mi reino no es de este mundo; si lo fuese, mis servidores combatirían al lado mío para librarme de los judíos; pero mi reino no es de este mundo.»

¿Comprendió el Gobernador el sentido de estas palabras y el verdadero carácter del reino de que Jesús le hablaba?

Es de suponer que no. En todo caso quiso obtener una respuesta más categórica, con la esperanza, acaso, de arrancar aquella negativa que le permitiese libertarle.

—¿Luego eres rey? le dijo.

Y Jesús, que había explicado ya a Pilatos la naturaleza de este reino, le dió esta respuesta, que iba a servir de base a la sentencia de muerte:

«Lo habéis dicho: soy Rey.»

Y para afirmar mejor la verdad de la respuesta, y la realidad de aquel reino de género tan nuevo, que Pilatos parecía poner en duda, Jesús le explicó que no podía mentir.

He nacido y venido al mundo, le dijo, para dar testimonio de la verdad.

Después añadió: «el que busca la verdad oye mis palabras, y las comprende». Lo que significaba: «si no me comprendéis, Gobernador, no buscáis la verdad».

Aquello sobrepujaba la inteligencia de Pilatos. ¡La

verdad! ¿Quién la conoce en el mundo? El mismo la buscó en los días de la juventud y de las generosas credulidades, estudiándola en las obras de los filósofos de Grecia y de Roma. Sabios profesores habían pretendido enseñársela, pero sus estudios y la experiencia de la vida le habían conducido al escepticismo.

Se encogió, pues, de hombros al oír las últimas palabras de Jesús, y dijo con amarga sonrisa: «¿qué es la verdad?»

No era aquélla una pregunta que dirigía al acusado, porque estaba harto convencido de que ni él, ni nadie podrían explicarle en qué consistía la verdad. Era su duda universal, expresada bajo aquella forma interrogativa, y su actitud, como su frase, querían decir a Jesús: «sois un cándido, y si la verdad existe, nadie la conoce».

El gobernador se levantó, y se puso a andar durante algunos minutos, con las manos cruzadas detrás de la espalda, sin saber qué resolución adoptar. Hubiera querido salvar a Jesús, pero sin crearse complicaciones exasperando a los judíos. Si sus nociones del derecho y de la justicia hubiesen sido exactas, le habría dado libertad, sin pensar en las consecuencias. Pero lo que más embargaba su ánimo era el cuidado de no perjudicar sus intereses, ni hacer abortar sus sueños de ambición, y por ninguna consideración humana quería exponerse a perder su cargo y comprometer su carrera. Discurrió varios subterfugios, y se decidió por ver si podía apaciguar al pueblo.

Con este objeto salió y dijo a los judíos:

Yo no hallo delito en este hombre.

La declaración fué acogida con gritos de rabia, y los sanedritas, formados al pie del pórtico protestaron renovando sus acusaciones.

Entonces hizo adelantarse a Jesús, y su presencia en las gradas del pórtico promovió nuevos estallidos de furor.

De todas partes brotaban acusaciones de mil especies, acompañadas de injurias y de ultrajes.

Es un poseído del demonio, un malhechor, un viola-

dor de la ley de Moisés, un profanador del sábado y del templo, un faccioso contra la autoridad religiosa y la dominación romana...

Nada alteraba la serenidad de Jesús. Digno y tranquilo, miraba aquella alborotada muchedumbre con los mismos ojos que en otro tiempo el borrascoso mar de Tiberiades. Con una sola palabra hubiese podido calmarla, pero se callaba, dejándola rugir.

¿No oyes, le decía Pilatos, de cuántas cosas te acusan?

Jesús seguía callado.

El Gobernador pensaba: ¡singular personaje, en verdad, y que me ayuda bien poco a salvarle! Cuando debiera callarse habla, y dice precisamente lo que hace falta para condenarle. Cuando debiera hablar y defenderse, guarda silencio.

Grande era la perplejidad de Pilatos, cuando uno de los acusadores delató a Jesús por haber querido sublevar el pueblo en Galilea.

Aquello fué para el Procurador un rayo de luz. Si Jesús era galileo, y en Galilea había cometido la ofensa que se le imputaba, debía ser oído por Herodes, el tetrarca del país.

Aquel príncipe habitaba entonces la antigua morada de los Macabeos, en el monte Sión, y allí condujeron los legionarios a Jesús, por orden del Gobernador.

Siguiendo el pórtico del templo por la parte del oeste y atravesando el puente que unía el monte Moria con el monte Sión, por encima del valle del Tyropeon, el cortejo llegó, en pocos minutos, al palacio de Herodes.

Por primera vez se veía Jesús en presencia de un rey de la tierra, él, rey de los reyes. Pero los soberanos de entonces no eran los más a propósito para inspirar respeto a la monarquía. Y los de Oriente eran simples reyezuelos, vasallos serviles del envilecido amo del mundo llamado Tiberio.

El regio muñeco de Galilea no podía despertar en Jesús más que profundo desprecio, pues conocía toda su vida criminal.

Por su parte Herodes sentía gran curiosidad por conocer a aquel Profeta, de quien tanto se hablaba, y quedó muy agradecido a Pilatos por habérselo enviado.

La primera vez que llegó a sus oídos el rumor de las maravillas obradas por Jesús, le asaltó indecible terror, pues era en Perea, poco después de la muerte de Juan Bautista, y su conciencia, accesible aún a algunos remordimientos, le sugirió que el nuevo profeta era Juan resucitado.

Comunicado este rumor a sus cortesanos, los unos le dijeron: «no, es Elías, que ha vuelto a la tierra», y los otros: «no, es uno de los antiguos profetas que ha revivido».

Pero el rey insistía: «no; es Juan, el decapitado, que ha resucitado de entre los muertos».

Sólo se tranquilizó cuando oyó asegurar a todos que Jesús había empezado a predicar algunos meses antes de la muerte de Juan.

Siempre deseaba, sin embargo, verle, y como Jesús rechazaba sus invitaciones, le amenazó con desterrarlo de Perea, pues Jesús empezó su predicación cuando el rey habitaba en Maquerón.

Envió, pues, unos cuantos fariseos que dijeron a Jesús:

Huye de aquí; el rey Herodes quiere matarte.

Jesús les respondió con tanta firmeza como desprecio:

- Decid a ese raposo que seguirá expulsando demonios y curando enfermos hoy y mañana, y que no acabará hasta el tercer día.

Y para afirmar al mismo tiempo su presciencia de lo porvenir y su firme determinación de concluir su obra a toda costa, añadió: «No conviene que un profeta perezca fuera de Jerusalén.»

Lo cual equivalía a desafiar su poderío y decirle: «No tenéis sobre mí poder alguno, y continuaré sembrando mis beneficios entre vuestros súbditos, sin importarme vuestras amenazas. Hagáis lo que hiciereis, cumpliré mi misión, y no se permitirá a los hombres matarme en vues-

tro reino, sino en Jerusalén, porque en Jerusalén es donde mueren los profetas.»

Cuando Jesús compareció en Jerusalén, delante de Herodes, ya nada tenía que decir a aquel «raposo», instrumento de las crueldades de una loba. Su misión había concluido, la hora de su muerte había sonado, y voluntariamente se había sometido al poder de las tinieblas.

Así su actitud ante el rey de Galilea fué la de una víctima, guardando su nobleza y su dignidad, pero resignado a sufrir, sin mover los labios, todas las humillaciones y todos los escarnios.

El príncipe, lisonjeado por la prueba de deferencia que le daba el Gobernador romano, se lisonjeaba además con la idea de que el profeta realizaría delante de él algún milagro, aunque no fuese más que para conquistar sus favores o ablandar su justicia.

Se manifestó, por lo tanto, al principio lleno de atenciones, y después de dirigirle multitud de preguntas, que Jesús dejó sin respuesta, reclamó como favor el cumplimiento de alguna manifestación sobrenatural.

Jesús ni pareció siquiera oírle. Herodes le apremió, le suplicó, le amenazó. Silencio absoluto de Jesús. Sólo su mirada profunda, que penetraba en la conciencia de Herodes, parecía decirle:

«Si abriese la boca ¡oh rey! sería para expresarte todo el desprecio que me inspiras, y para echarte en cara, como Juan Bautista, tu adulterio y tus orgías. Sería para maldecirte en nombre de todas las víctimas asesinadas por ti, en nombre de mi precursor, a quien vergonzosamente diste muerte para complacer a una bailarina. Sería para predecirte que muy pronto la mano de Jehová pesará sobre ti, que perderás tu corona, tu trono y tus palacios, que irás desterrado a las Galias y que la adúltera Herodías será allí decapitada por hielos flotantes, que le recordarán la bandeja de alabastro en que le fué presentada la cabeza de mi precursor. Todo eso te diría, si yo fuese un hombre, porque no me sería dado contenerme a tu vista.

Pero soy el Verbo, y el Verbo debe saber callarse, para enseñar a los hombres la paciencia.»

Los sanedritas explotaron el obstinado silencio de Jesús, para reproducir todas sus acusaciones, esperando que de Herodes, judío de nacimiento, obtendrían más fácilmente la sentencia contra Jesús por lo que llamaban sus blasfemias y su menosprecio de la ley de Moisés.

Pero Herodes apenas creía ya en las prescripciones mosaicas, que pisoteaba sin escrúpulo, y oyó las acusaciones con perfecta indiferencia.

Lo que sí le ofendió fué el pertinaz silencio de Jesús, y humillado y ofendido, imaginó vengarse de él con el ridículo, y para burlarse de sus pretensiones a la soberanía, le devolvió a Pilatos revestido, por irrisión, de púrpura.

Entretanto, Pilatos reflexionaba, creciendo sus temores. Observaba a la multitud, y recogía todos los datos que sus agentes secretos le procuraban, persuadiéndose de que la indignación del pueblo adquiriría proporciones alarmantes, y no se le alcanzaba cómo lograría calmar aquel movimiento popular, inspirado por los sanedritas, si no accedía a sus pretensiones.

Hipnotizado por el terror, parecíale que oía bramar la revolución, veía a sus legionarios pasar a cuchillo a los amotinados, correr la sangre a torrentes por los atrios del templo, y él denunciado a Roma, procesado, desautorizado, destituido, desterrado.

Su mujer, Claudia, había pasado una noche de insomnio, sin poder dormir hasta el alba, asaltándola entonces un sueño terrible.

Apareciósele Jesús, ensangrentado, de pie ante el tribunal de su marido, y la sangre que manaba de sus venas rebotaba hasta el Procurador, manchando sus vestiduras. Pilatos había pedido su aguamanil, para lavarse en él las manos, pero el agua se volvía sangre, tiñendo de rojo sus brazos y todo su cuerpo.

Despertóla con gran sobresalto lo horrendo de la visión, y refirió su sueño a Camila, conviniendo las dos en que era preciso contárselo al Gobernador. Pero cuando

fué a las habitaciones de su marido, éste había salido ya para el tribunal.

La multitud que se apiñaba en las escaleras y el patio del pretorio la impidió llegar hasta Pilatos, pero le mandó este mensaje: «No condenes a ese justo, porque la última noche me ha atormentado mucho un sueño a causa suya.»

Cuando Pilatos recibió aquellas líneas andaba discutiendo expedientes para libertar a Jesús.

Minutos antes ya había intentado persuadir a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos de que no hallaba crimen en Jesús, y que Herodes debía ser de la misma opinión, pues se lo enviaba sin pronunciar sentencia alguna.

Como aquellas palabras arrancaron vivas protestas a los sanedritas, creyó deber infligirle la flagelación, para satisfacerles y conmoverles, a ser posible. Les declaró, en consecuencia, que iba a mandarle azotar y libertar en seguida. Y mientras conducían a Jesús a un patio interior del palacio para ser flagelado, ocurriósele a Pilatos otro subterfugio.

Por costumbre, y por derecho suyo, tenía la facultad, el día de Pascua, de indultar a un criminal, designado por los judíos. En ejercicio de aquel derecho les dió a elegir entre Jesús, exento de culpa a sus ojos y a los de Herodes, y un insigne ladrón y asesino, llamado Barrabás, que estaba en la cárcel.

Convencidísimo de que la elección de Jesús se imponía, y que ni un judío se atrevería a dar la preferencia a Barrabás, les preguntó: «¿a cuál de los dos queréis que suelte?»

¡Oh estupor! El grito, unánime, de los judíos fué: «¡Barrabás!»

Pilatos, dando apenas crédito a sus oídos, volvió a preguntar:

«¿Y qué haré entonces con el que llamáis rey de los judíos?»

«¡Crucifícale, crucifícale! vociferó la plebe.

«Pero ¿qué mal ha hecho? objetó el juez, abo-

salido

patio
mandó
última
uya.
discu-

prín-
o ha-
de la
enten-

testas
ación,
es de-
y li-
s a un
ósele

ultad,
o por
elegir
lero-
s, que

mpo-
cia a
que

fué:

rió a

e los

abo-



gando por el reo. No descubro en él causa ninguna de muerte.

—¡Crucificalo, crucificalo! clamó de nuevo la multitud.

En vez de administrar justicia, el juez había querido hacer política», recurriendo a las escapatorias que la política sugiere. El sufragio universal le contestaba imponiéndole la injusticia.

Por su culpable debilidad había cesado de ser gobernador y magistrado y de representar la majestad de las leyes y la justicia, convirtiéndose en instrumento en las manos del pueblo.

Para disimular al público su capitulación, apeló a un acto que, según la tradición de Israel, podía considerarse como una protesta contra el fallo popular. Pidió agua y se lavó las manos, diciendo:

—Soy inocente de la sangre de este justo; vosotros responderéis de ella.

Todo el pueblo contestó:

¡Caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

Se soltó a Barrabás, y concluida la flagelación volvió a ser conducido delante de Pilatos, cuya conciencia no se tranquilizaba, y que seguía discurriendo los medios de calmar a los judíos.

Los sayones habían desfigurado horriblemente a su víctima. Cubierto de sangre, de salivazos, de cardenales, la cabeza desgredada, sanguinolenta, coronada de espinas, el rostro manchado con la sangre que corría a través de sus cabellos, colgando de los hombros los girones de su manto de púrpura, las manos cruzadas y atadas, tal apareció aquel Hijo del Hombre, que el género humano había tardado cuarenta siglos en engendrar, y aquel Hijo de Dios, en quien el Padre había puesto todas sus delicias.

Pilatos, profundamente conmovido, se imaginó que el pueblo lo estaría también si le viera en aquel estado, y le mandó adelantarse hasta el primer escalón del pórtico.

Allí se lo enseñó a los judíos, diciéndoles:

—«He aquí el Hombre. Os lo traigo para que sepáis que no hallo en él crimen alguno.»

Los clamores de odio empezaron otra vez.

¡Crucifícale, crucifícale!

--Tomadle vosotros y crucifícadle, replicó Pilatos, pues os repito que no hallo en él crimen alguno.

Pero los sanedritas sabían muy bien que no tenían derecho a crucificarle sin la sentencia del gobernador, y cuando vieron que persistía en negarla, a pesar de su formal denuncia de haberse el reo proclamado rey de los judíos y rebelado contra Roma, apelaron de nuevo a su primera acusación, la de blasfemo.

--Tenemos una ley, le dijeron, según la cual debe morir, por titularse Hijo de Dios.

Aquella invocación a la ley judía, aumentó las zozobras de Pilatos, que recordó las reiteradas instrucciones de Roma. Con frecuencia había menospreciado aquella ley, dictando órdenes que la contradecían, y siempre había sido censurado y amonestado por ello, pudiendo a duras penas conjurar su destitución.

¡Y ahora le amenazaban nuevamente con otro conflicto con la misma ley!

Si Jesús verdaderamente se titulaba Hijo de Dios, ¿podía él atajar el curso de la ley judía exponiéndose a que volvieran a denunciarle a Roma?

Pilatos llamó otra vez a Jesús, para preguntarle: «¿de dónde eres?» con la esperanza, sin duda, de que Jesús le revelase un origen puramente humano, repudiando toda filiación divina.

Pero Jesús no podía mentir, y como Pilatos carecía de jurisdicción en materia religiosa y no era competente para decidir si, con arreglo a las profecías y a los hechos realizados debía aceptársele y reconocérsele como el Mesías, creyó que no debía responder a la pregunta de Pilatos.

En casa de Caiás había consentido en plantear delante del Sanedrín la discusión sobre su origen divino, porque aquel tribunal era competente en el asunto. Y no sólo lo era, sino que tenía la misión de examinar los títulos del Mesías y hacerlos aceptar por el pueblo.

Por eso Jesús había afirmado, sin vacilar, delante de Caifás y del Sanedrín, que era el Hijo de Dios.

Pero no podía someter esos títulos al tribunal de Pilatos, lo cual hubiera equivalido a reconocerle una jurisdicción que no poseía.

—¿Te niegas a contestarme a mí, dijo Pilatos con tono ofendido, a mí que tengo poder para crucificarte y poder para absolvarte?

—No tendrías sobre mí poder alguno, replicó Jesús, si no te hubiera sido dado de lo alto.

Que era como decirle: «ese poder de que te vanaglorias, que crees que procede de Roma y que tanto temes perder, no es de Roma de donde te viene, te viene de mi Padre, y a él tendrás que dar cuenta de cómo lo ejerces.»

¿Lo comprendió así Pilatos? Puede admitirse; pero el temor a los judíos, cuyo vocerío redoblaba, le agitaba profundamente, y no veía salida a la peligrosa situación en que se había metido.

Sacó de nuevo al preso, y en el mismo instante los sanedritas le gritaron:

— Si le sueltas no eres amigo del César.

«Amigo del César» era una altísima dignidad imperial, a la que aspiraba, como todos los ambiciosos de Roma.

Aterrado por aquella nueva amenaza de delación, aun trató, sin embargo, de hacerse oír, y dijo a los judíos:

—«Ahí tenéis a vuestro rey.»

—¡Que muera, que muera! ¡Crucifícale! siguió rugiendo la plebe.

—¿Crucificar a vuestro rey? insistió.

Los sanedritas respondieron, en coro:

—«No tenemos otro rey que César.»

El terrible nombre le hizo estremecer. Deliberó todavía breves instantes, y al fin se dijo: Nicodemos tiene razón: este hombre extraordinario, cansado de la vida, quiere morir. ¡Pues que muera!

Y pronunció la sentencia de muerte, alegando que se había proclamado «rey de los judíos».

IX

CLAUDIA Y CAMILA

De regreso en sus habitaciones, después de haber entregado Jesús a sus verdugos, Pilatos se encontró con Claudia y Camila, cuyas fisonomías revelaban la ansiedad y la angustia.

—¿Qué hay? le preguntó la primera.

—Todo ha concluido, dijo suspirando.

—¿Le has condenado?

—He hecho todo lo posible, pero él se ha obstinado en morir.

—¿Cómo! Explícanos lo ocurrido.

Los sanedritas le acusaban de alta traición, diciendo que se proclamaba rey de los judíos. Le he interrogado personalmente, y me ha contestado, con inconcebible candor, que lo era. ¿Qué hacer en ese trance? Rechazar la acusación me exponía a que se me acusara de ser traidor al César. A pesar del peligro, aun he buscado subterfugios para librarle, a lo menos, de la muerte, dando al pueblo a escoger entre él y Barrabás. ¡Los judíos me han obligado a soltar a Barrabás, un facineroso de la peor especie! Le he mandado azotar, con la esperanza de ablandarlos; pero los sanedritas, implacables, han permanecido insensibles ante el horrendo espectáculo de la flagelación, y todo el pueblo ha pedido, a gritos, su muerte. He cedido ante las violencias y las amenazas; pero la culpa no es mía, sino de los judíos, y también del acusado. ¿Qué necesidad tenía de proclamar sus pretensiones, por añadidura absurdas, al reino de Judea?

Muy extraño es eso. Pero ¿no ha explicado qué entiende él por su reino?

—Sí; ha dicho que ese reino no era de este mundo.

—En tal caso, ¿cómo sus pretensiones pueden alar-

er en-
ó con
siedad

inado

iendo
ogado
ebible
hazar
e ser
scado
dando
s me
de la
za de
erma-
a fla-
erte.
ro la
acu-
ensio-

é en-

undo.
alar-





mar, ni alarmar al César, si no es en este mundo donde el dulce profeta aspira reinar?

Querida Claudia: yo no conozco más mundo que éste. Si Jesús es un simple soñador, y ha hecho sueños peligrosos, tanto peor para él.

¿Y le has entregado a los judíos? ¡Ah, Poncio!...

Era preciso concluir. Y ahora dejadme en paz. La extraña mirada de aquel hombre me ha conturbado más hondamente que todos cuantos discursos podáis dirigirme. Necesito olvidarle, y prohibo que se me hable más de él. Dentro de pocas horas habrá muerto, todo habrá definitivamente concluido, y podré huir de esta ciudad maldita, que aborrezco, para buscar en Cesárea un poco de tranquilidad y reposo.

Cayo entró.

—Gobernador, dijo, los sanedritas reclaman la inmediata ejecución de la sentencia por ser mañana sábado. ¿Qué se hace?

—Está bien. Cuanto antes mejor.

—Amigo mío, exclamó Claudia, retrasa un poco la ejecución. Acaso el tiempo sugerirá algún medio de impedir la muerte de este justo.

—No; la lucha se agriaría, y estoy cansado de ella. La sola solución definitiva es la muerte, única que da la paz a la víctima y a los matadores. Id, Cayo, *expedi cruce*, y cuidad de que todo se haga con prontitud. Inscribiréis en la cruz el nombre del reo, y el título que ha motivado la sentencia, «rey de los judíos», en las tres lenguas, latina, griega y hebraica.

Las dos mujeres salieron llorando, seguidas de Cayo, y Pilatos se echó en un diván, procurando dormir. Pero por más que apretaba los ojos, una mirada que brillaba en la sombra le perseguía: la de Jesús.

Largo rato hacía que se revolvía en la cama, cuando algunos jefes del Sanedrín le llamaron al atrio.

—¿Qué más queréis? les preguntó enfurecido.

—El centurión ha mandado escribir en la cruz: «Jesús de Nazaret, rey de los judíos», y venimos a pedir que

este rótulo se reemplace por las palabras: «titulado rey de los judíos».

—Dejadme en paz, respondió Pilatos: lo escrito, escrito está.

Y les volvió la espalda.

X

LAS DOS SENTENCIAS DESDE EL PUNTO DE VISTA JURÍDICO

Es humillante para la justicia humana comprobar que el mayor error que registran los anales jurídicos haya sido cometido a la vez por el tribunal eclesiástico y por el civil, por los representantes de la autoridad y por el pueblo, por los jueces y por los jurados.

Tales son la incertidumbre y el convencionalismo de los fallos de la justicia humana, que caer en las garras de ésta es una de las mayores pruebas de la vida del hombre.

Por eso Jesús quiso soportarla, como todas las otras. ¡Pero en qué lamentable error incurrió esa justicia!

Ya hemos visto cómo se apoderó de Jesús sobornando a uno de sus discípulos, cómo le arrastró, de noche, delante de su Gran Sacerdote, que no tenía jurisdicción, sin previa denuncia, y cómo fué sentenciado sumariamente por el Sanedrín y por Pilatos.

Veamos cuál era el valor de ambas sentencias, jurídicamente, sin insistir en los vicios de forma, ni en la irregularidad de los procedimientos.

La sesión nocturna en casa de Caifás constituía una ilegalidad flagrante. La ley exigía que los tribunales se reunieran de día, para que el público pudiera asistir a

los debates, y aun terciar en ellos, hasta cierto punto, porque el pueblo, en los procedimientos judíos, representaba un papel, y no se le compelia a callarse, pudiendo manifestar su opinión alta y atrevidamente, y en forma más tumultuosa que los jurados.

La ley preceptuaba, además, que transcurriese un día entre la instrucción de la causa y la sentencia. Prescripción que el Sanedrín pisoteó, como pisoteó la más elemental justicia, permitiendo al pueblo que maltratase y ultrajase al reo antes de que fuera condenado.

Ilegal era igualmente congregarse y juzgar en sábado y el día de Pascua. El Sanedrín desdeñó esta prohibición reuniéndose el mismo día de la gran fiesta.

Por último, la mayor parte de los miembros del Sanedrín habían manifestado abiertamente su opinión contraria a Jesús desde mucho antes, e implícitamente habían decretado su muerte. No eran, por lo tanto, jueces imparciales, y tenían el deber de inhibirse.

En el mes de Septiembre anterior, durante la fiesta de los Tabernáculos, en el mes de Febrero, después de la resurrección de Lázaro, y finalmente, la víspera de la prisión de Jesús se habían reunido, adhiriéndose al voto decisivo de Caifás: «es preciso que este hombre muera por el pueblo y para que la nación no perezca».

Aquella sentencia, pronunciada de antemano por los que después juzgaron a Jesús, es una de las monstruosidades del proceso.

Pero lo más interesante es el fondo del litigio, y eso es, sobre todo, lo que vamos a analizar.

No se necesita ser abogado ni magistrado para saber que legalidad y justicia distan mucho de ser sinónimas:

Puede una sentencia ser estrictamente legal y consagrar una injusticia.

Siendo como era Dios, era evidente que se hallaba Jesús por encima de las leyes humanas y que la sentencia

dictada contra él había de ser necesariamente injusta, pues no podía haber cometido crimen alguno.

Pero ¿cabe sostener siquiera que fué legal? En otros términos: el Sanedrín y Pilatos ¿aplicaron, a' pronunciarla, las leyes existentes?

Si la respuesta a esta pregunta fuese afirmativa, terrible bofetada recibiría la legalidad.

Pero los jueces de Jesús aplicaron erróneamente las leyes al augusto preso, y la pretendida legalidad de sus fallos no fué más que una careta puesta para encubrir su injusticia.

Estudiemos primeramente el juicio del Sanedrín.

El crimen por el cual éste condenó a Jesús fué por haberse declarado Mesías e Hijo de Dios. Afirmación solemne del acusado que no constituía blasfemia sino en el caso de haber sido falso.

Esta era, precisamente, la cuestión que forzosamente debía dilucidarse, y el Sanedrín ni la examinó siquiera, cuando en ella se encerraba todo el litigio.

Jesús se proclamaba Hijo de Dios. Si no lo era, blasfemaba y merecía la muerte, con arreglo a la ley judía. Pero si lo era, el Sanedrín debía postrarse de rodillas y adorarle.

Ahora bien, el deber de aquel alto tribunal compuesto de pontífices, sacerdotes, escribas y doctores de Israel, que aguardaban la llegada del Mesías, era examinar y estudiar los títulos alegados por Jesús para probar su filiación. Al no hacerlo, cometían una injusticia y una ilegalidad.

Si alguien acusado de perjurio es conducido ante el tribunal competente, y dice en su defensa: «he afirmado efectivamente bajo juramento el hecho citado en la acusación, y sigo afirmándolo, porque el hecho es cierto», ¿cuál será el deber del tribunal? Evidentemente el de decir a sus acusadores: «probad que es falso».

Esta es la única cuestión que se trata de instruir y poner en claro, porque si el hecho es cierto, no hay perjurio. Y a los acusadores incumbe probar que es falso.

Si el tribunal, en vez de proceder así, dijese al acusado: «Confesáis haber jurado tal hecho, luego sois perjuró, y os condeno», cometería un crimen.

El deber incontestable del Sanedrín era decir a Jesús: «pretendéis ser el Mesías, Hijo de Dios? Examinemos vuestras pruebas y vuestros títulos. ¿Cuál es vuestro origen? ¿Qué puntos de semejanza tenéis con el Mesías prometido? Demostradnos que las profecías se han cumplido, que ha llegado el tiempo señalado para la venida del Mesías, que en vuestra vida y en vuestras obras concurren todos los signos y caracteres que han de servir para reconocerle».

Nada más fácil para Jesús que responder a aquel interrogatorio.

Todos aquellos jueces eran versados, más o menos, en las Escrituras; todos conocían en particular las predicciones referentes al Mesías; como que éste era el objeto principal de sus estudios, su suprema esperanza, el dogma fundamental de sus creencias a través de los siglos.

Todos se hallaban, pues, en disposición de comprender y apreciar la triunfante demostración que Jesús podía hacerles de su título mesiánico y de su origen divino. Ellos mismos eran los depositarios de la promesa de un Mesías, creían en él, le esperaban, conocían la historia de los personajes que en lo pasado le habían servido de figuras, los rasgos característicos bajo los cuales le habían descrito los profetas, los sucesos políticos que debían preparar su advenimiento.

En una palabra, poseían su filiación y sus «señas particulares», según frase gráfica de un historiador.

Si hubieran querido, por lo tanto, instruir, como era su deber, la causa que se les sometía, no había en Israel jueces más competentes para decidir si Jesús era el Mesías, o si había que esperar otro. Y si le hubieran interrogado de buena fe, nada más fácil para Jesús que frustrarlos, probándoles el cumplimiento de las profecías, la reunión de los rasgos mesiánicos en su persona, y el carácter divino de su vida y de sus milagros.

Pero no procedió el Sanedrín de esta suerte.

Apenas Jesús, solemnemente interpelado por Caifás, respondió: «soy el Mesías, Hijo de Dios», el Sanedrín declaró que no quería oír más. Era un blasfemo, digno de muerte.

Ningún sanedrita se atrevió siquiera a interrogar su propia conciencia que debía, sin embargo, gritarle: «pero si la palabra de Jesús es verdad, no hay blasfemia, y sólo podemos condenarle si se nos presentan pruebas seguras de que es falsa. Investiguemos exactamente su genealogía, su nacimiento, las circunstancias de su vida y de sus obras, y veamos si en él se descubren a lo menos algunos de los rasgos del Mesías, predichos por los profetas».

Si los sanedritas opinaban que a Jesús era al que incumbía procurar esta prueba, lo menos que podían hacer era pedírsela y permitirle que la adujera.

En una palabra, cuando afirmaba solemnemente en nombre del Dios vivo ser el Mesías, antes de declararle reo de muerte tenían, por lo menos, la obligación de intimarle que probase su aserto.

Cuando Juan Bautista quiso saber con mayor seguridad si Jesús era el Mesías, le envió desde el fondo de su calabozo mensajeros que le formularan esta pregunta: «¿Sois Aquel que debe venir, o debemos aguardar otro?»

Y Jesús respondió: «Id y referid a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos están limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados.»

Juan, convencido, no reclamó más pruebas. Aquellas pruebas mismas, y otras, podían haber sido, facilísimamente, suministradas al Sanedrín.

Y si aquellos jueces, suponiéndoles de buena fe, no hubieran quedado convencidos por sus obras, no tenían más que haber interrogado a Jesús sobre su divina filiación, y se la hubiese demostrado en un lenguaje capaz de transportarlos de entusiasmo.

Pero el Sanedrín no buscaba la verdad ni la justicia. Jesús, para aquellos sacerdotes y levitas, llenos de

envidia y de hiel, era el enemigo, enemigo de su autoridad, de su prestigio, de su posición, de su porvenir.

Necesitaban a toda costa que desapareciese, y por eso la sentencia se evacuó tan deprisa, después de un simulacro de proceso, sin información alguna sobre la veracidad de las palabras de Jesús.

El Sanedrín «presumió» su falsedad, y sin proceder a averiguaciones juzgó que las palabras de Jesús «no podían ser verdad», y que en consecuencia era un blasfemo. Eso se llama la injusticia sistemática.

Para poder apreciar como se merece el fallo del Sanedrín, no hay que perder de vista que el mesianismo era el dogma angular del judaísmo, que el pueblo judío aguardaba al Mesías desde hacía siglos, como el gran *desideratum* de su vida nacional. Ningún otro pueblo, ni antiguo ni moderno, se halló jamás en situación semejante, y por consiguiente no era posible en ningún otro país un proceso como el de Jesús ante el Sanedrín.

Imaginémonos que hoy comparece ante un tribunal moderno un hombre acusado de proclamarse el Mesías, Hijo de Dios. ¿Qué harán los jueces? Le considerarán como un pobre iluso, un insensato. Si es inofensivo, le dejarán en libertad. Si promueve desórdenes, le mandarán encerrar en un manicomio. Ningún juez soñará en sentenciarle a muerte, ni a ninguno se le ocurrirá tampoco abrir indagatoria para saber si aquel hombre es en verdad un Mesías, Hijo de Dios, o no; porque hoy ninguna nación espera al Mesías, ni cree en un Hombre Dios futuro.

Muy diferente era el caso en el pueblo judío y en la época mesiánica. Los sanedritas se encontraban con un hombre extraordinario, que llevaba tres años realizando todo género de milagros, y que había dicho a las multitudes: «Yo soy el Mesías que esperáis. Dios, mi Padre, es quien me envía, y si no creéis en mis palabras, creed en mis obras.»

¿Qué debían hacer para juzgar a aquel hombre, ellos que creían en un Mesías, que lo esperaban y que estaban

constituídos en autoridad para pronunciarse sobre la cuestión mesiánica?

A todas luces, su deber era examinar a fondo la vida de aquel hombre, y explicar cómo había podido obrar tantas maravillas, si no era un impostor. Como jueces eclesiásticos, doctores de Israel y versados en las Escrituras, su misión era instruir al pueblo sobre el Mesías, y mostrárselo cuando apareciese. Deber no sólo de estado y de religión, sino de patriotismo. Porque si la nación desconocía al Mesías, se incurría en la mayor de las desgracias, y se perpetraba el más imperdonable de los crímenes.

El Sanedrín pisoteó aquel triple deber, y esa es la tremenda responsabilidad que ha asumido ante la historia, hasta la consumación de los siglos.

Examinemos ahora el fallo de Pilatos, Procurador romano y Gobernador de Judea.

Educado en la escuela del escepticismo, Pilatos, que dudaba de la verdad, debía dudar también de la justicia, que debe estar por encima de los intereses, de las preocupaciones y de las pasiones.

Pero Jesús gozaba de todas sus simpatías, y hubiéndole complacido defenderle contra el sacerdocio judío, a no ser por miedo a que lo delatasen a Tiberio.

A pesar de la concisión del relato evangélico, fácilmente se leen entre sus líneas todas las peripecias de la lucha interior que se libró durante el curso del proceso, entre la conciencia de Pilatos y su deseo de no perjudicar ni sus intereses ni su carrera.

Por dos veces intentó inhibirse: la primera cuando dijo a los sanedritas: «juzgadle vosotros mismos con arreglo a vuestras leyes»; la segunda, cuando lo mandó a Herodes, como galileo.

No habiendo producido efecto ninguno de aquellos medios declinatorios, empezó el sumario de la causa y

en seguida, después de interrogar brevemente a Jesús, dijo sin vacilar a los sanedritas: «no hallo en este hombre crimen alguno».

No pudiendo persuadirlos, trató de conmovellos, disponiendo la instigación del acusado, y después puso a los acusadores en la alternativa de optar entre el bandido Barrabás y Jesús. Pero aquellos perversos no vacilan, y optan por Barrabás, que es su predilecto, y si Pilatos lo hubiera exigido, quién sabe si habrían sido capaces de admitirle como su Mesías.

Agotados los expedientes dilatorios, Pilatos se ve en el trance de pronunciarse sobre el fondo del litigio.

De todos los cargos acumulados contra Jesús, uno solo cae bajo su jurisdicción y puede procurarle disgustos con el César: el que presenta al reo como aspirante a la corona de Israel.

Delegado del César, Pilatos no puede dejar impune aquel crimen de alta traición, imputado al joven profeta.

Si Jesús quiere verdaderamente sacudir el yugo de Roma, reconquistar la independencia de su país y proclamarse rey, merece la muerte.

Pero nada parece a Pilatos menos verosímil.

Es cierto que, en respuesta a su pregunta, Jesús había contestado que era rey de los judíos; pero explicándole que su reino no era de este mundo. Además, durante tres años de predicación, nunca había hablado contra la dominación romana, ni aconsejado la desobediencia o la rebelión, ni pronunciado una palabra que pudiera interpretarse como indicadora de sus deseos de emancipar al país del yugo extranjero.

Más aún: una vez que, en Perea, gran multitud de gentes quiso aclamarle rey, rehusó la dignidad que el sufragio popular quería imponerle, y huyó como si le hubiesen ultrajado.

En otra ocasión, habiéndole tendido a este propósito una emboscada los fariseos, deseosos de comprometerle con las autoridades romanas, Jesús les había dado esta profunda respuesta, resumen de toda su doctrina político-

religiosa: «Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.»

Es verdad que pocos días antes había entrado en Jerusalén como triunfador, entre las aclamaciones de la multitud. Pero en aquella multitud no había ni sediciosos, ni ambiciosos, ni personajes influyentes. Componíanla los humildes, los pobres, los desheredados, los desvalidos; corazones sencillos que no se agitaban por los negocios de Estado, ni soñaban con derribar los poderes establecidos.

Pilatos debía saber todo aquello, y ya había averiguado lo suficiente sobre Jesús para persuadirse de que aquel hombre no podía ofrecer peligro alguno para el poderío romano.

Sin duda comprendió, o cuando menos sospechaba, que había en Jesús un formidable reformador de la religión judía, y un adversario invencible del sacerdocio farisaico o saduceo, y se daba cuenta de que era bastante fuerte para derribar la sinagoga, lo cual explicaba por qué todo el Sanedrín pedía su muerte.

Pero ¿qué le importaba ni la sinagoga ni la ley mosaica? Si el prestigio sacerdotal y la influencia del gobierno teocrático de los judíos corrían riesgo de ruina, tanto peor para los príncipes de los sacerdotes. Ni él ni los romanos tenían motivo de inquietarse por semejante cosa.

Entendía muy bien lo que querían los sanedritas cuando le explicaban que Jesús merecía la muerte por proclamarse Hijo de Dios, pero le hubiera parecido ridículo en su calidad de magistrado romano, adepto al politeísmo, intervenir en aquel aspecto del litigio. Proclamarse Dios era, a sus ojos, una manía inofensiva; no un crimen.

¡Cómo se reírían de él todos los escépticos de Roma si le mandaba crucificar por aquel delito!

Por eso respondía, con su actitud, a los sanedritas: «¿Por quién me tomáis? ¿Soy, acaso, judío? ¿Espero ningún Mesías? ¿Pensáis que voy a estudiar todos vues-

«...profetas para ver si coinciden en Jesús todos los rasgos que ellos atribuyen al Mesías? Vosotros erais los que debíais haberos entregado a esas investigaciones antes de declarar a Jesús reo de muerte, ya que creéis en la llegada de un Mesías, y en los profetas. ¿Os imagináis que voy a asumir ese trabajo, que vosotros no habéis querido hacer? Seguramente no.»

Y prosiguiendo su monólogo interior, Pilatos se decía:

«¿Puedo, por otra parte, condenar a este hombre a muerte por haberse declarado rey de los judíos? ¿No es ésta una manía inocente? ¿No me ha dicho él mismo que su reino no es de este mundo? Y si no es de este mundo ¿en qué nos interesa, ni por qué Roma ha de mostrarse recelosa? ¿Qué mal hay en que este dulce profeta, que lleva tres años multiplicando sus beneficios entre su pueblo, sueñe con un reino en otro mundo? Será una locura tranquila, una ilusión, un espejismo, todo lo que se quiera, menos una traición.»

Y volviendo a los judíos, Pilatos les declaraba de nuevo que no veía crimen en Jesús.

Acogidas sus palabras con gritos de rabia, aquel juez que, sin embargo, hablaba en nombre de Roma, y que tenía a sus órdenes toda una cohorte de legionarios que a una señal suya habría acuchillado a toda aquella canalla, temblaba ante el motín popular.

Y cuando vió que no podía convencer a los judíos de la inocencia de Jesús, se puso a parlamentar con su conciencia, para persuadirla de la culpabilidad del prisionero.

«¿Qué es la verdad? se preguntaba sacudiendo la cabeza. Ni lo sé, ni nadie lo sabe. ¿Por qué este Jesús, que me parece inocente, no ha de ser culpable? Ni siquiera se toma el trabajo de responder a lo que contra él se dice.

«¿Por qué obstinarme en defenderle contra los jefes de su nación, que me delatarán a Roma y pedirán mi relevo?

«Los sanedritas, que le han condenado, afirman que es culpable y merecedor de la muerte. ¿Seré yo el único en creer en su inocencia? Las instrucciones del Emperador

me recomiendan evitar todo conflicto con los jefes de pueblo judío. Seguiré, pues, su dictamen, y ya que piden absolutamente su muerte, la decretaré.

»No es ciudadano romano, sino judío, y cuando su nación le abomina, pues quiere su destrucción, sería gran necedad de mi parte oponerme a la voluntad del pueblo, con riesgo de ser yo la víctima.

»Sin embargo, este hombre no ha perpetrado ningún crimen; y sería noble tomarle bajo mi protección, y responder a esa turba desenfrenada: «no os puedo permitir derramar la sangre de un inocente: vosotros mismos me habéis entregado este hombre y se halla bajo la custodia de Roma, y mientras no me hayáis convencido de que ha cometido un crimen, no os lo devolveré».

»Sí; pero ese gran nombre de Roma, con el que le cubriré, ¿me cubrirá a mí cuando los príncipes de los sacerdotes me acusen a Tiberio de haber libertado a un hombre que se había proclamado, en mi presencia, rey de los judíos?

»¡Crimen de lesa majestad, gritarán, crimen confesado, reconocido por el reo ante el mismo tribunal, que la complacencia del Gobernador deja impune!

»Podría, sin duda, objetar que el reino de este singular monarca no es de este mundo. Pero Tiberio no lo comprendería, como yo no lo comprendo, y diría que todo pretendiente a la corona de David debe ser ejecutado.

»Para hallar gracia delante de Tiberio no basta ser inocente; hay que parecerlo. Y, según las apariencias, ese desdichado será culpable, pues los pontífices, sacerdotes, ancianos y toda la turba vociferan que lo es.

»¿Tengo yo la culpa de que quiera reformar la religión de su país, y se haya imprudentemente lanzado a esa lucha a muerte contra adversarios más poderosos que él? ¿Tengo yo la culpa de que haya pronunciado, delante del Sanedrín y delante de mí, palabras comprometedoras para su causa?

»Mi deber no es el de sacrificar mi persona para salvar la suya, sino el de velar por el mantenimiento de la paz, y

los gritos furiosos que reclaman su muerte, me dicen con harta elocuencia que esta paz está perturbada, y que sólo la restablecerá la muerte del nuevo profeta.

«En todo caso urge una solución. Voy a esforzarme una última vez por apaciguar a sus enemigos, y si persisten en exigir su muerte, me lavaré las manos, y se lo entregaré »

Tales fueron, racionalmente discurriendo, las fases sucesivas de la lucha íntima sostenida por Pilatos contra su conciencia, que demuestran que su fallo fué un acto de debilidad indigna, apoyado en una sombra de legalidad.

El motivo aparente estaba escrito en la cruz: «rey de los judíos». El motivo real fué el miedo a Tiberio.

XI

LÚGUBRE CORTEJO

Poco después de las once de la mañana, estaban terminados los horribles preparativos de la ejecución y el mayor de los crímenes estaba a punto de consumarse. El hombre iba a matar a Dios.

¿Quiénes eran los culpables? En primer lugar, el sacerdocio judío, y sobre todo Caifás, que todo lo había tramado, organizado y ordenado. En segundo lugar, el pueblo judío, sosteniendo y alentando al sacerdocio y amotinándose para espantar a Pilatos. En tercer lugar, Pilatos, aunque acaso en menor grado que los otros, pues hizo verdaderos esfuerzos para salvar al acusado.

Cayo, aunque inconsolable, había recibido la orden del Gobernador: *expedi crucem*, y había tenido que obedecerla, pues todavía no creía en la divinidad de Jesús.

Con el corazón desgarrado de dolor, avisó a Claudia y

Camila que todo estaba dispuesto, y organizó el lúgubre cortejo.

Las dos hermanas subieron a la azotea más alta de la torre Antonia, y asomadas a las aberturas de las almenas, pudieron ver, a través de sus lágrimas, el desfile de la fúnebre procesión.

Abría la marcha Cayo, a caballo, con una compañía de legionarios.

Detrás iba Jesús, con la cruz a cuestas, seguido de los dos ladrones, cargados igualmente con los instrumentos de su suplicio.

El resto de la cohorte romana, a caballo, se adelantaba, al paso, detrás de los sentenciados, para protegerlos contra la irrupción del pueblo.

Amigos y enemigos de Jesús, forasteros acudidos a Jerusalén por la fiesta y que se habían interesado por el joven profeta, y otros indiferentes, atraídos por la curiosidad del espectáculo, componían una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños, con los trajes más variados de formas y colores, y hablando diferentes lenguas.

Su número excedía de veinte mil espectadores, sin contar los que presenciaban el paso del cortejo desde las murallas y azoteas.

Aquella muchedumbre levantisca y bulliciosa discutía, gesticulaba y chillaba. La mayor parte acusaban a Jesús, blasfemando, y pocos se atrevían a defenderle.

—Yo era un infeliz leproso, decía uno, y me curó.

—Yo era sordo mudo, añadía otro, y me devolvió el oído y la palabra.

—Yo estaba paralítico, sin poder moverme de un colchón, y gracias a su palabra mi cuerpo es hoy ágil y fuerte.

—Yo era ciego, y ahora veo.

—Callaos, vociferaban los otros: es un impostor, y vosotros también.

A la primera vuelta del camino que ha sido llamado la «vía dolorosa», algunas mujeres se mezclaron con los soldados para acercarse a Jesús, y se las iba a apartar bru-

lúgubre

ta de la
almenas
e de la

ompañía

lo de los
umentos

adelan-
roteger-

udidos a
o por el
a curio-
titud de
ariados
s.

sin con-
las mu-

iscutía,
a Jesús,

ró.
olvió el

de un
y ágil y

postor,

nado la
on los
ar bru-





talmente, cuando Cayo las vió. Eran la Madre de Jesús, Myriam y dos o tres más.

No molestéis a esas mujeres, dijo el centurión, y dejadlas ir donde quieran. Son parientes del reo: respetad su dolor.

Un poco más adelante, Jesús cayó al suelo, abrumado por el peso de la cruz, y Cayo, echando la vista sobre un curioso que había entrado por la «puerta judiciaria», le obligó a cargar con la cruz, hasta salir fuera de las murallas.

El gentío crecía siempre, como una marea ascendente, y cuando se pasó el recinto fortificado sus olas se desbordaron, cubriendo las rocas y los barrancos.

Claudia y Camila seguían con los ojos el desolador espectáculo, observando todos sus incidentes. La cohorte romana que servía de marco a Jesús, adelantaba con paso acompasado y cadencioso. Los hombres y los caballos, revestidos de hierro y acero bruñido, brillaban a lo lejos, como una gigantesca tortuga que subiera al asalto del Calvario.

Blancos torbellinos de polvo envolvían el cortejo por intervalos, ocultándole a las miradas, y densos nubarrones cubrían el firmamento. De vez en cuando un rayo de sol rasgaba las nubes tenebrosas, lanzando sobre el sombrío cuadro fantásticos resplandores.

El tiempo era pesado, triste, como petrificado en una inmovilidad de muerte.

Por fin Claudia y Camila vieron el triste cortejo llegar a la cima del Gólgota, colina roquiza, poco elevada, situada extramuros y separada del monte Moria por el valle del Tyropeon. La torre Antonia, que dominaba todo el horizonte, era el mejor observatorio para ver desde lo alto la escena del Calvario.

Un doble cordón de soldados cercó la roca para apartar al pueblo. De repente el obscuro cortinaje de nubes que velaba el sol se desgarró, abriéndose como un horno, en cuyo centro ardía el sol. De aquel foco brotó como un chorro de luz sanguinolento, que inundó la horrible escena de la crucifixión.

Claudia y Camila vieron entonces distintamente en medio del círculo de soldados, a Jesús, despojado de sus vestiduras, levantado en alto, atado y clavado en la cruz, plantada por los sayones en un agujero de la roca.

Sus ojos se cerraron de espanto, y cuando volvieron a abrirlos, ya no vieron nada.

Las nubes habían vuelto a cerrarse cada vez más negras. Espesas tinieblas envolvían el Gólgota, y Jerusalén parecía sumido en una noche profunda y misteriosa.

Era mediodía. Las dos mujeres, espantadas, se encerraron en sus habitaciones, preguntándose si el sol iba a apagarse.

XII

EL CALVARIO

La obscuridad que envolvía a Jerusalén aumentaba en proporciones considerables. No podía atribuirse a un eclipse de sol porque era la época del plenilunio. ¿A qué atribuir, por lo tanto, aquel fenómeno, que transformaba el medio día en noche cerrada?

Vosotros, los que pedíais un signo del cielo para creer en Jesús, ¿no veis ese signo? No: porque vuestros ojos no os sirven para ver.

Sin embargo, los espectadores indiferentes comenzaron a sentirse invadidos de espanto, y silenciosamente se retiraron a sus casas.

Otros, no menos asustados, conversaban en voz baja, preguntándose si aquello era el fin de los tiempos, predicho por el joven Profeta.

Así lo creían muchas de las santas mujeres, porque

una hora antes Jesús las había reiterado la predicción, cuando se le habían acercado. Al oír sus sollozos, camino del Calvario, las había dicho: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos. Porque se acercan los días en que se dirá: felices las estériles, y las entrañas que no han concebido, y los pechos que no han amamantado. Entonces, diréis a las montañas: «caed sobre nosotras», y a las colinas: «cubridnos, porque así se trata a la leña verde, ¿qué será de la seca?»

¿Cuándo iban a realizarse aquellas terribles profecías? Las mujeres no lo sabían, pero pensaban que aquello era su comienzo.

Habían seguido a Jesús, hasta el fin, y continuaban llorando, pues será eterno honor de las mujeres el que los Evangelios, escritos por hombres, no mencionan ni una sola que abandonase a Jesús en los días de duelo y de traición.

Habíanse agrupado al pie de la cruz, a la que Cayo las había permitido acercarse una vez terminada la ejecución.

La Madre de Jesús, con los ojos enrojecidos por las lágrimas derramadas desde por la mañana, las mejillas pálidas y hundidas por el dolor, se mantenía de pie, junto al cuerpo de su Hijo. Ora inclinaba la cabeza y besaba sus rodillas, ora la levantaba, y contemplando el irritado cielo, decía en voz baja: «¡Tened compasión, Jehová! Vuestro hijo es también hijo mío, y os le sacrifico por la salvación del mundo.»

Myriam arrodillada, con la cabeza oculta en un velo negro, del que se escapaban los bucles de su abundante cabellera, apretaba entre sus brazos el pie de la cruz, y cubría de lágrimas y de besos los pies del crucificado.

Las otras mujeres, sentadas en tierra, arrebujaadas en sus mantos oscuros, la cabeza envuelta en largos velos de luto, lanzaban suspiros y lamentaciones, contemplando el cuerpo de su amado Maestro, que se destacaba en la noche sombría como un gran fantasma.

De pies, con la cabeza inclinada sobre el pecho, el

discípulo predilecto de Jesús estaba al lado de María, absorto en su mudo dolor, asociando todas las potencias de su ser al sublime sacrificio, del cual era su amadísimo Maestro víctima a la par que sacerdote, mientras él ofrecía, como María, el immaculado cordero a Jehová, junto al altar de la nueva ley.

Igualmente se hallaba en el Calvario el que Jesús había escogido como jefe de sus apóstoles, y que le había vergonzosamente negado. Durante las doce últimas horas había vagado, loco de dolor, primero entre las tumbas del valle de Josafat, y después por los pórticos del templo y las cercanías del pretorio.

Había encontrado, de noche, a Judas en el sepulcro de Absalón, y su primer impulso fué arrojarle sobre él, y estrangularle. Pero después se dijo: «soy tan culpable como él». Y lleno de horror, hacia sí mismo y hacia Judas, había huído a Getsemaní, permaneciendo hasta el alba prosternado en la gruta de la agonía y sobre la tierra empapada aún en el sudor de sangre de su Maestro, y que él regó con torrentes de lágrimas.

Al rayar el día, no se decidió a volver al palacio del Gran Sacerdote, donde el Sanedrín instruía el proceso final de Jesús, porque el teatro de su crimen le inspiraba horror.

Pero confundido entre la multitud que atestaba el patio del pretorio, siguió con creciente dolor todas las peripecias del gran drama judicial, y mezclado también con el pueblo formó parte del fúnebre cortejo.

Cuando vió a Jesús en la cruz cayó, la faz contra la tierra, pensando que él también iba a morir. Pero una ola de lágrimas le desahogó en parte, y levantándose del suelo se deslizó entre los soldados para ver al Señor más de cerca.

Entonces el divino crucificado levantó la cabeza y le dirigió una larga mirada. No la mirada acusadora que traspasó su conciencia en el patio del Gran Sacerdote, ni la mirada severa del juez que se clava obstinadamente en el rostro embustero de un traidor, sino una mirada de

dolor y simpatía, de misericordia y de perdón: la mirada conmovida del Padre saludando el regreso del «hijo pródigo».

Jesús parecía decirle con los ojos: «¡Pobre Pedro! Conozco toda la extensión de tu dolor, y te perdono. Tu falta queda olvidada, y sólo recuerdo tus protestas de amor y de fe, tan espontáneas, tan sinceras, tan ardientes.»

Fuera del círculo de los soldados agitábase una multitud que parecía compuesta enteramente de enemigos de Jesús. Y no era así, pues en ella figuraban buen número de sus amigos, de los que habían concurrido a su triunfo, vitoreándole cinco días antes. Allí estaban también los que, milagrosamente, había alimentado en el desierto, y los curados de sus enfermedades.

Pero entre aquellos millares de adictos de la primera hora ¡cuántos ingratos, cuántos olvidadizos, cuántos débiles, cuántos cobardes!

Acaso formaban el mayor número, pero ni siquiera tuvieron valor para contarse, callándose por interés, por miedo o por flaqueza.

Así acontece en todos los movimientos revolucionarios. La minoría, tumultuosa y violenta, aterroriza a la mayoría, y es la que gobierna.

Además, en el Calvario, aquella minoría estaba mandada por jefes poderosos, los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos, y nada hay tan terrible como la guerra religiosa en una masa excitada por el odio a lo divino.

Parecía un mar tempestuoso cuyas olas azotaban los flancos del Calvario, y de la que salían clamores, imprecaciones y blasfemias.

—Tú, que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, ¡sálvate ahora!

— Si eres Hijo de Dios, ¡baja de la Cruz!

Y aquellos milagros que los blasfemadores juzgaban imposibles, y que le retaban a cumplir, Jesús, sin contestarles, los estaba realizando. La destrucción de aquel her-

moso templo de Dios que era su cuerpo se consumaba, y en menos de tres días lo iba a reconstruir, mientras que el otro templo, que Jehová habitó durante siglos, iba a quedar vacío.

Pocas horas después descendería de la cruz, ¡dormiría menos de tres días en la tumba, y saldría de ella vivo!

Los príncipes de los Sacerdotes, orgullosos con su victoria, añadían a las imprecaciones populares sarcasmos que juzgaban muy ingeniosos.

—Ha salvado a los otros, decían, y no puede salvarse a sí propio.

¿Cómo? ¿Admitís ahora que había salvado a los otros? Pues ¿por qué lo negabais antes? ¿Y por qué seguís negando que pueda salvarse a sí propio? Dejadle que remate su obra. Aun le quedan algunas gotas de sangre que verter para salvar a los otros: esperad a que las derrame y se salvará a sí mismo.

Pero a los sarcasmos, a las injurias, a los retos, a las vociferaciones de la multitud, a los gritos de triunfo de los sanedritas, Jesús no contesta.

Ahora sí, dicen los jefes frotándose las manos, ahora sí que hemos concluido con él. No sólo le hemos vencido, sino que le hemos aniquilado. ¡Al que osaba apellidarse Hijo de Dios!

«De sus trabajos, de sus predicaciones, de sus viajes, de sus pretendidos milagros ¿qué le queda? Nada. ¿Qué ha fundado? Nada. Su desnudez es completa, su ruina definitiva y total, y vuelve a la nada, de donde salió.

«Ni un rincón de la tierra le pertenece, ni un mueble, ni una moneda, ni el más insignificante recuerdo para legarlo a sus amigos.

»¡A sus amigos! Ni siquiera esos le quedan. Los que lo fueron le han abandonado o vendido.»

Todo aquello era verdad, y aun por debajo de la verdad.

Jesús había tenido, a lo menos, vestiduras, y ya no las tenía. Despojado de ellas, los soldados se las han repartido, y para no cortar su túnica, la han sorteado,

Jesús gozaba fama de sabio y de prudente. Ahora se le considera como un insensato. Parece haber perdido hasta el uso de la palabra, y ha sido incapaz de defenderse ante los tribunales. Hasta la reputación de santidad ha perdido, al condenarle la justicia como a un facineroso.

Jesús era taumaturgo, en grado tal que el mundo no conoció nunca otro comparable. Ahora está reducido a completa impotencia, sin conservar siquiera el instinto de la propia conservación.

Era el más hermoso de los hijos de los hombres. Miradle ahora, cubierto de llagas, desfigurado, repugnante a la vista.

Tenía un discípulo tiernamente amado, y una madre adorada. ¿Cuenta, a lo menos, con esos cariños?

¡Oidle, oidle! Va a renunciar a ellos, legándolos el uno al otro.

Al fin recobra la palabra, para decir:

— Mujer, he ahí a tu hijo. Juan, he ahí a tu madre.

¿Qué queda entonces? ¿Su cuerpo desnudo tal vez? ¡Ah! ¡Ni eso siquiera! Su cuerpo pertenece a la justicia humana....

¡Ah, Satanás! ¡Cuánto debiste reírte aquel día de aquél que, tres años antes, transportaste a lo alto de una montaña para ofrecerle todos los reinos de la tierra, que él rehusó!

¡Ah, fariseos, saduceos, herodianos, cantad victoria y exultad! La suprema agonía de Jesús está concluyendo. La espantable visión que le postró en el huerto de Getsemaní, vuelve a acongojarle. La gran ola de sangre sube, se yergue y bate al pie de la cruz. En un instante todo lo sumergirá. Su ensangrentada cabeza ha caído, inerte, sobre el pecho. Sus cabellos, desparramados por su augusta faz, velan sus miradas. Su voz plañidera deja oír esta lamentable confesión de impotencia: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»

Enemigos de Jesús ¡triunfad! Pero daos prisa, porque la hora de vuestra derrota se acerca. ¡Todo lo que creéis perdido está salvado, y todo lo que os parece acabado va a empezar de nuevo!

Jesús exhala el último suspiro: En aquel supremo momento levanta la cabeza, y lanza un grito tan potente, que resuena hasta en el fondo de las tumbas, como la trompeta del juicio final. El templo de Salomón lo oye: sus pesadas puertas de bronce se abren por sí solas: el velo del Santo de los Santos se desgarrá: el fuego sagrado se apaga en el candelabro de oro; la tierra tiembla, las rocas se rajan, los sepulcros se abren y los muertos resucitan.

¡Singular vencido, en verdad, el que así anuncia su derrota al universo!

El sol vestía ya gran luto, y ahora la tierra es la que, a su vez, padece y tiembla. Y en substitución de los vivos, que se niegan a reconocer al verdadero triunfador, se alzan los muertos para dar fe de su victoria.

¡Monstruosa aberración de la libertad humana! La criatura razonable ha permanecido sorda a la voz de su Criador, ¡y la naturaleza física le ha escuchado!

El desesperado clamor de un Dios no ha conmovido los corazones de los hombres, ¡y ha quebrantado las entrañas de la tierra y las profundidades del cielo!

Sin embargo, después del último grito lanzado por Jesús a la tierra, y en medio del solemne silencio que le siguió, hubo una voz humana que se levantó, y tuvo el valor de arrojar a la faz de los perseguidores la gran profesión de fe: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios.»

Habéis reconocido la voz del Centurión.

porque
e creéis
acabado

mo mo-
nte, que
i trom
sus pe-
celo del
ado se
ola, las
muertos

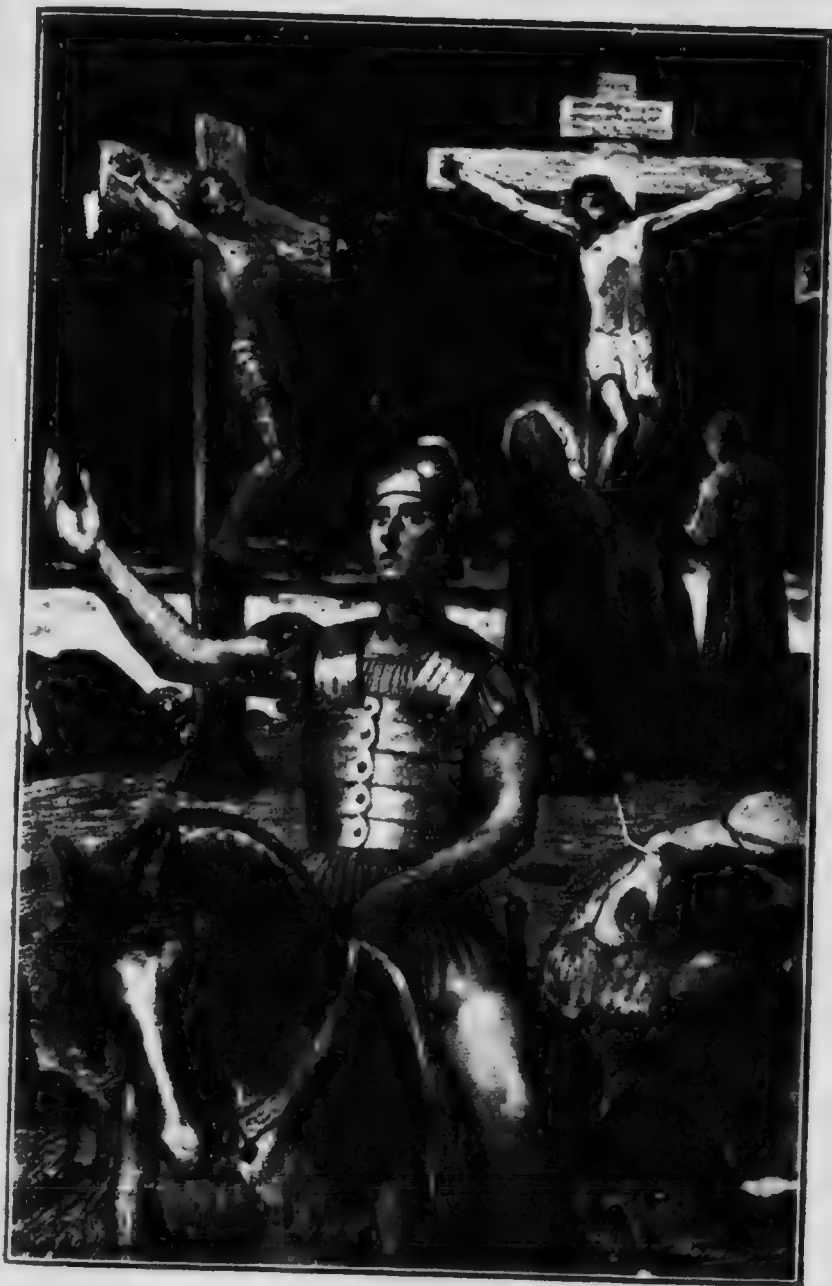
ncia su

la que,
de los
nfador.

na! La
de su

novido
as en-

lo por
que le
uvo el
n pro-
lijo de



Quinta parte

Triunfo del Hijo de Dios

I

EL AMOR MÁS PODEROSO QUE LA MUERTE

La victoria de la muerte era completa, y al parecer definitiva.

El poder político y sacerdotal se habían coaligado para concluir con el hombre que turbaba su reposo, y el pueblo les había prestado su complicidad. Su víctima inocente dormía el último sueño en una colina de rocas, dentro de un sepulcro cerrado y sellado.

En opinión de los hombres, todo había concluido. Nada quedaba del gran profeta, del gran doctor, del gran taurmaturgo, y su recuerdo se borraría muy pronto de la memoria de sus pobres discípulos.

Sólo en la cima del Calvario permanecía en pie la cruz. Pero ¿quién creía entonces que pudiera nunca convertirse en signo de victoria? ¿Quién hubiera podido imaginarse que un día llegaría a ser el árbol de vida por excelencia de todo el género humano?

Sin embargo, aun había almas fieles a Jesús de Nazaret, que guardaban en lo más íntimo de su ser los tres grandes sentimientos que constituyen la vida sobrenatural: la fe, la esperanza, el amor.

La muerte mata a los hombres, pero no los sentimientos, las ideas y las doctrinas, que encierran gérmenes de vida.

En el monte Sión, en una humilde estancia, lloraban y rogaban Juan y Pedro. Lloraban al que habían amado y seguían amando siempre con todo su corazón, su Maestro, su Padre, su amigo. Rogaban ¿a quién? Al que les había declarado ser Hijo de Dios.

Si alguien hubiese ido a decirles: «pero ese a quien rogáis no puede oíros, y no le volveréis a ver jamás», habrían contestado: le volveremos a ver en su reino, donde ha ido a prepararnos un sitio al lado suyo».

Porque precisamente la víspera, desde lo alto de la cruz había aún hablado de su reino al buen ladrón, prometiéndole que aquel mismo día estaría con él en el paraíso.

En el Cenáculo, los otros discípulos y muchas de las santas mujeres habían pasado igualmente la noche en oración y entre lágrimas. Solamente entonces comprendieron hasta qué punto amaban a aquel Maestro, a quien tres años hacía iban siguiendo a todas partes, y qué vacío iba a abrir su muerte en sus almas.

Allá abajo, en Galilea, los primeros correos que llevaron la noticia de la crucifixión no hallaron más que incrédulos. No era posible. El Amo de la vida y de la muerte no podía haber sido muerto como un hombre vulgar. ¿Qué sería de Galilea sin él? ¿Cómo consolarse de no verle más y de no oírle nunca?

La aflicción era universal y profunda, como proporcionada al amor.

¿Habían olvidado todos aquellos creyentes sinceros la promesa del Señor de resucitar al tercer día?

No; pero aquella promesa iba envuelta en grandes misterios. Es cierto, pensaban, que resucitó a Lázaro y nos

tiene dadas tantas pruebas de su poderío que aquel gran milagro no nos asombró.

Pero ahora, siendo él mismo el muerto, ¿quién le resucitará? ¿Y en qué ha de consistir realmente esa resurrección? ¿Reanudará con nosotros su vida de antes?... Y los tres días anunciados ¿hay que entenderlos literal o figuradamente?

Estas dudas atravesaban sus almas, aunque sin detenerse en ellas, y las rechazaban de tal suerte que ni siquiera se las comunicaban unos a otros.

Abismados en su dolor, padecían en su amor, y sin ahondar los futuros misterios, persistían en creer que no había concluido todo y aguardaban lo que iba a venir, que era aún para ellos lo desconocido.

La victoria de la muerte no había sido, por lo tanto, completa. Había dado muerte al ser amado, pero el amor que éste inspiraba persistía, vivaz, en el corazón de los hombres. Y aun se había agigantado, pues muchos como Gamaliel, Nicodemus, Claudia y Camila, no habían comprendido hasta después de su muerte hasta qué punto pertenecían sus almas al divino crucificado.

Hasta los príncipes de los sacerdotes empezaban a dudar de su victoria. Habíanse imaginado que el día siguiente al de la muerte de su víctima iba a ser un día de públicos regocijos, y nadie recordaba un sábado más triste ni más lúgubre.

Reinaba la desolación en todas partes, y hasta el templo estaba desierto, a causa de los extraordinarios fenómenos de que había sido teatro la víspera, y que nadie podía explicarse.

La multitud de curiosos que había acudido al Calvario, había bajado espantada, golpeándose el pecho, y muchos se proclamaban discípulos de Jesús después de haber presenciado su muerte.

Entretanto huía por el camino de Cesárea el Procurador, profundamente conturbado por la mirada de Jesús y su encuentro con el Hombre Dios. Al lado suyo cabalgaba Cayo, abrumado de dolor y solicitado por sus dos

amores, pero permaneciendo inquebrantable en su fe en el Crucificado, y dispuesto a sacrificarlo todo, hasta sus más brillantes esperanzas de porvenir y los más tiernos sentimientos de su corazón.

Para conocer el estado de su alma es preciso referir lo ocurrido la víspera por la noche entre el nuevo discípulo del Hijo de Dios y su amada Camila.

II

LA FE MÁS FUERTE QUE EL AMOR

Cafa la noche cuando el Centurión, de vuelta del Calvario, entró en el palacio del Procurador y halló a Claudia y Camila llorando juntas. Con emoción profunda las refirió los últimos momentos del Crucificado.

—¿Y qué van a hacer con su cuerpo? preguntaron las dos hermanas, llenas de ansiedad.

—Tranquilizaos: descansa ya en el hermoso sepulcro de José de Arimatea.

—¡Tú! pronto! ¿Y cómo se le ha enterrado con tanta rapidez?

—Voy a decíroslo. José de Arimatea posee una quinta al noroeste del Calvario, y hasta un pedazo de este peñasco está enclavado en su jardín. En ese peñasco mandó nuestro amigo, pocos meses ha, que se abriese un sepulcro, para él y su familia, y bien pudiera tomarse como una inspiración, pues apenas crucificado Jesús de Nazaret. José de Arimatea exclamó: «para Él será mi sepulcro; para El, dueño del mundo, que no tiene un palmo de tierra en que hacerse enterrar».

Fácilmente obtuvo del Gobernador permiso para que le entregasen el cadáver y que le diera sepultura conveniente.

Por su parte, Nicodemus volvió a la ciudad y compró el sudario, la mortaja, los vendajes y los perfumes necesarios. Apenas se comprobó la muerte de Jesús, permitió que lo descolgaran de la cruz, y nuestros dos amigos, ayudados por los discípulos y las santas mujeres, procedieron al embalsamamiento y al sepelio.

Un sendero, de apenas doscientos pies de longitud, conduce desde la cruz al sepulcro, por una sinuosa pendiente, y José de Arimatea presidió en persona el cumplimiento de todos los ritos funerarios.

Se han dado mucha prisa, a causa del reposo del sábado que iba a empezar, y antes de la puesta del sol había concluido la triste ceremonia.

—¡Oh Cayo! ¡Qué horrible luto, y con cuánta precipitación se han sucedido esos lúgubres acontecimientos! Ayer aún, lleno de vida, atronaba el templo con sus anatemas contra los fariseos, ¡y hoy no existe! ¿Habéis visto al Procurador?

—Sí; hasta él está consternado, y quiere salir inmediatamente para Cesárea, donde me manda seguirle.

—¿Y vais a partir?

—¡Ah, sí, Camila! Y no se trata de una separación de breves días: con la muerte en el alma vengo a despedirme para siempre.

—¿Para siempre? ¡No os entiendo!

—Oídme con atención, amiga de mi alma. Hace cinco días entró, según sabéis, triunfalmente en Jerusalén Jesús de Nazaret, y aquel triunfo nos llenó de júbilo, permitiéndonos esperar que preludiaba la victoria de Jesús sobre sus enemigos. A vuestro padre, por el contrario, le exasperó, y aquella misma noche me llamó a sus habitaciones, para darme a conocer su voluntad respecto de nuestro amor.

—Vuestros sentimientos por mi hija, me dijo, no hallaron en mí al principio oposición alguna, y pensaba que vuestra unión podría ser el consuelo de mi vejez. Pero vuestras francas y comprometedoras simpatías por Jesús de Nazaret, han cambiado el juicio que me merecíais. Y

ahora os digo, para que lo grabéis bien en vuestra memoria, que jamás daré la mano de Camila a un discípulo de ese impostor, enemigo de mi religión y de mi raza. Si entráis definitivamente en esa secta detestable, quedará roto todo trato entre nosotros, y os prevengo que perderéis vuestra posición social, vuestro rango y vuestra carrera.

Me incliné, sin abrir los labios, ante aquel fallo de vuestro padre, y ahora vengo a deciros que el suceso previsto por éste se ha cumplido: soy discípulo de Jesús. Hoy mismo, en la cima del Calvario, cuando ha lanzado el último suspiro, le he proclamado Hijo de Dios. Mi nueva fe, inquebrantable, abre un abismo entre vuestra familia y yo. Son imposibles nuestras ulteriores relaciones, y vengo a deciros adiós.

—¡Oh, querido Cayo! ¿No abrigamos los dos las mismas simpatías por Jesús de Nazaret? ¿No nos aflige por igual su muerte? Llorémosle juntos, y conservemos con veneración su recuerdo. Pero ahora que ha muerto, ¿qué podemos hacer por él? ¿Ni qué puede él por nosotros? Paréceme que la muerte, inexorable niveladora, ha reducido a las proporciones humanas aquel personaje extraordinario, cuyo poderío se creía sobrenatural y que cuesta trabajo comprender que vuestra fe crezca cuando su papel ha terminado.

—No ha terminado, Camila. La divinidad no puede morir, y cuando su obra parece vencida es cuando más necesita de defensores.

—Sois un noble corazón, Cayo, y admiro vuestro valor; pero reflexionad, en nombre de nuestro amor, y no perdáis de vista el mañana, arrastrado por los entusiasmos de hoy. Si no teméis desgarrar mi corazón, no rompáis, a lo menos, vuestra carrera, y tantos otros lazos que os son muy queridos. Pensad en vuestra familia, que os considera como su honor y su esperanza; pensad en vuestros amigos de Roma, en vuestra Patria, que tiene derecho a vuestros servicios.

—En todo he pensado, y lo que más me desespera es

que la primera inmolación que mi fe me impone es la de mi amor. No sólo vuestro padre se opondrá a vuestra unión con un discípulo del Crucificado, sino que yo mismo no me prestaría a ello, pues mi conciencia no me permite asociar mi vida a la de una mujer que no comparta mis creencias. Adiós, Camila.

—¡Ah, Cayo! ¡Me desgarráis el alma!

—Comprendo vuestro dolor, aunque acaso no sea tan grande como el mío. Os amo con toda el alma; pero creo en Jesús de Nazaret; es mi Dios, y mi vida le pertenece. Acaso comprenderéis un día que la fe es más fuerte que el amor, o que el amor no tiene derechos contra la fe. Adiós para siempre, si mi Dios no llega a ser un día el vuestro.

III

DOBLE LUTO

Al día siguiente Camila escribía a su madre en su *Diario*:

«Mi alma está sumida en un doble luto. Ahora comprendo lo que el otro día me explicaba Myriam de Magdala: el corazón humano es bastante grande para contener al mismo tiempo dos amores, uno natural y legítimo, y otro sobrenatural.

Esos dos sentimientos inundaban mi corazón por completo, y de repente me veo privada de los dos. ¡Qué caro me era el dulce Profeta de Nazaret! Le amaba idealmente, como se ama a lo Verdadero, a lo Bueno y a lo Bello, como amaría a Dios, si le conociese.

Largo tiempo hace que no amo a Júpiter y que Jehová me atraía; pero ¿cómo creer en él cuando he visto a sus

criminales sacerdotes conducir a la muerte al mejor, al más inocente y perfecto de los hombres?

Madre mía: si Dios puede existir en la tierra, Jesús era Dios. Pero Dios no muere ¡y él ha muerto!

¡Desgracia irreparable! El gran consolador de todos los infortunios, el gran sanador de todas las enfermedades, el orador incomparable cuya elocuencia eclipsaba todo lo que de más hermoso han dicho labios humanos, el vencedor de la muerte ¡ha muerto!

¿Comprendéis esto, madre mía? ¡Ha muerto el que resucitó a Lázaro, el que mandaba al viento, a las tempestades, al mar, a los demonios!

¡Y pensar, madre mía, que el que ha ratificado la sentencia del sacerdocio y le ha mandado a la muerte es Pilatos, el marido de mi amada hermana! ¡Qué indigna flaqueza! ¡Proclamaba a Jesús inocente, y le manda ejecutar!

Comprendo sus congojas. No se atrevía a mirarnos a la cara, y ha huído a Cesárea, en plena noche, furioso contra los príncipes de los sacerdotes que le arrancaron la inicua sentencia, y maldiciendo con toda clase de imprecaciones al pueblo infame y estúpido que le gritaba: ¡crucifícale! Se ha ido a caballo, con una escolta, sin esperar a que luciese el día, porque no podía soportar la vista de Jerusalén y de su horrible pueblo.

Mi noble Cayo manda su escolta, y a él también le lloro, porque le he perdido.

Mi amado, mi único bien, ha muerto para mí, pues se ha declarado discípulo de Jesús, y mi padre ha prohibido toda relación entre nosotros.

¡Qué dichosa será, madre mía, la mujer que pueda ser a la par discípula de Jesús y esposa de Cayo!

Ya sabéis cuánto me admiraba y el amor que me había consagrado. Pero admiraba todavía más que a mí a un hombre más digno ciertamente de su amor: al proteta de Nazaret. De lejos, y sin habérselo confesado nunca, se sentía atraído hacia él.

¿En qué momentos diréis que mi generoso Cayo ha

proclamado su fe? Cuando ha visto al Profeta traicionado y abandonado por sus mismos escogidos, vilipendiado, menospreciado y escarnecido por la plebe, acusado y condenado por el Sanedrín y por el gobierno, cuando ha visto a su héroe, tan poderoso la víspera, reducido a la impotencia y exhalando su último suspiro. Entonces es cuando su noble corazón se ha sublevado contra tanta injusticia, entonces cuando ha afirmado su creencia, al ver morir todas las esperanzas, juntamente con todas las abnegaciones de los amigos de ayer.

En pie delante de la cruz, volviendo la faz a los insultadores y a los cobardes, ha saludado con su espada al gran vencido, gritando: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios.»

Si Cayo está en el error, este error es más hermoso que la verdad.

¿Qué va a ser de mí? La pobre Claudia no sufre menos. También ella amaba al maravilloso Profeta, y ha hecho cuanto ha podido para impedir a su marido que le condenase. Pero Pilatos temía entrar en lucha con los sanedritas, que le hubiesen delatado a Roma y pedido su destitución.

Vagamos como almas en pena, por las vastas salas de la torre Antonia. Esta mañana hemos salido al parapeto superior para contemplar el Calvario.

Al mirar la cruz, siempre erguida, que nos alargaba sus brazos, hemos caído de rodillas, rompiendo a llorar.

Después hemos ido al templo, que estaba desierto. Ya no se oía allí la voz simpática y conmovedora del Profeta.

El gran velo del Santo de los Santos, desgarrado desde lo alto de la bóveda hasta el suelo, deja ver a todas las miradas las misteriosas profundidades que antes sólo conocía el Gran Sacerdote.

Dícese que desde ayer se oyen voces extrañas que claman: ¡salgamos de aquí!

El terremoto ha agrietado la pared oriental del santuario; la sacudida ha cuarteado el altar de los holocaustos,

y las grandes puertas de bronce, que se abrieron solas, están fuera de sus goznes.

Toda la ciudad parece sumida en el estupor, como si sintiera el remordimiento de su crimen.

No se ve a nadie por los caminos, donde circulan algunos resucitados, cubiertos aún con los sudarios que los envolvían en los sepulcros de donde acababan de salir. Un viento de muerte y de crimen sopla por las estrechas callejas que suben, tortuosas y sombrías, desde el Tyropeon al Gareb.

Claudia me ha leído algunas líneas del profeta Jeremías, que parecen describir la Jerusalén de hoy:

«¡Cuán solitaria está sentada la ciudad populosa!

»Parece una viuda, la que era grande entre todas las naciones.

»Llora amargamente durante la noche....

»Las calles de Sión están de luto,

»Porque nadie viene a sus fiestas....

»Jerusalén ha multiplicado sus iniquidades.

»Por eso parece una cosa profanada.»

Por fin, no sabiendo qué hacer, hemos tenido una inspiración. Nuestro dolor es muy grande, nos hemos dicho, pero otro le supera: el de la madre del profeta. Vamos a verla. Nada consuela tanto como consolar a otro más afligido.

Hemos llamado a José de Arimatea, que nos ha acompañado a la residencia del discípulo de Jesús, llamado Juan, situada en el monte Sión.

Después de una breve entrevista con Juan, que está sumido en el mayor dolor, hemos sido admitidos a la presencia de la mujer cuyo hijo era para nosotros el primero de los nacidos.

¡Esta es la Madre de los dolores! hemos pensado al verla.

No cuenta todavía cincuenta años, y aunque abrumada por la catástrofe que ha caído sobre ella, se conserva bellísima.

La hemos manifestado nuestra admiración por su incomparable hijo y el dolor que nos ha causado su muerte. Aunque nuestras palabras parecían conmoverla, ha tardado bastante en contestarnos.

Aquel mudo dolor nos ha trastornado de tal manera que hemos prorrumpido en llanto, y ella es quien nos ha consolado, ¡a nosotros que íbamos a consolarla!

—Serenaos, nos ha dicho: no ha concluido todo. Mi hijo ha predicho que resucitaría el tercer día, y mi hijo jamás ha engañado a nadie.

—¿Creéis que volverá a la vida?

—Estoy segurísima, pues él lo ha dicho.

Esta fe ciega en la resurrección de su hijo, a quien proclama también su Dios, nos ha dado algún ánimo y esperanza, y hemos vuelto a palacio un tanto consoladas. Pero ¿cómo creer en lo increíble, madre mía? ¿Cómo ha de ser posible lo imposible?

IV

LA TUMBA VACÍA

(Extracto del diario de Camila)

Lunes por la mañana, hora tercia (las 9).

10 de Abril, Año de Roma 783.

Está vacío, madre, está vacío el tétrico sepulcro, confiado a la guardia de los soldados, y cuyas puertas se habían sellado. La enorme piedra que lo cerraba parece ser que fué removida misteriosamente ayer por la mañana, antes del alba, y en la losa de mármol sobre la cual

dormía Jesús su último sueño, no se ha encontrado más que la sábana, el sudario que envolvía su cabeza y los vendajes que encerraban su cuerpo embalsamado.

¿Qué ha sido de su cuerpo, y qué significa este nuevo misterio? ¿Se verificó la predicción de su venerable Madre y resucitó verdaderamente su glorioso Hijo? Tal es el problema que agita al pueblo, y que se discute febrilmente en los pórticos del templo.

Los sacerdotes cuentan que los soldados que guardaban el sepulcro se quedaron dormidos, y que durante su sueño los apóstoles robaron el cuerpo de su Maestro.

Pero los apóstoles niegan enérgicamente esta versión, y afirman bajo juramento, que Jesús ha resucitado, y se les ha aparecido, vivo a muchos de ellos, y a las santas mujeres.

La emoción pública es inmensa, y se ha enviado un correo a Pilatos para informarle de este suceso, que podría causar nuevas revueltas. Créese que el gobernador abrirá una información para depurar la verdad, porque si el relato de los sacerdotes es cierto, se debe castigar a los soldados, por faltar a la consigna, y a los discípulos por violación de sepultura y secuestro de cadáver.

Claudia y yo pensamos que Pilatos y Cayo regresarán de Cesárea mañana a la noche, o el miércoles, y entretanto he ido yo, en persona, a recoger noticias.

He empezado por casa de nuestro decurión, José de Arimatea, y juntos hemos ido al sepulcro, que este hombre excelente mandó construir para sí propio, y cedió luego al profeta, y al cual se llega cruzando su jardín, a través de un sendero bordeado de álces, de tallos de hisopo y de encendidas anémonas.

Abierto en la roca que forma la punta noroeste del Gólgota, está enclavado en el jardín de nuestro amigo. El lugar de la crucifixión dista de 150 a 200 pies, al sudeste.

Hallamos las cosas tal como nos habían dicho: la piedra levantada, pero intacta, sin señal alguna de violencia, y la tumba vacía.

José de Arimatea, que ha entrado dentro, me ha dicho

más
los
evo
dre
el
nte
da-
su
ón,
se
tas
un
que
na-
que
gar
los
sa-
y
de
ste
y
ín,
de
del
El
te.
dra
y
ho



al salir: «mandaré cavar otro sepulcro, debajo de la misma roca, para mis restos mortales: éste, en adelante sagrado, será el templo de la nueva religión, del nuevo reino de Israel, y del Hombre Dios resucitado».

¿Será esto una profecía? Lo ignoro; pero José de Arimatea no duda ni un instante que Jesús ha resucitado.

Ahora voy a Betania, a visitar a Myriam, porque dicen que Jesús se la ha aparecido

Igual fecha, a la hora sexta.

Apenas traspasados los umbrales de la casa de Lázaro, Myriam ha salido a echarse en mis brazos, palpitante de gozo, y me ha dicho:

—¡Oh, Camila! ¡Cuántos acontecimientos y cuántas emociones desde que nos vimos la última vez! El que estaba muerto, vive. He vuelto a verle, lleno de vida, como os veo ahora, y me ha hablado

—Tranquilizaos, Myriam, la he dicho, y contádmelo todo.

Nos sentamos en un diván y me ha contado lo siguiente:

—Ayer, apenas amanecido, después de dos días de lágrimas y dos noches de insomnio, María, madre de Santiago, Salomé y yo, salimos de aquí para el sepulcro de nuestro Señor en Jerusalén, para embalsamar su cuerpo con aromas que habíamos comprado la noche del sábado, después de la fiesta.

No sabíamos entonces que había soldados custodiando el sepulcro, y sólo una inquietud nos asaltaba: ¿quién removería la piedra funeraria? Pero caminábamos siempre hacia el sitio a donde nos llevaban nuestros corazones y nuestro amor.

A medida que nos acercábamos mi alma se consumía de impaciencia, y juzgando que mis compañeras andaban demasiado despacio, me adelanté a ellas.

Daba vuelta a la colina del Gólgota cuando, de improviso, la tierra tembló violentamente bajo mis pies. Detúveme un momento, sobrecogida, y vi un grupo de solda-

dos, llenos de espanto, que pasaron corriendo por mi lado. Caminé de prisa hacia el sepulcro, y le vi vacío, y la piedra que le cerraba puesta a un lado.

Juzgad, Camila, de mi dolor y del de mis compañeras, que llegaron poco después, y que entraron conmigo, contristadas, en la tumba. Allí las dejé, y corrí con toda la rapidez posible al monte Sión, a casa de Juan, al que encontré con Pedro. Les conté que habían robado el cuerpo de Jesús, y los dos salieron como flechas hacia el sepulcro, siguiéndoles yo a corta distancia.

Cuando se cercioraron de que el sepulcro estaba vacío, se volvieron afligidos y consternados, a referir el suceso a los otros discípulos.

Yo me quedé sola, llorando, y me arrodillé a la puerta del sepulcro, con los ojos clavados en el antro sombrío donde mi Señor había dormido su último sueño.

De improviso descubrí en aquel recinto dos ángeles, vestidos de blanco, y sentados.

¿Por qué lloras, mujer? me preguntaron.

—¿Se han llevado a mi Señor, les contesté, y no sé dónde lo han dejado.

Volví instintivamente los ojos, y detrás de mí vi un hombre, en pie, al que dije, pensando que era el jardinero de José de Arimatea: «Si sois vos el que le ha desenterrado, decíme dónde le habéis puesto, para que me lo lleve.»

Entonces el desconocido cambió de aspecto, y me dijo con su dulcísima voz, tan familiar para mí: ¡Myriam!

—¡Oh, Rabbi! exclamé prosternándome en su presencia. Porque era El, mi Jesús adorado, El, vivo, al lado mío. . . Quise besar sus pies, pero me retuvo diciéndome: «no me toques, porque todavía no he regresado a mi Padre. Lleva a mis hermanos este mensaje: «vuelvo a mi Padre, que es vuestro Padre, y a mi Dios, que es vuestro Dios».

Y desapareció.

Imaginad, Camila, mi emoción. Deshecha en lágrimas de amor y de gozo me sentía desfallecer, y no acertaba a

separarme de aquel lugar bendito en que acababa de ver, vivo, a mi bien amado. Pero acordándome de su mensaje, me apresuré a tomar el camino del cenáculo, donde presumía estarían congregados los discípulos. Pedro y Juan no habían llegado aún, pero sí los otros, y les conté lo ocurrido, transmitiéndoles las palabras del Señor. No me creyeron.

Desolada por ello iba a retirarme cuando entró Joanna, mujer de Chusa, y algunas otras mujeres, y contaron que Jesús se les había aparecido, encargándoles este otro mensaje: «decid a mis hermanos que vayan a Galilea, donde me encontrarán».

Los discípulos persisten en su incredulidad, pero ya saldrán de ella cuando le vean, como yo le he visto, Camila, lleno de vida, mirándome y hablando como en otros tiempos, antes del terrible día de su muerte.

Myriam rompió a llorar.

—¿Por qué lloráis? le pregunté.

—Lloro de júbilo y de felicidad. Mi corazón se ahoga inundado de esos sentimientos, y las lágrimas me alivian.

¡Oh madre mía! Estoy segura de que Myriam dice la verdad, y no es víctima de una ilusión. Jesús de Nazaret ha resucitado verdaderamente, según lo había predicho.

Igual fecha, hora nona.

Nicodemus sale en este momento de Palacio, y me ha confirmado la noticia, increíble, pero verdadera, de la resurrección de ese Jesús, a quien ya no sé qué nombre dar.

No es posible la duda. Ayer se apareció, vivo, a Myriam, a Joanna y otras mujeres, a Simón, a otros dos discípulos, que cenaron con él en Emaus, y por último, de noche, a todos los apóstoles reunidos.

Les ha hablado, les ha enseñado sus pies y sus manos traspasados, que han tocado, ha comido con ellos, y después de conferirles una misión que Nicodemus no ha podido explicarme con claridad, les ha dicho: *Pax vobis*, y ha desaparecido.

¡Cuántos sucesos, madre, y qué sucesos! Muchos se engañaba nuestro poeta cuando escribía: *Nihil novum sub sole*. Seguramente que el sol no había nunca iluminado maravillas semejantes a éstas. ¿Y cuáles serán las que nos esperan?

V

ÚLTIMO ACTO DE PILATOS

Se recordará que, en sentir del Gobernador romano, la cuestión mesiánica recibiría su solución brutal y definitiva con la muerte de Jesús, pues creía muy cierto que toda la agitación suscitada por el profeta de Galilea cesaría después de su muerte.

Sin embargo, las miradas que Jesús le había dirigido durante el proceso, su actitud, soberanamente noble y digna, sus mesuradas palabras y su serenidad delante del odio sacerdotal y de las imprecaciones populares, le habían conturbado profundamente, y para reponerse un poco había ido a Cesárea.

Apenas llegado, acudían de Jerusalén mensajeros portadores de esta noticia extraordinaria: Jesús había salido de su tumba, y era inminente una nueva lucha entre los príncipes de los sacerdotes y los discípulos del crucificado; o acaso el crucificado en persona, pues se le suponía resucitado.

Luego la muerte no había resuelto definitivamente la cuestión mesiánica. ¿Desde cuándo se dejaba la muerte vencer de aquel modo? ¿Cuáles serían las consecuencias de la resurrección? ¿Se llegaría a una solución de la cuestión mesiánica, totalmente opuesta a la prevista por Pilatos? ¿Se llegaría al triunfo decisivo de Jesús de Nazaret?

Semejante trastorno de todas las leyes de la naturaleza y de la historia no era posible. A los ojos de Pilatos, de todos los mensajes que de Jerusalén le llegaban sólo había uno verosímil, el de los sacerdotes, según los cuales los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús mientras los centinelas dormían.

Cosa singular, no obstante, que todos aquellos soldados, muy numerosos, se hubiesen dormido al mismo tiempo, con desprecio de la disciplina, y que ni a uno de ellos siquiera le hubiese despertado el ruido que forzosamente necesitaban hacer los discípulos para abrir el sepulcro y transportar el cuerpo. ¿Y qué había sido de éste? ¿Cómo no se le encontraba?

Evidentemente: si los guardias dormían, no podían ver dónde se llevaban el cuerpo, y sus declaraciones lo único que pueden atestiguar es su sueño. Pero, añaden los sacerdotes, hay presunción de que los discípulos son los que robaron el cadáver, por ser los únicos que tenían interés en hacerlo, para acreditar el rumor de la resurrección.

Su mentira sería, por otra parte, muy estúpida, y en nadie hallaría crédito, porque una resurrección sólo puede probarse enseñando vivo al muerto. Todos aquellos a quien digan los discípulos que el Maestro resucitó, les replicarán: enseñádnosle. Si vive habéis debido verle. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿A qué personas ha hablado? ¿Qué se propone hacer de esa vida que ha reconquistado a la muerte?

No pudiendo satisfacer a esas preguntas, ¿qué fruto sacarían los discípulos de la absurda patraña? ¿Por qué exponerse a la persecución y a la muerte, sufridas ya por su Maestro? ¿Qué victoria podían esperar en una lucha en que su Maestro, con ser tan poderoso, había salido derrotado? ¿Estarían acaso dispuestos a morir para atestiguar su embuste? Claro es que no, salvo en el caso de estar locos.

Muy perplejo estaba Pilatos, pero en todo caso su presencia en Jerusalén era absolutamente necesaria, no sólo para impedir los desórdenes, sino para investigar exactamente lo ocurrido.

Había habido falta de disciplina, violación de sepultura y secuestro de cadáver: tres faltas que no podían quedar impunes.

Llamó a Cayo y le dijo:

—Preparad una escolia. Volvemos a Jerusalén.

—Pero de allí llegamos, Gobernador, y yo pensaba que tomaríais un descanso de algunos días.

—Bien lo necesito, pero ocurren en Jerusalén cosas extraordinarias. Parece que aun no hemos concluido con Jesús de Nazaret. Su sepulcro ha sido violado, y su cuerpo robado por sus discípulos. A lo menos tal pretenden los sacerdotes, mientras que los discípulos sostienen que ha resucitado.

—Ya sabéis, Gobernador, que lo había predicho.

—No; lo ignoraba. Pero poco importa, pues no supongo que deis crédito a semejante resurrección.

—Al contrario; creo en ella.

—¡Pues no faltaba más! replicó indignado Pilatos. La tierra se volverá inhabitable si se permite a los muertos salir de sus tumbas.

—No hay gran peligro, pues los muertos no abusarían de ese permiso, si erais vos el que se lo otorgaba. Sólo que Jesús de Nazaret tenía la costumbre de hacer muchas de esas cosas sin permiso de nadie.

Cayo no aguardó la respuesta de Pilatos, y se fué a ordenar la escolta.

Apenas regresado el Procurador a la torre Antonia, Caifás y su cuñado Eleazar, hijo primogénito de Annás, solicitaron una audiencia, y los recibió en el pórtico.

Después de los saludos habituales, Pilatos les dijo:

—He recibido en Cesárea vuestro mensaje, y ya veis que he vuelto sin tardanza, porque comprendo perfectamente que hay que castigar con severidad a los violadores de sepulturas, a los ladrones del cadáver y a los soldados que dormían en vez de montar la guardia.

—Dispensadme Gobernador, dijo Caifás con tono dulzón, si os hago observar que los soldados que custodia-

ban la tumba no son romanos, sino judíos; son nuestros guardianes del templo.

—¿De lo que se deduce?...

—Que a nosotros incumbe el castigarlos, si lo creemos oportuno.

—Los delincuentes judíos están sometidos a mi autoridad lo mismo que los romanos, porque represento al César y todos son súbditos suyos.

—No discuto, Gobernador, vuestra autoridad sobre los judíos, ni vuestro derecho a castigarlos por cualquier crimen o delito de derecho común, pero aquí se trata de una leve ofensa a la disciplina, cometida por guardias nuestros, que dependen de nuestra jurisdicción. Por orden nuestra fueron a vigilar el sepulcro, y a nosotros es a quien deben dar cuenta del cumplimiento de su consigna.

No convenció el razonamiento a Pilatos, pero temeroso de suscitar un nuevo conflicto con el sacerdocio, dijo:

—¿Queréis, entonces, que me limite a investigar y castigar las ofensas cometidas por los discípulos del Nazareno?

—Tampoco, Gobernador. A pesar de lo grave de su ofensa, no reclamamos contra ellos ni procesos, ni castigos. Son pobres ignorantes, fanatizados por su Maestro, y dignos solamente de lástima.

—¿Qué venís entonces a pedirme? exclamó Pilatos asombrado.

—Os pedimos no hacer nada que pueda remover o prolongar la agitación mesiánica, que tantos disgustos nos ha traído. Dejad que caigan el olvido y el silencio sobre esos sucesos que han conmovido demasiado hondamente al pueblo. Era necesario que Jesús de Nazaret muriese, pero no lo es que descubramos qué se ha hecho de su cadáver.

Siguió prolongado silencio. Pilatos no reconocía a los violentos y vengativos sanedritas de los días anteriores, y se preguntaba a qué motivo oculto podía obedecer aquella nueva orientación de la política sacerdotal.

Por fin les declaró que tendría en cuenta sus deseos para las decisiones que adoptase, y los dos se retiraron.

Desde el día siguiente empezó a recoger datos sobre el magno acontecimiento. Camila le contó todo lo que había oído a Myriam, a Nicodemus y a otros. Cayo, ávido de detalles, había hablado con los discípulos, dando crédito a su narración, que transmitió a Pilatos. Por último, Nicodemus interrogó a los guardias que habían puesto en circulación la fábula de su sueño, y muchos le refirieron, confidencialmente, cómo los habían sobornado los sacerdotes. Conducidos dos de ellos en secreto a presencia del Gobernador, le declararon, previa promesa formal de defenderlos contra los sacerdotes, que no se habían dormido, sino que derribados por un terremoto, y sobrecogidos de espanto a la vista de un personaje cuyas vestiduras resplandecían como la nieve y el rostro deslumbraba como el relámpago, habían emprendido la fuga.

¿Quién era ese personaje?

Lo ignoramos; sólo le vimos derribar la losa del sepulcro, y sentarse encima, y en seguida echamos a correr, y fuimos al templo, a contar a los sacerdotes lo ocurrido.

—¿Qué os dijeron éstos?

Nos dieron una suma considerable, bajo promesa de que declararíamos que nos habíamos dormido, y que así pudieron los discípulos robar el cadáver.

—¿Y no se os alcanzaba que así confesabais haber cometido una gran infracción a la disciplina?

—Sí; pero los sacerdotes añadieron que si el Gobernador llegaba a descubrir la verdad, le ganarían a su causa, y nos librarían de todo castigo.

¡Miserables! murmuró el Gobernador.

Y cuando se quedó solo se dijo a sí mismo; «ahora comprendo su falsa serenidad y su fingida benevolencia. Son viles sobornadores de testigos, y contra ellos debiera extremar los rigores de la ley. Temen que su fraude se divulgue. ¡Ah! ¡Si no temiese las delaciones a Roma! ¡Si mis poderes fueran más amplios y me concedieran mayor impunidad!... Pero ¿a qué acarrearle nuevas com-

plicaciones? Bien pesado todo, más vale cerrar los ojos y dejar correr las cosas. Me limitaré a enviar al César Tiberio una Memoria circunstanciada de todo lo pasado respecto de Jesús de Nazaret, y de todo cuanto he hecho para impedir la agitación y las revueltas populares en esta colonia. Tengo el deber de enterar al Emperador no sólo de todos los actos de mi administración, sino de todos los sucesos importantes que aquí se desarrollen.»

En efecto, Pilatos envió a Tiberio aquella Memoria, y aunque no creer en la divinidad de Jesús, dió a conocer al Emperador lo que le habían contado de las maravillas obradas por él, resumió el proceso del Profeta y justificó lo mejor que pudo la sentencia que había dictado contra él, en interés de la paz, para conciliarse al sacerdocio y conjurar todo motivo de rebelión contra la autoridad de Roma. Por último, relató los recientes sucesos, e hizo constar que Jesús había dejado numerosos discípulos, firmemente convencidos de su resurrección.

Aquella Memoria produjo en Tiberio tal efecto, que estuvo titubeando si colocar a Jesús de Nazaret entre las otras divinidades del Imperio.

VI

LOS PRIMEROS NEÓFITOS

A diferencia de los hombres, cuya influencia y acción terminan con la muerte, Jesús de Nazaret había dicho: «Cuando seré levantado en alto (es decir, cuando me crucifiquen) todo lo atraeré a mí.»

La profecía iba a realizarse, lentamente al principio, y después con una rapidez que causará el perpetuo asombro de los siglos.

La atracción divina del crucificado se manifestó en la misma cruz.

Al lado de Jesús moribundo agonizaban dos ladrones. Uno de ellos, empleando el resto de sus fuerzas en blasfemar, unía sus imprecaciones a las de los enemigos del Mesías. El otro padecía en silencio esforzándose, él, culpable, en imitar la mansedumbre del inocente.

Lanzando a Jesús una mirada suplicante, el buen ladrón le dijo: «Señor, Señor: acordaos de mí cuando estéis en vuestro reino.»

Jesús premia inmediatamente su fe con estas consoladoras palabras: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

Momentos después Jesús atraía a sí al Centurión, cuyo acto de fe fué imitado por gran número de gentes.

Pero cuando los efectos de la atracción fueron grandes fué desde que su resurrección vino a probar su divinidad en forma tan deslumbradora.

La noticia del gran acontecimiento cundía por Judea. En vano los Pontífices se afanaban por organizar la conjuración del silencio. Sólo obtuvieron el de Pilatos.

En el palacio mismo del Gobernador, Cayo conquistaba prosélitos. Todos los soldados romanos, presentes con él a la crucifixión, habían confesado, a ejemplo suyo, la divinidad de Jesús, y la resurrección los había confirmado en su fe.

Claudia y Camila ya no dudaban, esforzándose por inculcar su fe en el espíritu de su padre. Pero el viejo patricio se resistía a imitarlas.

—A mi edad, decía, no se abandonan las creencias de toda la vida.

A cada nueva aparición de Jesús, Camila le contaba cuantos datos recogía, y los testimonios, más numerosos cada vez, que demostraban su resurrección.

—No sólo creen los discípulos y los apóstoles, le decía, sino que gran número de judíos piadosos y exentos de preocupaciones se habían hecho neófitos. Los había

hasta entre los escribas y ancianos, como Gamaliel, Nicodemus y José de Arimatea.

—Hace tiempo que estos tres se inclinaban a creer, objetaba Claudio.

—Es cierto, replicaba Camila, pero acordaos de que no querían reconocer la divinidad de Jesús.

—¿Y cómo se han convencido de ella?

—Escuchad lo que cuentan, padre mío. En el momento de expirar Jesús, Nicodemus y José de Arimatea estaban en el Calvario, y Gamaliel en el templo. Los dos primeros oyeron el gran clamor del crucificado al exhalar su último suspiro, sintieron temblar la montaña bajo sus pies, vieron rajarse los peñascos, abrirse las sepulturas y salir vivos los muertos. Corrieron al templo, y hallaron a Gamaliel sumido en indecible agitación. Había visto las puertas del templo abrirse por sí solas, el velo del templo desgarrarse, y fantasmas, o mejor dicho, muertos resucitados, ambular por los pórticos.

Los tres, al encontrarse, pronunciaron las mismas palabras: verdaderamente era el Hijo de Dios.

Dos días después se confirmaron en su fe al ver el sepulcro vacío y al oír a los que Jesús se había dignado aparecer.

El viejo senador callaba.

Camila entonces le hablaba de su amor por Cayo, diciéndole cuán noble y generoso se había mostrado al anteponer su fe a su amor, con ser éste tan grande.

—¡Si supierais, padre mío, con qué espada me traspasasteis el corazón al declararle que nunca consentiríais en nuestro matrimonio si se hacía discípulo del Profeta! Lo cual no le ha impedido confesar su fe a la luz del día. Vino a despedirse de mí, y para probarme toda la energía de sus convicciones, me dijo: «Ya sabéis, Camila, la inmensidad del amor que me inspiráis: pues bien, voluntariamente me negaría a unir nuestros destinos, si permanecéis fiel al culto de Júpiter.»

—Por eso, interrumpió el padre, crees ahora en la divinidad del Profeta.

¡Oh, padre mío! Juzgad, os ruego, mejor a vuestra hija, y no atribuyáis a su fe motivo tan indigno. Nunca me casaré con Cayo sin vuestro permiso, pero dejadme creer en la divinidad de Jesús. ¡Si le hubierais visto como yo! ¡Si hubierais oído su maravillosa palabra! ¡Si hubierais asistido a la resurrección de Lázaro! ¡Si interrogaseis a los que le han visto resucitado! También vos creeríais entonces.

—¿Dónde están ahora sus apóstoles?

—En Galilea, donde el Maestro los ha emplazado.

País interesante, al decir de Cayo que, según creo, pasó allí dos años. Quisiera visitarle antes de regresar a Roma. La estación es propicia. ¿Por qué no hemos de hacer todos esta excursión?

—¡Oh, sí, sí, padre mío! Claudia y yo lo deseábamos ardientemente.

—Pues bien, voy a organizar el pasaporte con Pilatos. Cayo podría servirnos de guía y escoltarnos con algunos legionarios.

Pocos días después la gozosa caravana bajaba, al galope de sus caballos, la inmensa pendiente que conduce desde Jerusalén a las orillas del Jordán.

VII

EN GALILEA.—PRIMACÍA DE PEDRO

Obedientes a los mensajes de su Maestro resucitado, los apóstoles regresaron a Galilea.

¡Cuán largo les pareció el camino desde Jerusalén hasta Cafarnaum, y cómo les avivó los dolorosos recuerdos de su última Pascua en la Ciudad Santa!

No hacía aún tres semanas que por allí habían subido

a Jerusalén, siguiendo al amadísimo Maestro, a la sazón en todo el florecimiento de su santa humanidad, en toda su fuerza varonil y con todo el poderío de su divinidad. Y ahora subían solos, solos acaso para siempre. Porque ya no existía el gran Profeta al que habían seguido por espacio de tres años. Les había advertido, es cierto, con mucha anticipación que iba a morir, pero nunca habían comprendido la necesidad de aquella muerte. Había resucitado, es verdad, y ninguno de ellos lo dudaba ya; pero ¿cuál sería la vida de Jesús resucitado? ¿Reanudaría con ellos la existencia de antaño, recorriendo las ciudades y las aldeas, curando las enfermedades y los dolores humanos, anunciando al pueblo el establecimiento del reino de Dios? Lo ignoraban.

Grandes habían sido los encantos de aquella vida común, un tanto nómada, alrededor de su hermoso lago, a lo largo del Jordán, en medio de las poblaciones maravilladas de los prodigios que el Maestro cumplía. ¡Qué delicia oír todos los días su dulce palabra, tan elocuente, verle siempre en medio de ellos, viajar en su compañía, acampar al lado suyo bajo la tienda de follaje, seguirle a las pescas milagrosas, verle rodeado por muchedumbres transportadas de admiración, que querían proclamarle rey!

¿Había concluido todo aquello? Habíanle visto ya diferentes veces, apareciéndoseles de improviso, y abandonándoles lo mismo, después de dirigirles algunas palabras que disiparan sus temores y los consolasen. Pero después de aquellas apariciones, demasiado breves, quedaban sumidos en la soledad, y cuando referían a los curiosos que les interrogaban que Jesús había resucitado, la mayor parte se negaban a creerlo.

¿Qué iba a suceder ahora, ni qué podían hacer sin él?

La inmensidad de su pérdida y la incertidumbre de su porvenir les abrumbaban más todavía en aquel momento, al regresar al país natal. Se sentían huérfanos, con su hogar desierto y su casa vacía.

Como sus abuelos desterrados a orillas de los ríos de

Babilonia, estaban sentados en las márgenes del lago amado, y algunos lloraban silenciosamente.

Caía la noche, y tenían hambre. Judas Iscariote era el que los surtía de provisiones en los días felices que no lucirían más, y aquel desventurado, cuyo nombre no querían pronunciar siquiera y al que maldecían en su interior, había desaparecido para siempre, como una rueda de molino precipitada al fondo del mar.

Pedro permanecía inmóvil y silencioso como los demás, y sin embargo, él debía ser en adelante el jefe de la pequeña comunidad desorganizada. A él correspondía reanimar sus energías y su valor, indicándoles lo único que debían hacer, ínterin se convertían en pescadores de hombres.

Se levantó, y dijo, dando un paso hacia la barca: voy a pescar.

—Nosotros también, respondieron los otros seis apóstoles presentes: todos vamos contigo.

Pasaron la noche surcando el lago en todos sentidos, recorriendo los sitios que conocían antes como abundantes en pesca, y arrojando en ellos pacientemente las redes, pero el lago parecía tan vacío como su casa solitaria, y cuando brilló el alba dispusieron probar por última vez la fortuna en un punto poco distante de la orilla, que apenas vislumbraban entre la bruma matutina.

De repente oyeron gritar desde la orilla: «¡Hijos míos! ¿No tenéis qué comer?»

—No: contestaron.

—Tirad las redes a la derecha de la barca, prosiguió la voz desconocida, y recogeréis algo.

—Es el Señor, dijo Juan, inclinándose hacia Pedro.

Este, impulsado por el aguijón de su ardiente fe, se arrojó al mar, y nadó hacia la orilla, mientras los otros tendían las redes a la derecha.

En pocos instantes quedaron tan llenas de pesca que costó trabajo arrastrarlas hasta la tierra.

¡Grande y magnífico día! Allí estaba el adorado Maestro, y las maravillas y dulzuras de la antigua vida común

go

era
que
no
su
da

ás,
pe-
ni-
que
de

oy

ós-

os,
an-
las
bli-
por
la
na.
os!

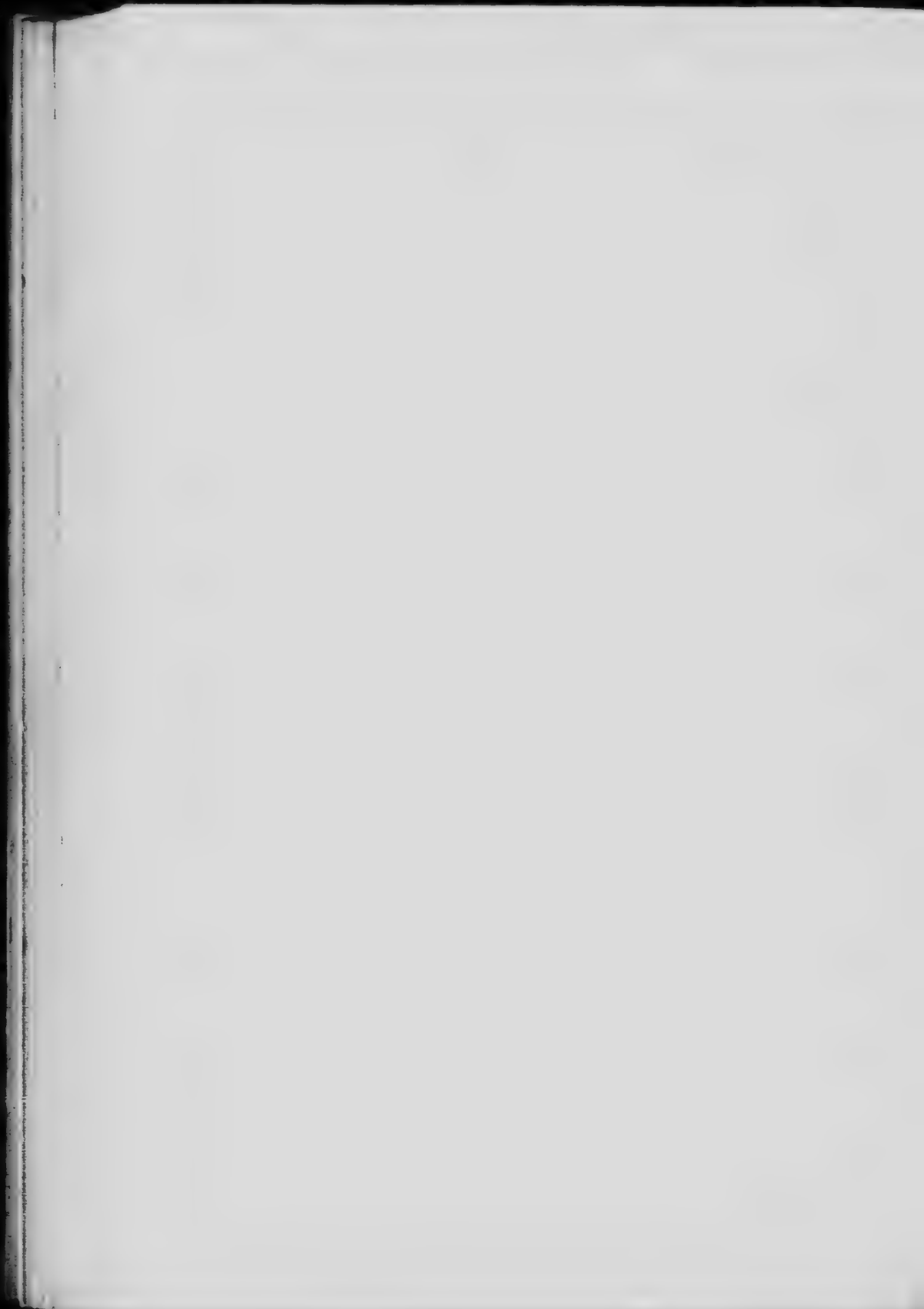
tió

se
os

ue

es-
ún





iban a empezar de nuevo. El amor, la admiración y todas las santas alegrías de la amistad, llenaban los corazones de los invitados a aquel frugal desayuno, que la suave aurora de Abril inundaba de sonrosadas claridades.

Pedro sólo permanecía pensativo. Recordaba sus faltas, y el remordimiento le atormentaba sin cesar.

¿Cómo hacerse perdonar las tres veces que había renegado del Señor? ¿Qué testimonios de amor serían suficientes para que el Maestro lo olvidase?

Esto se preguntaba, contemplándole tristemente sin hablarle.

Jesús rompió el silencio diciéndole:

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?

Pedro, sobresaltado, bajó los ojos «A mí, se dijo, me lo pregunta y no a los otros, porque de su amor está seguro, y duda del mío. ¿Cómo me atreveré a responderle que le amo más que nadie, cuando los demás le han permanecido fieles, y yo le he negado?

Sin embargo, su corazón desbordaba de amor, y no pudo imponerle silencio.

—Sí, Señor; bien sabéis que os amo.

Y miró tiernamente al Maestro.

Jesús repitió la pregunta, como si no aceptase la respuesta.

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?

El apóstol, consternado, bajó la cabeza. «Ya no me llama Pedro, se dijo, me da el nombre que llevaba en otro tiempo, cuando era para El un extranjero. Y no obstante, mi fe y mi amor son hoy mayores que el día que me impuso el nombre de Pedro, y El sabe mejor que yo cuánto le amo.»

—Señor, respondió de nuevo, levantando la cabeza, y clavando sus ojos atribulados en los de su Maestro, ¡bien sabéis que os amo!

Por tercera vez Jesús repitió la pregunta, y Pedro comprendió que hacían falta tres protestas de amor, brotadas del fondo de su corazón, para borrar las tres negaciones, tantas veces lavadas ya con sus lágrimas. Y pos-

trándose en tierra, a los pies de Jesús, abrumado de dolor, clamó desde lo más íntimo de su alma: ¡«Señor, vos que todo lo sabéis, sabéis que os amo!»

A las dos primeras respuestas del apóstol, Jesús había dicho: «apacienta mis corderos». A la tercera añadió: «apacienta mis ovejas».

Así se estableció la primacía de Pedro.

Todo el rebaño le estaba en adelante confiado. El sería el pastor universal, el jefe supremo del nuevo reino fundado por Jesucristo. ¡Qué augusta dignidad! Pero también ¡cuántos sacrificios, cuántas persecuciones, cuántos dolores le imponía!

—En verdad, en verdad, te digo ¡oh Pedro! que cuando eras joven te ceñías tú mismo el cingulo, para ir adonde te pareciese. Pero cuando seas viejo, alargarás las manos, y otro te lo ceñirá, y te conducirá donde no quisieras ir.

Habían pasado, para no volver nunca, los días de libertad y de independencia. En adelante iba a ser el siervo de los siervos, el esclavo de los esclavos, encadenado a las más pesadas y dolorosas funciones, cargado con la cruz, como su Maestro, hasta que, como a El, le crucificasen en ella.

Tales serían los atributos de su nueva y altísima dignidad: servidumbre, lucha, persecución y martirio.

Largo tiempo conversó aún Jesús con sus discípulos, y después de darles cita en la montaña conocida con el nombre de «las Bienaventuranzas», desapareció.

VIII

ADVENIMIENTO DE JESÚS AL TRONO
DE LAS NACIONES

A los pocos días, en la montaña indicada, hallábanse reunidos, en número de más de quinientos, apóstoles y discípulos para volver a oír la palabra del divino Maestro.

Allí les había dirigido dos años antes su maravilloso sermón sobre las bienaventuranzas que esperan a los que sufren, y las desdichas futuras de los que gozan en este mundo.

¡Cuántos acontecimientos en aquellos dos años! El género humano regenerado, sin saberlo. El mundo rescatado, ignorándolo. El reino de Dios definitivamente establecido sobre la tierra, sin que los reyes de la tierra lo advirtiesen.

Para cumplir la grande obra había sido preciso que muriese un Dios, y sólo lo sabían unas pocas almas rectas y puras.

Ya la augusta víctima había resucitado; ya no volvería a estar nunca sometida a la potencia de las tinieblas y de la muerte. Desde el modesto trono de Judá, el Hijo de David iba a subir al trono de las naciones.

Había llegado el día de su regio advenimiento. Los fieles discípulos, fijas las miradas en la cumbre desde la que les habló con tanta elocuencia, esperaban su aparición.

De improviso, a la luz del pleno día, se mostró la santa humanidad del Hijo de Dios, tal como la multitud le había visto tantas veces en los caminos de Galilea. Y cuando habló reconoció aquella voz que le era tan familiar. Era, en efecto, Jesús de Nazaret, cuyo nombre habían repetido todos los ecos durante tres años. Era, en

efecto, el mismo que los príncipes de los Sacerdotes y Pilatos habían sentenciado a muerte, el mismo que ahora, lleno de vida, hablaba y se movía delante del pueblo.

¡Qué grandes y soberanas palabras pronunciaba!

No era ya solamente el Doctor enseñando a los hombres la Verdad, interpretando las Escrituras, confundiendo a los fariseos con su maravillosa ciencia. Era el Triunfador, anunciando a todos los pueblos su victoria definitiva sobre la muerte y sobre sus enemigos. Era el Rey de los reyes tomando posesión del universo, y proclamando su dominación universal sobre el mundo y en los cielos.

—«Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra, decía la augusta voz. Id, recorred el mundo entero, predicad el Evangelio a todas las criaturas, enseñad a todas las naciones, bautizad en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y decid cómo ha de observarse en absoluto todo lo que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos.»

¡Qué proclama sobrehumana! Príncipes de los Sacerdotes, Pilatos, Tiberio, ¿qué son vuestros girones de poder al lado de esta soberanía universal, cuyo imperio abraza todos los mundos y la tierra como el cielo?

La voz se había callado; la divina aparición se había desvanecido, y los discípulos permanecían inmóviles, arrodillados, con las manos extendidas hacia el cielo, en la ideal contemplación del Maestro, invisible ya para los ojos de la carne, pero que les había ofrecido estar siempre con ellos.

IX

LOS PRIMEROS DISCÍPULOS
ENTRE LOS GENTILES

Aquella grave manifestación de la suprema y universal soberanía del Hijo de David, había tenido otros testigos, que no eran judíos, pero que habían participado de la profunda emoción de los discípulos.

En las últimas filas del auditorio, en lo bajo de la colina, se hallaban apartados, sumidos en el silencio y el asombro, varios personajes a caballo: el Centurión, Camila, Claudia y el viejo senador, Claudio.

En el camino de Tiberiades se habían encontrado con los discípulos que iban a la montaña donde debía Jesús aparecérselos, y los habían seguido esperando poder asistir, acaso, a algún nuevo prodigio.

Y no sólo habían contemplado con sus ojos la divina aparición, y oído su maravillosa palabra, sino que se había verificado otro milagro en el alma del viejo Claudio.

Sacudido en todo su ser por la más fuerte emoción de toda su vida, dijo a Camila, antes de que ésta pronunciase una sola palabra: «He visto, he oído y creo.» De sus ojos manaban lágrimas abundantes, hondos suspiros agitaban su pecho, y no hallando palabras para manifestar todo lo que sentía, lanzaba gritos de admiración. ¡Oh maravilla! ¡Oh misterio! ¡Oh soberano dueño de la tierra y del cielo!

Lentamente bajaba la multitud hacia las orillas del lago, y la caravana del Centurión la seguía. Claudia y Camila, igualmente maravilladas, escuchaban, con el corazón desbordando de júbilo, las profesiones de fe de su padre.

Pronto llegaron a orillas del lago, cuyas aguas centelleaban desde lejos, y después de visitar Tiberiades, prosiguieron costearo sus orillas hasta Magdala.

¡Qué hermosa era la Galilea en los esplendores de la primavera, con su lago deslumbrador sirviéndole de espejo para reflejar sus bellezas! Pero no se celebraba solamente la fiesta de la naturaleza, sino que la fiesta de la fe unía todas aquellas almas de buena voluntad. A ellas se agregaba la fiesta de dos corazones cuyos destinos iba a sellar un amor indisoluble en adelante.

El viejo Claudio estaba como extasiado, y cuando concluyeron de cenar en un jardincillo, a orillas del lago, tomó la mano de Camila, y poniéndola en la de Cayo les dijo: «¡Unios, hijos de mi alma, y gloria al hijo de David, Hijo de Dios!

De Magdala en adelante el viaje se convirtió en verdadera peregrinación a los lugares santificados por la vida terrestre del Hombre Dios.

Los cuatro peregrinos, que formaban ya una sola familia, visitaron la humilde aldea donde Jesús pasó treinta años de su vida.

Nazaret, cuyo nombre significa flor y retoño, era como un ramillete de flores. Los árboles estaban ya cubiertos de hojas, el aire embalsamado de perfumes, y en los corazones de los dos desposados la flor del amor se abría, bajo la tierna mirada del anciano patricio.

No cabe viaje más encantador, ni que mejor respondiera a las aspiraciones de todos.

Los nuevos discípulos de Jesús no se saciaban de preguntar a los nazarenos sobre los años de la infancia y la adolescencia del adorado Profeta, y todo cuando oían aumentaba su asombro.

Un día quisieron ver también Naim, y conocer a la viuda cuyo hijo único había sido resucitado. ¡Con qué emoción escucharon a aquella madre y aquel hijo el gran milagro obrado por Jesús en favor suyo!

Por pequeñas jornadas, con el corazón desbordando de ideal y de dicha, regresaron a Jerusalén, pasando por Samaria, para visitar Sichar y el pozo de Jacob y para oír la conmovedora historia de Fotina la samaritana.

En Jerusalén volvieron a tropezar con el escepticismo,

la
es-
la-
fe
se
a
on-
go,
yo
de
er-
la
fa-
nta
era
cu-
en
se
on-
re-
la
an
la
ué
an
do
or
ara
no,



la incredulidad y el odio de los sacerdotes y escribas, pero nada podía ya quebrantar su fe en la resurrección y en la divinidad de Jesús.

Los maravillosos sucesos que siguieron, los confirmaron más y más en esa fe.

Desde el Cenáculo al monte de los Olivos, acompañaron a Cristo resucitado, seguido de sus numerosos discípulos, y le vieron elevarse majestuosamente a los cielos.

Testigos del descendimiento del Espíritu Santo sobre los apóstoles, oyeron las primeras predicaciones de Pedro, que convirtieron a millares de judíos.

Por último, fueron los primeros gentiles que recibieron el bautismo, y más adelante, en el Cenáculo, transformado en primera iglesia cristiana, el jefe de los apóstoles bendijo el matrimonio de los dos desposados de Magdala.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Cartas

	Págs.
I—Galilea	5
II—Las orillas del Jordán	9
III—¿Venus o Vesta?	11
IV—Rey contra Profeta	12
V—El divino Tiberio.	15
VI—¿Quién es ella?	17
VII—Myriam	18
VIII—Los discípulos del Profeta	23
IX—Jesús de Nazaret.	32
X—Myriam vuelve a la escena	36
XI—Cloaca máxima	41
XII—Tres pastorales	43
XIII—Campesino y filósofo	53
XIV—Una resurrección	56
XV—Nuevas maravillas	60
XVI—El drama de Maquerón	63
XVII—Camila	70

SEGUNDA PARTE

Diario de viaje de Camila

I—De Roma a Pompeya	73
II—Pompeya	75
III—En las costas de Sicilia	79
IV—En Cartago	87
V—Idilios bíblicos	90
VI—Alejandría	95
VII—Heliópolis.	97
VIII—Menfis	101
IX—A bordo de la «Gacela»	104
X—En Cesáreo	109
XI—En Jerusalén	114

TERCERA PARTE

Alrededor del movimiento mesiánico

	Págs.
I—El hogar de Pilatos.	119
II—Algunos amigos de Pilatos.	123
III—Discusiones religiosas.	129
IV—Nuevas controversias.	138
V—Onkelos y Camila	148
VI—La opinión paterna.	156
VII—En el camino de las confidencias	158
VIII—Myriam y Camila	161
IX—La declaración	166
X—De Cesárea a Jerusalén	174
XI—La fiesta de los Tabernáculos	180
XII—Jesús en el templo	184
XIII—El ciego de nacimiento	191
XIV—La cuestión mesiánica.	197
XV—Lázaro.	204
XVI—El Sanedrín.	210
XVII—Sesión borrascosa	214

QUARTA PARTE

Lucha final y derrota del Hijo del hombre

I—Triunfo de un día	231
II—Últimos llamamientos.	240
III—Despedida al templo	245
IV—Visiones de aurora	251
V—La noche terrible.	256
VI—Delante del Sanedrín	266
VII—La muerte de Judas	274
VIII—Delante de Pilatos	278
IX—Claudia y Camila.	294
X—Las dos sentencias desde el punto de vista jurídico	298
XI—Lúgubre cortejo	309
XII—El calvario	314

QUINTA PARTE

Triunfo del Hijo de Dios

I—El amor más poderoso que la muerte	323
II—La fe más fuerte que el amor	326
III—Doble luto	329
IV—La tumba vacía	333
V—Último acto de Pilatos.	340
VI—Los primeros neófitos	345
VII—En Galilea.—Primacía de Pedro	348
VIII—Advenimiento de Jesús al trono de las naciones	355
IX—Los primeros discípulos entre los gentiles.	357

Págs.

119
123
129
138
148
156
158
161
166
174
180
184
191
197
204
210
214

231
240
245
251
256
266
274
278
294
298
309
314

323
326
329
333
340
345
348
355
357